

Grupo de escritores Relatopía  
Crucero por  
el Amor y la Muerte

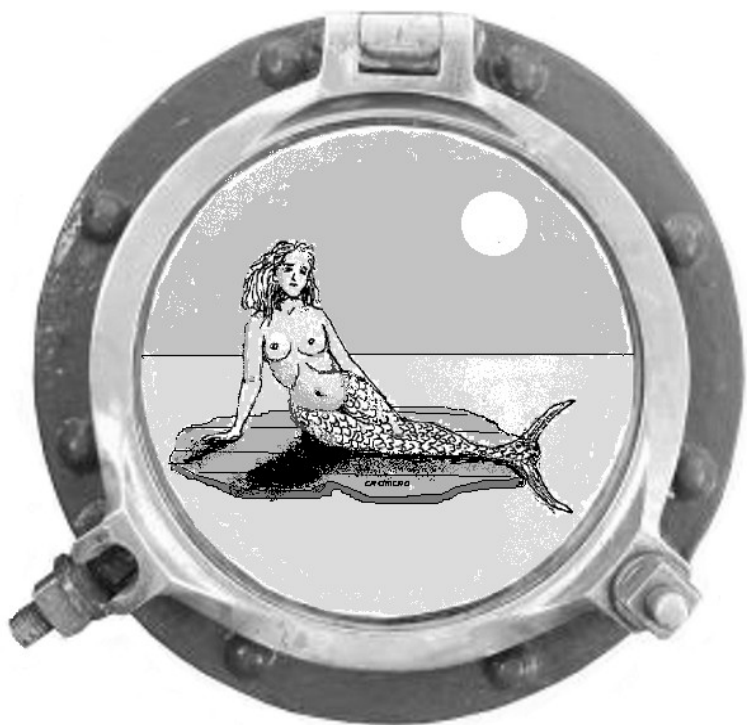


ERANERO





# CRUCERO POR EL AMOR Y LA MUERTE



Novela colectiva del grupo RELATOPIA

© Grupo de escritores Relatopía, Biblioteca Pública Rafael Alberti, calle Sanjenjo número 38, 28034 Madrid. E-mail: [Relatopía@hotmail.es](mailto:Relatopía@hotmail.es), web: [www.relatopia.com](http://www.relatopia.com)

Los derechos de publicación de esta obra se encuentran registrados con fecha 29 de enero de 2012 en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid a nombre de cada uno de los autores de la misma con número M-000694/2012 y han sido cedidos gratuitamente por éstos a Relatopía para su publicación sin ánimo de lucro en la editorial Bubok.com con la única finalidad de divulgarla, por lo que la descarga en formato e-book es gratuita y en formato papel solamente se abona lo que cobra dicha editorial por la impresión y envío de los ejemplares, sin que los autores ni Relatopía perciban cantidad alguna por ello.

Descargas y pedidos en: <http://relatopia.bubok.es>

Esta edición está exenta de la obligación de depósito legal por tratarse de una publicación “a demanda”, habiendo sido inadmitida por ese motivo nuestra solicitud de número de depósito legal presentada en la oficina de Depósito Legal de Madrid, calle Ramirez del Prado nº 3 el 9 de febrero de 2012.

Cuadro de portada: “Contra viento y marea”. Autor: Enrique Romero Portilla.  
<http://enrique-romero.artelista.com>

Madrid, enero de 2012

## Índice:

Capítulos y Ciudades	Autores	Páginas
Prólogo	Enrique Romero	7
Capítulo 1: Florencia	Charo Martínez	11
Capítulo 2: Roma	Maribel Sebastián	25
Capítulo 3: Nápoles	Enrique Romero	37
Capítulo 4: Sicilia	M <sup>a</sup> Antonia Saorí	51
Capítulo 5: Dubrovnik	Ana Gefaell	63
Capítulo 6: Venecia	L.G.Morgan	77
Capítulo 7: Ítaca	Carmen Martí y Sagrario Merino	91 95
Capítulo 8: Atenas	Fuencisla López	97
Capítulo 9: Estambul	M <sup>a</sup> Luisa de León	109
Capítulo 10: Éfeso	José Mampel Llop	125
Capítulo 11: El Cairo	Roberto González	141
Capítulo 12: Túnez	David Mora	157
Capítulo 13: Montecarlo	M <sup>a</sup> Luisa López	183
Capítulo 14: Marsella	M <sup>a</sup> José S. Ulloa	197
Extraño baile de despedida	Maribel Sebastián	207
Capítulo 15: Desenlace	Enrique Romero	209
Epílogo	M <sup>a</sup> Luisa de León y Charo Martínez	219

Guión, dirección, ilustraciones y  
notas entre capítulos: Enrique Romero

Dedicado a los escritores que no han visto nunca publicada su obra,  
porque de ellos es el Reino de los Sueños.

## PRÓLOGO

Es primavera. La brisa marina trae olores que evocan aventura. El Ítaca descansa amarrado a un muelle del puerto de Barcelona. Por las escalerillas van subiendo a bordo los ilusionados pasajeros dispuestos a pasar tres semanas de ensueño tal como prometen los folletos. Familias, grupos de amigos, parejas y dobles parejas llegan en coches y taxis, se despiden de quienes quedan en tierra y entran alegres con sus maletas de ruedas.

El Mediterráneo en todo su esplendor les espera con los brazos abiertos. Van a recorrer sus costas de punta a punta visitando las más preciosas y evocadoras ciudades bañadas por sus aguas. Muchos de ellos habrán de pagarlo luego a plazos durante una infinidad de interminables meses, pero ahora eso no les importa. Está de moda hacer cruceros y ellos no iban a ser menos que sus compañeros de trabajo, sus familiares o sus amigos.

Todo es barullo de tarjetas de embarque que no aparecen y de pasaportes a estrenar mezclados con la algarabía de besos y los consejos de última hora que intentan dar los que se quedan y que ni escuchan los que se van. Pero entre tanto bullicio hay un tipo de pasajero silencioso que pasa desapercibido. Son los que por diversas circunstancias de la vida van a hacer este crucero de placer en solitario. Quizá porque no tengan nadie con quien compartirlo, o porque esperen hacer amigos gracias al viaje o simplemente porque prefieran ir solos. Todos ellos serán alojados en el pasillo de los camarotes individuales, un pasillo no muy largo porque esta especie es más bien escasa. La tripulación del barco llama a ese pasillo “el Bulevar de los corazones solitarios”.

Este libro trata de ellos. De las causas de su soledad, de sus inquietudes, de sus ilusiones, de sus esperanzas, y de los avatares de su viaje en el Ítaca, durante el cual, al igual que el mítico Ulises buscando el regreso a su amada isla, intentaran alcanzar la felicidad a pesar de los designios caprichosos de los dioses, de los seductores cantos de las sirenas y de los ataques de los seres mitológicos que juegan con nuestro destino.



Cada uno de ellos nos contará su aventura en un capítulo de este crucero, amalgama de todas sus vidas, que como la vida misma, es un crucero por el amor y la muerte que esconde un extraño misterio que poco a poco se irá desvelando.

Habrán de perdonarles ustedes, queridos lectores, que sus voces sean disonantes, tanto en la forma como en el fondo, y no sufran al encontrar contradicciones incluso sobre los hechos en sí, pues ya se sabe que no existen verdades absolutas, sino interpretaciones subjetivas de cada persona a la hora de contar lo ocurrido.

Bueno, iniciemos nuestro crucero sin más demora pues los diligentes tripulantes ya están cerrando las escotillas y soltando amarras.

Deseamos que disfruten ustedes de este viaje.



### ***Cantos de sirena***

*“Este es un mensaje desesperado. Quizá el último que pueda enviar ya. Si alguien lo recibe, sea quien sea, le ruego que me ayude. Está en juego el destino del mundo. Una terrible enfermedad que acabará con todo ser vivo avanza y no hay otra cura que la Quimera que fue guardada desde hace cientos de años en ampollas de vidrio para esta ocasión. He venido hasta aquí para buscarla, pero no puedo más. Demasiado titánica es mi empresa y estoy ya demasiado débil. La enfermedad avanza dentro de mí. Las fuerzas me abandonan. La cabeza se me va. Por favor, si alguien me recibe, ayúdeme...”*

## **CAPÍTULO 1: FLORENCIA**

***En el que Lorena, la pasajera del camarote número 1 del conocido como el Bulevar de los Corazones Solitarios, nos narra la extraña aventura que vivió en la bella ciudad de Florencia con un hombre enigmático llamado Laszlo.***

***Autora: Charo Martínez***

No era el típico turista despistado que brujulea al socaire de lo que ofrecen las agencias de viaje. Podía suponérsele una falta de información, es cierto, pero yo advertí en cada uno de sus movimientos y expresiones un halo de algo parecido al misterio que me llevó a prestarle especial atención. Tengo que reconocer que iba dispuesta a disfrutar a tope del crucero por el Mediterráneo: descanso, visitas turísticas y también, ¿por qué no?, posibles aventuras frenético-amorosas; por eso no perdía de vista a cuanto personal masculino se ponía al alcance de mi vista.

Este era un hombre joven, de cuerpo bien formado, ondulada melena, rasgos suaves y mirada melancólica. Nos habían asignado puestos de comensal en la misma mesa del comedor, lo que nos dio lugar para intercambiar algunos datos personales. Procedía de Budapest y estaba pasando unas largas vacaciones por la Europa meridional. Había hecho un recorrido por España y decidió hacer el crucero por el Mediterráneo por razones similares a las mías: le gustaba viajar, los imprevistos, las sensaciones fuertes, conocer gente de otras latitudes. Pensaba darse un homenaje, después de ir de mochila durante un mes. Le calculé unos treinta añitos, un retoño tierno. Hablaba un italiano desfigurado y arcaico que me resultaba sumamente atractivo.

Habíamos embarcado en Barcelona a primera hora de la tarde. Coincidimos en la cubierta haciendo tiempo hasta la hora de la cena. Llevábamos un libro en la mano. Con una mirada supimos que el mar arrullaría nuestra lectura. Habíamos escogido el mismo libro para las horas de asueto: “Los amores difíciles”, de Italo Calvino. Nos reímos. Quizá fue el presentimiento de que podíamos formar parte de aquel libro. Algo difícil se había infiltrado en nuestros cuerpos como un virus. Dejamos los libros en la mesa. Empezaron las confidencias.

Se llamaba Laszlo Era húngaro pero de ascendencia florentina. Escritor. Quería tomar notas y obtener información con el fin de escribir un libro de viajes. Algo parecido a lo que yo me había propuesto; yo también pretendía dejar constancia por escrito de las experiencias del gran crucero.

No tuve inconveniente en contarle algunos detalles de mi vida. Mi nombre es Lorena, viajo sola, y defiendo la independencia por encima de todo; no estoy en edad de admitir imposiciones de nadie... Ahí quedaba claro que había pasado los cuarenta, edad en la que ya no te tose ni el lucero del alba. Estudié Filología italiana y mi tesis versó sobre el dialecto florentino en el Renacimiento. Soy profesora de italiano. No tenía por qué, pero también le conté que había pedido un año sabático y pensaba hacer una investigación sobre lenguas romances. Puede que nuestra primera aproximación se debiera al hecho de que los dos jugábamos con las palabras.

Le sorprendí mirándome con un embeleso pasado de moda. Se vio en la obligación de darme una explicación, no sé bien por qué. Me dijo que le recordaba un retrato que había visto en una galería de Barcelona.

-¿Y cómo era?

-Pues así, como tú, bella, bellísima, esbelta, morena, de rasgos exóticos...

-Vaya, como una bailaora, de esas que les gustan a los extranjeros.

-No, no, era una dama del Romanticismo. Su rostro flotaba en un escote de sedas y tules. El cabello caía a ambos lados de la cara y se recogía detrás. Así, como lo llevas tú. El vestido era blanco y azul, igual que tu ...

-Que mi pareo ¡Otra casualidad!

-Salvo que ella no llevaba esa sirenita en el hombro.

-Ah!, ya, mi tatuaje. Claro, no es cosa de aquella época.

Esa noche, después de cenar subimos al área de la piscina donde habían montado un bar con toda clase de bebidas. La suave brisa primaveral de la mañana se había convertido en un frío húmedo que nos hizo cambiar de opinión. Pasamos al salón de baile y, a los primeros compases de una balada, nuestros cuerpos se acoplaron como un enchufe a un transformador. Parecíamos electrocutados, no había forma de separarnos. El vestido de seda natural acabó pegado a mi cuerpo como si acabara de salir de la ducha. “Esa forma que tiene de pronunciar el italiano, tan arcaico, un poco desfigurado... ¡me resulta tan excitante! Y ese cuerpazo, y los ojos con chispitas...”

Yo ocupaba el camarote numero 1, Laszlo el 21, en la cubierta superior y coincidiendo encima del mío. Seguían las casualidades.

-Así no tengo que bajar escaleras, me deslizo por la terraza y aparezco en tu camarote.

-¿Cómo el hombre araña?

-No, a ese no le conozco.

A los pocos minutos pude comprobar que más que el hombre araña era un tigre de Bengala que ha descubierto a una tigresa en celo. Nadie nos dijo que podíamos vivir un tórrido romance desde el primer día. Nada de preguntas a los designios del destino.

Bueno, a lo que iba. Al día siguiente cuando Laszlo, después de nuestra noche de frenesí y números de circo, me propuso desembarcar en Génova, y hacer juntos la extensión a Florencia, me pareció de lo más natural. Tenía una idea en el tintero. Sería una toma de contacto con la ciudad y con sus antepasados. Me mostró la llave de un palacio perteneciente a su familia en pleno casco histórico de la ciudad, al lado del mercado central y los principales monumentos artísticos. Quería que le acompañase. Pasaríamos el día completo en Florencia, dormiríamos en la casa y al día siguiente partiríamos en tren hacia Roma para embarcar por la tarde en Civitavecchia, el puerto de Roma.

-¿Qué te parece? - me preguntó con un vaivén de melena.

Accedí, no podía haber soñado un plan mejor y más elaborado. Llegamos a las diez de la mañana a Florencia. Teníamos todo el día por delante para visitar la ciudad.

Laszlo mostró interés especial por el Palacio de los Uffici. Yo lo había visitado en otra ocasión, pero es la segunda vez cuando se deleita el espíritu y se graba todo mejor en la memoria. Me parecía una buena opción.

Iniciamos la visita ayudados de mi libro de viaje. Llegamos a la sala en la que se exhibían cuadros del quattrocento florentino. Después de admirar aquellos lienzos magníficos de Botticelli, Lippi, Verrocchio, noté que Laszlo fijaba excesivamente su atención en uno de Ghirlandaio titulado “Madonna entronizada con santos” (1484). Es más, diría que su expresión era la de alguien que ha encontrado lo que busca. Temple sobre tabla. Una composición armónica y de un colorido asombroso. La Madonna con el Niño en brazos, dos santos o doctores de la Iglesia arrodillados ante ella en un primer plano y dos figuras alegóricas jóvenes, un hombre y una mujer, uno a cada lado,

formaban la escena principal. Al fondo aparecían personajes secundarios. Realmente merecía una parada especial.

Pero no era la composición completa lo que paralizaba a mi compañero de viaje. Sus ojos estaban clavados en el caballero joven que vestía calzas rojas, armadura de medio cuerpo y empuñaba una espada en la mano derecha dirigida hacia el suelo; ocupaba el lado izquierdo de la escena. La curiosidad hizo que yo también fijara mi vista en aquel joven. ¿Sería algún personaje histórico?

Mientras Laszlo miraba ensimismado la figura del joven, permanecí a su lado esperando una explicación, aunque solo fuera por el hecho de que había sido su acompañante durante todo el itinerario. Me miró con ansiedad y me hizo una pregunta en apariencia insignificante

-¿Has oído hablar de güelfos y gibelinos?

-Sí, claro. No puedo extenderme, pero sé que eran dos familias de Florencia enfrentadas. No me digas que has visto alguno...

-No tiene nada de particular. Esas estirpes poderosas siempre dejan vestigios, rastros, memoria. Solo hace falta saber o poder reconocerlos.

-Te estás refiriendo al joven del cuadro, ¿no es cierto?

-Exactamente, es un miembro de los Tornabuoni, una familia güelfa de ricos comerciantes.

-Pero estás hablando de hace siglos...

-No por eso deja de ser un Tornabuoni -dijo con una sonrisa indefinida.

-Sí, en esta ciudad surge un pedazo de historia de cada rincón. Por eso tiene este hechizo tan especial.

-Sí, está bien definido: historia y hechizo. Estamos de acuerdo.

Acabada la visita a los Uffici y de común acuerdo, trazamos un circuito lógico para seguir un orden en nuestra ruta. Cruzamos el Ponte Vecchio entre la algarabía de tiendas, turistas y la magnífica vista del Arno. Queríamos llegar a ver, con todo el esplendor de la luz del mediodía, la Basílica de Santa María Novella.

Más tarde recordaría que el itinerario lo forzó Laszlo. Mostraba un interés especial por visitar esa iglesia. No tuve inconveniente en ceder a su deseo.

El paseo reunía todos los alicientes para sentirse afortunado de recorrer la ciudad. El ambiente soleado, placentero, el rumor de la gente, el olor de los pequeños mercados, los monumentos... los vestigios de un pasado único en la historia de la Humanidad, me hacía

revivir escenas leídas y reproducidas en libros de arte de aquella Florencia del Renacimiento que asombró al mundo por su pujanza financiera y artística.

La reacción de Laszlo dentro de la iglesia fue parecida a la observada en la Galería de los Uffizi. Avanzó directo hacia una de las capillas y cuando me coloqué a su lado para observar lo que parecía su descubrimiento, me encontré con el individuo hermético, absorto, deslumbrado, que ya conocía. Allí estaban también los mismos personajes, los mismos elementos. Se trataba de la capilla que mandó construir Giovanni Tornabuoni, comerciante, banquero, mecenas de las artes y aliado de los Medici. El sublime Ghinoldi se encargó de magnificarla con sus incomparables frescos.

Como ocurriera en el museo, no era tampoco la capilla la que retenía su interés. Era un fresco en concreto. Observé el cuadro siguiendo las indicaciones de mi libro y comprobé que se llamaba “La anunciación del ángel a Zacarías” (1485-1490). Un cuadro elegante y trabajado hasta la perfección. Dentro del fresco, su mirada había quedado monopolizada por un grupo de caballeros situados a la izquierda, formando una escena por sí mismos. Ante la insistencia del húngaro por quedarse con el más mínimo de los detalles de aquellos hombres de alta dignidad, decidí seguir mi visita por separado.

Al cabo de la media hora, estando yo paseando por una nave lateral, apareció mi acompañante preso de un nerviosismo y un temblor a todas luces injustificados. Se notaba que buscaba algo, qué sé yo...

-¿Te ocurre algo? - le pregunté de manera distraída.

-Es la belleza. A veces me lleva a estados de enajenación. No es nada importante. Esa composición... la perspectiva, los grupos tan diferenciados y, al mismo tiempo tan integrados en el tema...

-Sí, parece que tuvieran vida.

-Así es el arte...

Salimos al claustro. Su ansiedad pareció remitir. Ya en la calle volvió a ser el ameno compañero de la mañana.

A la caída de la tarde nos dirigimos hacia el lugar que había de ser nuestro alojamiento. Calle Güelfa. Nos metimos en la primera trattoria que encontramos.

-Oye, Laszlo, no habías hablado tú de los güelfos? ¿Es que no van a acabar nunca las casualidades?

Fuera por el buen ánimo que yo mostraba, por el chianti o porque había disfrutado de la visita de la ciudad, el caso es que estuvo



afable, animado, conversador, como no se había mostrado en ningún momento del día.

Por mi parte, debo reconocer que despertó mi interés desde el primer momento la forma elástica de sus movimientos de hombre refinado que, unido al modo displicente de pronunciar el italiano, alertaba de comportamientos remotos. Yo le había comentado que era profesora licenciada en filología italiana, pero no que, además, era traductora de italiano y conocía algunos de sus dialectos más antiguos.

Pareció sorprendido gratamente. En el seno de su familia todavía se hablaba un dialecto de la Toscana y eso le llevó a ensañaciones y hasta, incluso, a tararear algunas canciones populares. Me habló de sus antecesores florentinos hasta donde él recordaba y yo, admití de buen grado, sin duda bajo los efluvios de aquel buen vino, la versión de todos sus recuerdos familiares, que aparecían mezcladas con episodios históricos y con patrañas absurdas. Fue una amena descarga sentimental. Yo, en su lugar, habría hecho lo propio. Volvimos pasada la media noche.

Desde la acera de enfrente pude comprobar que se trataba de un palacio de tres plantas; grandes bloque de sillería en la parte baja de la fachada y ventanas con rejas de hierro forjado. Una pesada puerta sellaba la entrada principal.

No adentremos en la penumbra del amplio portal. A solo unos pasos, a la derecha, otra puerta también de madera maciza, con forma de arco, daba acceso a un apartamento. En la parte central, una escalera con pasamanos de piedra tallada se perdía formando un círculo hacia los pisos superiores.

Ante mi cara de fascinación, Laszlo me explico los pormenores de lo que iba a ser nuestro alojamiento por una noche. El palacio pertenecía a sus antepasados, una de las grandes familias de Florencia, aunque solo estaba ocupado el primer piso por el único descendiente directo, un hombre maduro, con el que más valía llevarse bien. Pretendía convertir el edificio en viviendas individuales y venderlas a particulares. Por ese motivo podían verse, al fondo del portal, materiales de construcción apilados.

El apartamento que íbamos a utilizar había servido de vivienda a los guardianes del palacio en otros tiempos. Lo había rehabilitado el dueño para casos de visitas inesperadas o indeseadas.

Abrió el apartamento con aquella pesada llave y observé, sorprendida, el juego de cerrojos y bisagras de la parte interior: parecía un laberinto de protección de los utilizados en los

cerramientos de cofres antiguos. En el suelo, un sobre amarillento esperaba a ser recogido. Cuando Laszlo lo tuvo ante sus ojos una expresión de fría crueldad apareció en su rostro. Aquellos suaves rasgos se convirtieron en una máscara de guerra. Quedamos en silencio. No me sentía con derecho a preguntar.

A los pocos minutos reapareció su cordialidad, según me iba mostrando todos los detalles. Recorrí la casa con la percepción y el olfato de un felino. Rezumaba humedad de siglos. Constaba de una habitación de matrimonio, un pequeño comedor con cocina americana y baño. Comprobé que todo estaba limpio y en orden.

Nos instalamos en el dormitorio. Daba a un patio interior. La decoración pretendía ser florentina. Un cuadro con dos angelitos en la cabecera de la cama mirando hacia abajo y, cayendo desde el techo, unas colgaduras doradas de gasa recogidas a los lados con unas aparatosas borlas de seda. La colcha y los almohadones eran de un adamascado granate, digno del jubón de un noble. Completaba el mobiliario de la pieza un armario de grandes dimensiones y un sillón de respaldo alto que parecía sacado del inventario de un obispo. Una mirada más detallada me hizo fijar la atención en la pared que ocupaba la ventana. Formando un triángulo, bordeado de una cenefa a modo de marco, se había conservado una parte de pintura al fresco. Me acerqué para mejor apreciarlo y quise adivinar un rostro desdibujado por el tiempo. Calculé que habría sido descubierto al hacer las obras de acondicionamiento y quisieron conservarlo como vestigio de antigüedad.

Estrenamos la cama florentina ante la mirada burlona de los dos querubines con alas. De un manotazo, en plena refriega amorosa, las gasas doradas que sujetaban aquellos seres celestiales se desprendieron y, por un tiempo, fuimos enemigos invisibles tratando de recuperar la libertad de nuestros cuerpos. Laszlo se había enfundado mi camiseta argumentando que era una forma de mantenerme cerca y de impregnarse de mi aroma... Me pareció romántico, y también un poco zumbón.

A las tres de la mañana oí unos golpes extraños que bien pudieran provenir del fondo del portal o de las escaleras. Era sábado. Pensé que algún borracho se había introducido en el portal de manera artera y estaba alborotando. Extendí el brazo buscando el cuerpo de Laszlo pero sólo encontré sábanas y mi propia camiseta. Le llamé. Nadie contestó. Decidí quedarme en la cama. Pero, al cabo de cinco minutos, volvieron a retumbar los golpes. Esta vez me levanté. Iba

descalza; las baldosas estaban heladas. A través del pequeño ventanuco enrejado de la puerta y con la escasa luz que se filtraba por la puerta entreabierta de acceso al portal, vi una sombra. Como en un susurro, escuché: Lorenzino... Lorenzino

Me esforcé por ver de quien se trataba y qué ropaje extraño llevaba. Apagué la luz de la casa para hacer resaltar la silueta que se recortaba en el portal. Ahora podía ver con más nitidez. Aquella sombra se despojó de una capa corta y un bonete y los arrojó al suelo. Un grito se ahogó en mi garganta. ¡Era un hombre transparente! En una fracción de segundo acudieron a mi mente las clases de anatomía del colegio; aquellos maniquíes desmontables en los que se podía ver el interior del cuerpo humano. En este caso el corazón estaba atravesado por lo que parecía un fino estilete. Acto seguido desapareció escaleras arriba.

Encendí una lámpara de pié, necesitaba ver que la realidad continuaba estando en aquella casa. Fui a la cocina y estaba bebiendo un poco de agua cuando, en ese justo momento, se apagó la luz para volver a encenderse a los pocos segundos. Esta operación se repitió cuatro o cinco veces por un tiempo cuya duración no sabría precisar.

Tengo que reconocer que sentí pánico. No, no estaba soñando: mis pies estaban helados y en la casa no advertí ningún cambio, salvo la desaparición de Laszlo. ¿Quizá los golpes eran una forma de atraerme hacia el exterior de la vivienda? Me volví a la cama como quien busca un refugio en una noche de ventisca.

La curiosidad, y también cierta indignación por su escapada, me llevó a querer saber qué llevaba en aquella mochila. ¿Quién era realmente? ¿Sería cierta la versión que me había dado de su vida?

Si su propósito hubiera sido crearme desconcierto, tengo que reconocer que el éxito había sido rotundo. Sus pertenencias eran escasas: un par de pantalones, alguna camisa, un neceser de aseo, una revista y... en el fondo, encontré algo diferente. Era un plano antiguo de Florencia, un árbol genealógico con miniaturas y escudos bellamente decorados; un bolsillo interior albergaba unos papeles amarillentos de siglos, escritos en un italiano casi ininteligible. ¡No era posible que aquel húngaro viajara con aquellos documentos como si de un magazine semanal se tratase! Los examiné con fruición. Se trataba de documentos que hoy llamaríamos notariales. Varios folios, escritos en dialecto florentino medieval con una exquisita letra gótica, ponían a prueba mis conocimientos lingüísticos. En ellos se ordenaba

de una forma explícita la prohibición de vender o deshacerse del palacio de la calle Güelfa. Jamás debería caer en manos extrañas.

Busqué el sobre que había sido deslizado por debajo de la puerta por si pudiera tener alguna relación con lo que estaba ocurriendo. No lo encontré. Volví a oír ruidos en el portal. Una sombra traspasaba la puerta de salida, cerrando tras de sí cautelosamente.

Intenté pasar revista a los hechos para ver la forma de encajar lo que estaba viviendo en las últimas veinticuatro horas: había conocido a un hombre en el crucero... manteníamos una relación erótica desde hacía dos días... habíamos hecho una visita a la ciudad, preñada de sobresaltos y señales oscuras por parte de Laszlo... y, por último, estábamos compartiendo un apartamento propiedad de su familia. Y todo por esa atracción salvaje que sentimos el primer día... Reconocía que la fuerza de ese imán era debida al cerco misterioso que rodeaba al personaje. Luego vino su interés primero, y su abstracción después, al contemplar los cuadros de Ghirlandaio... Su desaparición...

Me arrebujé en mi anorak, me calcé. Estaba intentando llevar un punto de cordura a mi mente cuando me apercibí de otro fenómeno que, reconozco, me había pasado inadvertido hasta entonces. En el trozo de fresco conservado en la pared del dormitorio, en el que, hasta entonces, solo acerté a vislumbrar unas manchas difusas, se dibujaba ahora, nítidamente, un rostro. Me acerqué presa de una agitación que apenas podía controlar. ¡Era Laszlo! Aparecía ataviado con ropajes color bermellón al estilo florentino de la época del Renacimiento, y a la cabeza llevaba un bonete con colgadura lateral de color verde oscuro. Un estilete con trabajos de orfebrería reposaba en una mesa junto a un mapa. Abajo se leía con claridad Ludovico Tornabuoni 1489. ¿Qué especie de embrujo me envolvía? ¿Por qué tenía que ser yo el testigo de tan prodigioso suceso?

Solo tenía la opción de marcharme de Florencia o avisar a la Policía de que algo extraño ocurría en aquel palacio. Luego, en un acto temerario, decidí que había una tercera posibilidad: subir las escaleras, por las que había transitado aquel espectro.

Me encontré caminando por senderos ignorados, haciendo algo ajeno a mis intenciones. Me costaba trabajo reconocerme. Pretendía descubrir algo vedado y que, además, no me afectaba en particular, salvo que un húngaro guapo había estado ocupando mi cuerpo y mi mente. ¿Habría algo detrás de todo esto?

Subí las escaleras consciente de mi injerencia en asuntos personales y puede que hasta comprometedores. Iba aferrada al pasamanos como una garrapata ¿Y si el dueño del piso se tomaba mi intromisión como un ultraje? Iba a salir de dudas en un instante. La puerta estaba entreabierta. Leí una placa: Lorenzo Tornabuoni ¿Sería una trampa? Empujé suavemente y me introduje en un amplio vestíbulo con las sombras de los muebles agigantados por la tenue luz que provenía de la parte del fondo. Avancé a tientas. No quería ser agorera pero aquella casa rezumaba olor a tumba recalentada.

Llegué a un salón revestido con toda la parafernalia de finales del siglo diecinueve. La tenue luz de una lámpara de pie iluminaba la estancia. A la derecha se abría el hueco que daba paso a una habitación. Palpando con la mano los bordes de las paredes llegué ante una puerta cerrada. Por debajo se filtraba un resplandor tenue. Giré el picaporte. Un ambiente asfixiante, húmedo, sofocante, inundaba la estancia. Sufrí la fascinación de lo abominable. Un hombre derrumbado sobre un sillón, empapado en sangre, parecía sonreírme con una mueca siniestra destilando de las comisuras de su boca. Fui consciente al segundo de lo irreparable del acto: aquel hombre estaba muerto. Me acerqué. Un fino estilete estaba clavado en su pecho hasta solo dejar al descubierto su empuñadura. Un tintero derramaba su contenido encima de una mesa escritorio; su mano derecha, apoyada con un último gesto de afectación, apretaba una pluma de ave, en un intento, quizá, de dejar algún testimonio por escrito. ¿Utilizando una pluma de ave? ¿Entre qué clase de personajes me estaba moviendo?

Las pocas ocasiones que nos brinda el destino de presenciar actos inenarrables van siempre acompañadas de la posible distorsión de nuestras propias percepciones subjetivas. Nos negamos a aceptar lo inexplicable y esto nos lleva a invalidar lo más evidente. El miedo actúa con un efecto narcótico. Salí atolondrada, falta de reflejos.

Quando llegué al apartamento eché los cerrojos. Eran las cuatro de la mañana. La noche yacía desplomada sobre Florencia. Yo empezaba a recobrar el dominio sobre mí misma, a aceptar los hechos.

Entré en el dormitorio. Me sentí a salvo. Pero un nuevo sobresalto me esperaba ¡La imagen del fresco se había borrado! ¿Y Laszlo? No, no estaba; ni él ni sus pertenencias. Solo un eco mortecino reproducía mis pasos. En el sillón descubrí un sobre a mi nombre. De nuevo la inquietud. Una nota manuscrita en la misma lengua dialectal florentina de los papeles del testamento, me esclarecía

con una letra gótica quebrada, ansiosa, escrita con pluma de ave, la implícita confesión del crimen.

Más tarde comprobaría que estaba interpretado los hechos con la avidez y la torpeza del inexperto.

“Una vez más estoy preso de los vaivenes de la fortuna. Si te hubieras fijado bien en las facciones del joven del museo habrías visto que era yo mismo. Yo, heredero directo de los Tornabuoni hasta el año 1489, en que fui asesinado. Fue una traición propiciada por una facción de mi propia familia que se pasó a los gibelinos, pero que siguió ostentando el nombre y disfrutando de los bienes y privilegios de nuestra casa. Nunca pudo ser probado. Ahora, el último miembro de esa misma facción quiere despojarnos de nuestro máspreciado bastión. He recibido órdenes concretas de los próceres güelfos que aparecen en el fresco de la capilla Tornabuoni. No creo que sea tan difícil de entender. El honor es intangible y, por lo mismo, inmortal. Duraba siglos la afrenta y así habríamos seguido, transitando la eternidad, si ese hombre no se hubiese atrevido a traspasar las fronteras de lo legal. Aquí acaba la venganza y empieza la justicia.

Te pido disculpas por haberte alterado. Sin querer, has estado en el lugar de los hechos previendo unas perspectivas más placenteras. Yo también así lo esperaba, pero la familia manda. Ese hombre no tiene descendencia. Todo volverá a la normalidad. Espero que en tu próxima visita a esa ciudad puedas admirar el Museo Tornabuoni para esplendor de mi familia y la ciudad de Florencia. Te espera en la eternidad Ludovico “

Entonces comprendí que el propósito del hombre transparente era dejar ver su estilete clavado en el corazón como anticipo de lo que luego ocurriría. Un arreglo de cuentas con siglos por medio. Algo para no creer, inservible como argumento ante cualquier instancia judicial.

No fue tarea fácil la traducción de aquella carta, como tampoco lo había sido la de los documentos. Cuando hube terminado sentí una especie de satisfacción personal. Ahora veía la utilidad de mis cursos especializados, de las horas de estudio.

¡La máquina de fotos! Laszlo había posado delante de algunos monumentos. Apresuradamente repasé una por una todas las fotografías y, sorprendentemente, comprobé que no figuraba en ninguna: había desaparecido su figura de una manera, una vez más, inexplicable. Era mi último cartucho para demostrarme a mi misma que yo conocía a aquel hombre, había recorrido con él una parte de la

ciudad, había estado en mi cama... Desistí. Comprendía que había sido sobrepasada por la historia. ¿Quién iba a creerme?

A las seis de la mañana volví a escuchar ruidos y susurros en la escalera. Una vez más me paré a observar por la mirilla de la puerta. Aparentemente, unos trabajadores de la construcción, bajaban sigilosamente material de obra, tablones, baldosas, botes de pintura y lo que podría ser un saco de cemento. Conté hasta cinco siluetas.

Quería marcharme cuanto antes de esa ciudad. Cogí mi bolso y corrí hacia la estación central de ferrocarril en busca de un billete. Faltaban dos horas para la salida del tren que me llevaría a Roma.

Un golpe de intuición o de intriga me hizo sentir el impulso irrefrenable de volver a la iglesia de Santa María Novella; estaba justamente enfrente de la estación. Sería cruzar un par de semáforos. Tenía la necesidad de satisfacer una última curiosidad.

Fui derecho a la capilla Tornabuoni. La iglesia estaba desierta a esa primera hora de la mañana. Solo mis pasos resonaban en aquellas losas seculares. No sabía exactamente qué buscaba. Me di cuenta de lo rápidamente que había caído en las redes que tienden los hechos misteriosos.

Decidí abandonar la iglesia.

Pero, en el precipitado último intento de encontrar una explicación, di, al fin, con algo que le daba sentido a toda la peripecia que me tocó vivir. En el suelo de la parte trasera del altar, oculta a las miradas de los visitantes, había una lápida con cerramiento reciente. Un nombre aparecía en letras doradas con fechas de nacimiento y muerte. Lorenzo Tornabuoni 1954 - 2012.

Corrí despavorida hacia la estación de ferrocarril. Cuando me vi instalada en el compartimiento tuve la sensación de viajar con una extraña. Yo no era la misma. La visita a Florencia la había vivido en una nube de ficción.

Llegué al barco a primera hora de la mañana. Lo primero que hice fue preguntar por Laszlo. En un último intento de atrapar la realidad pensé que podría haber llegado por otros medios. El personal de a bordo me confirmó que no viajaba ningún pasajero con ese nombre. Ninguna tarjeta de entrada y salida al barco había sido utilizada y en el camarote número 21 estaban instalados unos recién casados que habían hecho la visita a Génova. Habían cenado y desayunado en el barco.

Asustada acudí a mi camarote. Me sentía asfixiada por los acontecimientos; me desplomé en la cama como un fardo. ¡Tenía que

haber una explicación! Me di una ducha rápida. Un paseo por la cubierta me despejaría. No fue así.

Encaramado en un taburete de la barra del bar, Máximo, el bohemio del camarote número 2, me miraba con ojos brillantes y descolocados. Me acerqué para preguntarle qué sabía del húngaro. Les había visto juntos una vez en el bar. Me miró como desde una atalaya. Balbuceó que no podía ayudarme. Él había pasado todo el día en Muchobién. No había visto a ningún húngaro. “No me hagas caso, es que me ha sentado mal la insulina”. Pensé: hay epidemia, este barco está lleno de indigentes mentales.

Volví al camarote. Bajé al comedor a la hora del almuerzo. Miraba de soslayo el lugar que había ocupado Laszlo y me parecía verle sonreír, contar anécdotas en su italiano entrecortado. Sentí un escalofrío pensando... Al momento apareció un tipazo, con moreno de siete mares y chaqueta sobre los hombros, que ocupó su asiento con la familiaridad del que ha comprado butaca de platea. Los otros cuatro comensales le saludaron con la naturalidad de alguien con quien te reencuentras dos veces al día.

¡No podía ser! ¡Me había estado echando polvos con un fantasma... y además era un asesino! ¿Cabía mayor aventura?

El del tipazo de gimnasio ya me estaba sonriendo.

Le correspondí.

¡Y todo esto en un solo día!



## *Mensaje multimedia adjuntando fotografía*

*Tal como me pidieron les adjunto una foto para que vean que lo que les dije era verdad. Pueden estar seguros que no es un truco ni un montaje de photoshop. Queremos un millón de euros. Ni uno menos. Estamos seguros que para ustedes vale mucho más. Necesito que me den una respuesta pronto porque estamos negociando con más gente.*

## **CAPÍTULO 2: ROMA**

***En el que Máximo, ocupante del camarote número 2 del Bulevar de los corazones solitarios, nos cuenta su extraña visita a un lugar llamado Muchobién y su aventura con la preciosa Madelein.***

***Autora: Maribel Sebastián***

Creo que son unas dos mil quinientas personas, entre tripulantes y pasajeros los que hemos embarcado, y es curioso, en este momento solo estamos paseando a bordo una chica guapísima y yo. Sé que se llama Lorena porque está en el Camarote 1, o sea al lado del mío que es el 2. Muy enrollada, me ha apuntado su teléfono que empieza por 9173995... justo igual que el mío. Es como yo de alta y va balanceándose con un meneito que más quisieran las olas del mar cuando está casi en calma. Es tan simpática que me ha dado pie para charlar y contarle algunos motivos por los que he decidido hacer este crucero. Ella, por cierto cultísima, profesora de la Universidad en filología italiana y a la vez traductora, también ha dejado entrever que ya hace tiempo deseaba regalarse un año sabático. Acaba de salir por uno de los recodos del pasillo del barco, el de los corazones solitarios, que así los llaman a estos camarotes, un señor vestido de maravilla y con una pinta chulísima. Lo he visto de refilón, pero Lorena, bla, bla, bla, bla, bla, bla, ni cuenta. A los pocos minutos, miro de reojo a la chavala que, al ver a este hombre tan apuesto entre las cristaleras de los comedores, cambia totalmente de expresión, pasea la lengua por sus provocativos labios y se transforma en una femme fatale. Se despide de mí muy correcta con un bye bye, algo precipitado diría yo, y avanza hacia su presa como un lince. Al ratito, los vuelvo a ver en el comedor acaramelados. Resulta que Lorena había conocido al susodicho unas horas antes.

Noto que va soplando el viento con más fuerza. La ceniza del cigarro se ha esparcido a toda prisa entre la bruma mezclada con el verde oscuro del horizonte. Dentro se escuchan murmullos de hombres y mujeres que saborean los manjares del almuerzo y terminan con el choque tintineante de las copas al brindar. Quizás, para alguno como para mí, sea su primer crucero y el más apasionante de su vida. No soy muy aficionado a escribir, pero en esta ocasión me

he traído un cuadernillo de apuntes donde deseo contar los episodios más interesantes.

Contaré algo de mi persona sin demasiados detalles, puesto que de lo que se trata es de adentrarnos en El Ítaca, el barco de mi aventura.

Soy Máximo Soler, (pongo estos datos en mi cuaderno por si este bicho se hundiera), no, no, es una broma, es simple rutina: estoy a punto de cumplir los treinta, con pelo algo largo y pelirrojo y barba de dos meses, arreglada para el viaje. Llevo siempre vaqueros de marca rotos adrede por mí, y me caracterizo aunque me asfixie de calor, por un foulard de flecos grises con fondo azulado como una continuación del violento oleaje en esta zona. Mientras fumo y miro al mar, le digo adiós con la mano a otra simpática compañera que intuyo es una mujer de mundo, como alguna otra que he visto antes por el muelle. Quizá más tarde coincidamos para dar un garbeo por la Ciudad Eterna y por estos alrededores. ¿Quién se perdería El Coliseo, las antiguas fuentes, sus plazas inigualables? Pero de momento, estoy embelesado con este mar y me apetece dibujar en sus olas figuras imaginarias, flexibles, de sirenas y desnudos de mujer que practican en el agua natación sincronizada al compás de valsos de Strauss o Chopin. El trazo en la imaginación es más certero que la propia realidad y estoy descubriendo a la vez lo gratificante que puede ser escribir sobre la marcha las sensaciones que se van experimentando, para que nada quede en el olvido y, pasado un tiempo, revivirlo a través de estas líneas, para mí, mejor aún que con las diapositivas de rigor.

He preferido comerme un bocadillo en el camarote, antes que presentarme en el comedor sin conocer todavía a casi nadie, con esta pinta bohemia de melena alborotada aunque, a decir verdad, no me importan demasiado las habladurías que hagan a mi costa gentes que no tienen nada mejor con que matar el tiempo.

Días atrás en casa, esperaba impaciente la llamada en relación a un trabajo que me iban a ofrecer. Se trataba de un encargo sobre dibujos para un anuncio de abrillantadores de pelo. Como todo en publicidad, lo pagaban bien y además me tendría ocupado y con pasta durante un mes como poco. El dibujo a lápiz o plumilla es mi especialidad, y para las últimas correcciones y los retoques finales utilizo el ordenador. Este sistema me proporciona grandes ventajas por su rapidez y acabado extraordinario. Disfruto con mi trabajo enormemente.

Mi hermano Quique sin embargo, cuatro años mayor que yo, no había conseguido nunca estar a gusto trabajando y su día a día, en la tienda de modas, se le hacía insoportable. Una tarde, desapareció un collar de perlas de mucho valor y las sospechas recayeron en Quique porque era él quien se había ocupado de asesorar en la tienda sobre el traje, hechura y color adecuados, a una duquesa clienta asidua. Yo me encargué de dibujar in situ, porque me lo recomendaron en el Juzgado, a varios sospechosos, entre ellos mi hermano. Por varias circunstancias puntuales y una serie de detalles que resaltaron en mis dibujos, según dijeron magníficamente hechos, casi se descubrió quién fue el ladrón. Después de varias indagaciones de la policía tras el presunto culpable, lo apresaron y Quique quedó libre de sospecha. Este desagradable episodio, con sus dos socios y compañeros no gratos, hizo que mi hermano se encontrara más a disgusto, si cabe, en la tienda. Para colmo, salía por las noches con amistades poco recomendables y volvía a las tantas. Así que yo, con la vida de crápula que llevaba él, y mi propuesta de trabajo que no acababa de cuajar, desilusionándome por completo, me lancé en esos momentos a solicitar el viaje en el Crucero, cambiando de aires y a la vez para meditar sobre mi futuro y sobre las ventajas y desventajas de vivir de mi arte.

Sigo contando anécdotas por medio de la escritura automática, método por cierto, muy gratificante, sobre todo a los que no tenemos mucha idea de literatura, pues nos permite adiestrar la mente y agilizar la imaginación y reflejos. Por fortuna, en cuanto a mi salud, he crecido sano y fuerte. Practico algún deporte en los ratos libres, sobre todo el nadar a braza, pero he de cuidar mi alimentación, evitando los azúcares y administrándome con regularidad las dosis de insulina, de lo que se ha encargado siempre mi familia. Mi padre, o bien mi madre o mi novia, con la que acabo de romper hace poco, no han tenido problema en hacer de practicantes; yo, por desgracia, no sé si por fobia o pavor, no he podido nunca pincharme. No resisto verme introducir la frágil aguja por mi piel. La glucosa en sangre es mi único problema, pero supongo que todos, a lo largo de nuestra vida, tenemos que cargar con alguna cruz. Durante este crucero, al decidir embarcar, tendré que responsabilizarme yo mismo del tratamiento. Estaré bien atento a todos los detalles. No apartaré mis ojos, aunque me cueste, del pinchazo.

Mientras paseo por este pasillo lleno de intriga, veo de vez en cuando escenas algo sospechosas, como una mujer madurita de uno de

los camarotes del final, creo, que parece perseguir con insistencia a un hombre y da la impresión de que éste intenta despistarla. Una de las veces, el hombre calvorota, corre hacia el baño con pantalones naranjas que parecen escapársele de sus piernas, gafas y un considerable mostacho. Por fin, se ha metido en otro camarote. Ella lo ha mirado, primero con ánimo de saludarlo y luego con cara de asombro parándose en seco, como si ya no fuera su presa, ¿qué se puede pensar del asunto? Yo juraría que el pavo se ha disfrazado para librarse de la interfecta, pero... pasan tantas cosas raras por este pasillo.

¡Hummm, vaya! qué maravilla de brisa marina. No respiraba así desde el año pasado cuando fui de vacaciones a la playa. Estoy consultando el itinerario del viaje y me llama la atención un punto pequeño cerca de Barcelona. Prácticamente acabamos de salir del puerto. El sitio este se llama Muchobién. Nunca lo he oído, aunque está algo borroso en el mapa. Si existe ese pueblo debe de estar de puta madre, llamándose así. Pero qué va... éste no es el itinerario de nuestro crucero, ya me extrañaba a mí. Por un momento me ha venido a la cabeza un pueblo de la Comunidad Valenciana. Se llama Muchamiel. Allí veraneé de chico con mis padres en una casa rural fantástica. Así empezó mi afición por el dibujo. Leíamos en los atardeceres cuentos antiguos con ilustraciones increíbles.

Bueno, voy a entrar al Camarote a asearme un poco. Desembarcaré en cuanto pueda, donde solicitaré alguna lancha que, supongo, la agencia pondrá a mi disposición, para adentrarme en recovecos donde el barco no pueda pasar, qué emocionante, lugares recónditos donde casi nadie haya accedido, ecos misteriosos de aguas estancadas con remolinos que intentan tragarse a roedores hambrientos, pesadillas vivientes que me saquen de la monotonía y de lo cotidiano. ¡Uff! casi me dejo llevar por la fantasía. Ahora que caigo, antes que la devoción, la obligación. A pincharse tocan. Me prepararé los trastos de matar: “Ya está dispuesta la jeringuilla con su dosis. ¡Ah, mira! mi padre, siempre tan previsor, ya me ha facilitado la faena, a ver, cogeré un pellizquito con la izquierda. No, mejor con la derecha. En esta zona parece que tengo más carne, vaya aguja fina, si casi no se ve, anda, cobarde, gallina, cagao... si te viera ahora la novia así temblando... bueno, la ex. ¡Venga, ya! Ahí va, si ya me la he puesto, ¿ha entrado todo? He sido capaz de tirarlo. No. Ha entrado todo. No me ha dolido ni el líquido ni el pinchazo. Lo he conseguido. Es formidable. Ahora a guardar los bártulos. ¡Uy!, ¡qué caja! nunca

me había fijado, claro, como me da tanto repelús cuando me pinchan. Parece una tabaquera antigua, o bien, un joyero enorme. Cómo brilla y cómo pesa. Bien, ya está”

Permanecí sentado, mirando al vacío con las pupilas vidriosas como el mar que me esperaba fuera, sin pedirme respuestas ni merodear en mi interior. Era como un adolescente sumiso con el ceño entre rebelde e infantil. Alargué el brazo pesadamente y abrí un botellín de cerveza que bebí sorbo a sorbo con movimientos torpes y amormados. Necesitaba dormir. No podía leer, ni dibujar, solo pensar, soñar despierto. ¿Habría llegado ya, no sabía cómo a Muchobién? ¿En la lancha? No sé, la verdad es que me encontraba bastante atontado... qué sopor. Era un pueblecito alucinante, con una iglesia renacentista pequeña, lleno de tiendas, con stands por fuera, ropa de colores y flecos, colgada de perchas, que no eran perchas, sino ganchos pintados de brillo, imitando figuras de enanos chepudos y gigantes bajitos con brazos de atletas que sujetaban en el aire las mangas de los trajes. Al lado en el suelo, botijos panzudos y toda clase de recipientes de barro natural; otros, en esmalte verde y amarillo con gallos, pájaros de dos cabezas, dragones con pinchos y gorriones de pecho dorado. De pronto, entre cientos de cachivaches, descubrí a una muchacha con el rostro de mulata de porcelana café claro con leche, con falda de volantes, blusa blanca y escote fruncido, ¿qué es aquello? Mira por donde, también llevaba un foulard semejante al mío con flecos y azul turquesa intenso. Sacaba brillo a ollas de cobre de todos los tamaños. Creo que el dueño sebooso y mandón, le llamó Madelein, mientras movía sus caderas y hacía brincar suavemente sus pechos al compás de los colgantes de su dorado cinturón. Tomó de la alacena situada arriba una caja plateada. La frotó y la dejó en una repisa de más abajo, al lado de un escritorio antiquísimo con su pluma y tintero. Todo en plata repujada, como la caja. Debía de ser valiosísimo, pues yo sabía el inmenso trabajo que requerían esas manualidades que databan de los primeros siglos de la Era Cristiana. Los bureles de distintas puntas y tamaños, el relleno de los volúmenes en dibujos calcados sobre papel vegetal y las láminas de plata. La chica al verme me mostró su dentadura acabada de lustrar, a juzgar por la brillantez de su sonrisa. Me hizo un gesto con su mano diminuta, incitándome a entrar en ese mundo secreto de Ali Babá, corales convertidos en pendientes, pulseras hechas a mano por algún nativo. Me fijé que ella llevaba dos, igual que el número de mi camarote; collares largos de cuentas de mil

colores y de diferentes diseños; gemelos de amatista con un brillante falso en el centro de la piedra, fascinantes, primitivos. Cariñosa, me los puso en la camisa morada, cómo resplandecía. Hice además de rechazarlos, pero no pudo ser con esos ojos azulados tan limpios, el ofrecimiento era un regalo venido del cielo. Me envolvió con el embrujo de sus brazos, me besó con las caricias de sus cabellos entre notas de flautas y mandolinas. Seguía grabando curvas diferentes en su boca naranja, balanceándose a la vez, quitándome el foulard con provocación, ajustándose ella alrededor de su leve cintura... Pero, yo, ¿era en realidad Máximo? ¿dónde estaba? No veía la espuma de las olas, ni la lancha que me tenía que introducir allí, ¿era un lugar oriental? ¿Marruecos? ¿tal vez La India? No, no, qué va, qué disparate, estábamos en Europa, o ¿quizá no? La chica de tez algo morena no había pronunciado palabra. No me había dicho buenas tardes, o buenos días, o qué desea. Nada. solo su danza sensual y sus jugosos labios. Antes el dueño seboso gritó sin acento alguno: ¡Madelein! Ningún letrero que indicase el idioma o la ciudad donde me encontraba. En la puerta de la tienda un escueto aviso en el que se advertía, por una señal de prohibición y un cigarro atravesado, que no se permitía fumar en aquel entorno.

Recordé por un instante que yo quería visitar Muchobién y, hacía rato, había creído ver ese nombre incrustado en un pedrusco grande del camino que tenía en la parte superior derecha de la piedra, una sirena en relieve con sus largos cabellos formando un oleaje cobrizo. Se chapuzaba y movía los hombros de forma intermitente, primero uno, después el otro, y así alternando hasta esconderse por un hueco de la enorme piedra y reaparecer cual si fuera un gracioso reloj de cuco.. Pero naturalmente dudaba, no era seguro, aunque todo lo que me había sucedido allí hasta ese instante se me antojaba milagroso, magnífico. En fin, estaba muy bien, muy a gusto, en extremo relajado. solo oía sonidos de aves comunicándose con sus desplumados hijos, y me acordaba de un tintineo agradable al entrar en la tienda de la chica y también el tono suave y melodioso de las mandolinas y las flautas. No recordaba ni la algarabía de la gente, a pesar de haber visto muchas personas caminando por allí lentamente, ni ruidos de coches o carruajes de caballos. Había perdido la noción del tiempo y del espacio. Una de las veces, creí ver entre la muchedumbre al compañero de la tienda de modas donde trabajaba mi hermano Quique, un hombre algo mayor que él, de cara siniestra y pómulos salientes. Asimismo, ese individuo estuvo en el juicio del collar y

también era uno de los sospechosos, por cierto con antecedentes penales, pero al final varios testigos declararon a su favor y se libró por chiripa de aquella acusación. ¿Y el otro muchacho, que eran uña y carne, más joven, regordete y con cara de retrasado? Pero, ¿qué pintaban ellos aquí? Tal vez me he equivocado, quizás con tantos rostros pululando entre el mercadillo ambulante... pero, no, no. Seguro. Eran ellos, eran los malvados. Los vi con mis propios ojos. La chica advirtió que el pequeño entraba, corría hacia ella; ¡No! hacia ella no. Iba directo a la caja de plata, pero la muchacha con parsimonia, la cogió sin agobio, subiéndola por encima de su cabeza, con movimientos acompasados, graciosos, cambiándosela de un lado a otro, como si pretendiera hipnotizar, mientras bailaba la danza del vientre y los transeúntes miraban embelesados. De pronto, el de cara siniestra disparó con efecto una flecha que, serpenteando entre varias cabezas, se clavó certera en la sien de mi chica, de mi adorada bailarina, de mi Madelein, de la bella dependienta que había despertado mis pasiones más profundas y carnales. vi brotar la sangre entre los rizos de sus cabellos, vi cómo goteaba el líquido sobre el foulard, borrándose el dibujo primitivo y quedando la tela salpicada de lunares sepia, pero no distinguía bien. Alrededor, los rostros nublados reían, hacían muecas, retorcían sus manos huesudas, como si hubiera sido un sueño, como si hubiera sido una pesadilla, o... a lo mejor era verdad. Estaba hecho un lío. Entonces me di cuenta de que esa misteriosa caja era parecida, yo diría que igual, a la mía de mi tratamiento de la glucosa. El individuo desapareció entre los vapores del incienso que flotaban por la tienda.

De súbito, escuché un chirrido extraño al lado de mi cama y me removí en el asiento mientras fumaba un cigarrillo. Para mi sorpresa yo, aunque confuso, seguía allí cerca del ojo de buey, en mi camarote nº 2, con la televisión cerca, pero agradecía oír el silencio. Estiré las piernas entumecidas por el largo periodo de tiempo que estuvieron dobladas. Los brazos no los pude estirar, ¿qué me pasaba? Era como si estuviese atado, o ¿el cansancio me impedía moverme? Absorto en mis pensamientos, tan pronto tenía ganas de cerrar los ojos para concentrarme en esas visiones tormentosas de hacía unos minutos, como de restregármelos con fuerza para conseguir espabilar el bombo de mi mente enmarañada con mil enredos. De repente, noté como si alguien se deslizase por el suelo de madera, un reptil silencioso provisto de un imán. Como si fuera brujo adiviné de quién se trataba



-sin duda, llevaban días espíandome- y se me fueron aclarando poco a poco las ideas al escuchar estas palabras:

-¿Has comprobado si está la droga en el doble fondo de la caja?

-Sí, jefe, pesa un montonazo, hemos pillado un pastón, fijo. Verá qué chasco se va a llevar Quique cuando busque el botín y vea que ha volao. Y el pringao de su hermano sin enterarse de nada, qué demasiao.

Noté una brisa fresca y ese olor a humedad que se respira en alta mar. Creo que una especie de zarpas me arrastraron hacia el exterior y semiinconsciente divisé, algo después, cómo un foulard de flecos grises se divertía enredándose con las olas.

Tras esta experiencia entre psicodélica y fascinante de la que, por suerte, he salido ileso, pienso marcharme del barco en la primera escala, sin ni siquiera investigar el asunto de los ladrones, porque además involucraría a Quique en la película, vaya plan. Lo que más rabia me ha dado es que el foulard se me haya caído al agua. Era un souvenir de un lugar paradisíaco y regalo de una hermosa muchacha. Lástima que la maravillosa historia que he creído vivir haya sido de ficción, una intensa mentira que siempre recordaré como si fuese real, aunque yo me encargaría de salvar a la chica aún a costa de mi vida.

Lo más probable es que abandone pronto el Crucero. Charlo de nuevo con Jaime, o James, o como quiera que se llame. Es majo, lástima que se le nota, al menos yo, que está bastante majara. Me da varias direcciones de hoteles en Génova, también de Roma por si las monedas de la fuente me hacen volver. Florencia es donde ha ido mi amiga la filóloga, la morenaza del camarote 1, que, por cierto también la estoy viendo correr de acá para allá, intrigada y como si persiguiera a alguien ¿habrá abandonado a su compañero con melena de aristócrata? Me dio la impresión de que huían para perderse por Florencia. ¡Quieto, Máximo! Lorena viene hacia aquí:

-Oye, Máximo, -me dice sofocada- ¿sabes algo del húngaro?

-¿De qué me hablas, Lorena, te refieres a ese tal Laszlo? ¿No era con el que te fuiste a Florencia? Al menos, eso me pareció.

-Ya, hombre, pero yo me refiero a esta mañana, -me dice, pinchándose con sus pestañas tiesas como alambres.

-¡Uy, para adivinanzas estoy yo! He pasado la noche en Muchobién y llevo todavía un pedo que ni te cuento.

“Menos mal que corre que se las pela, mirando a derecha e izquierda. A ésta se le ha ido la olla”

Jaime sigue hablándome. Me dice que había ido a Florencia por primera vez hace cuatro o cinco años y le impresionó. Le entusiasma la Galería de los Uffici, los numerosos escultores y pintores como Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, y muchos más. También fue a Nápoles y me habla sin parar de la canción napolitana, la plaza, los rincones, el funicular, el antiguo metropolitano. Entre todos esos recuerdos, me comenta tragedias de sus interminables y oscuros encierros en algún centro, los desfiles de psiquiatras que lo atendieron. Me confiesa que aunque todos le llaman Jaime, su verdadero nombre es Jaume, pero un día que se le cruzaron los cables, decidió llamarse James, igual que un famoso agente secreto. Sus padres confiaban que en El Crucero se distraería y podría comunicarse con gente culta y de todas las edades, y animarse con mil atracciones del moderno navío; hablar de la mujer italiana, ¡mamma mia! Sophia Loren en sus buenos tiempos.

Se ha hecho algo tarde y me encuentro destemplado, así que intentaré dormir esta noche. Estoy demasiado intranquilo por Quique. Si logro conectar con él con mi móvil, haré lo posible por librarle de su equivocación y después proseguiré el viaje en el Ítaca hasta el final.

Tampoco he hecho acto de presencia en los comedores. Tomé un yogur antes, en el camarote. He salido un momento a respirar el yodo del mar en la cubierta. ¡Ítaca! qué bonito nombre para un barco. Miro con atención a las nubes que se desplazan recibiendo órdenes del viento y se visten como niñas caprichosas, cambiándose a cada momento de ropajes y de estilo. La mayoría de “los corazones solitarios” pienso que ya se hallarán en sus camarotes en parada súbita. Más de uno con arritmias y taquicardias. Las aventuras en los cruceros, me han contado, pueden ser de infarto.

Yo, poco a poco, me voy librando de las pesadillas y del rencor hacia esos tipos que ahora, no me cabe duda, trataban a mi hermano como un guiñol al que hacían bailar al ritmo que se les antojaba. Me parece mentira que Quique, mi hermano mayor al que yo consideraba mi ídolo, se haya dejado embaucar por esa pandilla de parásitos viciosos. Debo tranquilizarme. Miro con desánimo el panorama gris violáceo solo alterado por una bandada de pájaros migratorios. Unos pasos rápidos me sacan del ensimismamiento. Es Lorena de nuevo, con la melena despeinada, pálida, la misma ropa de antes y con ojeras pronunciadas. “No ha pasado la noche en su camarote” -pienso. Me hace una mueca desdibujada que quiere aparentar tranquilidad, y al fin me pregunta:

-Hola, ¿sigues sin haber visto al húngaro? Un no a secas es mi inexpresiva respuesta.

Pero, la verdad, a mí no me parecía húngaro ni nada de eso. Más bien me recordaba a Peret, el rumbero catalán, antes de pasarse a lo místico. Bueno, ella verá, si la ha dejado plantada, con su pan se lo coma. Estas chicas tan liberales...



*El mejor amigo del hombre*

*“-Sí, sí, yo sé donde está. Yo sé donde está. Lo he visto. Sé lo que es. Yo te ayudo. Tengo que salir. Tengo que ir a buscarlo. Lo cogeré y se lo daré a él para que te lo lleve. Tengo que bajar. Tengo que bajar.”*

### *CAPÍTULO 3: NÁPOLES*

*Donde el joven del camarote nº 3, que se hace llamar James, cuenta sus venturas y desventuras en la alucinante ciudad de Nápoles y su romance con una rusa llamada Jasmine.*

*Autor: Enrique Romero Portilla*

Mi nombre es James, James Bondell. Viajo en el Ítaca, un barco que bajo la apariencia de un tranquilo crucero por el Mediterráneo esconde grandes intrigas internacionales. El destino del mundo se está jugando en este momento en un cruento tablero de ajedrez y algunas de las jugadas más importantes están teniendo lugar aquí.

Desde el primer momento supe que me encontraba a bordo por algo. Algo que desconocía pero que tenía que averiguar.

Fui embarcado en Barcelona. Los que dicen ser mis padres me trajeron en su enorme coche negro. Según ellos un crucero de placer me ayudaría a rehacer mi vida, pero ya no me fiaba de nadie y pensaba que en realidad iban a volver a llevarme a esa siniestra institución psiquiátrica donde me tuvieron ingresado durante un año para lavarme el cerebro a base de fármacos y extrañas terapias. Afortunadamente mi mente es fuerte y aún guardaba la suficiente cordura para no olvidar quién soy realmente y en cuanto esos señores despidiéndose de mí en el muelle desaparecieron en el horizonte al hacernos a la mar, me fui al camarote, saqué todos los medicamentos, y como quien arroja las cenizas de su pasado, fui lanzándolos a las aguas uno por uno. Adiós al Haloperidol, al Largacil, al Meleril, y con ellos también dije adiós a mi falsa personalidad de perpetuo opositor a notarias y a mi falso nombre: Jaume Bondell.

Luego me puse la chaqueta blanca y me fui al casino. Sabía que era allí donde se reunían los espías y conspiradores. Durante los primeros días del viaje me dediqué a observar, a analizar al resto de los pasajeros. Tenía que descubrir qué es lo que se estaba cocinando allí, y cuanto más me fijaba más cosas raras veía a mi alrededor. Gente que se intercambiaba mensajes en clave a base de guiños y gestos enigmáticos. Gente que se callaba sospechosamente cuando me cruzaba con ellos. Gente que me observaba desde lejos.

Pero ayer por la noche empezó la movida en serio. El tipo del camarote de al lado, un tal Máximo, se hizo el encontradizo conmigo y, como quien no quiere la cosa, me contó una historia alucinante que

le acababa de ocurrir. Iba de gánsters, tráfico de drogas y el asesinato de una mujer. No me enteré muy bien porque el hombre estaba acojonado y me hablaba entre susurros mirando a cada momento para uno y otro lado y porque al parecer él tampoco se había enterado muy bien de qué coño iba la vaina pues le habían suministrado una potente droga.

Me dijo que en ese viaje estaban ocurriendo cosas extrañas, que la del camarote anterior al suyo le había contado también una historia de espíritus, aparecidos o algo así, y que pensaba abandonar el barco en cuanto pudiera.

Mientras hablábamos he visto que alguien nos estaba observando. Era un miembro de la tripulación. Uno con la cara redonda, un enorme bigote y una expresión de ser el malo que lo flipas. Nada más verle me di cuenta de que ese tipo malencarado estaba en el ajo.

A mí no me extrañó en absoluto todo lo que el tal Máximo me había contado, porque ya sospechaba desde el primer momento que allí había gato encerrado, así que esta mañana, al desembarcar en Nápoles, en lugar de subirme con todos al autobús para ir a ver el Vesuvio, Pompeya y esas cosas, me puse mi gabardina de pasar desapercibido y unas gafas de sol, para espiar yo a al tipo que nos espía ayer a ver si averiguaba qué narices estaba pasando.

Oculto tras un enorme periódico me apoyé en un farol frente a la escalerilla a esperar a que saliera para seguirle. Como hacía un sol de justicia me estaba asando dentro de la puta gabardina, pero las cosas hay que hacerlas bien o no se hacen. Al cabo de buen un rato de estar allí le vi salir, y silbando disimuladamente le seguí. Él no me reconoció gracias a que llevaba las solapas levantadas. Para eso sirven las gabardinas.

Lógicamente cuando sigues a alguien hay que hacerlo sin que se dé cuenta. Hay que ir mirando para otro lado y controlándole con el rabillo del ojo. Haciendo como que miras los quioscos de prensa o los escaparates, pero sin perderle de vista. Todo esto lo sé gracias a un libro titulado “Manual del espía perfecto” que me regalaron cuando era un crío. Allí aprendí también lo de hacerle un agujero al periódico que finges leer para ver al tipo al que estás vigilando. Ese truco lo practiqué a menudo para espiar a los curas del colegio y alguna que otra hostia me gané por taladrar los libros de texto.

Lo malo de todo esto es que tienes que andar con mil ojos porque a la menor de cambio te tropiezas con un bordillo o te pegas

contra una farola, como me ha pasado esta mañana. Menudo golpe. Me quedé medio grogui, y lo peor es que al levantarme del suelo había perdido de vista al tipo del bigote.

Seguí andando por la calle por la que se había metido a ver si lo encontraba. Era un barrio de callejuelas estrechas llenas de casas viejas con ropa tendida y gente malencarada que me miraba amenazadoramente. Al poco rato me había perdido por completo. Estaba totalmente desorientado. Saqué el mapa de Nápoles que había cogido al salir del barco y me metí en una pizzería cutrísima a preguntar.

-Prego. ¿Posse vosé marcare in questo mapetto uondo estari nosaltres? - Le dije haciendo gala de mis conocimientos de italiano, aprendidos sobre todo a base de oír las canciones de Eros Ramazzoti.

Y va el tío y me señala en el mapa un lugar llamado barrio de los españoles.

Me quedé de piedra. ¿Sería que el bigotes sabía que le estaba siguiendo y me había hecho ir hasta allí porque soy español? Estaba claro que aquello no podía ser solo una casualidad.

Entonces le pregunté al pizzero por el hombre del bigote pero debía ser algo sordo y no me entendía, así que le dibujé en un papel la cara del tipo ese. Modestia aparte siempre se me ha dado bien el dibujo. De hecho quería estudiar bellas artes, pero mi padre, o más bien el que dice serlo, se puso pesado con que tenía que ser notario como él y me hizo estudiar derecho, y en el CEU nada menos. ¡Qué calvario! Ahí empezó a torcerse mi vida.

Bueno, a lo que iba, el caso es que el pizzero, al ver mi dibujo se echó a reír como si entendiera, pero lo que hizo realmente fue darme una pizza con anchoas. Creo que la cara redonda y el mostacho de mi dibujo le debieron confundir. Se la pagué, muy cara por cierto, y salí de allí.

Mientras buscaba una papelería donde tirarla, no fuera a estar envenenada o le hubieran puesto drogas como habían hecho con el pobre Máximo, y no hay nada peor en el tema de las drogas que no saber lo que te metes, me di de bruces con una cesta que bajaba del cielo atada a una cuerda. Miré para arriba alucinado y una señora me increpó desde el cuarto piso en una jerga incomprensible. Parece ser que allí es normal subir y bajar cosas dentro de esas cestas desde las ventanas como si fueran montacargas, para no tener que subir las escaleras ya que las casas no tienen ascensor. Incluso pasan los vendedores y las señoras negocian a voces la compra y luego bajan la



cesta con el dinero y ellos les ponen la mercancía en ella. Casi todos los balcones y ventanas tienen su cesta con la cuerda recogida colgando de una alcayata en la fachada. Es una cosa digna de verse.

Bueno, a lo que iba, pues resulta que en esa cesta con la que me choqué, lo que la señora bajaba a la calle era su perrillo, supongo yo que para que hiciera sus necesidades, lo que, a tenor de la generosa abundancia de excrementos caninos que salpican el adoquinado, debe ser una práctica habitual. Pero digo yo que no estaría mal que adiestraran a los chuchos para que ellos mismos recogieran sus deposiciones con la consabida bolsa de plástico negro.

El caso es que el animal, nada más llegar al suelo saltó de la cesta y se vino hacia mí gimiendo con la lengua fuera goteándole. Desde luego, estaba bien enseñado el hijo puta. Le di la pizza y se la zampó en un segundo sin dejar ni los rabos. No veas qué hambre tenía el condenado. Luego ya no se separaba de mí. Entonces le enseñé el retrato robot y nada más verlo salió corriendo cuesta arriba cosa mala. Y yo detrás echando los bofes. En las esquinas me esperaba ansioso y cuando llegaba asfijado junto a él, el tío echaba a correr de nuevo. Yo empezaba a sospechar que realmente esa pizza debía llevar algún tipo de droga y que el perro no me estaba llevando a ningún sitio, sino que estaba flipando en colores, pero al final se paró delante de un viejo taller de coches medio abandonado y se puso a rascar la enorme puerta de chapa oxidada gimoteando.

Una vez recuperé el resuello llamé al timbre. Había decidido preguntarle directamente al tío del bigote que qué coño estaba tramando, pero va y me abre una rubia despampanante con unos leotardos de piel de leopardo ceñidos y una camisa dorada súper ajustada que quitaba el hipo. Reconozco que me quedé descolocado. Intenté decirla que si había visto a un tipo sospechoso con bigote, pero como a mí las mujeres, sobre todo cuando están de toma pan y moja como ésa, me dejan agilipollao perdido, no supe decirla más que cosas como pe...pe...perdone señorita, esto, ejem, usted, por casualidad, esto, no habrá visto...

Y antes de que pudiera terminar mi pregunta, ella, como si me estuviera esperando me sonrío, me agarra de la solapa, me mete para dentro y me hace subir unas escaleras estrechas y oscuras mientras iba hablándome susurrante en un idioma extraño que yo enseguida reconocí. Era ruso clásico.

Llegamos a un pequeño saloncito muy repolludo que olía a ambientador de cine cosa mala, iluminado a duras penas por una

preciosa lámpara de pantalla roja cuya base era una estatua a tamaño natural en escayola imitando bronce, bastante descascarillada por cierto, de la sirenita de Copenhague. Entonces me invita por gestos a sentarme en un sillón con forma de labios de mujer operada y me ofrece un cigarrillo mentolado, y mientras fumamos se pone a preparar unas copas. Estaba claro que era una espía, no había más que verla, así que, poniendo la voz más profunda que pude le fui a decir lo de un Martini seco, agitado, no revuelto, pero, entre que no acostumbro a fumar, y el humo me estaba matando, y el intentar forzar tanto la voz, me dio un ataque de tos que por poco no me ahogo.

Entonces ella, con mucha delicadeza, me llevó hasta su cama, me hizo que me tumbara y me quitó los zapatos. Luego me trajo la copa y me la bebí de un trago. No sé que coño sería pero ardía como el puto fuego.

Una vez repuesto voy y le digo lo de mi nombre es James, James Bondell, y va ella y empieza a desabrocharse los botones de la camisa mientras me mira fijamente con unos increíbles ojos color azul infarto de miocardio diciéndome que ella se llama Jasmine.

Yo lo flipaba. Ser agente secreto es realmente alucinante. Lo había visto en las películas, pero esa era es la primera vez que me pasaba a mí lo de “la espía rusa que está como un tren y se enrolla con el prota sin preámbulos ni leches”, como en la peli esa tan buena que se llamaba “la espía que me amó”.

Cuando me quise dar cuenta estábamos retozando como fieras sobre un colchón de aguas turbulentas. Ella era una auténtica tigresa de Bengala ronroneándome al oído cosas en ruso que yo no entendía, pero su profunda y dulce voz se me fue metiendo hasta los mismos túétanos neuronales del cerebelo más primitivo.

Cuando acabamos el combate de amor y sexo, fifty fifty, nos quedamos tendidos cuan largos éramos mirándonos en el espejo del techo mientras las aguas del colchón volvían a su cauce y serenaban su oleaje, fumándonos el protocolario y obligado cigarrillo post-coito.

Entonces me di cuenta de que la cama tenía forma de corazón y de que en el fragor de la batalla esa mujer felina me había dejado el pecho tan surcado de arañazos que parecía una de esas misteriosas llanuras de Nazca donde los incas hacían enormes dibujos para que los vieran los marcianos. Y como, entre las muchas enfermedades que padezco, sufro de dermatitis idiopática, que aunque por el nombre parezca un insulto, en realidad es una reacción alérgica exagerada a los arañazos, empecé a sentir un escozor creciente por todo el cuerpo

que me estaba matando. Le pregunté a Jasmine que si tenía polvos de talco para echarme y aliviarme los picores, pero ella debió malinterpretar mis palabras y me contestó riendo:

-¿Tú querer más polvos? ¡Olé toro espagnolo! Debes de tener molta pasta.

Agradecí el piropo que me recordó a mi infancia, cuando todas las mujeres mayores me decían que qué rico era, y pasé al baño para buscarlos yo mismo. En el armarito encontré un bote de polvos de talco perfumados de color azul cielo. Olían a insecticida canino, pero como no estaba para remilgos me empolvé bien empolvado todo el torso, y como notara también escozores por la espalda y el nalgatorio me miré en el espejo y vi que, amén de tener la retaguardia peor aún que la vanguardia, sobre la nalga izquierda aquella mujer pantera venida del frío me había dibujado con las uñas, entre otros muchos rayajos sin sentido, una zeta claramente definida dentro de un círculo como hacía “El Zorro” legendario con sus enemigos, aunque en este caso se trataría más bien de “La Zorra”, con perdón por la connotación peyorativa que tiene dicha expresión. Pero estaba claro que esa señal, dado el lugar donde me la había ubicado, no era para que yo la viera por lo que de inmediato sospeché que quizá Jasmine fuera una espía doble y quisiera usar mi cuerpo serrano como soporte pasivo sobre el que enviar un mensaje secreto a alguien, seguramente al bigotudo con cara de pizza. ¿Qué significaría entonces esa zeta? ¿Sería algo relacionado con Zapatero, el ex-presidente del gobierno español? ¿Querrían hacer un atentado contra él? ¿O sería más bien algo sobre zombies que iban a dominar la tierra?

Me asomé sigilosamente y la vi hurgando en los bolsillos de mi gabardina. Era evidente que algo olía a podrido en Dinamarca y no solo la sirenita de la entrada. Tenía que huir de allí. En el cuarto de baño había un ventanuco estrecho que daba a la calle. Como estaba en porreta picá improvisé una especie de túnica con la cortina del baño, que, aunque era azul transparente, algo me tapaba las vergüenzas con los dibujitos de sirenitas que la adornaban. Salí por allí como pude con la intención de deslizarme por el tubo de la bajante de aguas que iba pegado a la fachada, pero como estaba lleno de verdín húmedo me resbalé y caí demasiado deprisa hasta dar con mis huesos sobre un contenedor de reciclado de vidrio que había abajo, volcándolo con gran estruendo de cristales rotos, lo que hizo que ella se asomara por la ventana y al verme huir se puso a chillar como una loca, y al instante salieron del taller de coches dos maromos como dos armarios

roperos y se me vinieron encima con aspecto de tener malas intenciones respecto de mi integridad física.

Eché a correr calle abajo como alma que lleva el diablo y cuando creí que les había dado esquinazo me los veo venir montados en un Fiat del año de la Tana a toda hostia chocando a diestro y siniestro con todo lo que se les ponía por delante, sacando por la ventanilla un escopetón del copón bendito a modo de lanza en ristre de combate medieval mientras por el techo solar del coche asomaba Jasmine, cabellera al viento, gritando y señalándoles el camino.

Creyendo llegado mi final me meto en un garito para ver si podía darles esquinazo y me veo de pronto rodeado de un montón de tíos borrachos como cubas, entonando extraños cánticos, ataviados con todo tipo de pingajos azul celeste y con la cara y el cuerpo pintados del mismo color.

Como mi vestimenta era también estrafalaria y azul y yo mismo iba empolvado a juego pasé desapercibido y me aceptaron como uno más. Bebí con ellos mientras veía a los espías subir y bajar la calle en su Fiat destartalado buscándome con cara de pocos amigos. Entonces me di cuenta de que en la pared de aquel tugurio había un emblema que se repetía sin cesar. Era una ene dentro de un círculo. Estaba claro que era la misma marca que me había hecho la espía en mis posaderas, pero yo la había interpretado como una zeta porque me la escribió cuando estaba tumbado y la veía de lado. Sentí que estaba cerca de descubrir aquel galimatías. Intenté preguntar a alguno de aquellos energúmenos pero era completamente inútil, solamente gritaban, cantaban y se abrazaban sonrientes entre cerveza y cerveza. Creo que eran de alguna secta. En un momento dado fueron saliendo todos del garito y yo con ellos, porque, como decía mi abuelo, en el rebaño es donde mejor se puede esconder una oveja. A medida que salían iban cogiendo cada uno una bandera azul con el mismo símbolo. Yo hice lo propio y nos metimos todos en un autobús que también era completamente azul celeste y tenía esa ene dentro de un círculo en todas sus ventanillas.

El autobús nos llevó por las calles de Nápoles y la gente nos saludaba. Luego fuimos hacia las afueras y nos metimos en un enorme embotellamiento. Había mucha gente con las mismas banderas con la ene y el círculo. Se me ocurrió pensar que quizá el asunto fuera cosa de marcianos y toda esa gente se dirigía a un descampado en donde iban a aterrizar los ovnis, para darles la bienvenida. Las sectas son así de raras.

Finalmente paramos en un gigantesco parking lleno de autobuses. Yo aproveché el gentío para escabullirme y abrirme de allí. Tengo oídas muchas cosas sobre abducciones de extraterrestres y no estoy dispuesto a que hagan experimentos conmigo y luego me toque parir un marciano. Además lo mío son los temas de espionaje y tíos malignos de esos que quieren dominar el mundo, pero humanos, no de fuera.

Me fui campo a través para volver a la ciudad, pero como iba descalzo me estaba destrozando los pies. De pronto me encontré metido en medio de una gigantesca montaña de basura. Entre la infinidad de detritus de todo tipo había un montón de ropa usada y aproveché para rebuscar algo que ponerme, pero no sé por qué toda las prendas eran de los años sesenta. Pillé unos pantalones rosas acampanados y una camisa con chorreras y con unas enormes solapas. Más vale ir vestido aunque sea así que en pelotas y envuelto en una cortina de baño transparente.

La verdad es que con la ropa que me había puesto y el tono azulado de mi piel, más parecía un zombie sesentero que otra cosa.

Aquel vertedero era infinito. Iba caminando por él buscando el camino de regreso a Nápoles cuando de pronto me veo frente a frente con un montón de zombies como yo. Me dirigí hacia ellos para preguntarles, pero sin previo aviso me empezaron a increpar y a lanzar objetos contundentes de todo tipo. Me di la vuelta para huir de allí y resulta que detrás de mí había un grupo de ciudadanos con pancartas de protesta vociferando contra el vertedero. En un momento se organizó una batalla campal entre partidarios y detractores del mismo. Volaban por encima de mi cabeza objetos de toda índole y condición: Muñecas quemadas, escobillas de váter, patatas pochadas, discos duros de ordenador, y miles de cosas más.

Me escondí entre un frigorífico y una lavadora para que no me desgraciaran. Al poco se oyeron las sirenas de la bofia, luego gritos, carreras, tiros. Repté como pude y vi un coche de policía con las llaves puestas y sin bicho dentro. Estaban muy entretenidos rompiendo cabezas, así que sin pensármelo dos veces me monté en él y salí de allí haciendo ruedas. Ya sé que manganle un coche a la poli no es muy legal, pero si los agentes secretos tenemos licencia para matar digo yo que con mucha mayor razón tendremos que tenerla para estas otras cosas, sin duda de menor entidad, aunque no vengan explícitamente recogidas en nuestro convenio colectivo.

El caso es que el vehículo nada más arrancar se puso a aullar como un loco. No sabía como pararle la sirena. Di vueltas y vueltas por aquel gigantesco laberinto de basuras y de pronto apareció un helicóptero que me iluminaba con un foco y me decía cosas. Yo me puse nervioso, aceleré a tope hasta que mi coche pilló un bache y salió volando terraplén abajo y se empotró en un montículo de libros de texto. Salí despedido a muchos metros de distancia, lo cual me salvó la vida ya que al instante coche y libros empezaron a arder cada uno con su propia rabia acumulada en tantos años de oprobio.

Rodé montaña abajo y me quedé inconsciente un rato. Era normal. Tanta hostia tiene que causar algún mal a la salud por fuerza, incluso a un fornido y avezado agente secreto como yo. Estaba soñando que la rusa me besaba ardientemente en el entrecejo, cuando desperté sintiendo los lametones en la cara que me estaba dando el chucho come-pizzas. Era ya de noche.

-¡Hombre, tú por aquí!- le dije-. Me vienes de perlas. ¿A que vas a enseñarme el camino de vuelta a Nápoles?

Y efectivamente, el joven aprendiz de San Bernardo inició la marcha y yo renqueando me fui detrás, pero no bien habíamos andado unos cientos de metros cuando nos topamos de frente con un Fiat destartado que yo enseguida reconocí, y a ambos lados apostados estaban los espías rusos o de donde coño fueran, sonriendo con sus dientes de oro que brillaban como faros reflejando la luz de la luna.

El perrillo traidor se arrimó a ellos con la lengua fuera dando saltitos de alegría por el deber cumplido. Uno de ellos le dio una galleta en forma de hueso. El muy hijoputa me había vendido a los malos como un bellaco. ¡Hay que ver lo que hacen algunos por un bocado!

Me encañonaron con sus enormes escopetas mientras me decían cosas en su jerga que por supuesto yo no entendía, pero les contestaba muy digno que no me sacarían información ninguna porque había recibido adiestramiento especial para no hablar bajo tortura, aunque secretamente esperaba que no hicieran la prueba porque no estaba del todo seguro de que dicho adiestramiento fuera totalmente eficaz.

Entonces salió Jasmine del coche y se puso a discutir con ellos y la discusión subió de tono. Yo no domino el ruso, pero la cosa iba evidentemente del tema de si matarme o no. Creo que ella era partidaria de que no, lo cual agradecí sobremedida y atribuí a mi afamado sex-appeal.

-Jasmine, yo te puedo enseñar un fantástico mundo - le dije no sé por qué. Ella me miró y me dijo:

-Yo decir a ellos que tu no ser malo, que tu solo ser loco Quijote español olé.

En ésas estábamos pero las negociaciones se vinieron abajo cuando a uno de los espías, sin motivo aparente, se le escapó un tiro que le atravesó el pie, y el otro, al oler sangre y pólvora, perdió el control y se lió a disparar en todas direcciones sin orden ni concierto.

Jasmine gritó e intentó impedirle que me matara, con tan mala fortuna que recibió en el pecho una bala que iba dirigida a mí y salió despedida para atrás empujándome y cayendo ambos por un altísimo terraplén de basuras. Rodamos y rodamos a cámara lenta entre bolsas de plástico hinchadas por la fermentación que bullía en su interior. Yo la abracé para no perderla. Sobre su pecho brotaban sin cesar flores carmesí.

Al llegar abajo la llamé a gritos:

-Jasmine, Jasmine, no te me mueras.

Ella me miró, me sonrió y me dijo:

-Tú ser mi Quijote y yo ser tu Dulce Enea del Toboso.

Y diciendo estas palabras murió en mis brazos.

Quedé desolado, hundido. Luego una furia me poseyó y gritando al cielo juré fiera venganza.

Nunca en la vida había sentido tanto dolor agrupándose en mi costado. Perdí la cabeza, y ciego de ira empecé a subir de nuevo por la montaña de basuras para matar con mis propias manos a esos dos criminales, los cuales, al verme en tal estado se acojonaron y huyeron en su Fiat.

Volví a bajar a donde yacía Jasmine, pero para mi sorpresa ya no estaba allí, en su lugar me esperaba el puto perrillo traicionero.

-¿Y tú que quieres ahora? ¡Traidor hijo de puta!- Le dije con ganas de lanzarlo a tomar por culo de una patada.

El bicho se me acercó gimoteando y dejó en el suelo un extraño objeto que traía en la boca. Luego se me quedó mirando con cara de no haber roto nunca un plato. Era como si me hiciera un regalo para ganarse mi perdón. Cogí aquella cosa. Era una especie de recipiente de cristal con refuerzos de metal dorado, cerrado herméticamente, en cuyo interior había una masa negruzca.

-¿Y esto qué coño es?- le pregunté.

Él se limitó a torcer la cabeza y sacar la lengua mientras me ponía ojillos. Parecía estar realmente triste por lo ocurrido.

Seguramente el pobre no sabía lo que hacía cuando me llevó hasta mis perseguidores. Igual pensaba que eran unos amigos míos que me estaban buscando.

-Bueno, te perdono si me conduces a donde se han llevado a la chica.- Le dije. Pensaba que los malos se habrían llevado su cadáver para ocultar las pruebas de su delito, y quería encontrarles para darles su merecido.

El chucho levantó una oreja como si entendiera y dándose la vuelta echó a andar y yo tras él. Ya se sabe que el hombre es el único animal que se deja engañar dos veces por el mismo perro, pero así somos.

Caminamos por interminables senderillos entre granjas cutrísimas y desguaces de coches y luego por callejuelas de chabolas que bajaban hacia el mar. La vista era impresionante. El sol se había puesto y el cielo estaba lleno de jirones rojos como la sangre que se reflejaban en un mar que parecía de plata. Me paré un momento a disfrutar del espectáculo y me acordé de la frase esa que dice: “Ver Nápoles y morir”. Luego, cogiendo fuerzas pensé que ambas cosas no tenían por qué ser consecutivas. Vale, ya había visto Nápoles y ya me podía morir, pero no hacía falta que fuera inmediatamente, así que seguimos bajando hasta llegar al puerto.

Allí me senté en un banco frente al Ítaca. Tenía que pensar en qué hacer. No sabía si quedarme en Nápoles para perseguir y cargarme a los espías rusos que habían matado a Jasmine o proseguir mi misión a bordo, aunque en esos momentos de confusión no recordaba muy bien cuál era, pero pensaba que el extraño recipiente que me había dado el perro tenía su importancia en todo lo que estaba pasando.

Lo saqué del bolsillo para ver si descubría de qué se trataba y, para mi sorpresa, en el interior ya no había una masa negra, sino un líquido rojo que parecía sangre. Inmediatamente me di cuenta de que eso tenía que ser un cultivo de algún nuevo tipo de microorganismo para la guerra bacteriológica o un antídoto contra algún virus maligno como la Quimera de la película Misión Imposible II, y decidí que tenía que ponerlo a buen recaudo para que no cayera en malas manos y dejar los ajustes de cuentas para más adelante, ya que un agente secreto doble cero como yo no debe dejarse llevar por la ira ni por sus odios personales. Ya habría tiempo para ocuparme de esos malvados, al fin y al cabo, como dice el dicho, la venganza es un plato que se sirve frío.



En ésas estaba cuando vi que subía por la escalerilla del barco el tío del bigote, así que me despedí del perrillo y me fui tras él. Sin embargo, por culpa de los seguratas que me retuvieron en el muelle sin dejarme pasar debido a mi aspecto de vagabundo estrafalario venido del pasado, tardé bastante en subir a bordo, y cuando lo hice había vuelto a perder de vista al menda del bigote.

Fui a mi camarote y escondí el extraño recipiente en mi maleta. Al verme en el espejo me di cuenta de que estaba hecho un ecce homo. Me puse tiritas en las heridas hasta que gasté el paquetito que llevaba y salí a cubierta cuando ya el barco zarpaba de Nápoles. Apoyado en la barandilla, observé cómo se alejaba aquella alucinante ciudad y me prometí que volvería cuando concluyera mi misión para dar cumplida cuenta de mi venganza.

Entonces vi de nuevo al tío del bigote. Estaba hablando con la pasajera del camarote siguiente al mío. Me puse las gafas de sol y me aposté tras una esquina para vigilarle. Cuando el hombre se marchó le seguí sigilosamente por empinadas escaleras y largos pasillos, pero los pasadizos de un barco son un laberinto inescrutable y finalmente le perdí de vista de nuevo.

Al volver a mi camarote vi a mi vecina, la que estaba hablando con el Bigotes, y me di cuenta de que se parece mucho a Jasmine. Entonces una terrible sospecha me asaltó. ¿Y si el Bigotudo cree que ella es la espía doble rusa? Estaba claro que la vida de esa mujer corría un serio peligro, así que me he acercé a ella y disimuladamente, para que nadie se diese cuenta de que estábamos hablando, le conté lo que está pasando en el barco, aconsejándole que tuviera mucho cuidado, que mejor se encerrara en su camarote y no dejara entrar a nadie, y que si necesita ayuda que me avisara golpeando con los nudillos en la pared que separa nuestros compartimentos el S.O.S. en morse.

Curiosamente ella estaba tarareando la misma musiquilla melodiosa que no puedo quitarme de la cabeza desde hace días. Me suena muchísimo a alguna canción antigua pero no consigo recordar cuál es.

Todo es tan sospechosamente raro que he decidido encerrarme yo también, y pedir ayuda a mi Organización, pero como todos los canales normales de comunicación como el teléfono, la radio, el correo o Internet seguro que están vigilados, no tengo más remedio que usar el viejo e infalible método del mensaje en una botella.

Por eso he hecho este informe sobre lo que ha ocurrido y lo voy a meter en una botella de agua mineral y arrojarla por la ventanilla al mar.

Por favor. Ruego al que encuentre este mensaje que se ponga en contacto con la sede del MI5 en Londres. Pregunte por Moni Penny y se lo haga llegar para que sepan que hay una organización del crimen y del recontraespionaje internacional que quiere acabar con el mundo tal como lo conocemos con un virus maligno del que yo tengo una muestra, y que han matado a una compañera muy querida del servicio de inteligencia británico infiltrada en la KGB.

Yo esperaré atrincherado en mi camarote, es el número 3 del pasillo que llaman Bulevar de los Corazones Solitarios, desde donde seguiré mandando mensajes al mar explicando lo que vaya ocurriendo. Mientras llegan los refuerzos intentaré resistir el asedio instalando trampas anti-espías como me enseñaron durante mi instrucción.

Y esa maldita cancioncilla que no se me va de la cabeza...

Firmado: James B. Agente 0.7%

## ***Robo Sacrilego***

*Consternación en Nápoles. La alegría de los napolitanos por el contundente triunfo de su equipo de fútbol contra el todopoderoso Milán se ha visto empañada por una luctuosa noticia: El misterioso robo del relicario con la sangre de San Genaro, su venerado patrón. Los ladrones han aprovechado la relajación de la vigilancia, debida al enorme interés despertado por el partido de fútbol que tenía paralizada la ciudad, para introducirse en la catedral y llevarse la reliquia a pesar de estar protegida por una reja de gruesos barrotes, y misteriosamente sin que ésta haya sido forzada. La policía no se explica como ha podido ocurrir. Algunas fuentes aventuran que pudiera tratarse de un ajuste de cuentas contra la Camorra perpetrado por miembros de la mafia siciliana en venganza por el tema de las contratas de los vertederos de basuras.*

## *CAPÍTULO 4: SICILIA*

*Donde Sofía, la pasajera del camarote número 4, nos cuenta su atribulado viaje y lo que le aconteció en Sicilia con Saúl, el médico del barco.*

*Autora: María Antonia Saorí*

La oferta era tentadora, el texto decía: “Gran crucero por el Mediterráneo. Mitad de mitad de precio. Camarote individual”. Y poco más abajo añadía: “interior”.

Pero es al entrar aquí cuando comprendo lo que significan realmente los dos términos. Este espacio angosto, de unos cuatro metros cuadrados, y sin ventana a ningún lado, será mi alojamiento durante los próximos días.

Una hora después, con todo ya ordenado me quedo mirando mis manos, las siento ajenas. Muevo los dedos que responden como diez culebrillas largas y finas a los impulsos que llegan desde el cerebro. Abro la bolsa de aseo, cojo un algodón y lo impregno en acetona. Con cuidado, voy quitando el color rojo pasión de cada una de mis uñas. Las siento agradecidas, como si pudieran respirar nuevamente después de mucho tiempo. Saco unas tijeras, los pequeños cuartos de luna caen en el lavabo, a veces menguantes, otras crecientes, un poco al azar. Cuando termino los agrupo formando un montoncito. Tienen el tacto de un insecto disecado. Los arrojo al inodoro y tiro de la cadena. En ese momento pienso que si las hubiera cortado todavía pintadas, los pequeños restos de color hubieran simulado la coreografía de un ejercicio de natación sincronizada al desaparecer por el desagüe. Vuelvo a mirar mis manos. Con la lima suavizo las pequeñas aristas que han quedado. Me quito el anillo de oro con forma de sirena que llevo en el anular de la mano izquierda. No deja ninguna marca, nada delata su ausencia, como si nunca hubiera debido estar en ese dedo. Lo lanzo sobre la cama sabiendo que en su vuelo me libera de un pequeño trozo del pasado.

El murmullo sordo de los motores en marcha, me hace subir a cubierta. Observo con atención las tareas que anticipan la partida del barco. Allí en el muelle, quedan cientos de personas agitando los brazos. Aunque sé que ninguno de esos saludos es para mí, me parece mal no contestar su muestra de afecto, por eso les respondo agitando con cortesía los míos.

Al salir del puerto el viento se hace más fuerte, el pelo empieza a golpearme en la cara y en los ojos. Saco una goma de color negro del bolsillo de la chaqueta y recojo mi rubia melena en una coleta informal que me llega hasta la cintura. En ese momento el traje me constriñe. Hecho de un suave tejido de lana, me presiona ahora como un corpiño armado con duras ballenas que entorpecen mi respiración. Me acuerdo de Escarlata O'Hara en "Lo que el viento se llevó". Desabrocho los botones plateados y siento algo de alivio. El color azul marino de la falda me llena de aburrimiento.

Al dirigirme hacia el ascensor tropiezo con el tipo extraño al que ya había visto al llegar abriendo la puerta contigua a mi camarote. Es un hombre poco más o menos de mi edad y bien parecido, va vestido como para una cena de gala. Sus movimientos tienen una rigidez algo artificial y su mirada está ausente, como volcada en su mundo interior. Su compañía me inquieta, por lo que prefiero hacer tiempo merodeando un rato por la cubierta para no volver a coincidir con él.

Ya no se distingue la línea de la costa, y está anocheciendo. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Llega acompañado por la sensación de que todo el universo se reduce a lo que mi vista puede alcanzar. Con esta luz las olas me parecen sólidas, y creo que podría bajar del barco y caminar sobre ellas sin problema.

Cuando me acerco a la proa escucho una conversación:

-¿De verdad que nadie te ha dicho lo bonitos que son tus ojos?

Distingo la imagen de un tipo ya maduro, acercándose excesivamente a la cara de una joven escultural, junto a la barandilla del barco. Ella intenta alejarse pero una tumbona le cierra el paso. El hombre la mira tan de cerca, que parece estar diagnosticando la naturaleza de un lunar que ella tuviera en el rostro. En cualquier momento caerán en la hamaca los dos juntos, para regocijo de ese rompetechos convertido en Don Juan. Siento el impulso de empujarle por la borda y dejarle caer al mar oscuro.

Me doy media vuelta y me dirijo al ascensor. Regreso a mi camarote, el número cuatro.

Al salir del baño me siento mareada. Es una sensación totalmente distinta a la que hace dos días me obligó a pedir el finiquito y dejar como despedida un escueto mensaje en el contestador de mi número de móvil. En él explico, a quien pueda interesar, que un aburrimiento mortal me obliga a cambiar de vida.

Todo comenzó el miércoles por la mañana, al despertar mi piel estaba tirante, una inquietud recorría mi cuerpo, me encontraba

incómoda con cada gesto, con cada movimiento. Me embadurné varias veces con crema hidratante para evitar resquebrajarme por algún lado, pero no funcionó. Solo al final del día, cuando guardaba en una gran caja de cartón los últimos enseres que quedaban en el apartamento, me sentí algo mejor.

Esa noche, la última de mi vida anterior, no pude dormir en la cama. Cada vez que me recostaba sobre ella, cientos de agujas se clavaban en las partes de mi cuerpo que entraban en contacto con el colchón. Me tumbé en el suelo, “bocarrriba”, y en esa postura esperé el amanecer.

Fue en ese duermevela cuando pensé en el mensaje, con la intención de evitar que algún conocido pudiera denunciar a la policía mi repentina desaparición. No es que deje grandes amigos, realmente después de mi último fracaso sentimental estaba bastante sola, pero siempre hay gente que no puede terminar las historias sin un final, por eso, decidí escribirlo yo misma. Escueto, sin artificios, decía únicamente:

-“Hola, estas hablando con Sofía, siento no poder atenderte durante los próximos años. El aburrimiento me acosa y he tenido que escaparme. Besos”.

Sin cerrar todavía por última vez la puerta de la que fue mi casa, dejé, junto a la televisión mi iPhone azul cobalto. Previamente había borrado de su interior las huellas de mi vida que se amontonaban en sus registros, enviándolas a ese mundo invisible y secreto al que van todos los datos eliminados de los ordenadores.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos, respiro profundamente, me concentro imaginando un cielo azul, las nubes, intento relajarme, pero el mareo aumenta. Después de media hora me doy por vencida y me acerco al baño a vomitar lo que hay en mi estómago. Reparo en que no he tomado nada desde el desayuno en el hotel de Barcelona. Utilizo el servicio de habitaciones para encargar una ensalada. La imagen de la comida en mi cabeza me hace volver al baño otra vez, y una vez más antes de que llegue el camarero. Empieza bien la aventura, me digo.

Como con rapidez, sin dejar tiempo alguno entre un bocado y el siguiente, en un intento desesperado por que el contenido del plato se quede dentro de mi cuerpo, y no acabe nuevamente en ese molinillo de agua que se ha tragado todo lo demás. Pero es inútil. Intento ponerme el traje azul ejecutivo. Mi cuerpo lo rechaza esta vez con la estrategia

de volverse ardiente en las zonas que rozan su tela. No tengo más remedio que desistir.

Abro la maleta con la esperanza de encontrar algo que me permita salir del camarote y acudir en busca de atención sanitaria. Un amplio vestido de algodón blanco nieve, herencia de mi época ibicenca, es admitido por mi piel sin problemas. Los delicados encajes del sujetador me cortan como si de pequeñas cuchillas se trataran. Lo dejo también sobre la cama, junto al anillo.

Miro los zapatos, esperan colocados y limpios junto a la puerta del camarote. Su tacón fino, de cinco centímetros de altura, que habitualmente ayuda a tornear mis pantorrillas, y las discretas hebillas doradas junto a los tobillos, no encajan ahora en mis pies, que se hinchan cada vez que se acercan a ellos. No estoy para pelearme con mi cuerpo, por lo que salgo con esas zapatillas que suelen regalar con el albornoz. Las mías son de rayas blanco apagado y rosa salmón.

Varias personas aguardan en la sala de espera. Un espejo, que cuelga en la pared del fondo, me devuelve la imagen de una mujer pálida, con los ojos marrón avellana y una toalla de baño enrollada en el pelo. Retoco mi turbante intentando fingir como voluntario lo que no había sido más que un despiste causado por mi lamentable estado. Tampoco me importa mucho.

La enfermera me entrega un pequeño formulario en el se preguntan datos personales: Nombre, apellido, fecha de nacimiento, número de la seguridad social, así como circunstancias del viaje, por ejemplo si voy sola o el motivo del mismo. No me gusta esa hoja amarillenta y mal fotocopiada, por lo que decido inventarme unas respuestas y dejar en blanco las demás.

Poco después de media hora se abre por sexta vez la puerta que da acceso a la consulta, pero todavía no llega mi turno. Me aburro en la espera. Noto como de nuevo empieza a tirarme la piel, y también a aparecer esa desazón interior. Vuelvo al camarote rápidamente, y me extiendo una gruesa capa de crema hidratante esperando encontrar alivio. Me quito ya la toalla de la cabeza. Cuando regreso, la sala está vacía, tampoco encuentro a la enfermera. Una tenue luz sale por la puerta del despacho. Entro sin dudar, no puedo esperar hasta mañana. El médico, con aparente amabilidad me indica que la consulta está cerrada. El Dr. S. Bernal, según consta en la identificación cosida en la bata, que cuelga ya de la percha que hay junto a su mesa, ante mi insistencia, no tiene más remedio que abandonar la tarea de buscar algo en los cajones y comienza a

hacerme una breve encuesta sobre alergias y mi estado general de salud. Después saca un bote lleno de pastillas color verde esmeralda que deja sobre la mesa. Mientras habla, yo le miro a los ojos, y pienso, Sergio, Sandro. Silvio, Serafin... Le pido agua, y engullo con ansiedad una de las cápsulas que saco del tarro. Guardo el resto en mi bolsillo. Le pregunto el significado la S y, con algo de incomodidad, me responde que Saúl. Sus reticencias al contestarme estimulan mi curiosidad y me dan ganas de seguir con las absurdas cuestiones del formulario que me entregaron hace un rato. Me contengo.

Cuando llego al camarote una agradable somnolencia me invita a dormir. Lo hago profundamente. Al despertar, mi reloj de pulsera marca las ocho. Tengo la boca seca, pastosa, con un regusto amargo. Pido nuevamente algo de comer, esta vez un bocadillo y una botella de agua de litro y medio, muy fría. A los 20 minutos golpean suavemente la puerta, es S. Morales, el camarero que me entrega la bandeja. Le pregunto qué hora es, y me responde que las 8 y 20. Algo irritada por la imprecisión le pido que me aclare si son las 8:20 o las 20:20, y él burlón añade:

-Para usted señora son las 20:20. - Me responde mientras con sus ojos verde azulado desnuda mi cuerpo sin ningún pudor.

Quiero saber que significa la S. , y me dice que Santos. Seguro, pienso yo, acostumbrada como estoy a jugar con los nombres. No le doy propina.

He dormido casi un día entero pero me encuentro aún cansada. Termino la cena, siento nuevamente unas ligeras náuseas. Busco las cápsulas verdes que ahora me parecen del color esperanza, y me vuelvo a sumergir en el sueño, en esta ocasión más intranquilo y lleno de imágenes.

Varias veces se repiten mis llamadas pidiendo más agua y menos alimentos, no veo a Santos durante varios días, pero cuando ya no lo espero aparece, golpeando suavemente la puerta.

-Son las 16:40 señora, aquí está su pedido.

Inspecciona atentamente mi rostro y añade:

-¿Se encuentra bien? Tiene hoy un aspecto horrible.

Parece que es sincero, me mira directamente a los ojos, sin hacer el recorrido que la vez anterior consiguió sonrojarme.

Bebo media botella de agua de un trago, intento tomar algo pero no me entra, me vuelvo a sentir mal. Busco las pastillas, abro cada una de las cápsulas, saco los polvos que hay en su interior y los tiro al lavabo. Probablemente el comentario del camarero ha disparado algún



resorte en mi cabeza que me ha llevado a esto, sin que yo sea muy consciente de cómo he tomado la decisión. Una a una las vuelvo a cerrar y las guardo con cuidado en su frasco. Tampoco sé bien por qué lo hago, pero me gusta su color. El agua del grifo limpia los pequeños montones del tono de la harina tostada. Celebro así el final de mi cautiverio.

Con el vestido blanco y mis zapatillas de toalla subo a cubierta. Debajo me he puesto un bañador de algodón, verde marino.

No hace muy buen día y la piscina está desierta, aprovecho para nadar durante un rato. Me sienta bien. Luego me seco tumbada en una hamaca, captando los escasos rayos de sol que se cuelan entre las nubes. Tengo frío, pero esto me reconforta. El barco poco a poco se aleja de Nápoles.

Encuentro muy cambiado a mi compañero de pasillo, ahora viste harapos. Los movimientos han perdido la torpeza, son rápidos, sigilosos, mira con recelo, como asustado, y creo que está hablando solo. Su aspecto denota que lleva varios días sin dormir. Me parece que su piel tiene un ligero tono azulado. Unos surcos en sus mejillas me indican que ha llorado. Lamento haber tirado el contenido de las píldoras.

Veo a Santos que se acerca, le llamo buscando una coartada para evitar el encuentro con mi vecino de camarote. Hablo con él un rato, de nada en especial, y extendiendo lo que puedo esa conversación vacía hasta que Jaume, creo que así se llama, ha desaparecido de la cubierta.

Ya había olvidado su existencia cuando al girar una esquina se acerca y me agarra del brazo, sin que me de tiempo a hacer nada para evitarlo. Ahora puedo apreciar que está lleno de pequeños cortes mal curados, algunos cubiertos por tiritas.

-Ten cuidado - me susurra al oído- no salgas del barco en ningún puerto. Enciértrate en tu camarote, y no dejes que entre nadie. Este viaje está maldito, y en él se decide ahora el futuro de la humanidad. Todo es una conjura, no confíes. Luego, antes de irse, me mira fijamente- Te pareces tanto a ella, pero a ti todavía te puedo salvar. Si necesitas mi ayuda golpea tres veces la pared que separa nuestros camarotes, acudiré con rapidez.

Se aleja mirando a todos lados y murmurando -Jasmine, Jasmine, Jasmine- como si con esa letanía conjurara algún peligro.

Me acuerdo en ese momento de los ojos de Saúl, tan verdes, verde olivo, diría yo. Me entran ganas de verle. Voy a la consulta pero está cerrada. Esperaré a mañana.

Al despertar tengo un apetito voraz. Desayuno en el comedor. Todavía hay pocas mesas ocupadas y elijo una junto a la ventana, así puedo ver el mar. Hoy está gris perla. Me parece que le ha robado el color a las nubes.

Cuando termino el barco emite la señal que anuncia su entrada en el puerto de Palermo, el Porto Civile, leo en el folleto que me entregaron al inicio del viaje.

Organizan una excursión desde el propio barco para visitar casi todos los lugares de interés de esta ciudad. Sale dentro de dos horas. Desecho esta oferta y decido recorrerla a pie, guiada únicamente por un silencioso plano. Una vez en tierra me dirijo hacia la retícula de callejuelas que delimitan el centro urbano.

Me encuentro con el Dr. S., camina acompañado de una mujer que cuelga de su brazo. Bonita imagen pienso. Se extraña al verme. Continúo mi paseo, y al girar por la calle Via Emerico Amari observo que Saúl se dirige al barco, mientras ella le mira abandonada en el muelle vacío.

Las botas de tacón me están matando. Con esfuerzo he conseguido encajarlas esta mañana en mis pies, pero ahora éstos, ya empiezan a amenazar con sublevarse, negándose a dar un paso más. Los tranquilizo prometiéndoles un descanso. En la via Vittorio Emanuele, de camino a las Catacumbas de los Capuchinos, encuentro una zapatería. Entro sin dudarle ni un momento, apremiada por la urgencia y compro unas deportivas Reebok. Las pago en efectivo. Son de color blanco, con algunos detalles de un rosa fresa.

Me cambio el calzado en la tienda, y mis pies me lo agradecen. Parece que el día mejora y el sol luce más. Al salir veo mi imagen reflejada en el escaparate, los pantalones de espiguilla en tonos grisáceos, me pesan en las piernas como si estuvieran hechos de lana mojada. Necesito liberarme de ellos si quiero seguir mi paseo por Palermo. Dos manzanas más arriba encuentro una tienda de modas. Salgo con unos vaqueros algo holgados y un jersey de cuello vuelto de color café con leche, como sustituto de la camisa y la americana, que habían comenzado a hacerme ampollas con sus costuras. Pago en efectivo.

Cargada con las bolsas que esconden mis desechos, reservo una habitación en el hotel Falkensteiner. Abono en el momento la estancia

de un día, evitando así despertar desconfianzas por la falta de equipaje. Es una estancia moderna y luminosa, situada en el tercer piso. Tiene un balcón que se asoma sobre una callejuela. Me apena no poder distinguir su nombre. Que diferencia con el angosto camarote del barco.

Disimulada en el armario encuentro una pequeña caja de seguridad, guardo en ella el bote de las cápsulas vacías y giro luego la rueda con los ojos cerrados. Me divierte pensar que ya no podré volver a abrirla. El dinero y la documentación los escondo a la vieja usanza, en el colchón, como me enseñó un novio que tuve y que había crecido viviendo en colegios privados, donde aprendió desde niño a ocultar con pericia sus pertenencias más preciadas. Junto con sus sentimientos, añadiría yo.

Estoy ahora tan ligera que decido hacer el trayecto a pie. Veinte minutos después entro en las catacumbas de los Capuchinos, dispuesta a ver algunas de las 8.000 momias allí embalsamadas.

Una bofetada de olor a muerte me invade en cuanto comienzo el descenso a las mismas. Cuerpos semicorruptos, vestidos con sus ropas, se almacenan en distintas salas ordenados por temas, así la sala de los monjes, la de las mujeres..... Años de artesanales oficios han formado este ingente muestrario de difuntos, y en este mundo degradado aparece Rosalía Lombardi que, sonrosada, regordeta, duerme un dulce sueño. Solo la ausencia de movimiento en su pecho te obliga a aceptar que, al igual que los demás, es un cadáver. Me resulta obscena esa apariencia de vida entre tanta muerte. Permanece así, en esa misma postura desde 1920, con sus eternos dos años, con el lazo en su pelo. ¿Que clase de amor hace que un padre, un mafioso de principios del siglo XX, decida mantener a su hija en esa urna, embalsamada, sin dejarla morir del todo?

Salgo de allí intentando sacar de mi cabeza su recuerdo. Detiene mis reflexiones la belleza de la catedral. Intento entrar pero está cerrada, cuando miro el reloj descubro que es la hora de comer. Busco un restaurante de aspecto agradable, en el que me permitan fumar, es curioso porque nunca lo he hecho antes, pero un impulso me hizo comprar un paquete de Marlboro al pasar junto a un estanco. Encuentro uno en la Vía Maqueda, la calle que al cruzarse con Vittorio Emanuele construye la preciosa plaza de los Quattro Canti, un compendio de parte de la historia del arte de Palermo.

Pido algo de pasta y pescado con salsa mediterránea, regado todo ello con un buen vino de la comarca. Que narices, hoy no tengo

que conducir. Enciendo un cigarro mientras espero, lo apago inmediatamente, su sabor es nauseabundo. Bueno, tendré que acostumbrarme.

Al acercarse alguien, levanto la mirada y me encuentro con los ojos verde oliva del doctor. Nadie cuelga de su brazo ahora. Me saluda, se sienta a mi lado, come conmigo. Sus labios sensuales me apetecen como postre, por lo que no tengo problema en responder a las caricias de sus manos, que bajo la mesa, suben ya por mis muslos. Escribo en su brazo el nombre de un hotel y un número de habitación. La treinta y uno, los años que tengo.

Tres golpes en la puerta son la clave que abre el caudal de mi deseo. Besos, abrazos, y más besos mientras las ropas caen sobre la moqueta color vino Burdeos.

Despierto, él no está. Un regusto acre en mi boca me hace sospechar que he ingerido alguna droga. El teléfono suena.

Una voz masculina pronuncia un nombre de mujer al otro lado de la línea.

Antes de colgar recuerdo los datos falsos que dejé en el cuestionario que me entregó la enfermera del barco. Pienso: ¿Que más da como me llame hoy si a mi vuelta voy a ser otra?

Al levantar las persianas descubro que la habitación está desordenada. Los cajones volcados, las alfombras levantadas. Mi bolso ha desaparecido, pero el colchón está intacto. Nadie ha forzado la puerta ¿Por qué habrá hecho él todo esto? Realmente no me importa.

Recojo mis cosas, no quiero dejar ningún resto mío en ese cuarto. Limpio con la ropa todo lo que recuerdo haber tocado. Todavía siento el tacto de la piel del doctor en mis manos.

Las raíces oscuras de mi pelo me dicen que éste un día, tuvo otro color. Dejo el hotel.

Camino del puerto entro en una peluquería, renunciando así a la visita que tenía prevista al museo de las marionetas. Corte y tinte 40 euros. Al terminar les digo, ayudada de algunos gestos, que quiero llevarme los restos de mi pelo. Lo guardan en una bolsa transparente y me los entregan con extrañeza.

El mercado de la Vucciria, ya al anoecer, llena mis sentidos de nuevos olores y sabores. El color rojo de sus toldos me recuerda el esmalte de mis uñas. Compró dos manzanas de un color amarillo verdoso.

Al pisar la escalerilla que da acceso al barco, sueño con los ojos verdes de Saúl, y los borro de mi mente un minuto después. Tiro por la borda el corazón de la fruta ya comida y voy a mi camarote. Todo está revuelto aquí también.

Con las tijeras convierto en finas tiras mi antigua ropa. Las guardo en una bolsa, junto al pelo, mientras prometo a mi cuerpo que no la volveré a usar.

Un intenso dolor de cabeza me hace volver a la consulta. Me entregan nuevamente el dichoso cuestionario, y yo lo devuelvo relleno con unos datos renovados, más acordes con mi situación actual. El doctor S. Bernal me atiende con prontitud, no hay nadie esperando. Sus ojos de un verde claro, casi amarillo, no coinciden con los de mi recuerdo. Le pregunto qué significa la S. Me responde sin dudarle que Saúl. Le siento como un reptil y mi cuerpo se vuelve frío de repente. Quiero preguntarle por el otro, pero me quedo muda, comprendo entonces que hay cuestiones que no se deben expresar en alto.

Coincido en el ascensor con un hombre bien vestido, lleva un pantalón marrón teja, que combina perfectamente con el color castaño oscuro de su chaqueta. Le pido que me describa el color de mis ojos. Algo contrariado me responde que son oscuros. Le pregunto que si él piensa que mañana podrían ser de otro color. Me responde que imagina que no pero que a veces, con las lágrimas se vuelven un poco más claros. Le digo que yo nunca lloro.

Antes de salir, le pongo la mano en el hombro, me acerco a su oído y le susurro:

-No salgas del barco en ningún puerto. Enciértrate en tu camarote, y no dejes que entre nadie. Este viaje está maldito. Te pareces tanto a él pero a ti todavía puedo salvarte.

Mientras me alejo me pregunto quién era realmente el doctor que me atendió a mi llegada, y que después desapareció sin dejar rastro en la habitación del hotel. No se bien porque, pero aun después de lo ocurrido mi cuerpo lo prefiere.

Como un gusano está creciendo en mi cabeza la idea de que quizás él ahora esté en un rincón del barco cambiando el destino del mundo con sus ojos verde oliva. Quiero pensar que lo volveré a encontrar cualquiera de estos días sonriéndome en la cubierta. Mientras continuaré atenta, vigilando a ese nuevo Saúl. Decido también transmitir mis sospechas al capitán, alertándole sobre su equipo médico. Lo hago, por supuesto, con una carta anónima, que redacto recortando palabras del periódico y pegándolas en una hoja

con el membrete del barco. Espero que la lea con atención, porque si no, todos vamos a sufrir, atrapados como estamos, en este crucero.

Han empezado a salirme algunas pecas, en la cara, en los brazos, en las piernas. Son realmente pequeñas pero hay cientos de ellas. Creo que me gustan.

Durante la cena reparo en que desde que desembarqué ayer en Palermo no he vuelto a aburrirme.

Enciendo un cigarro en la cubierta. Me sabe algo mejor. Vamos camino de Dubrovnik. Con sorpresa veo como desde el barco cae una botella al mar, parece que lleva un mensaje dentro. ¡Qué extraño!

*Melodiosa y pegadiza canción de Tuna con aires de habanera*

*“Cuando mi barco navega,  
Por las llanuras del mar,  
Pongo atención por si escucho  
A una sirena cantar.  
Dicen que murió de amores  
Quien su canción escuchó  
Yo doy gustoso la vida  
Siempre que sea por amor*

*Corre, vuela,  
Surca las olas del mar  
Quien pudiera  
Una sirena encontrar.”*

## *CAPÍTULO 5: DUBROVNIK*

*Carta de David, pasajero del camarote número 5, remitida por e-mail, en el que cuenta la muy extraña historia que le ocurrió en Dubrovnik en compañía de una monja llamada Daniela.*

*Autora: Ana Gefuell*

Dubrovnik, primavera del 2012

Estimado padre:

Permítame su Ilustrísima que le llame padre.

Nos conocemos desde hace más de 20 años y se ha hecho tan profunda nuestra amistad que desde entonces nunca han podido mentirme mis palabras. Tampoco mis ojos han sabido ocultarle la verdad, por mucho que callaran mis labios.

No sabría agradecerle esta oportunidad que me ha brindado de aclarar mis ideas. Ayer mismo, le escribía esta carta a bordo del barco en el que me encuentro, con la intención de mandársela hoy mismo por correo. Pero en el último momento me sentí desconcertado.

¿Y si se pierde la carta?

Sé, que siempre hubiera tenido la oportunidad de volver a escribirla e incluso de contarle esta historia de viva voz. Pero cuando avanzaba por la pasarela (le descubro que obcecado en mi misión y a la vez descompuesto por tener que volver a bajar del barco), se me ocurrió que mejor sería escribirle este e-mail, con copia a mi director espiritual y a mí mismo.

Me reservo la oportunidad de releer mis propias palabras una vez haya terminado este viaje. ¿No le importa, verdad padre?

Definitivamente no he bajado a la ciudad esta mañana, no he querido desatender las fatídicas predicciones que me dirigió la señorita del camarote número 4 y que, iluso, no quise atender ayer.

-No salgas del barco en ningún puerto, enciértrate en tu camarote y que no te vea nadie. Este viaje está maldito. ¡Te pareces tanto a él! Pero a ti todavía puedo salvarte.

Le aseguro, padre, que no sé a qué ni a quién se refería. No sé por qué pero me desagrada el olor que emana de esa señorita.



Desprende miedo por todos los poros de su cuerpo. ¡Sus palabras, no obstante, parecen tan sinceras!

Comprendo que a mis cuarenta y seis años, ya debería haber aprendido a diferenciar a los seres humanos por su acento, su rostro y sus maneras. La carrera de Psicología debería haberme instruido en el saber, siempre dudoso, de clasificar por los caracteres externos a los seres humanos. Es cierto. Sin embargo, entienda usted, padre, que yo sigo siendo ese chico de campo que aprendió de su abuelo la magia de los aromas de los seres y de las cosas. Como bien sabe, mi familia es de la antigua Yugoslavia de donde emigraron en 1929.

Yo aprendí desde niño a dejarme guiar por los instintos, con la certeza de que solo ellos, y no la apariencia física y las formas, nos dan verdadera idea de lo que nos depara al encontrarnos ante nuevas situaciones. Me remito a mi propia experiencia. Ya ve, padre, yo nací y vivo en España y sin embargo mi aspecto físico, mi pelo rizado y nariz aguileña me delatan. Yo, como dice aquella antigua canción, “no soy de aquí, ni soy de allá...”.

Sólo sentí ser yo, verdaderamente, el día que comprendí que Dios me llamaba a su servicio.

No le mentía, padre, al expresarle mi deseo de abandonar el sacerdocio. Sí, puede parecer imprudente que después de veinte años de profesión sacerdotal, decida colgar los hábitos de manera repentina. Y acepto que quien es sacerdote católico lo es para siempre. Pero mi decisión no es fruto de la locura, se lo aseguro.

Conoce usted los pormenores de mi decisión y cuánto me costó pasar por alto la negativa de mi madre a mi ordenación sacerdotal. Pero por suerte entonces vivía mi abuelo. El patriarca de la familia dijo la última palabra y él nunca me negó nada. Yo siempre creí, que no aceptaba mi compromiso, que se dejó llevar por el cariño mutuo que nos profesábamos. Pero ahora más que nunca, pongo en duda que esa fuera la verdadera razón.

Durante estos últimos años he sentido mucho que tanto mi abuelo como mi madre no estuvieran vivos. Los he echado de menos con un dolor intenso. Me ha mortificado el deseo de poder conversar con ellos, de narrarles mis desvelos y de escuchar sus consejos. He sentido verdadera nostalgia de mi niñez, de las eternas sobremesas de domingo en casa de la abuela. Y sobre todo he añorado abrazarme al abuelo y recostado en su regazo, sentir el latir de su corazón sereno. Razón tienen los más ancianos del pueblo que siempre van con los dichos y refranes. “Nada se valora lo suficiente, hasta que se pierde”.

Esta corta experiencia en este aterrador barco me está mostrando lo peor de mí mismo. No, no crea que he perdido la fe. Puedo afirmarle, que la compañía de nuestro Señor y de su Madre la Virgen ha sido mi apoyo y sustento durante este viaje.

Deje que comience por el principio, ahora que creo tener las ideas ordenadas en mi cabeza. Verá, padre. Como ya le expresé en mi corta entrevista con usted, desde el año 2007 mi descanso se ve interrumpido por sueños que me torturan cada noche. Por suerte, una de las colaboradoras de la parroquia, una hermana de la caridad de la antigua Belgrado, a la que hablé de mis sueños como pesadillas sin sentido, reconoció Dubrovnik como la ciudad amurallada de mis sueños. Dándome con esta pequeña clave la llave para el descubrimiento que le voy a relatar a continuación.

Aquellas imágenes nocturnas se fueron haciendo cada vez más nítidas, a medida que iban pasando los años, pude ir describiendo con exactitud cada minúsculo detalle. Como piezas de un rompecabezas, cada imagen ha ido tomando su lugar adecuado, excepto la mujer que escondía el manuscrito. Ella era el verdadero enigma, hasta ayer, que creí poder resolverlo.

En mis sueños me vi envuelto en el incendio que amenazó las murallas de Dubrovnik, como si yo mismo hubiera vivido allí en algún tiempo pasado, quizá no muy lejano. Al principio aquellos sueños me aterraban. Pero a medida que el tiempo fue avanzando y pude ir poniendo en orden los acontecimientos, fui consciente de que en cierta manera yo había formado parte de aquella vida. Ya sabe usted que mi abuelo pasaba allí los veranos y conocía bien la ciudad, por lo que el relato de los sucesos no me era del todo ajeno. Sin embargo, era diferente sustancialmente.

Tales pesadillas me hicieron experimentar los desastres de la guerra y la reconstrucción de la ciudad. Eran unos sueños tan reales, padre, que cuando he podido ver con mis propios ojos las piedras de la muralla y he podido tocar con mis manos los muros de su catedral y pasearme por el interior, le confieso que sentía conocer cada una de aquellas piedras como si yo mismo las hubiera puesto en su lugar.

Definitivamente después de años de suplicio y de interminables noches repletas de pesadillas indescifrables, vi en mis sueños la imagen de una bella mujer ocultando un manuscrito entre las piedras del palacio del Rector.

La mujer era de mediana estatura, su cuerpo esbelto proporcionado como un maniquí, ni voluptuoso ni llamativamente

esquelético. Llevaba un vestido de color blanco inmaculado. Sus facciones eran delicadas. La simetría de su cara, de sus párpados caídos, de sus pómulos prominentes y de su nariz de medidas perfectas daban armonía al resto de las facciones. Una belleza sin igual, padre, similar a la de los bellos ángeles que se pintan a los pies de la Santísima Virgen María. Es cierto, padre, que la ternura que desprendía su mirar con aquellos dulces ojos azules del color del mar en otoño, me fue transportando en mi deseo de conocer su tesoro escondido y el misterio que encerraba.

Sé que mi descripción puede llevarle a pensar que este sueño no era más que un deseo escondido de mi mente turbada por los acontecimientos. Le aseguro padre, que yo me hice la misma pregunta durante mucho tiempo. Y para descubrir cuánto de realidad y cuánto de deseo escondían estos reiterados sueños, comencé este viaje.

Dirá usted padre que esta aventura que le voy a contar y que he vivido es fruto de la irresponsable terquedad de un emigrante impetuoso. Quizá tenga razón en lo desconcertante de mi decisión, pero tenga por cierto que en mi vida, nunca he estado más seguro de una decisión como la que tomé aquel día. Y ahora puedo decirle que si no me llega a dar usted permiso para venir, estoy seguro de que lo hubiera hecho a cualquier precio.

Le ruego que entienda mi necesidad imperiosa de poner fin a todas estas visiones y sueños sin sentido que están causando tanto daño a mi ser y a mi existir.

Este crucero, padre, ha sido para mí un medio, no un viaje de placer. Ya le declaro para empezar, que los pasajeros de este barco y en especial los que ocupan este pasillo de camarotes en que me hallo, poseen peculiares características. He estado observándoles y seguramente, a juicio de cualquier psicólogo, podrían ser calificados de normales. Me refiero, ese tipo de personas de toda raza y condición con la que solemos encontrarnos diariamente. Pero yo le digo, padre, que al margen de sus creencias, estos pasajeros encierran un misterio escondido bajo esa imagen de normalidad.

Ayer mismo, como le decía, antes de atracar en el puerto de Dubrovnik, me encontré con la extraña mujer del camarote seis, que me advirtió al oído, con auténtica desesperación, que no debía bajar del barco, porque los peligros nos acechan. Bien es verdad que a esta mujer no la había visto antes en los días que llevamos. Pero por lo que he podido observar, está francamente confusa. En fin, padre, que

quiere que le diga. Estaba demasiado cerca de mi objetivo como para dar crédito a sus palabras.

No hice caso de las voces de alarma que resonaban en mi cabeza. Con una mezcla insana de miedo, temor, angustia y por otra parte embriagado en mi deseo de aclarar la verdad y ser definitivamente libre, desembarqué en el puerto de Dubrovnik, dispuesto a revelar el enigma que atormentaba mi existencia.

Cuando bajaba a cubierta me fijé en una bella sirena que sobre la jamba de la puerta del pasillo de popa, invitaba a los pasajeros a abandonar el barco. Tal era su sonrisa, dulce y traviesa, que uno diría que se atreve a reír de todos los que pasan, esperando nuestro regreso con la misma sonrisa maliciosa con la que nos despidió. Perdóneme padre, quizá simplemente es mi atormentada mente la que ve signos por doquier. En fin, como le digo bajé del barco.

La ciudad amurallada de Dubrovnik, alberga en sus cuatro esquinas los edificios más significativos: el palacio del Rector, el monasterio franciscano, la catedral y la Iglesia de San Blas.

Yo me quedé observando con detenimiento las piedras que forman la fachada del palacio del Rector, a la espera de la hora de visita programada. Repasaba en mi mente todas y cada una de las estancias que aparecían en mis sueños.

Eran las nueve de la mañana y aún quedaban varias horas para la visita guiada al palacio. Entonces, me sentí atraído inexplicablemente por la gran catedral.

De camino a la plaza de la catedral encontré la fuente de Onofrio, en la que se descubre una placa en varios idiomas que hace referencia a los bombardeos sufridos durante el asedio que soportó Dubrovnik en 1991 después de los cuales la ciudad fue reconstruida por completo. A pesar de que Dubrovnik es una ciudad nueva, conserva todos y cada uno de los detalles arquitectónicos de la ciudad antigua.

La catedral se encuentra en el centro de la plaza de Poljana Marín. El exterior está decorado por una baranda enriquecida con estatuas que simbolizan algunos santos, muchos de los cuales no acerté a reconocer. La primera catedral fue construida entre los siglos XII y XIV. La actual está reconstruida escrupulosamente sobre la original.

Una vez allí, ante la inmensa fachada de tan magistral edificio, decidí entrar en la catedral con la intención de rezar un rato, ordenar

mis ideas y calmar mi espíritu. Sea como fuere, Dios permanece en aquellos que le aman.

Acedí a la majestuosa iglesia de estilo barroco por su nave central. La iglesia tiene tres naves. El altar mayor fue restaurado por Andreotti y le aseguro que es de una belleza considerable. Las naves laterales poseen verdaderos tesoros. Una colección de cuadros de los más famosos pintores internacionales.

Seguí a un grupo de turistas que hacían la visita. La guía iba explicando las diferentes pinturas. Yo iba como perdido, contemplando todo con avidez. Bien es cierto que no podría explicarle cada uno de los cuadros que contemplamos. Solo sé que al pasar ante la Asunción de Tiziano, me sentí conmovido y profundamente atraído. Fijé la mirada en ese exquisito cuadro.

Parado ante semejante hermosura, experimenté la sensación de ser espiado de cerca por alguien. Entonces, el ángel custodio de piedra que se halla apostado a un lado de tan maravilloso cuadro, levantó sus cejas y abriendo sus ojos me sonrió. Le aseguro, padre, que aquél ángel poseía las mismas facciones que la mujer de mis sueños. Ya sé que es imposible que un ángel de piedra tallado en mármol blanco sonría, pero por desconcertante que parezca, yo le vi sonreír en aquél momento.

Aturdido dejé la visita con la intención de sentarme y rezar un rato. Caminaba por la nave lateral hacia la capilla de las reliquias, donde se encuentra el verdadero tesoro de la catedral. Se trata de una bellísima obra de estilo barroco proyectada por Gropelli, que resistió el bombardeo y se conserva intacta. En su interior se atesoran las reliquias de San Blas, entre las que destaca su cráneo, que se exhibe sobre el altar en una preciosa urna bizantina de oro.

No sé por qué, pero fue entonces cuando tuve la certeza de que me acosaban y miré de reojo hacia atrás. Ya no era un ángel de piedra sino un ser humano que me seguía intencionadamente.

Armado de valor, me volví impetuoso, dispuesto a enfrentarme con cualquiera que fuera mi adversario. A punto estuve de soltar un grito al encontrarme con el pulcro sarí blanco con orla azul de una hermana de la caridad. Se llama Daniela, y había recibido noticias de mi llegada por medio de una de sus hermanas de congregación. Caminamos juntos a la capilla, dejando atrás la sombría oscuridad de la nave lateral. Sentados en un banco, frente al altar de las reliquias, me miró fijamente a los ojos para explicarme su proceder. No había

salido del susto anterior cuando mi corazón sufrió un tercer sobresalto. Este le aseguro que fue el más aterrador.

Las facciones de la hermana Daniela eran idénticas a las de la extraña mujer de mis sueños. La hermana Daniela percibió mi asombro y comenzó a hablarme fijando la vista en el retablo. Yo hice lo mismo, deseando que mi corazón se calmara. Dejé pasar unos minutos en silencio, durante los cuales no nos miramos, fingiendo que ambos estábamos en oración.

No sé si ella realmente oraba. Yo le aseguro, padre, que en aquel momento solo fui capaz de mirar fijamente al sagrario y pedirle al Señor por mi vida.

Salimos al exterior separados unos metros. Allí sentados en un banco de piedra, al abrigo de los gruesos muros de la catedral, comenzamos a hablar.

Sólo Dios conoce los caminos que nos conducen a su encuentro, y es seguro que su luz daba de lleno en el corazón de la hermana Daniela. Parecía haberme conocido desde siempre, aunque apenas hacía escasamente media hora que nos habíamos visto por primera vez.

Yo le hablé de mi vida, de mi vocación, de mi familia y especialmente de mi abuelo y, sobre todo, de los sueños. Mis ojos se llenaban de lágrimas al relatarle mis vivencias.

Ella tenía una historia parecida, no de sueños ni de pesadillas, sino de experiencias vividas entre los muros de aquella ciudad que hubo de ser reconstruida por completo.

Ahora era religiosa, pero entonces había conocido el amor en brazos de un hombre, que se vio obligado a marcharse de aquellas tierras.

Entonces vino a mi pensamiento la imagen de mi abuelo, que había tenido tan presente en estos últimos años. Él también tuvo que marcharse de estas tierras, con toda su familia en 1929, como muchos otros que emigraron, ante la caótica situación que se generó durante la independencia de la antigua Yugoslavia.

La dulzura de Daniela llenó mi corazón de una ternura que yo desconocía hasta entonces. Experimenté el deseo de abrazarla, de fundirme con ella en amores prohibidos para los dos. Fueron pasando las horas de charla y la intimidad se hizo cada vez mayor.

Llegada la hora, la hermana Daniela me acompañó al palacio, a fin de servirme de guía y de ayuda. Nos adelantamos al grupo accediendo sutiles a la cámara del Rector. Allí, entre las gruesas

piedras de la pared de la cámara de recepciones, encontramos un pequeño manuscrito de escasos pliegos, llenos de palabras incomprensibles y sellos postales. Pensé entonces en el significado de aquella mezcla que bien parecía un trabajo de collage infantil.

Cuando escuchamos los pasos del resto del grupo de visitantes, escondí con celeridad el manuscrito en el interior de mi chaqueta, continuando la visita.

Pensamos que todo había sido perfecto. Me sentía nervioso por el hallazgo pero intenté parecer tranquilo.

La hermana Daniela se apartó del grupo, prometiendo reunirse conmigo más tarde en la esquina de la calle Stradun con Siroka.

Yo no conocía el lugar, pero me aseguró que no había pérdida. Stradun es la calle central de la ciudad, muy larga y pintoresca, llena de tiendas de diferentes souvenirs y productos típicos locales.

La visita terminó y yo salí tranquilo. Nadie podría predecir los acontecimientos que tendrían lugar más tarde. Pero deje que continúe, padre. Intentaré relatarle lo que a continuación sucedió.

Verá, al atravesar por la estrecha callejuela de Od Puca para llegar a mi punto de encuentro, me vi acosado por dos intrusos que me amenazaban con un cuchillo. No sé por qué tuve entonces que hacerme el valiente. Si hubiera sabido el devenir de los acontecimientos, le aseguro que les hubiera dado hasta la camisa, pero me envalentoné. Entonces no estaba dispuesto a renunciar a descifrar el enigma de mi existencia, entregando a aquellos rufianes mi tesoro escondido. Aunque dudaba que esto fuera lo que realmente buscaban. Yo pensé que simplemente deseaban todo cuanto de valor pudiera tener. Lo cierto es que por desgracia, la hermana Daniela se presentó en la reyerta y uno de los truhanes la cogió como rehén exigiéndome que le entregara el manuscrito.

No me pregunte, padre. ¿Cómo podía saber aquél hombre de duros rasgos y groseros modales, que lo que llevaba en mi bolsillo interior era un manuscrito y no un fajo de billetes?, lo ignoro. La rabia fue llenando mi corazón y corrió por mi mente el terrible deseo de empuñar una espada y cortarle la oreja a aquel hombre. Por suerte, no poseía semejante arma.

La hermana Daniela fue traduciendo lo que decían los croatas añadiendo de su cosecha acertadas indicaciones.

Me ordenó varias veces que me fuera, indicándome que corriera hacia la Stradun. Yo no estaba dispuesto a huir de allí. Así que saqué unos papeles arrugados del bolsillo de mi chaqueta, y levantándolos

con una mano y con un mechero en la otra, miré a aquellos hombres asegurándoles que quemaría el manuscrito si no soltaban inmediatamente a la hermana Daniela. En ese momento se escucharon voces de turistas que se acercaban.

Los asaltantes apuñalaron a Daniela en el hombro y salieron corriendo.

Tiré el mechero y el papel al suelo y corrí a socorrer a Daniela, que se incorporaba dolorida. Nos dirigimos hacia la puerta de una gran mansión de la calle, dándole la espalda a los transeúntes que gracias a Dios no se percataron del drama que allí se había vivido.

Yo saqué el manuscrito del bolsillo. Daniela me miró con un brillo peculiar en sus ojos, entonces abrió el papel amarillento y fue traduciendo aquellas palabras escritas en cirílico, que yo fui grabando en mi mente y atesorando en mi corazón:

“...te he dejado marchar hijo de mi alma, entre lágrimas y sollozos. Yo reconozco ante mis enemigos que solo hay un Dios, y solo a él le debo tu existencia. Tu eres mi Samuel y a Dios te entrego, para siempre...”

“Samuel”. Pensé inmediatamente en mi abuelo.

-Samuel- me dije-. Es a ti a quien va dirigida esta carta abuelo.

Entonces miré fijamente los azules ojos de Daniela, bellos como el mar en otoño. Ardía en deseos de hablar con aquella otra Daniela de mis sueños:

-Esta es la contestación a tantas preguntas... ¿Verdad?- le increpé -¿Tu hijo era Samuel?- volví a preguntarle sabiendo de antemano la respuesta.

Daniela me miró. Había en sus ojos evidentes signos de cansancio.

Una dulce sonrisa se dibujó en su cara y continuó traduciendo:

“Te entrego a la iglesia y aquí firmo la carta de renuncia, por la que me despido de ti, aún sabiendo que nunca te olvidaré. Es el deseo de tu padre. Yo te he llevado en mi vientre y he sido tu madre. Solo Dios sabe que yo amo a tu padre, y él a mí. Pero nuestro amor no está permitido”

Por mi mente corrieron imágenes de almas en pena, deseosas de llevar a cabo su última misión en este mundo y alcanzar verdaderamente la luz.

¿Cuál era entonces el secreto a esconder?. ¿Por qué aquella mujer me había perseguido en mis sueños tantos y tantos años?



-¿Qué quiere de mí?- pregunté mirando a Daniela que parecía haber leído mis pensamientos.

Daniela continuó leyendo:

“...Aquí esta mi legado, hijo mío. Tu padre, el barón Francesco Gondola Ghetaldi, fue elegido Podestá de Ragusa apoyado por el movimiento de los serbio-católicos en 1832, poco después de que yo le conociera en el puerto de la bahía de Gruz una mañana de verano, cálida como su corazón...”

Daniela apoyó la cabeza en mi hombro. Parecía desvanecerse.

-Debemos irnos, tienen que curarte esa herida- le insistí. Su vida era lo primero.

Daniela hizo caso omiso a mis advertencias y continuó leyendo:

“...tu padre, el barón Francesco Gondola Ghetaldi fundó la Sociedad de Filatelia de Dubrovnik. Todos estos sellos, hijo mío, son mi herencia. El me los dio, asegurándome que tienen un gran valor...”

Daniela bajó la cabeza. La parte delantera de su sarí estaba mojada en sangre. Me ofrecí de inmediato a acompañarla a que la curaran. Pero Daniela se negó en rotundo.

-Debes marcharte -me dijo- ¡Aléjate ahora, yo estaré bien!

La acompañé hasta la casa de las hermanas franciscanas, que estaba a pocos metros de allí. Una hermana con hábito marrón abrió la puerta, cruzó unas breves palabras con la hermana Daniela que se volvió hacia mí despidiéndose con un gesto de su mano. La puerta del convento se cerró con un golpe seco y sordo. Yo me quedé al otro lado, llorando lágrimas secas de amargura.

Caminé dejando atrás aquellos profundos ojos, que miraban hasta el interior de las personas y llenaban de paz el espíritu. Caminé a prisa, entre la multitud, como si alguien me esperara en algún punto de encuentro. Llegué con tiempo suficiente para coger la lancha que nos llevaba de nuevo al barco, y sin mediar palabra alguna con los demás pasajeros volví al camarote.

Al llegar al barco busqué en Internet la dirección de las hermanas franciscanas de Dubrovnik. Allí estaba, con los horarios de visita al monasterio y el teléfono. Inquieto y temeroso marqué el número. Hablé con una hermana en Inglés. Era la hermana portera y me aseguró varias veces que allí no había entrado aquella mañana ninguna hermana de la caridad herida en el hombro.

Y allí estaba yo, padre. Con el corazón encogido, lleno de un amor imposible, que había despertado en mi interior y que sospecho que nunca podrá ser aplacado. Este amor no tendrá frutos humanos,

como el de mi bisabuelo. La mujer de mis sueños debió ser en vida mi bisabuela, la madre de mi abuelo. Él siempre pensó que ella había muerto, puesto que se educó en un orfanato Católico.

Entonces abracé el manuscrito lleno de frases incomprensibles y los sellos de incalculable valor, como si aquél gesto pudiera volver a transportar a Daniela entre mis brazos.

Le confieso, padre, que hoy, cuando me disponía a bajar de nuevo del barco con la intención de enviarle esta carta, tuve una nueva experiencia que para mí resultó reveladora. En la pasarela me crucé con Verónica, una mujer a quien había visto en varias ocasiones sentada en la mesa del comedor.

Con el corazón encogido por la nueva hazaña que me esperaba, y temblando de pies a cabeza, tuve instintivamente el reflejo de santiguarme y en voz alta exclamé:

-¡Que Dios reparta suerte!.

Ella, ausente a la realidad de mis tormentos, deseosa de vivir su propia aventura, me contestó:

-No la necesito.

-Yo sí -afirmé rotundamente con voz sorda.

Esa voz salió de lo profundo de mi corazón. Y como un deseo exclamé para mis adentros:

“Solo confiaré en mi vida en la gran suerte de haberte conocido, Dios mío”.

De improviso, di la vuelta instintivamente y regresé de nuevo al camarote.

Por el camino iba haciendo mías las palabras de Santa Teresa:

“Solo Dios basta”.

Las fui repitiendo una y otra vez, a medida que era consciente de que el Espíritu Santo le había dado un nuevo significado en mi corazón. Después decidí escribirle este correo electrónico.

Verá padre, esta mañana, después de muchos años, he despertado con la sensación de haber descansado en paz. No sé si opinará usted que son las palabras más adecuadas, ¿quién sabe, padre?. Cuando el ser humano busca desesperadamente la verdad, finalmente termina encontrándose con la Verdad misma.

Hoy he despertado con el corazón agradecido por tantas y tantas vivencias, por tantas y tantas sensaciones, que esta experiencia me ha dado la oportunidad de vivir.

Y lo primero que he hecho esta mañana , de rodillas ante el crucifijo que llevo colgado de mi cuello ha sido darle gracias a Dios:

-Gracias Señor por haberme llamado. Hoy, este día de sol, y los días de lluvia y los de oscuridad. Gracias por haber sido fiel a tu promesa Señor. Gracias por haberme llamado cada día de mi vida.

Hoy he sentido real y verdaderamente el regalo de mi Fe. Es como si Dios mismo hubiera hablado hoy especialmente a mi alma para contestarme:

-Gracias, David, por haber acudido.

Le aseguro, padre, que mi deseo no es vivir una nueva vida. No sé el valor de los sellos que tengo en mi poder, ni del precioso manuscrito. Quizá ya sean piezas de museo.

Renuncié a los bienes materiales en mi consagración sacerdotal y me siento desprovisto de ellos. Salvo para ayudar a los necesitados que llaman a la puerta de la parroquia. Alguno de los cuales son mis propios feligreses. ¡Son tantas las necesidades de hoy en día, padre! Y como usted bien sabe, mi parroquia no está exenta de ellas.

Pondré a su disposición este tesoro escondido, tan pronto como regrese.

No olvido lo que soy y lo que era antes de empezar este viaje. Volveré en unos días, si Dios lo permite. Y si usted me admite, me incorporaré a mi vida de sacerdote en el pueblo de Extremadura del que salí. Llevaré siempre en mi corazón el recuerdo de Daniela. Espero que se recupere, esté donde esté.

Esta experiencia será difícil de olvidar, pero confío que con la ayuda de Dios pueda continuar viviendo en paz, con su recuerdo.

Suyo afectísimo:

Padre David



### ***Con la Iglesia hemos topado***

*Señor Capitán del Ítaca: Le rogamos encarecidamente que dé las órdenes oportunas para poner bajo discreta vigilancia médica al pasajero que viaja en el camarote número 5 del pasillo A-330, pues tememos que pudiera estar sufriendo algún tipo de desvarío mental. Se trata de un sacerdote de nuestra diócesis, el padre David al cual autorizamos a realizar un crucero en su barco para aclarar sus dudas de fe. Sin embargo hemos recibido una carta suya en la que relata extraños y trágicos sucesos que sospechamos que sean solamente producto de su imaginación. Nos permitimos adjuntarle dicha carta para que sea usted sabedor de su contenido y disponga lo necesario para prevenir alguna locura que pudiera cometer. Le rogamos que nos mantenga informados de cuanto acontezca y, por supuesto, que este asunto sea tratado con la mayor discreción. Gracias.*

## *CAPÍTULO 6: VENECIA*

*Donde Verónica, la pasajera del camarote número 6, cuenta a otra pasajera lo que le ocurrió en la bellísima y misteriosa ciudad de Venecia con un viejo conocido llamado Víctor.*

*Autora: L.G. Morgan*

-Que no, si no es nada. Cómo voy a molestarte con mis problemas. Aquí hemos venido a divertirnos, no te voy a amargar el viaje de esta manera. Además, si no serviría de nada, si es demasiado horrible, si... ¡Oh, Dios mío!, no sé que hacer.

-Pues desahogarte, mujer. Que para mi no es ninguna molestia. Todos necesitamos de vez en cuando contarle a alguien eso que nos ronda la cabeza y no nos deja dormir. Y mucho mejor a un extraño, si lo sabré yo, alguien que no nos conoce ni nos va a juzgar. Y si lo hace ¿qué más da? Si lo más probable es que no le volvamos a ver.

-Bueno, si de verdad tienes tiempo y no te importa... Lo cierto es que si no lo hablo con alguien voy a estallar. Es que ¡ha sido tan raro! Tan horrible.

-Vamos, vamos, mujer, no llores, que seguro que no es para tanto. Puedes contarme lo que sea.

-Gracias, te aseguro que lo necesito. Pero salgamos a cubierta, prefiero que no nos oiga nadie. Desde luego, nunca se me habría ocurrido que algo así pudiera pasarme a mí. Si yo soy tan normal, tan poco dada a las aventuras y a los imprevistos. Y mira que esto... Bueno, la verdad es que, en condiciones normales, tampoco me hubiera embarcado nunca en un crucero yo sola.

Es curioso, para mi Venezia ha sido siempre un sueño, el más grande sueño de mi vida y ¿sabes? Es de las pocas veces que he podido cumplir uno y resulta que ha terminado en pesadilla. Ahora que me acuerdo: ayer por la mañana, cuando desembarqué, me ocurrió algo, una tontería, una simple anécdota, pero que acabo de ver con otros ojos. Me había preparado para bajar la primera y, justo cuando abordaba la pasarela de desembarco, me crucé con uno de los pasajeros con el que no había hablado antes, a lo mejor le has visto por ahí, creo que su camarote está en el mismo pasillo que el nuestro, David no-se-qué, me dijo que se llamaba. Un chico de unos cuarenta y tantos con buena pinta y una cara muy amable. Bueno, pues David me

suelta: “Que Dios reparta suerte”, con un acento así como de película de intriga. Yo lo tomé como una broma que me hacía al ver que me disponía a pasar el día fuera. Me hizo gracia y fui tan boba de responderle: “no la voy a necesitar”. Le sonreí y eso fue todo. Pero ahora creo que fue una especie de aviso o algo, no sé, como una premonición.

Ayer lo olvidé enseguida, bastante concentrada estaba en otras cosas. Verás, este viaje, este crucero, es un regalo que me han hecho mis hermanas, y el día en Venezia tenía que ser la parte más especial de lo que ya era para mí una gran aventura. Entenderías esto perfectamente si supieras cómo ha sido mi vida hasta ahora, lo tranquila, predecible y coñazo que ha sido siempre. Y lo predecible, sería y formal que he sido yo, olvidándome incluso de reír y divertirme.

Verás, yo me casé a los veintiún años, inexperta, optimista y enamorada por completo, como una tonta. Mi marido, bueno ex marido, que ya llegaremos a eso, es americano. Le conocí cuando yo hacía un trabajo para la universidad, en la clase de antropología, sobre la vida en una base americana. Él entonces trabajaba para el ejército en la base militar de Torrejón de Ardoz y fue, por ese motivo, uno de nuestros entrevistados. Desde el primer momento me deslumbró por completo. Era tan guapo, parecía tan mayor, tan de mundo... Me pareció tan distinto a todos los chicos que conocía, tan especial, que me emocionó tremendamente que se hubiera fijado en mí y, cuando me pidió salir, creí que me había tocado la lotería. ¡Ja!, el premio gordo, iría descubriendo con el tiempo. Me casé con él al año y medio. Y me quedé embarazada a los tres meses. Así que dejé la carrera, preparé una oposición, que aprobé, por cierto, al poco de nacer mi primer hijo, y me metí de lleno en mi casa, mi familia y el trabajo de funcionaria en la biblioteca. Y hasta ahora. Bueno, hasta ahora no, porque hace cosa de año y medio todo se fue al garete, y me quedé con los trozos rotos en las manos de esa vida tan estable y sería que me había ido construyendo, sin saber qué hacer con ellos, sin saber qué hacer con nada, en realidad.

Alan llegó una noche a casa y me dijo, tan tranquilamente como hacen todos, que teníamos que hablar. Esperé que diera un beso a los niños, que yo tenía ya acostados como siempre, y me encerré con él en la cocina. Yo sabía que las cosas no nos iban demasiado bien pero no me esperaba aquello, una nunca se lo espera, supongo. Me dijo con esa flema británica suya, si se puede decir eso de un americano, que

había dejado de quererme y que se marchaba de casa, así, fríamente. No añadió más, así que fui yo la que tuvo que empezar a preguntar, a imaginar, a pedir explicaciones... Me dio muchas, eso sí, aunque la única que importaba era la que mencionó de pasada, como si no tuviera mayor importancia: que se había enamorado de una de las ejecutivas con las que trabajaba y que se iba a vivir con ella. Yo sabía quién era, la conocía de algunas de las cenas o fiestas a las que me veía obligada a asistir una o dos veces al año. Era una chica guapa, unos diez o doce años más joven que Alan, unos seis más joven que yo. A mi me parecía una trepa pero claro, nunca fui objetiva con ella, creo que porque enseguida se notaba que tenía mucho gancho con todo elemento masculino de la empresa que se le ponía a tiro. Iba siempre muy mona, estilo pijo, ya sabes, de las que nunca llevaría una mancha de mermelada que te echado encima tu hijo en el momento de salir de casa, ni ojeras por falta de sueño, o el pelo de cualquier manera porque tienes al pequeño con anginas y casi ni te has peinado. Digamos que mi antipatía fue siempre directamente proporcional a la simpatía que le tenía mi marido.

El caso es que Alan cometió un pequeño error. Me había hecho ver que la elegía a ella porque tenían mucho en común, le comprendía, compartía sus preocupaciones... y para acabar añadió que le atraía por su madurez y personalidad. Di más bien por sus tetas -le arrojé yo a la cara-, y por el culo que aún tiene en su sitio, y porque nunca hasta ahora te la has encontrado demasiado cansada para follar.

No soy una persona ordinaria, creo. Y nunca he sido agresiva, más bien al contrario, soy hasta demasiado controlada. Pero esa noche ni mi propia madre me habría reconocido. Con toda la sangre fría que he debido de poseer todo este tiempo sin yo saberlo, me fui a la habitación, abrí la ventana y empecé a tirar sus cosas, a montones, hasta que él me detuvo llamándome loca y sujetándome por los brazos, tan asustado que me dio la risa. Le dije que ya estaba cogiendo una maleta y saliendo por la puerta, que se fuera con su personalidad de treinta y cinco y que nos veríamos delante de un abogado. Solo cuando salió por la puerta me permití llorar. Claro que ya no lo dejé, descorché una botella del mejor tinto que teníamos en casa, un Vega Sicilia gran reserva, me puse música de Nina Simone y agarré una cogerza de campeonato.

Luego, supongo que pasó lo típico. Me pasé meses sumida en un pozo del que no sabía salir. Mis hijos, los tres, pese a ser niños, parecieron entender muy bien por lo que estaba pasando y se



esforzaron por animarme como podían, pero sin mucho resultado, lo confieso. Y ellos también estaban pasando lo suyo, no creas, el divorcio fue de todo menos pacífico. Mi familia, especialmente mis dos hermanas, también han tirado de mí todos estos meses. Hasta en el trabajo he tenido todo el apoyo que pudiera imaginarse. Pero yo estaba fuera de toda ayuda, creo. Y no era solo el dolor insoportable del desamor, lo peor fue darme cuenta de que yo, por mi misma, no tenía nada, o no era nada. He sido una esposa, una madre, la hermana de, la hija de... ¿comprendes lo que quiero decir? ¿Quién era yo, que quería, qué sabía o qué me gustaba hacer...? Hacía años que no me hacía esas preguntas y empecé, muy poco a poco, a darme cuenta de ello y a tratar de escalar con uñas y a zarpazos las altas paredes de ese agujero tan hondo donde el abandono de mi marido había terminado de arrojarme.

Empecé por tratar de cambiar por fuera, para luego hacerlo por dentro, que es más difícil. Me cambié el pelo y renové en lo posible mi armario. Cambié cosas en casa que nunca había tirado por falta de decisión o por someterme al criterio de Alan. Y empecé a hacer nuevas amistades, o a retomar las antiguas, sobre todo por Internet. Y así llegué a Víctor, o volví a él, según se mire.

Víctor Román fue mi novio durante los años de instituto y el primero de universidad. Había nacido el mismo día que yo, su nombre empezaba por V, igual que el mío, en la lista de clase íbamos contiguos, el se llama Román y yo Romero, nos gustaban los mismos libros, los mismos grupos... ese tipo de cosas, de casualidades que, con dieciséis años te parecen señales del destino, la prueba irrefutable de que aquel chico es tu alma gemela, tu media naranja y todas esas tonterías. Fue uno de esos primeros amores tan dulces que te quedan grabados en el corazón y te arrancan siempre una sonrisa de ternura el resto de la vida. La cosa acabó por un Erasmus. Él se marchó en segundo a Turín, Italia, en principio para dos años. A mí me pareció seguro que los amores a distancia no funcionan. Creo que en el fondo, estaba cansada de ser una buena chica con novio y quería probar más cosas, juergas con las amigas, ligues, viajes y tal. Luego llegó Alan a mi vida y se acabó todo definitivamente. Y Víctor fue haciéndose pequeño en el recuerdo, un recuerdo muy dulce, eso sí. Él cambió de ciudad varias veces, siempre en Italia, y acabó recalando en Venecia, que era nuestro sueño juntos, algún día, habíamos prometido, celebraríamos nuestros cumpleaños en la romántica ciudad del agua.

Habíamos tenido poco contacto todos estos años pero con mi nueva actividad internáutica, entre la que estaba la exploración de facebook y distintos foros y chats de la red, lo retomamos enseguida y empezamos a escribirnos con frecuencia. Así que, cuando mis hermanas me propusieron el crucero como regalo de cumpleaños, con todo arreglado, cuidarían de los niños y se encargarían de todo, acepté encantada y Víctor y yo empezamos a hacer planes.

El plan era que yo iría a buscarle a la tienda que tiene en el barrio de San Marco, cerca del puente Rialto, comeríamos juntos, recorreríamos la ciudad por la tarde, cenaríamos luego... y así hasta lo que diera de sí, ninguno de los dos quiso anticipar mucho más. A mi me parecía más que suficiente para empezar.

Así que, cuando ayer dejé el barco y me encaminé a la parada del vaporetto, iba en un estado de ansiedad y de agradable emoción como no conocía desde casi la adolescencia. Era el principio de todo, el principio de una nueva vida en la ciudad que era para mí la sublimación de lo romántico y lo sugerente.

Venezia no habría de defraudarme. Era tal y como yo la había soñado. Mi primer paseo por sus calles y canales, erizados de puentes de piedra, fue igual que caminar dentro de una película de Visconti. Alguien me dijo una vez que Venecia es la ciudad donde los tópicos resultan ser ciertos. Pues bien, era cierto. Esa atmósfera mágica y misteriosa, descubierta en los mil relatos de viajes leídos sobre ella, resultaba para mi tan real y tangible como la pintura que se desprende como una cáscara de los edificios; como el óxido de las verjas de hierro sumidas en el agua; como la pátina verde antiguo de las iglesias. Esa sensación de enorme privilegio, al contemplar por vez primera el sueño de la imaginación de unos bárbaros elitistas, convertido en piedra y agua, en laberíntico paseo de escondidos rincones e inesperados lances.

Y dentro del pez que parece la ciudad, como sinuosa e imposible columna vertebral, el Gran Canal que surcaba yo a bordo del vaporetto: aristocrático, exclusivo, dispensador de favores y reconocimientos, clasificador de clases; desde los líricos palacios de fachada fluvial, hasta las más modestas casas de rostro recatado, sumidas en los campiellos o placitas como segundones acomplejados a espaldas de los primogénitos herederos.

Apenas podía creer que lo que solo había imaginado durante toda mi vida fuera cierto. Desde la borda del barco iba contemplando el barrio de Santa Croce y sentí el súbito impulso de bajarme y

recorrerlo a pie. Caminé despacio, saboreando cada rincón y cada verja herrumbrosa, mirándolo todo con la pasión del primer descubrimiento, desde los Tolentini grandiosos hasta el palacio Ca Pesaro, la galería de arte moderno. Siempre cerca del Gran Canal pero trenzando mis pasos por el entramado de calles, ríos y puentes aledaños, descubriendo fachadas magníficas y calles perfumadas por el aliento de la vegetación.

Volví a tomar el vaporetto y de nuevo surqué el camino de palacios hasta detenerme junto a San Marco. He de decir que enmudecí del todo al ver la Basílica, su fachada elegante, el Palacio de los Duces y las Procuradurías. Comprobé que aún tenía un rato para mí antes de la cita, así que paseé un poco más por esa zona, ¡había tanto que ver!, descubrí tiendas de firma junto a la misma plaza, que se convertían en otros comercios más populares hacia el puente Rialto. Seguí las indicaciones de la guía turística y llegué hasta plazas recoletas y palacios imposibles, como el del Bóvolo, o caracol, con una asombrosa escalera exterior circular. Creo que debí de hacer veinte fotografías solo en esa parte.

A la una y media dirigí mis pasos, a través de algunas callejas con soportales, a la tienda de Víctor, situada en Campo Manin. Era casi la hora y yo estaba, de repente, bastante nerviosa. ¿Cómo me recibiría él, me vería distinta, me vería muy mayor? Y él, ¿habría cambiado mucho? Sentí un momento de pánico escénico, ¿y si resultaba todo una horrible decepción? Después de todas las ilusiones, después de esas esperanzas que, sin poner todavía en palabras, me habían ido naciendo las últimas semanas... Yo sabía que no le quería, no era eso, no es que me creyese locamente enamorada, como lo estuve una vez, de aquel hombre que el tiempo había vuelto un desconocido. A pesar del facebook y los correos, no es que tuviéramos lo que se dice un trato cercano. Pero él había sido mi ilusión, quizá la única, para salvar la sima en la que andaba metida desde lo de Alan, el ancla al que agarrarme cuando el mundo se había vuelto árido y feo, un campo yermo, triste y vacío. Creo que lo que me hizo tranquilizarme fue solo pensar que ya estaba hecho, pasara lo que pasara, había llegado hasta allí, y eso era lo importante.

Su tienda me llamó la atención ya desde lejos: tenía un cartel precioso con el nombre escrito en letras doradas: “La vieja sirena”. Reconocí enseguida un título de José Luis Sampedro que siempre me había encantado. En el escaparate había una colección soberbia de cámaras fotográficas antiguas, románticas, únicas, con el poso del

tiempo grabado en las carcasas de piel y madera, ajenas al plástico uniformador de nuestros días. Víctor era un auténtico amante de las antigüedades y también de la fotografía y parecía haber logrado unir esas dos pasiones y convertirlas en su modo de vida. Me acerqué a la puerta y sin dejarme titubear un instante, abrí y me sumergí valerosamente, aunque cruzando los dedos, en la película de mi vida, la que el destino quisiera escribir a partir de entonces.

Le reconocí enseguida. Tenía el pelo rapado casi al cero y había ganado algún kilo con la edad, pero aquellos ojos, y sobre todo aquella expresión cariñosa e irónica a la vez, me habrían hecho distinguirlo incluso en una reunión de antiguos alumnos.

No habíamos querido intercambiar fotos, deseando comprobar el efecto de la sorpresa que nos llevábamos los dos. A él le hubiera hecho falta una mía, no me reconoció. Se dirigió a mí muy cortésmente, saludándome en italiano: “Buon giorno, signorina”, esperando mi respuesta. Yo sonreí como una tonta y le dije que no me extrañaba que, siendo hombre, tuviera tan mala memoria. “¡Verónica!”, exclamó entonces con sorpresa, “no te había reconocido”.

Salió de detrás del mostrador y nos fundimos en un largo abrazo. Fue como volver a un lugar conocido que se ha añorado sin saberlo. Olía a un perfume que me resultaba dulce y evocador. Me separó a la longitud de sus brazos para verme mejor y su expresión admirativa fue todo el premio que yo necesitaba. Pensé para mí que habían valido su precio los esfuerzos con los que había tratado de devolverme un poco de la autoestima perdida. A continuación, le pedí ver la tienda y que me contara con calma cómo le había ido y a qué se había dedicado todos los últimos años.

Al poco, nos fuimos a comer. Me llevó a un pequeño café en el Campo Santo Stefano, donde servían excelente comida casera. Antes del segundo plato habíamos recuperado la confianza de antaño y yo me sentía relajada y a mis anchas. Él era amable y sabía escuchar, cualidad que había debido de adquirir con los años, le dije en broma, porque le recordaba mucho más impulsivo y parlanchín. Me preguntó por mi vida, por la gente común que conocíamos, por mis hijos, por el divorcio... con total naturalidad, sin huir de ningún tema que pudiera parecer escabroso. Y yo le conté todo, incluso cosas que solo me había dicho a mi misma en muchos años. Fue una liberación, poder contarle a alguien, que te escucha y asiente pacientemente, sin pudor y sin

vergüenza todas tus vivencias, tus ideas, también tus planes, es una experiencia que te deja limpia y en paz, como si pudieras hacer borrón y cuenta nueva. Yo le pregunté a mi vez por sus cosas, especialmente y con tan evidente picardía que le hizo sonreír, por sus amores. Y él tampoco me ahorró nada. Simplemente, tenía gancho con las mujeres, dominaba ese arte auténtico de saber tratarnos, de hacernos sentir entendidas y con el permiso de ser nosotras mismas, sin necesidad de fingir. Había tenido, y seguía teniendo, muchos amores. Pero nada demasiado estable. No, decía entre risas, nada tan absorbente que le impidiera degustar el resto de las flores. Con tantos perfumes alrededor, por qué va uno a limitarse a una fragancia. Al principio creo que hasta me molestó un poco aquello. Pensé, vaya crápula que está hecho, entonces, yo soy una más de la colección. Pero enseguida me di cuenta de lo tonta que era esa idea. No se trataba de coleccionar nada, Víctor disfrutaba de muchas personas, e igual que tenía muchos amigos, tenía muchas amantes, pero sin jactarse por ello, con profunda estima a todas ellas, y yo en realidad tampoco buscaba otra cosa. Yo quería su amistad y un poco de sexo del bueno. Más que eso, lo que quería era algo de aventura, de emoción, vivir por una vez lo que las buenas chicas como yo solo leemos que les pasa a otras. ¿Qué mejor que practicar con un auténtico seductor?, pensé, y le sonreí con ganas, disfrutando, ya sin ningún tipo de remordimientos, del incipiente coqueteo.

Después de la comida me propuso ver algún museo o palacio de los muchos que tenía la artística ciudad, pero yo preferí pasear y seguir charlando, así que atravesamos el gran canal por el puente Rialto y nos sumergimos de lleno en las calles y canales de San Polo. Nos cogimos de la mano con toda naturalidad, yo me sentía de vuelta a la adolescencia; esa dulzura, esa ternura que no necesitaba palabras... y la maravilla de todo lo que veíamos, la poesía que había en el aire no hacía sino magnificar esa romántica sensación.

Nos besamos por primera vez junto al puente San Polo, en la misma escalinata al pie de Santa María Gloriosa dei Frari. Un beso largo y dulce que despertó en mi un alud de olvidadas emociones. Besar otros labios era extraño, después de tanto tiempo. Me aferré a él temiendo caerme y sus brazos me sostuvieron con firmeza, salvándome del vértigo de aquel tiouvivo en que se acababa de convertir el mundo. Seguimos caminando para contemplar San Rocco y luego el dédalo de callejuelas recoletas, salpicadas de cafés y tiendas de artesanía, donde se pregonaba la calidad del cristal de Murano y la

riqueza de las máscaras, siempre presentes, de todas las formas y texturas concebibles.

Me convenció para acercarnos a tomar algo al Campo de Santa Margherida, un lugar pintoresco con puestos de frutas y de flores que se convertía desde la tarde en el lugar de encuentro más animado de la ciudad. Cenamos luego en una pequeña trattoria con toldos verdes, junto a San Barnaba: carpaccio de buey, pizza con alcachofas y una botella de Lambrusco. Era la hora mágica de la que hablaban los libros de viajes: cuando al término de la jornada laboral la mayoría de las personas que solo han estado de paso en la isla, que no viven o se alojan en ella, van abandonando las calles y canales al tiempo que el sol se pone y la penumbra, y luego la noche, van ganando terreno. Entonces los escasos peatones que quedan descubren el auténtico corazón de la ciudad, su auténtico pulso, su magia eterna. Ese halo misterioso que se nutre de bruma, la que se levanta de los canales y flota en el aire dándole materia, se extiende entonces por la atmósfera ganando cada rincón, cada puente desdibujado en la niebla u oculto tras el volverse brusco de un callejón.

Y tal vez fuera la magia, pero en aquellas horas pasadas con Víctor creí renacer de nuevo. Era en parte por él, mérito suyo, quiero decir, no voy a negarlo. Pero era también algo más, de algún modo sentí que allí recomenzaba mi vida y que aquella sería lo que yo, y solo yo, quisiera hacer de ella.

Víctor pidió la cuenta y me preguntó, igual de natural que había sido para todo, si quería que me acompañara al barco, o me iba a su casa a dormir. No lo pensé un momento, “a tu casa”, le dije.

Me guió con seguridad de experto hasta el puente de la Accademia y de allí al palazzo Corner, para tomar el vaporetto. Y nos bajamos muy cerca de su casa, en Cannaregio, en una zona de edificios angostos y elevados y canales estrechos, muy tranquilos. Él vivía en el cuarto piso de una de esas casas con pretensiones de palacio que existen en Venezia, que tienen paredes desconchadas y manchas de óxido goteando de las rejas torneadas. La escalera era empinada y al llegar arriba jadeábamos los dos, pero las vistas eran magníficas, daban sobre uno de los canales y pude ver un puentecillo sutilmente iluminado y dos góndolas amarradas juntas a su cobijo.

Víctor descorchó otra botella de Lambrusco y puso música lenta, para que pudiéramos bailar, o para que pudiéramos abrazarnos sin sentirnos cohibidos. Reconozco que tuve un momento de pánico, me dije: “ya no hay vuelta atrás, has dejado muy claras tus intenciones

y no hay forma de parar esto”. Temía qué sé yo, no estar a la altura, no resultarle bastante atractiva, mostrarme torpe o poco valiente... Debíó de notar mi rigidez momentánea porque, muy suavemente, me alzó la cara con su mano para mirarme a los ojos. “La primera vez con alguien nunca es la mejor”, dijo, “hay que ser realistas”. Y me sonrió con ternura, logrando aplacar mis temores. “Pero para nosotros no es la primera vez”, objeté. “Como si lo fuera”, contestó con otra amplia sonrisa.

Después todo fue fácil. No voy a decir que aquello fuera una hazaña olímpica ni nada parecido, tampoco yo buscaba algo así. Pero, desde luego estuvo bien. Yo me sentía envuelta en una especie de sueño, audaz y temeraria, supongo que por ayuda del vino, y dispuesta a satisfacerle y dejar que me correspondiera. Luego llegó la dulzura, abrazados en la cama, con las ventanas abiertas de par en par y mirando el canal que reflejaba la pálida luna. Cayeron dos botellas más, eso no lo recuerdo bien, ese vino es diabólicamente adictivo, no sé si lo habrás probado. Si no es así, deberías hacerlo. O mejor no, no sé qué digo, tampoco puedo afirmar a ciencia cierta que fuera el vino...

El caso es que recuerdo haberme quedado dormida en sus brazos, apoyada en su pecho y escuchando el latir de su corazón, con la sensación de ser acunada por el vaivén de unas olas suaves y su murmullo apaciguador. Y luego despertarme, con la primera claridad colándose por la ventana, y un intenso dolor de cabeza insinuándose en mis sienas. Miré a Víctor, con la sonrisa flotando en los labios, y lo que vi me congeló el gesto hasta volverlo amargo como el veneno. Él no respiraba, lo noté enseguida, y estaba pálido como la muerte. Creo que salté instintivamente hacia atrás. Aquello no podía ser, no podía estar ocurriendo. Me restregué los ojos y me obligué a tocarlo, a buscarle el pulso en el cuello. Estaba frío, yo no me había equivocado. Ahogué un grito y me levanté de la cama cubriéndome absurdamente con la sábana. Encendí la luz y, al mirar más de cerca, pude apreciar algo que me había pasado desapercibido hasta el momento. Él tenía los ojos cerrados, y de su nariz colgaban hilillos de sangre seca. En los oídos ocurría algo parecido, le había salido sangre de ambos y se le habían formado costras en los pabellones auditivos. Misteriosamente, la almohada estaba impecable, la sangre se había debido de detener enseguida.

Luego miré alrededor. La habitación estaba desordenada, con ropa tirada en cada rincón y discos desparramados por doquier. Conté

cinco botellas de vino vacías, una de ellas, la última supongo, había derramado parte de su contenido sobre la gruesa alfombra color crema. vi también cristales rotos, una bombonera intacta pero casi vacía y una copa tallada que parecía haberse salvado del naufragio. Yo no recordaba nada de todo aquello, ¿qué había ocurrido? Tampoco pude recordar cuándo habíamos bebido tanto, por más que me esforcé a mi mente solo acudieron tres botellas. Y nada de aquella batalla campal que parecía haberse celebrado en mi ausencia. Nos habíamos desnudado con ternura, despacio, saboreando cada minuto y cada descubrimiento. Cada instante era demasiado preciado para desperdiciarlo sin sentir.

Miré hacia la ventana, estaba igual que cuando me dormí. Recorrí el piso, cada vez más asustada, comprobando la puerta y las ventanas. Nada había sido forzado, todo parecía en orden. En el primoroso salón, que a Víctor le servía también de estudio, las dos ventanas permanecían abiertas, pero era como estaban cuando llegamos la noche antes.

Y yo... es cierto que me sentía aturdida y con algo de resaca, pero nada que justificara lo que parecía una pérdida de consciencia por mi parte. Cada vez me asustaba más. Me vestí a toda prisa y entonces, sin saber por qué pero sin querer pensar, me puse a recoger todo como una posea. Metí los cascotes de vidrio en una bolsa, bajo el fregadero, con el resto de botellas para reciclar. Lo pensé mejor, volví a sacarlas, les pasé un paño por encima y las devolví a su sitio. Restregué con energía la mancha de la alfombra. Incluso limpié lo que había podido tocar, reordené los discos tirados y colgué la ropa de Víctor en el armario. No sé por qué pero me sentí mejor haciéndolo. Por último, me dirigí al cadáver. Tuve un instante de vacilación, sentía tanta aprensión por tener que tocarle... pero luego, con una toallita desmaquilladora de mi bolso le limpié la cara y los oídos. No sé por qué sentía que aquello era necesario, vital incluso. Fue entonces y solo entonces cuando hice la primera llamada. El guía de aquí fue muy amable, ya sabes, Ignacio, el que nos acompaña en las excursiones. Me dijo que no me preocupara, que él llamaría a la policía y que se reuniría conmigo en la dirección que le había dado antes incluso de que pudieran llegar.

Y así fue. Cuando abrí la puerta a Ignacio no debían de haber pasado ni diez minutos. Yo estaba aparentemente serena, afectada pero tranquila, como era de esperar, supuse. Aunque lo cierto es que por dentro estaba aterrorizada, tenía un mal presentimiento, llevaba



desde que desperté actuando como una autómatas, casi por instinto, porque algo me decía que allí había algo que estaba mal, algo raro que no encajaba con la historia que había empezado a contarme a mí misma: que Víctor debía de haber muerto de un infarto mientras dormía.

Esa misma historia fue la que hilvanó la policía después de estudiar con dedicación profesional todos los hechos y las pruebas. Allí no había indicios de que pudiera haber ocurrido algo anormal, ¿qué otra cosa iban a pensar?

Siempre con la ayuda de Ignacio, que traducía cuando era necesario, les expliqué quién era yo y por qué estaba allí, cómo nos habíamos reencontrado, el día de turismo, que me había invitado a su casa a dormir... en fin, todo lo necesario. Me preguntaron con mucha delicadeza si habíamos mantenido relaciones sexuales, si había habido algo raro, qué sabía de la salud de Víctor y otras cosas así. Para acabar, me pidieron permiso para hacer copia de mi pasaporte, “pura rutina”, me tranquilizaron, “por si tenían que ponerse en contacto conmigo más adelante” y me dieron el pésame, preguntándome si sabía a quién había que avisar. Les di la última dirección que conocía de sus padres pero aclaré que hacía mucho tiempo que no tenía contacto con ellos. “No se preocupe”, me respondieron, “consultaremos sus agendas hasta dar con algún familiar o amigo de aquí que sepa algo”. Luego nos dijeron que podíamos marcharnos, que eso era todo; me avisarían tras el veredicto del forense pero estaban muy seguros de que se trataba de un ataque al corazón. Ignacio y yo volvimos al barco. Él se ofreció a hacerme compañía pero yo le dije que prefería estar un rato a solas, que necesitaba descansar. Fue entonces, cuando me hallé de vuelta en el camarote, a salvo, que sentí de golpe todo el impacto de la tragedia que acababa de vivir. Había perdido a mi amigo, recién recuperado. Ni siquiera me había despedido de él. El cuerpo yerto y frío que dejé en el piso aquel ya no era Víctor, el cálido Víctor que me había hecho creer, entre sus brazos, que aún podía volver a nacer y ser la mujer nueva que yo quisiera.

Y luego estaba el miedo, el terror incluso, porque no sé, Caridad, qué ocurrió realmente allí. Solo a ti me atrevo a contártelo. Y no sé si el dolor de su muerte es la única catástrofe que habré de lamentar.



*Al capitán del Ítaca:*

*Soy una pasajera de este barco y tengo que informarle de que en el servicio médico de a bordo están ocurriendo cosas extrañas. Médicos que desaparecen y personas que se hacen pasar por otras. No puedo decirle mi nombre porque temo por mi integridad física, pero por el bien de este viaje debe usted ordenar una investigación. Perdone que escriba esta nota de esta manera pero lo hago así para evitar ser identificada.*

## CAPÍTULO 7: ÍTACA

*Donde se recoge la historia de Mario, un historiador que ocupaba el camarote número 7 y que había subido a bordo de nuestro barco en Venecia, así como la extraña carta encontrada en su mesilla de noche cuando éste desapareció frente a las costas de la famosa isla de Ítaca.*

### Tras las Huellas de Ulises

*Autora: Carmen Martí*

Su verdadero nombre era Mario Ciges Marín. Cuando en el colegio descubrió la mitología, y sobre todo la vida de Ulises, ésta se convirtió en una obsesión. Cualquiera que fuese el tema de conversación o debate, Mario lograba siempre insertar algún párrafo sobre la Odisea y su héroe. Tal era su insistencia que sus compañeros le apodaron ULISES. Lejos de molestarle, Mario pensó que estaba predestinado a “regresar” a su héroe. Él, que era un muchacho reservado y tímido, se destapaba cuando podía referirse a su tema preferido sobre el que lo sabía casi todo.

Decidió estudiar Historia Antigua. El libro de Mauricio Obregón “De los Argonautas a los Astronautas” se convirtió en su segunda Biblia. Los veranos se apuntaba a los grupos que realizaban excavaciones siguiendo las rutas posibles señaladas en la Odisea o en el libro de Obregón.

En Sicilia conoció a una muchacha de nombre Penélope, oriunda de la isla de Ítaca, que había emigrado a Italia para estudiar Bellas Artes en Palermo y que también participaba en las excavaciones veraniegas. Era vivaracha e inteligente. Comprendió la pasión que dominaba al tímido Mario y decidió vivirla con él.

Le invitó a conocer su isla y los lugares más señalados. En Ítaca se amaron descubriendo sin prisa sus cuerpos y el color de sus ojos. Hicieron el amor con la misma naturalidad que respiraban el aire puro y húmedo de la isla, sin noción del tiempo ni del espacio, como si navegaran hacia un mundo pasado que los engullía sin piedad.

Cuando Mario regresó a Madrid se escribieron cartas apasionadas que firmaban Ulises o Penélope. De ese modo y, sin casi ser conscientes de ello, fueron adueñándose de los dos personajes clave de la Odisea. Ambos fueron presa de una definitiva conmoción.

Penélope pintaba autorretratos: en unos tejía cerca de un arco gigante y un carcaj lleno de flechas. En otros se asomaba a las torres del palacio de Ítaca, intentando adivinar en qué nave llegaría su Ulises. En otros cuadros apesaba el recuerdo de sus amores con Mario entre los pinos en lo alto de la montaña, o sobre los brillantes guijarros de las playas de Ítaca.

Pasaron 12 años hasta que Mario terminó la carrera, y presentó su tesis sobre “ La verdadera ruta de Ulises hacia Ítaca”. Pero cada verano se citaba con Penélope en algún lugar donde le llevaban sus investigaciones. Por fin se presentó a cátedras y las sacó. Ya podía proponerle matrimonio a su amada.

Pero esta vez no quiso tomar el avión. Prefirió navegar de Venecia a Ítaca recorriendo por última vez las costas del Adriático puntuadas todas con recuerdos de cálidos veranos con Penélope.

En la agencia de viajes le hablaron del crucero en el Ítaca y pensó que ese nombre era una premonición de lo que le esperaba. Eligió un camarote situado a popa del buque, al final del pasillo llamado “de los corazones solitarios”. Disfrutaba de una pequeña terraza que le permitiría observar a ambos lados de la blanca estela que provocaba la hélice del buque en el mar, las riberas de Italia, a su derecha, los Balcanes a su izquierda y miles de pequeñas islas, algunas inhabitadas todavía, en las que Penélope y él habían retozado bajo los árboles, en las cuevas o en las playas libres de turistas, sintiéndose Adán y Eva en el Paraíso.

Embarcó en Venecia rumbo a las Islas Jónicas. Mario recordaba el rostro de Penélope, sus ojos almendrados, su amorosa sonrisa. Soñó que ella le tomaba las manos, recorría con sus labios las líneas marcadas por el destino. Eran tan profundas que parecían labios que se estremecían cuando Penélope las besaba. Él disfrutaba de la sensualidad de su lengua tibia sobre su mano. Era un lenguaje secreto y misterioso que él descubría con avidez a medida que Penélope besaba sus brazos, su torso, su cuello, sus párpados. Mario desfallecía hasta que ella le reclamaba un apasionado beso. Entonces despertaba de su languidez, la llevaba en brazos a la alcoba, o a la colchoneta desplegada bajo una tienda, besaba la piel de Penélope con la misma reverencia que se tiene con una diosa, con la pasión que un Eros juguetón ponía en sus tibias manos cuando acariciaban el cuerpo de la amada. La piel de sus manos guardaba el poder perturbador de los besos, de la lengua de Penélope. Sentado en la pequeña terraza del camarote desde donde Mario vislumbra ese mar que lo separa de

Penélope, él sueña que ya está cerca para tenerla entre sus brazos y suspira...

Caía la tarde. El viento fresco y húmedo le provocó un escalofrío y entró en el camarote a por algo de abrigo. De pronto pensó que era la hora de la cena y se dispuso a pedirla al servicio, pero se le antojó que podía ir al comedor del barco, como hacían los demás, o a la terraza de proa desde donde observaría mucho mejor las estrellas.

Ulises, como buen marino que era, navegaba guiándose por las estrellas y conocía muy bien las que pasan verticalmente por los cielos de su patria, Ítaca.

“Cuando llegues a las planas riberas y al bosque de Perséfone (esbeltos álamos negros y bosques de cañaverales) amarra la nave allí mismo sobre el Océano de profundas corrientes...”

Párrafos enteros de la Odisea le venían a la memoria junto con los reportajes marinos del Comandante Cousteau y del National Geographic.

-Quién ha de conducirme en este viaje? preguntó a Calypso

-Odiseo, no sientas necesidad de guía...coloca el mástil, extiende las blancas velas y siéntate. El soplo del viento te llevará”

Una incontrolable tristeza sorprendió a Mario y lo dejó desnortado. ¿Qué hacía en este barco él solo, sin Penélope? Se levantó y se marchó sin cenar. Acodado en la barandilla de popa, miraba a las estrellas intentando calcular el tiempo que le separaba todavía de su amada. Cerró los ojos para intentar reencontrar su voz y su perfume. Le dolían los brazos de tan vacíos sin aquel cuerpo diminuto que se apelonaba junto a él. “¡Penélope! Se atrevió a gritar “¡Penélope!” . No sabe cuánto tiempo quedó en aquel lugar. Cuando regresó de su ensueño, la osa mayor ya no se distinguía en la bóveda celeste, pero la luna se negaba a desaparecer.

El horizonte se cubría de grises, verdes y ópalos en rosa, luego anaranjados antes de que el sol empezara a asomarse. A su izquierda la cordillera que partía la isla de Ítaca en dos se alzaba desafiante. Mario corrió a su camarote, apelmazó sus enseres en la maleta sin preocuparse por lo que pudiese olvidar. Quería ser el primero en desembarcar en Ítaca. Penélope le estaba esperando.

Pero el barco pasaba de largo. Como un solo pasajero había solicitado desembarcar en la isla, suspendieron el desembarco.

-Pararemos en Atenas. Allí cualquier barcaza podrá acercarle a Ítaca.

Mario protestó. Aquello no era lo acordado. Les amenazó con denunciarles por incumplimiento de contrato. El capitán intentó calmarle ofreciéndole todo tipo de excusas y contraprestaciones pero no le convenció. Mario se angustiaba por momentos. Aquel contratiempo abortaba toda la historia que esperó durante tantos años. Comprendió que aquel crucero había sido un error. “Debí embarcar con Penélope en un barco de vela, como el que Ulises tenía en Ítaca, y recorrer ambos en él todas las islas Jónicas siguiendo los lugares de nuestro amor. ¿Qué hago yo aquí, sin ella? Este barco se parece más a un edificio de vecinos que a un barco”

Sintió la angustia que provoca el sentimiento de impotencia, de irreversibilidad, de fatalidad.

Cuando el barco estaba pasando el último peñón de la isla de Ítaca Mario corrió a la barandilla de popa y se tiró al mar esperando alcanzar la orilla todavía cercana.

Lo recibió la blanca estela de espuma que producía el fuerte girar de la hélice...

*A continuación transcribimos la extraña carta encontrada en la mesilla de noche del camarote en el que viajaba el profesor D. Mario Ciges Marín, por si fuera de utilidad de cara a la investigación sobre las causas y circunstancias de su desaparición frente a las costas de Ítaca.:*

## **Carta de Penélope a Ulises**

***Autora: Sagrario Merino***

Ulises, en la noche pasada fue difícil soportar la soledad.

Alrededor de mí, una inmensidad de nubes negras se cernían tratando de aplastarme y solo podía cerrar los ojos para no sucumbir a los malos augurios que parecían anunciar.

Tal como las nubes, otras criaturas negras, a modo de buitres, se empeñaban en destrozarme el corazón, como si con ello quisieran saciar su hambre atrasada.

¿Dije hambre? Perdóname, estoy dejándome llevar por la desesperanza de no volver a verte, por la tristeza de tu ausencia.

A veces, cuando miro el mar, me parece vislumbrar las velas de tu nave, tu silueta, tu gente. Entonces creo ver que os aproximáis poco a poco hacia la costa, con algarabía, y que podré lanzarme al agua en tu busca porque solo estáis a unos pocos metros ya de tierra firme.

Te abrazo tan fuerte que creo volcar así el amor de todo el tiempo que no te he visto.

Me abrazas tan fuerte que creo que lo estoy soñando, y que estoy soñando que me quieres todavía.

Es eso, solamente un sueño.

Voy a dormir y mañana seguiré tejiendo mi vida sin ti, con la madeja infinita de la fe y mi amor.

Porque sé que vas a volver y que voy a ver realmente tu nave y esas velas desplegadas, con brío, a la luz del sol de Ítaca. O de la luna.



Seguiré eludiendo a los que se empeñan en que me vaya con ellos, sin ceder a sus pretensiones egoístas. Persiguen que despose a uno de ellos, y así adueñarse de todo lo que te pertenece. De poseerme a mí.

Sigo aquí, en Ítaca, tejiendo y destejiendo lo que tejí durante las horas de luz.

Así, hasta que llegues, tu fuerte cuerpo junto al mío. Te estaré esperando para curarte tus heridas, para que todos los horrores que hayas podido sufrir, se disipen con mis caricias y cuidados. Para amarte hasta la muerte, para que me ames hasta el final.

Este será el fin de mi labor, cuando deje de tejer, y cuando mi espera termine.

Ulises, que el canto de las fatídicas y engañosas sirenas no llegue a tus oídos.

Adiós Ulises, que los dioses te protejan.

## **CAPÍTULO 8: ATENAS**

***Donde Caridad, la pasajera del camarote número 8, nos cuenta los avatares de su viaje, su visita a Atenas, su relación con su amiga Espe y lo que le aconteció a ésta.***

***Autora: Fuencisla López***

Por fin llegamos al barco, después de una odisea en el aeropuerto de Barajas. Su nombre, “Ítaca”, me parece muy evocador, sugiere aventura. Logramos estar en Barcelona gracias a un taxi. Un grupo de cuatro afectados por la huelga de los controladores, nos pusimos de acuerdo y fuimos a la estación de Atocha, consiguiendo abordar el Ave para llegar a Barcelona antes de que el barco zarpara. Así, antes de embarcar conocí a tres compañeros del crucero. Una chica que viaja sola: Fe, y dos chicos, Pepe y Duri, que comparten camarote. Estamos en cubiertas distintas. Los camarotes de ellos son interiores y están más abajo que el mío. Ha sido una gran casualidad que fuéramos al mismo barco.

Me llamo Caridad, aunque todo el mundo me llama Cari. Estoy en la madurez: todavía no se me puede llamar vieja, pero tampoco joven. De todas formas la menopausia no me da miedo: convivo con ella desde hace años y resulta que nos llevamos bien. Es más, yo diría que muy bien. Desde que la tengo he descubierto que soy multiorgásmica y lo cuento yo, que tuve mi primer orgasmo después de tener al segundo hijo. Debe ser que, al no existir ya el miedo al embarazo, el cuerpo se relaja y disfruta a tope. Parece mentira ¿verdad? Es que era otra época: en la que la mayor parte de las mujeres llegábamos vírgenes al matrimonio. Si le cuentas esto a la gente joven, te miran como si fueras de la era de los dinosaurios.

Siempre fue mi ilusión ser rubia, y a estas alturas de la vida lo he conseguido. Me gusta comer y además lo mismo me da dulce que salado, por lo que mi peso no es el “ideal”. Envidio cordialmente a la gente que come lo que quiere y no engorda. La herencia influye mucho en esto de la obesidad. Yo vengo de una familia de obesos por ambas ramas, materna y paterna, así es que estaba predestinada. Tampoco soy muy alta, otra herencia. Pero yo por dentro me siento alta y esbelta.

Después de treinta y cinco años de matrimonio y tres hijos criados y bien criados, todos casados y con sus respectivos hijos, mi marido y yo, de común acuerdo, decidimos separarnos. Él creo que anda por Andalucía. Conoció a una ecuatoriana muy liberal y además muy, pero que muy cariñosa y se ha ido detrás de ella. Luvi tiene trabajo en una residencia de mayores en Cádiz donde le pagan bien, y como él tiene una buena pensión, pues “a vivir que son dos días”

Yo también tengo mi buena pensión de maestra jubilada. Me jubilé con el cien por cien del sueldo a los sesenta años. También me he quedado con la casa, ya que era de mis padres y la aporté al matrimonio. Siempre hemos estado en régimen de separación de bienes. Mis padres, con una gran visión de futuro, nos convencieron para no ir al matrimonio en gananciales. Me pareció una falta de confianza hacia Aquilino. Yo era muy joven y romántica entonces, pero, con el paso de los años, el tiempo dio la razón a mis progenitores, que en gloria estén, y a los que nunca se lo agradeceré bastante. Si no hubiera sido así, ahora estaríamos disfrutando el piso a medias o habría que haberlo vendido, ¡qué se yo!

Mis hijos se echan las manos a la cabeza y no entienden como estamos los dos tan contentos y tan de acuerdo. Lo que más les choca es verme a mí tan feliz. ¡Pobres! Como no voy a estar contenta si me he quitado un peso de encima... nunca mejor dicho, pues siempre lo quería hacer encima de mí, ¡que hombre tan tradicional!

Mis hijos son tres chicos. Me han proporcionado cuatro preciosos nietos a los que adoro, aunque como siempre estoy ocupada con mis aficiones y mis viajes, solo les veo de visita. No tengo tiempo para cuidar de ellos de lunes a viernes, como les pasa a algunas de mis amigas, que, como es natural, no pueden dedicarse a nada más.

Voy los martes y jueves a clases de Risoterapia; los lunes y miércoles a Tai Chi en el Centro Cultural y los viernes no me pierdo ningún baile en el centro de mayores de mi barrio. Y además no me faltan pretendientes, pero aunque me da lo mismo bailar con hombres que con mujeres, ya no me interesan los varones. He descubierto una nueva sexualidad, que no sabía que existía y a la que ahora me dedico siempre que puedo. A mi edad ya no hay muchas oportunidades, pero algo hay.

Después de la escala que hicimos en Venecia, cuando estaba dando un paseo por la cubierta 5, coincidí con mi vecina de camarote, la del número 6, Verónica se llama. No hacía más que llorar, inconsolable, asomada a la barandilla del barco. Traté de saber qué le

aflicción por si podía serle de ayuda. Me contó que acababa de divorciarse y que estaba allí para no decepcionar a sus hermanos, que le habían regalado el crucero, para animarla. Como en Venecia vivía un antiguo novio, fue a visitarle. Se enrollaron y al despertar vio que él estaba muerto. Todavía no me he repuesto de la impresión. Pobrecilla. He tratado de consolarla como he podido, pero la verdad es que no lo he logrado. Ni estando de vacaciones puede uno evitar que las desgracias le acosen.

En este crucero tengo puestas muchas ilusiones. Es el quinto que hago. Éste es por el Mediterráneo, y estaba deseando llegar a Atenas. Es la segunda vez que visito esta capital y aunque la ciudad en sí no es nada bonita, además es sucia y descuidada, tiene las ruinas, que aunque están, nunca mejor dicho, verdaderamente arruinadas, tienen su encanto. Las piedras están hechas trozos, sobre todo en el Ágora, pero respiran historia y desprenden aroma de eternidad.

Aunque me gusta visitar la ciudad por mi cuenta me uní a una visita guiada. La guía nos dijo lo que está en todos los libros: que la historia de Atenas se extiende más de 7000 años, por lo que es una de las ciudades habitadas más antiguas. Que en la época clásica era una ciudad estado y fue fundamental en el desarrollo de la democracia. Que también fue un centro cultural donde vivieron muchos grandes artistas, escritores y filósofos. Y que fue la cuna de la cultura occidental.

Nuestro idioma tiene raíces griegas. La guía nos decía que si no encontrábamos palabra adecuada en griego, que la dijéramos en español, “que seguramente acertábamos”.

Hemos visitado la Acrópolis, que, sobre una colina, domina toda la ciudad, y el Erecteión, con su famoso pórtico de las Cariátides, es la joya de la corona. Aunque está muy reconstruido y las cariátides son copias. Las originales se encuentran dentro del Museo, el cual también visitamos. Causan impresión. Actualmente ha sido designada una de las Nuevas Siete Maravillas del mundo. La verdad es que acabé agotada. La visita del Museo es obligada: contiene los vestigios más importantes de aquella época y es el más importante, junto con el Arqueológico, de toda Grecia. También los Teatros de Dionisos, en la ladera sur, y de Herodes Ático, (en este último, muy reconstruido, se celebran conciertos al aire libre), formaron parte de la visita. No tuvimos suerte: durante los días en que el barco estuvo en Atenas, no hubo ninguna representación

El impresionante Partenón es el templo más famoso del mundo, con su estatua de Atenea, la patrona de la ciudad, de 12 metros de altura. El escultor fue Fidias. Después de todos los avatares históricos que ha tenido, ahora se encuentra muy reconstruido y se cuida como la joya que es.

Después, el Ágora antigua, con su atmósfera mágica. No en vano allí se iniciaron las bases de la democracia y se gobernó el gran imperio griego.

Cuando acabó la visita, decidí seguir sola. El barrio de la Plaka hay que patearlo con tranquilidad. Con los zapatos que me he comprado antes de venir, unos que tienen la suela combada como si fuera un barco, me canso mucho menos y puedo caminar más tiempo, sin agotarme, como me pasaba antes. He hecho muchas fotos porque la Acrópolis siempre sale como un precioso decorado al fondo, ya que el barrio está en las faldas de la colina.

Estaba paseando cuando me han llamado por mi nombre. Era Fe, la compañera del Ave desde Barajas a Barcelona. Iba sola. Pepe y Duri se acababan de separar de ella, ya que tenían otros planes, así es que hemos decidido seguir juntas. Por las estrechas callecitas, y en las numerosas tiendas de recuerdos hemos comprado algunas cosas. Yo para mis nietos y algo para los hijos, también para las nueras. Siempre digo que es la última vez que voy a llevar recuerdos, pero luego se me olvida y vuelvo a picar. Las cosas hechas en cuero, bolsos, sandalias, han sido lo que más nos ha llamado la atención.

En la calle Pandrosson, tiene su tienda un zapatero que fabrica las mejores sandalias de Grecia. Fe y yo hemos comprado algunos pares. Este señor además es poeta, y nos ha regalado un poema a cada una, pero lo malo es que está en griego: habrá que traducirlo para saber qué pone. En esa misma calle hay joyerías muy buenas, pero los precios no nos han animado a comprar.

Como buenos comerciantes a los tenderos les gusta el regateo, así es que no hay que ser impaciente y seguir presionando, pues ya se sabe que se puede llegar a la mitad del precio que piden al principio.

En medio de las callejas de la Plaka hay una diminuta iglesia del siglo XII a la que llaman la “pequeña catedral”, y que siempre me ha encantado por sus fachadas románicas y los relieves que guarda en su interior.

Volvimos al Ágora para visitar la Torre de los Vientos, que está muy bien conservada, con su planta octogonal. El nombre viene de los

frisos externos que representan los ocho vientos de la estrella. Data del siglo II a.C. y fue construido como reloj de agua y veleta.

De allí al barrio de Monastiraki. También con sus intrincadas callejuelas. Más tiendas típicas, pequeños bares, algún restaurante, iglesias bizantinas y museos.

Llegamos al mercadillo que está en la plaza Avissynias, y calles adyacentes. Bastante sucio, feo y caótico, pero, eso sí, muy típico. Lleno de gentes ruidosas que nos estaban estresando. Un poco decepcionadas, yo creo que debido al agotamiento que ya nos iba invadiendo, decidimos sentarnos en una terraza a degustar algún manjar típico. Pedimos unos trozos de empanada de verduras y una ensalada con queso feta. Para beber sendas cervezas. Me llamó mucho la atención el logotipo del bar. Una Sirena. Estaba en un lado de la puerta y la verdad es que me impresionó: era de tamaño natural, parecía una artista de cine: el rostro maquillado, el cabello suavemente ondulado le llegaba a la cintura, los pechos al aire parecían recién operados y curvas que se deslizaban por su cuerpo hasta la cola. Ésta era de color oro viejo.

Una vez repuestas las fuerzas, fuimos en metro a la plaza Sintagma, a ver el Parlamento. Siempre me he preguntado como siendo los griegos tan artistas, y aunque es de estilo neoclásico, no les ha salido con un poco más de “gracia”. El Monumento al Soldado desconocido, tampoco me cautiva demasiado.

Lo que he notado en este segundo viaje a Atenas, es que, a pesar de la crisis económica que están sufriendo los griegos en mayor medida que el resto de Europa, creo que está mucho más desarrollada que la última vez que vine, dos años antes de las olimpiadas del 2004. Entonces me llamó mucho la atención la cantidad de perros callejeros que había en la ciudad. Daba asco verlos: sucios, sarnosos, buscando algo para comer entre la basura de las calles. Ahora ya no se ven. La Sanidad ha debido progresar en ese sentido.

Como vamos a estar en Atenas dos días, Fe me ha dicho que iba a buscar un hotel para pasar la noche, que si la acompañaba. Le he dicho que no, que me vuelvo al barco, porque tenía mis razones. Cogeré el metro hasta el puerto de El Pireo, y a “casita”

Ella me ha contado que quería ver el complejo olímpico de los juegos del 2004, pues como estaba estudiando Arquitectura le interesaba, ya que estaba diseñado por el arquitecto español Santiago Calatrava. Le he hablado del antiguo del siglo IV a.C., que

posteriormente fue restaurado para la Olimpiada de 1896. Me ha dicho que lo visitó con Pepe y Duri antes de encontrarme.

Cuando he llegado al Puerto del Pireo me ha parecido que llegaba a casa. La luz atenuada del anochecer le hacía relucir como algo mágico. Al subir por la pasarela, he sentido que llegaba a mi hogar.

Este viaje tiene por misión celebrar que llevo separada siete años y además, tiene el acicate de que, entre la tripulación, tengo una amiga muy querida, muy especial, que trabaja en el grupo de animación. Se llama Esperanza, pero quiere que se la conozca como Espe.

Espe fue vecina mía durante cinco años antes de divorciarme y nos compenetramos tan bien que mi ex, Aquilino, llegó a ponerse celoso y la verdad no se por qué, ya que tergiversó lo que vio cuando nos sorprendió en la cama. Abrazadas, decía él, pero la verdad es que nos estábamos buscando la una a la otra el punto G. Casi estoy segura que yo no tengo. En cambio, tengo una especie de lentejita entre mis partes íntimas que es mágica, porque en cuanto se la toca me hace vibrar, como los instrumentos de cuerda al acariciarles con las yemas de los dedos.

Esta chica hace honor a su nombre, pues da mucha esperanza a todos los que la conocen. Además tiene muchas virtudes: canta, baila, hace buenas migas con gente de todas las edades y de los dos sexos. Es sexóloga aficionada también. Logra que los seres humanos sean más felices y que sigan practicando sexo a cualquier edad. Por eso la han contratado en el barco, no como sexóloga, sino como animadora. Lo peor es el régimen de semiesclavitud que tienen. Ahora han logrado que cuando el barco toca puerto, puedan bajar a tierra dos o tres trabajadores de cada departamento. Antes ni eso. Estaban en el barco los seis meses que duraba el contrato. Tenía la ventaja de que ahorran todo el sueldo.

Procuró ir a todas las actividades que hay programadas y a las clases que imparte mi amiga Espe: danza del vientre, salsa, merengue... Aunque es casi veinte años más joven que yo y ya no es una jovencita, se cuida mucho, se machaca en el gimnasio. Su actitud ante la vida y sus ganas de vivir y disfrutar, le hace tener un aspecto mucho más juvenil que el que tienen otras mujeres a su edad.

Tengo el segundo turno de cena. Cené con los pocos compañeros que estaban a bordo. Todos los “corazones solitarios”, pues así nos llaman los camareros de nuestro pasillo, tenemos la

misma mesa. Creo que debe ser una atención de la dirección del barco para ver si dejamos de ser “solitarios”. Después me fui a ver el espectáculo musical en el que actuaba Espe, que hoy estaba dedicado a la música de Abba. Me ha gustado mucho, es una música muy alegre que hace que el alma y el cuerpo se impregnen de optimismo. Cuando ha terminado eran ya las dos de la madrugada; Espe se ha venido a mi camarote. Se ha desligado de otros compromisos y me ha dicho que esta noche me la dedicaba, que quería estar conmigo recordando los viejos tiempos.

Casi me ha emocionado. He vuelto a disfrutarla con todos mis sentidos, Su piel suave y como de terciopelo es un placer para el tacto. Su olor corporal es mejor que ningún perfume, me recuerda el olor de las acacias de mi barrio, también al tomillo, a la miel. Su hermosa melena danzaba de un lado a otro de una manera magistral. Parecía un anuncio de champú. Muy sexi, me ha obsequiado con un espectáculo voluptuoso donde se iba quitando poco a poco la ropa. Me ha hecho disfrutar mucho. Casi no me puedo creer que esta chica tan arrebatadora sea feliz a mi lado. Así se lo he hecho saber y me ha contestado que conmigo se encuentra como si hubiera llegado a la meta, a su hogar, que soy blandita y dulce como un bollo recién salido del horno. ¿No es un amor?

Sus caricias tan sabias y su manos hábiles me han hecho estremecer hasta límites que creo no había sentido nunca. Me va a costar mucho trabajo a partir de ahora estar separada de ella. En fin, hay que vivir el momento: Carpe diem.

Hemos estado juntas toda la noche disfrutando la una de la otra, hablando, dormitando, hasta las siete de la mañana. A esa hora Espe me ha dicho que ya se tenía que ir. La he ayudado a ducharse. Luego he secado su cuerpo con mimo. Después, tumbada en la cama, he extendido la crema hidratante por todo su maravilloso cuerpo con un suave masaje. Nos costaba mucho despedirnos. Un último beso, decíamos, hasta que ya de verdad fue el último.

Después de vertirse, un nuevo achuchón. Esto no solo es sexo, es algo más. Algo muy bonito que me entenece el alma. Cuanto más me llegue al corazón más me va a hacer sufrir. Yo solo quería pasármelo bien, esto no estaba en mis planes. Pensé en un rollito, pero creo que es un amor que cada vez me conmueve más.

Al llegar a la puerta del camarote se ha sentido mal.

-¡Ay! Cari, que me mareo...

Y sin mediar ninguna palabra más ha caído al suelo.



No sabía qué hacer, me he puesto muy nerviosa, tratando de reanimarla, la llamaba:

-¡Espe, Espe, cariño respóndeme!, ¿qué te pasa? Cielo abre los ojos, ¡por favor, por favor!-, frotaba con desesperación sus manos y su cara pero no me respondía.

“Hay que pedir ayuda”, me he dicho agobiada. Me he vestido con lo primero que he encontrado y poniéndome la bata, he salido al pasillo. He llamado al mozo encargado de los camarotes de esta zona. A los pocos segundos, ha aparecido Ramón. Entre los dos hemos tratado de reanimarla. Con impaciencia. Yo, cada vez más nerviosa, no he podido más y he estallado en sollozos.

El chico ha llamado a otro compañero. Se han comunicado con dirección y siguiendo instrucciones, entre los dos la han llevado a la enfermería. He ido con ellos, angustiada, porque el aspecto de Espe cada vez me preocupaba más. A los pocos minutos ha aparecido el médico, y segundos después el enfermero, que por la cara que traían debían venir directamente de la cama. A mi me han dicho que no podía quedarme, que esperara fuera en alguno de los salones o en el camarote.

Me he quedado llena de angustia y sin poder contener el llanto, mirando el reloj, que parecía que estaba parado, continuamente y paseando sin cesar por el salón de juegos que es el más cercano a la enfermería. El tiempo pasaba con mucha lentitud. No podía ni imaginar qué era lo que podía haberle pasado a mi querida Espe

“¿Por qué, si todo iba tan bien, tenía que pasar esto?”.

Al cabo de dos horas largas, por fin se ha abierto la puerta de la enfermería. El médico me ha dicho que pasara al despacho que está al lado. La cara que tenía no auguraba nada bueno. Yo no cesaba de preguntar con insistencia por mi amiga, pero no me decía nada, solo que me tranquilizara, que me serenara. Me hizo sentar en una butaca y él, sentándose enfrente en otra silla, me cogió por los hombros y con una voz que quería ser sosegada, me ha dicho que no ha podido hacer nada por ella. ¡Nada!. Que cuando se cayó al suelo, ya estaba ¡muerta!

-¿Muerta?, ¡no puede ser! pero ¿de qué, por qué?

-Cálmese por favor, le aseguro que hemos hecho todo lo posible por reanimarla. Hemos empleado todos los recursos: desfibriladores, masaje cardiaco, inhalación boca a boca, todo, todo. Pero ha sido inútil. Cuando Esperanza cayó al suelo seguro que ya estaba muerta

El enfermero a instancias del médico me ha dado un calmante y me ha acompañado hasta mi camarote. Me han suplicado que no diga nada a nadie porque eso enturbiaría el buen discurrir que tiene que imperar siempre en un Crucero. De todas formas me han asegurado que en cuanto le hagan la autopsia me dirán cual ha sido la causa de su muerte.

Estoy destrozada. Con lo felices que habíamos sido solo unas horas antes ¿por qué se me castiga de ésta forma? ¿Y a ella, una mujer en plenitud de la vida? ¿Por qué, por qué? Una chica tan vital, tan simpática, tan colaboradora, tan amiga de sus amigas. No puedo hacerme a la idea. No quiero. Esto tiene que ser una terrible pesadilla. Mi vida entera tan alegre en los últimos tiempos se me desmorona como un castillo de arena. No puede ser, no sé como voy a poder encajar esto. Dios mío, ¿por qué me castigas? Si yo solo quería disfrutar un poco de la vida durante el tiempo que me queda, después de tanto trabajo y tanto desamor.

Sin saber cómo, me dormí. Los ojos se me cerraron, seguramente por el calmante. El sueño ha sido muy agitado, en él he visto a Espe, irradiando luz, vestida de blanco y diciéndome que no me preocupara, que todo estaba bien, que se tenía que ir pero que siempre estaría a mi lado, cuidando de mí. Al tiempo, su querida imagen se fue desvaneciendo lentamente. Al despertar, me embargaba una extraña paz, pero ha durado poco, luego me he dado cuenta de la cruel realidad y me he sumergido en mi pena y en mi llanto.

De esto va a ser difícil salir, me dije. Decidí ir a pasear por cubierta. Necesitaba que me diera el aire a ver si se me despejaba la cabeza, aún estaba embotada por el tranquilizante. El Puerto que la noche antes me había parecido maravilloso, ahora se me tornaba gris con brochazos negros que me deprimían aún más.

Por el extremo de la cubierta, descubrí a Sergio, mi vecino de camarote. Está en el número 9. Un chico muy guapo y además muy simpático. Me ha preguntado qué me pasaba y se lo he contado todo sin poder contener las lágrimas. El muchacho se ha quedado muy afectado. Ha tratado de consolarme como ha podido. Pero mi pena es muy honda. No puedo creer que Espe se haya ido para siempre y de esa forma tan repentina. No le doy ningún crédito al médico del barco, tiene que haber algo más. Alguna fuerza negra y oculta está en este barco. No pararé hasta saber la verdad.

He decidido no bajar del barco, no estoy de humor. He estado mirando como descendían los viajeros, aunque creo que no todos. De pronto me han abrazado por detrás. Era Fe, y los dos chicos. Me han dicho que ellos tampoco iban a desembarcar que tenían que hacer muchas cosas en el barco. Cuando les he contado entre sollozos mi trágica experiencia, la muerte de Espe, han cruzado una extraña mirada y han tratado de consolarme. Me han asegurado que todo tiene una explicación y que me serenara que todo se iba a arreglar. Me he quedado perpleja. ¿a qué habrán querido referirse?



### ***Con la muerte en los talones***

*“Informe confidencial del médico del Ítaca para el capitán del mismo sobre el fallecimiento a bordo del barco de la monitora de baile.*

*La causa de la muerte ha sido una parada cardio-respiratoria, aunque resulta extraño ya que era una persona en buena forma física. El óbito ha ocurrido mientras dormía. El cuerpo se encuentra en el depósito de cadáveres de la enfermería del barco. Siguiendo los protocolos se han tomado muestras de sangre por si tuvieran que ser analizadas.*

*Se da la circunstancia de que al morir se encontraba acompañada por la pasajera del camarote 8 del mismo pasillo donde precisamente tenemos bajo vigilancia al sacerdote que sufrió algún tipo de delirio en Dubrovnik.”*

## ***CAPÍTULO 9: ESTAMBUL***

***Donde Sergio, el ocupante del camarote n° 9, nos cuenta su aventura en la embriagadora y apasionante ciudad de Estambul con una misteriosa mujer llamada Sara.***

***Autora: María Luisa de León***

Este no era mi viaje. Pero el destino es caprichoso y no cesa en su empeño para lograr hacernos prisioneros de sus antojos. No es que no me guste viajar, al contrario. Conocer otros pueblos, otras culturas, visitar sus museos y monumentos. Pasear y percibir el aroma de las calles y jardines junto a sus gentes, sobre todo si se disfruta de una buena compañía, es encantador. No soy especialmente romántico pero me gusta lo bello. Aunque ciertamente no entraba en mis planes inmediatos viajar. Acababa de sufrir un examen y, después de dos intentos fallidos, conseguía la plaza de registrador de la propiedad y ahora me urgía tomarme un descanso. Como digo, el azar, el destino, tal vez esa fuerza misteriosa que pulula a nuestro alrededor, no se como debo definirlo, se ocupó de torcer mis planes. La noche del veintiséis de marzo celebraba con mi hermano Borja y dos amigos, Jimena y Bernardo, mi recién estrenada oposición. Estaba eufórico. Me había excedido un poco en la bebida. Tenía motivos. Con treinta y cuatro años me auguraba un buenísimo porvenir. Además de considerarme un tío bien parecido, mi éxito con las mujeres era más que satisfactorio. Así que esa noche me creía rey del universo. Tal vez no era para tanto, pero el hecho de verme rodeado de tantas jovencitas guapas me flipaba y ello reafirmaba mi egolatría. Jimena resultaba un tanto pegajosa, no tenía ningún pudor en mostrarme su ardorosa pasión. Pero francamente no era mi tipo, casi me resultaba un incordio. Después de unas horas andaba ligeramente aturdido. Probablemente fue la bebida, así que decidí que ya era hora de abandonar el local y marcharme a dormir. Pero he aquí que mis amigos no quisieron dejarme solo y me acompañaron hasta mi casa. Esa noche a pesar de múltiples intentos no conseguí meterme entre las sábanas. Ocuparon los sillones del salón y abrieron mi bar, se sirvieron unas copas y continuó la velada. En un sillón adormilado, medio inconsciente, les escuchaba hablar y hablar.

- ¿Cuándo se irán? - pensaba. De pronto me zarandearon

- ¡Sergio! ¡Espabila! - me dijo mi hermano - Estamos haciendo planes. Hemos acordado pasar las vacaciones de primavera en un crucero por el Mediterráneo.

-¿Y a mí qué me cuentas? - contesté con notorio mal humor.

-Es que queremos que nos acompañes - siguió Jimena con cara bobalicona.

-¡Qué dices! - protesté enérgicamente - ¡Viajar a golpe de corneta con horarios preconcebidos! ¡No! No contéis conmigo. Quiero disfrutar de unos días de completo relax.

- Vamos Sergio - insistió mi hermano - A ti te gusta viajar. Y en grupo puede ser divertido. Ya sabes que salgo con una chica, Sara. Es estupenda, con una chispa muy especial. Espontánea. Capaz de contagiar alegría y vitalidad. Además tiene una amiga: Cristina, guapísima. Estoy seguro de poder liarlas a las dos. Si te decides no te arrepentirás.

Bernardo intervino.

-Yo conozco parte de la ribera mediterránea. Te aseguro que aunque sea breve el tiempo de que dispondremos para visitarlas, cualquiera de las ciudades de ese litoral te dejará un buen sabor obligándote a volver. Además, durante la travesía en el barco procuraré un buen montaje de diversión.

Aunque yo en un principio objetaba todo tipo de argumentos, pues la idea no me seducía en absoluto y solo pretendía que me dejaran dormir en paz, no fui capaz de quitármelos de encima y tuve que escuchar uno tras otro todos sus alegatos con el único cometido de conseguir convencerme e incluirme en el grupo. Y tengo que decir que finalmente lo hicieron. No estoy muy seguro si fue el hartazgo o es que en realidad empezaba a serme sugestiva la idea de emprender ese viaje. Lo cierto es que al día siguiente, cuando por fin había conseguido dormir durante diez horas seguidas, me reuní con todos ellos y, al tiempo que consumíamos unas cervezas, ultimamos los preparativos. Yo había visto a Sara en alguna ocasión, pero sin prestarle la menor atención. No era más que el rollete de mi hermano. A su amiga Cristina no la conocía. Pude comprobar que la chica era muy guapa, pero no sé, quizá esa mirada fría, distante... francamente, no la consideré atractiva. Verdaderamente las expectativas de diversión con el grupo no eran demasiado halagüeñas, pero la decisión estaba tomada. Embarcaría.

Como decía, puede que sea el destino quien nos engaña haciéndonos creer dueños de nuestras decisiones. Pero nos manipula y

borra de un plumazo según su antojo, proyectos e ilusiones. O quizá, todo es simplemente aleatorio.

Una semana antes de emprender el viaje los planes se frustraron. Todo se disipó. Mi hermano Borja había discutido con Sara quedando profundamente afectado. Y sin hacer comentario alguno sobre lo ocurrido entre los dos decidió dejar el grupo. Este se disgregó desilusionado, por lo que optaron en aplazar el viaje para otra ocasión. Yo iba a unirme a lo estipulado entre todos, pero empezaba a rondar por mi cabeza la posibilidad de emprender ese viaje en solitario. Podría resultar más atractivo y hasta relajante. Lo presumía. Poco a poco ese concepto tomaba fuerza y, finalmente, embarcaba en el crucero donde iba a pasar quince días a la veleidad del llamado tantas veces “destino”.

Me adjudicaron un reducido camarote con ojo de buey. N° nueve. No es que hubiera mucho que curiosear por él, pero entraba luz. Desde luego no esperaba un hotel de cinco estrellas, más me acomodé. Disponía de sábanas limpias y una ducha con todos los artilugios necesarios para mi aseo. También el armario era limitado, pero cabía sobradamente mi escaso atuendo. No he sido amigo de cargar con grandes equipajes. Una mesa y un pequeño televisor a los pies de la cama que nunca utilicé, eran todos los utensilios de que disponía el aposento.

Durante los primeros días no hice amistades. El ambiente de a bordo, con sus actividades, no me seducía en absoluto. La mayoría de jóvenes viajaban en grupos. Sus algazaras y alborotos a menudo rayaban en el escándalo. Ahora pienso que tal vez exageraba. Puede que mi espíritu no estuviera preparado como me temía en un principio. ¡Entonces...! ¿Por qué puñetas me embarqué en un crucero? Era tan absurdo como hacerme ahora esa pregunta. Así que opté por la forma más positiva de pasar esos quince días. Poseía suficiente información sobre las ciudades que íbamos a visitar. Cada vez que el barco hacía una escala yo era el primero en saltar a tierra y pateaba por mi cuenta la localidad. Visitaba sus museos, hacía fotografías y agotaba hasta el último minuto. Por la noche, cuando acudía a cenar, apenas quedaba ya nadie en el comedor. Después de nueve días yo seguía con el mismo ritual. Aunque me tenía intrigado lo que ya se había convertido en habitual. Hacia las doce de la noche, escuchaba procedente de algún contiguo camarote, la suave y entrecortada risa de una mujer joven y muy vital. Me perturbaba. ¿De quién provendría? A veces, mi imaginación volaba y descubría en ese camarote una intensa



escena de amor. También aceptaba, como parte de la rutina, esta fantasía que me proporcionaba cierto placer.

El domingo di un paseo por cubierta y me acerqué a un grupo de animación. Una de las profesoras me llamó la atención. Tenía una gracia especial para bailar. La observé durante un rato. No era una jovencita pero resultaba atractiva. Nunca la había visto. ¿Y si la abordaba? ¿Cuál sería su reacción? No pude hacerlo. Una pasajera se me adelantó. Me pareció una eternidad el tiempo que mantuvieron cruzando palabras, pero en realidad fueron tan solo unos minutos, y juntas se marcharon dando un paseo por cubierta. Las seguí hasta llegar a su camarote. Número ocho. ¡Éramos vecinos! Prácticamente me dieron con la puerta en las narices. Sin empezar, había acabado mi aventura. Al día siguiente, después de visitar la bonita metrópolis de Atenas, concebí un plan. Me esperaba Estambul. La ciudad que más ansiaba conocer de todo el circuito. Y podía resultar interesante recorrerla en compañía de la atractiva monitora. Por la mañana, pensé, pondré en activo mis dotes de conquistador. Así que lo mejor será ir a dormir. Quiero comenzar el día descansado.

Pero no fue fácil, ya que sin proponérmelo, mi mente hacía esquemas y proyectos para la visita a Estambul.

Finalmente el travieso duendecillo del insomnio me dejó en paz, envolviéndome en un profundo sueño. Relajado, mi espíritu volaba entre las nubes que acompañaban al barco en su travesía por el espléndido Mediterráneo. Pero algo truncó mi bonanza y me perturbó. Conocía esa risa suave entrecortada. Procedía de un camarote cercano al mío. Me acerqué y la puerta se abrió. No pude ver más que sombras en un desenfadado movimiento. Más no conseguí precisar quién reía. Entonces desperté. La risa había cesado. Estaba envuelto en sudor y después de comprobar la hora, dos de la madrugada, decidí tomar una ducha e intentar dormirme de nuevo. Lo conseguí, de tal forma que al despertar, pensé que haría tarde al desayuno. Me vestí y aseo en escasos minutos. Tenía que buscar a la monitora. Podría estar en el comedor. Rápidamente me dirigí a él. A escasos metros de la puerta una pasajera sollozaba amargamente.

-Soy Sergio - Me presenté - ¿Puedo ayudarla?

Ella levantó la cabeza y reconocí enseguida a la acompañante de la joven monitora. La mujer me abrazó temblorosa.

-Muchas gracias. Es usted muy amable. Yo soy Caridad. Y Esperanza, mi infortunada amiga, acaba de fallecer. Ha sido horrible.

No sé cómo ha podido ocurrir. ¡Estaba perfectamente! Habíamos disfrutado de un día maravilloso y muy especial.

-Es... - dudé unos instantes - ¿La joven... Monitora?

-Sí. Esperanza.

Me estremecí.

-Pero... ¡Irradiaba tanta vitalidad!

-Dicen que una fuerza misteriosa nos acecha - continuó Caridad.

No supe qué contestar. Me limité a tranquilizarla durante unos minutos. Luego, ligeramente consternado, me encaminé hacia el comedor. Apenas unas cuantas personas quedaban en él. En realidad, ese lamentable incidente, aunque me apenaba, no me afectó demasiado. Ya que ni tan siquiera había tenido la oportunidad de acercarme a ella. Era irremediable. Mi visita a la ciudad la haría en solitario, tal y como lo había hecho hasta ahora. Me preparé algo de fruta, unas tostadas y pedí el café. Frente a mí, una mesa ocupada con varios jóvenes apuraban sus consumiciones. Una joven pecosa hablaba animadamente con un muchacho y otra chica que me daba la espalda. Ésta bajó el tirante de su blusa, quedando desnudo su hombro derecho. ¿Cómo es posible? Un angioma con un dibujo geométrico aparecía en él y me era tan familiar... Prácticamente igual al mío, solo que yo lo tenía en el muslo izquierdo. Me levanté. Quería saber quién era. En ese instante la joven comenzó a reír. Verdaderamente alucinante. No había duda. Identifiqué esa risa enigmática, misteriosa. Provenía de ella. Excitado fui hasta su silla, ardía en deseos de conocerla. Ella sintió mi presencia y se volvió.

-¡Sara! - Reconozco que sufrí una gran impresión - Pero... - titubeé - ¡Tú aquí! ¿De dónde has salido? ¿Quieres explicarme este montón de preguntas que inevitablemente tengo que hacerte? ¡Tú no ibas a venir a este crucero! ¿Qué te ha hecho cambiar de planes? ¿Dónde has estado hasta ahora?

-Espacio, Sergio, tranquilo - intervino la joven, que me miraba chispeante - ¿No crees que son demasiadas preguntas?

Me quedé quieto, mientras los jóvenes que acompañaban a Sara mediaban:

-¿Vienes o qué?

Un muchacho vestido con prendas deportivas, dispuesto a emprender la marcha y a no malgastar ni un minuto más, se acercó a Sara tomándola de la mano:

-Recuerda - le dijo - que Cristina te ha dejado sola y nosotros tenemos prisa por saltar a tierra.

-Podéis iros - contestó Sara resueltamente, soltando con energía su mano -No la necesito a ella, ni tampoco a ti. Y no estaré sola.

La rotunda respuesta de Sara hizo retroceder al joven, que me miró desafiante, por lo que intuí que maldecía mi presencia.

-Es Javi. Me divierte. Ayer me lo monté con él. Por eso Cristina anda un poco enfadada. Tal vez celosilla.

-¿Cristina? ¿Qué pasa? ¿Vais a aparecer todos aquí? Sería una broma demasiado pesada.

En la boca de Sara se esbozaba una leve sonrisa. Sus labios voluminosos y sonrosados se alargaban formando un dibujo perfecto.

-No. No es así - afirmó mientras sus ojos oscuros, mezcla de fuerza y dulzura, se clavaban en los míos. Me pareció curioso que esa chica nunca me hubiese llamado la atención. Quizá no era especialmente guapa aunque ahora me parecía preciosa. Sin dejar de mirarme, espontáneamente, Sara comenzó a reír suavemente.

-Me gusta el mar. Me llama y yo acudo a su llamada. Mientras dure el viaje estaré cerca de él. Espero que llegue a gustarte tanto como a mí. ¿Crees en la casualidad? O tal vez el destino...

-Creo en todo y no creo en nada.

-Pues yo te ayudaré a encontrar la razón que ha hecho que tú y yo nos encontremos.

-Acaso, ¿Eres bruja?

Sara volvió a reír. Me perturbaba su risa arcana y me atraía poderosamente.

-¿Piensas que voy a hechizarte?

-Desde luego posees buenas artes. Lo dejaré al libre albedrío. ¿Qué pasa con Cristina? ¿Has venido solo con ella?

-Sí, pero como habrás comprobado, tengo también otros amigos; Javi, que es un tío fantástico y Beatriz, verdaderamente encantadora. Ha interrumpido su tesis doctoral para navegar ¡Quién sabe a dónde!

-Sara. ¿Cuándo decidiste embarcar? ¿Y cómo no te he visto hasta ahora? Me resulta tan extraño...

-Puede que hoy aparezca nuestra estrella y la veamos sobre el mar, en el cielo de Estambul. Presiento que es tu ciudad favorita. Hoy la haremos nuestra. Desvelaremos el misterio que encierra. El enigma que la envuelve. Porque existe y juntos lo encontraremos.

Yo no tenía muy claro cómo reaccionar. Sara era persuasiva y sabía lo que quería. Podía ser fascinante pasar el día con ella. En poco tiempo descubriría a una mujer extraordinaria, misteriosa y llena de un encanto especial. Su atuendo era sencillo e informal. Llevaba una

blusa que marcaba ligeramente sus firmes senos, que carecían de sujetador y pantalones vaqueros, cuyo bonito contorno de caderas se podía adivinar. El cabello parcialmente recogido con una pinza por donde escapaban algunos mechones. Estos daban a su rostro angelical un aspecto juvenil. Muy hermoso, ágil en sus movimientos y prodigiosamente sensual.

Cargamos nuestras pequeñas mochilas y me dejé llevar de su mano abandonando el barco, contagiado de su entusiasmo. Callejamos por la zona comercial y la parte antigua de la ciudad donde abundaban los edificios tradicionales de Estambul. Nos dirigimos a Beyazit, el barrio de la universidad para ver su puerta de roca labrada.

-¡Sara! ¡Colócate bajo esa ventana con macetas llenas de flores y alegres visillos! Quiero fotografiarte en este bonito rincón.

La estampa era perfecta. Sara sonriendo. Estaba preciosa. Parecía rodeada de un aura mágica. Guardé la cámara y cogí a Sara del brazo.

-Enséñame ese angioma que tienes en el hombro.

Ella se volvió y acercó su cara hasta la mía desafiándome y rió.

-Lo siento, Sergio. No es el momento.

Levanté su barbilla, su boca quedaba a pocos milímetros de la mía. ¡Dios! Tenía que besarla. Rápida como una liebre, se apartó y, sin dejar de reír, susurró nuevamente:

-Lo siento. Forma parte del misterio.

Tuve deseos de arrancarle el tirante. De obligarla. De atraparla entre mis brazos y sobre todo de besarla. A pesar de ello me contuve y, finalmente, me dejé llevar de su mano.

-Mira - me dijo -Cojamos ese tranvía. Nos llevará a la antigua basílica de Santa Sofía cuya historia se remonta a la antigüedad.

Yo también me había informado. Sabía que en sus comienzos fue un templo cristiano y canon de belleza arquitectónica. Convirtiéndose más tarde en mezquita, tras la conquista de Estambul por los musulmanes. Finalmente la república la transformó en museo. Lo visitamos. Gran parte de sus maravillosos mosaicos habían sido destruidos por los iconoclastas.

-Interesante. ¿Verdad, Sergio?

-Verdad. Tanto como el negro de tus ojos y el rojo de tus labios.

Nuevamente, Sara se escabullía de entre mis brazos.

-Espacio.

Susurró mientras daba un ligero estirón a mi mano, haciéndome correr hasta el otro lado de la plaza donde se encontraba la Mezquita Azul. Conocida así por el color predominante de sus azulejos. La había diseñado el arquitecto Sinan en el año 1616.

Sara marcaba los tiempos y decidía dónde ir. Dotada de grandes reflejos definía los itinerarios con precisión. Había que aprovechar al máximo el poco tiempo del que disponíamos.

-Vayamos a ver la construcción subterránea de las cisternas o Yerebatan Saray .- siguió Sara - y como está cerca el gran Bazar...

-¡Basta! ¡Basta! - Intervine con autoridad. No soy un niño al que llevas de la mano. Soy un hombre que reclama su derecho a disentir. No. No estoy dispuesto a estas correrías para almacenar información. Me gusta la ciudad. Y sin arrebatos quiero disfrutar de ella. Hacer tranquilamente mis fotografías.

Sara me miró sorprendida. Mi voz sonaba grave, así que tuvo que escuchar mis alegatos.

-Quiero ir al puente de Gálata - proseguí - que atraviesa el Cuerno de Oro.

-Y que une las dos partes europeas de Estambul - continuó Sara mientras comenzaba a reír. Su mirada pícaro e inocente me enajenaba. La sujeté por la cintura y no encontré resistencia. Destapé su hombro y contemplé el angioma.

-¡Es fascinante! ¿Sabes? Yo tengo uno prácticamente igual al tuyo.

-Lo sé ¿Y qué tiene eso de extraordinario? -contestó, y siguió -Es el destino.

-Parece que ya conocieras esta peculiaridad.

Sara volvió a reír alejándose ligeramente.

-Enséñame el tuyo -Continuó.

-De acuerdo - reafirmé rápidamente - Tendrás que venir esta noche a mi camarote. No puedo mostrártelo ahora, debido a la parte de mi anatomía en que está ubicado.

-Perfecto - asintió Sara - camarote nueve.

-¿Estás jugando conmigo? No lograrás asustarme, mi brujilla encantadora. Pero me prestaré a tus artes. Puedo preguntarte... ¿Cómo es que conoces el número de mi camarote?

-Puede que sea mi bola de cristal.

La miré. En aquel momento habría dado cualquier cosa porque la tarde se esfumara. Sara parecía divertida. Yo sabía que ella

adivinaba mis deseos, así que me dejé llevar cuando de nuevo cogió mi mano.

-Antes de la noche - me dijo - llegará la tarde. Todavía no hemos encontrado nuestro punto mágico. Y nos queda tanto por visitar...

-¿Crees que lo encontraremos? - pregunté.

-No lo dudes. Y será maravilloso.

-Estupendo Sara. Pero ahora podíamos descansar, llevamos un ritmo demasiado acelerado. Yo tengo hambre, ¿Y tú?

-¡Pero Sergio! ¿Como puedes pensar eso ahora? Hasta no haber visto los mosaicos de la mezquita de Kariye no pienso sentarme a comer. Quiero apreciar todos los ángulos de sus composiciones. Representan la vida de la Virgen María. La infancia de Jesús y otras escenas. Está en el Estambul mas autentico. ¿Sabías que esta ciudad es sede del Parlamento Ecuménico de Constantinopla y cabeza de la iglesia ortodoxa?

-Sí. Y que es la antigua Bizancio - proseguí - como también sé que tiene doce millones de habitantes.

-Perfecto - concluyó Sara - ¿Pues a qué esperamos?

Como un niño obediente y disciplinado, finalmente me ceñí a sus órdenes. Visitamos la mezquita de Kariye y también el puente de Gálata. Eran casi las cuatro, así que tomé el mando.

-No doy un paso más - dije con energía - Ahora nos sentamos a comer.

-Me parece muy bien -Ratificó Sara -. ¡Mira! Sobre la colina está el famoso café favorito del escritor francés Pierre Loti. Cojamos el teleférico. Desde allí podremos ver el Cuerno de Oro y el Estrecho de Bósforo que conecta el Mar de Mármara con el Mar Negro, separando Asia de Europa. Me gusta mucho ese lugar. ¿Sabes? Es posible que esté ahí nuestro punto mágico.

Sara tenía la virtud de inquietarme. La miré y ella rió. A veces su risa me desquiciaba, pero... ¡Que bonita estaba! Rodeada de un aura de sensualidad.

-¡No te muevas! Quiero plasmar tu imagen.

-¡Espera! - dijo - esta vez nos fotografiaremos juntos y será en el célebre café.

El sitio era privilegiado. Una terraza donde se disfrutaban unas preciosas vistas. Al fondo el mar. Corría una ligera brisa, por lo que éste se agitaba levemente. Un turista se prestó y nos hizo la fotografía. Nos sentamos a comer. La mesa situada en un pequeño rincón

quedaba parcialmente oculta por una kentia de considerables dimensiones. Parecía un lugar privado preparado para nosotros.

-Sergio. Necesito ir al lavabo. No voy a comer antes de asearme. Me lavaré la cara y retocaré mis labios.

-¿Tus labios? ¿Para qué? ¡Si están preciosos!

Aunque quisiera ocultarlo, mi mirada, cargada de lujuria, me traicionaba, transparentando mis deseos.

-No temas, volveré enseguida - Argumentó sonriendo. Y dándome la espalda, desapareció. Me di cuenta de que también yo necesitaba ir al lavabo así que aproveché. Solo tardé unos minutos pero Sara ya me esperaba sentada en la mesa. Sus ojos, sus mejillas, sus labios... toda ella formaba una armonía perfecta.

-¿Quieres hacer el favor de sentarte? - me dijo señalando la silla que aparecía junto a ella.

-Perdona. No puedo dejar de contemplarte. No vas a prohibirme que te mire ¿Verdad?

-Claro que no - sonrió divertida -. Me he permitido pedir el menú. Aquí hay un excelente pescado. Se elabora con varias especias. Ya sabes cual es la influencia árabe y mediterránea en su gastronomía. Sé que va a gustarte.

-Tú lo sabes todo. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintiocho? ¿Veintinueve?

-O puede que doscientos - contestó sin dejar de sonreír -. Tendrás que adivinarlo.

-¿Qué tiempo estuviste saliendo con mi hermano y qué significó para ti?

-Eso, Sergio, pertenece al pasado. Por lo tanto no existe.

-¿Y Cristina? Has venido con ella al crucero.

-Ahora estoy contigo y es lo único que cuenta.

Sara dejaba claro que no tenía intención de ser más explícita. La conversación le incomodaba y, aunque yo ardía en deseos de saber más sobre ella, tuve que claudicar. Mientras comíamos observaba su mirada perdida en el azul del infinito donde el cielo se funde con la inmensidad del mar. ¡Estaba tan preciosa...! Por un instante, pareció evadirse de todo cuanto le rodeaba y yo llegué a sentir celos de ese mar que comenzaba a embravecerse y se mostraba desafiante como si le hubiera arrebatado a su sirena. En solo unos minutos su sonrisa volvió a aparecer. Me di cuenta de que nos habíamos quedado solos y empezaba a anochecer. Sara puso su mano sobre mi muslo

izquierdo, donde la naturaleza había moldeado un angioma. Recordé el asombroso parecido con el que ella tenía en su hombro.

-¿Has visto? - me dijo -. Sobre el mar aparece nuestra estrella.

Me estremecí. Toqué su pecho y Sara levantó la cara hasta rozar la mía. Sentí tal agitación que apenas podía respirar. Sus labios se habían acercado poco a poco hasta encontrarse con los míos y se separaban abriéndose para dar paso al festín de mi fuego que iba a abrasar sus entrañas. Este era nuestro punto mágico. El éxtasis se apoderó de nuestros sentidos. Sólo Sara y yo contábamos en la inmensidad de una ciudad que nos había hechizado. Todo estaba paralizado excepto nuestro momento de amor, que era lo único vivo que experimentábamos. En ese momento habría vendido mi alma al diablo, si éste me hubiera llevado junto a mi amada al camarote número nueve. La realidad se impuso. Estábamos en el café Pierre Loti. Pero sabíamos que este era el punto final de nuestra visita a la ciudad. Nos miramos sabiéndonos cómplices de esta decisión. Volvíamos al barco. Las casas sin persianas alumbraban la noche. Sara corría y me excitaba. Todavía embriagado por el sabor de sus besos, espontáneamente, algo surgió en mí. Ella me debía una explicación. No sé por qué razón me inquietaba.

-Sara. Necesito saber el porque de tu decisión de embarcar en este crucero. Y por qué lo has hecho con Cristina.

-Me gusta la mar. Lo sabes - contestó - y ella es mi amiga.

-No es suficiente. Sé un poco más explícita, te lo ruego. Si es tu deseo, obviaré cuanto se refiera al pasado, pero ahora, estás viajando en un crucero en el que no sé por qué fuerza misteriosa también es mi barco.

Sara volvió a sonreír.

-Está bien. No hay ningún secreto. Cristina y yo somos muy amigas. Jugamos. Es tan dulce como ardiente. Pero a veces sus celos llegan a molestarme. Voy a dejarla por ti.

No soy ningún mojigato y no me escandaliza casi nada pero no supe qué decir. Durante unos segundos observé su cara. ¡Era tan bonita...! ¿Qué había hecho aquella mujer para volverme loco?

De pronto, un furor que apenas podía controlar, se apoderó de mí.

-¿Quieres decir que...?

-¿Si me he acostado con ella?

Como siempre, Sara adivinaba mis pensamientos. Y no tuvo inconveniente alguno en contestar.



-Sí, por supuesto.

-¡Calla! - corté -. Ahora sé que esas sombras, que gozaban y no lograba identificar en mis sueños, erais ella y tú. Esa risa, mezcla de lujuria y placer que me atraía poderosamente era la tuya. No quiero saber nada más. Si es que me has embrujado, te pido un nuevo hechizo. Hazme olvidar esa fatídica confidencia que nunca debí demandar. Que en todo mi ser no exista nada ni nadie. Ni tampoco el ayer. Ni siquiera el mañana. Solo tú y yo en un eterno momento. ¿Recuerdas? Tengo algo que enseñarte.

-Lo sé. Iré a tu camarote. Palparé y besaré tu angioma y me saciaré de él. Como tú lo harás del mío. Dame solo un par de horas.

Las palabras de Sara acrecentaban mi sed de amor. Nuevamente se anticipaba a mis deseos. Comenzó a reír suavemente. Y, soltando mi mano, desapareció encaminándose hacia su camarote.

No volví a ver a Sara. Excitado, impaciente después de dos horas, una profunda inquietud se apoderó de mí. Esperé. Me debatía. ¿Debería ir a buscarla?

No tenía su número de teléfono. Ni tampoco el de su camarote, aunque lo intuía cerca del mío. ¿Qué hacer? Me consumía la espera. Dos, tres de la madrugada. Empezaba a presagiar la amenaza de la fatalidad, que, poco a poco y a medida que la luz comenzaba a hacer acto de presencia en mi camarote, tomaba fuerza. Ya no dudaba. Sabía que algo terrible había pasado. Salí al pasillo y comencé a dar vueltas acercándome hasta los camarotes contiguos. Tratando de escuchar, de notar algún signo que me hiciera comprender que había pasado. Mas esa señal no apareció. Los viajeros comenzaban a salir y se amontonaban en el pasillo. Obsesionado, buscaba desesperadamente a Cristina. Por fin pude verla salir del camarote diecinueve. La increpé.

-¿Dónde está Sara? -. Me miró sorprendida. Parecía no entender. Después de unos segundos, contestó con otra pregunta:

-¡Sergio! ¿Qué haces tú aquí?

Yo estaba exasperado y su respuesta me desconcertó.

-¡Por favor, dime! ¿Acaso se ha puesto enferma?

-Pero no entiendo -siguió -. Hace más de una semana que no veo a Sara. No quiso acompañarme a este crucero, por lo que decidí embarcar sola. Ha sido toda una sorpresa encontrarte aquí. Francamente puedo decir que me alegro.

Sabía que Cristina mentía. No podía ser todo producto de algo sobrenatural. Inexistente. Tal vez fuera un hechizo. En mi cabeza desordenada se amontonaban las preguntas.

-¿Qué tal si vienes a desayunar? - Me dijo sonriendo. Y continuó -Te espero en el comedor-. Y dándose la vuelta desapareció.

Yo no era capaz de reaccionar. Por el estrecho pasillo desfilaban los pasajeros. Apenas quedaba algún rezagado. De pronto: ¡Ese muchacho! ¡Si ése es...!

-¡Escucha por favor! No recuerdo tu nombre pero... tú estabas con Sara. Fue ayer. Desayunabais juntos.

-¿Quién eres? ¿Qué pasa? Yo soy Javi.- contestó molesto.

-¡Sara! ¿Recuerdas? Pensabas visitar Estambul junto a ella.

-Pero ¿Qué dices? ¿Estás pirado? Yo estoy con Ana, mi chica. Con la que he venido a este cruceo y no conozco a nadie con ese nombre. Si eres tan amable, ¿nos dejas pasar?

Era posible que el muchacho tuviera razón y yo estuviera delirando. Pero... ¡Esa chica! Estoy seguro, pensé. Imposible confundir esa cara pecosa.

Una joven acababa de salir de uno de los camarotes. Ansioso, me dirigí a ella.

-¡Perdona! ¿Me recuerdas? Soy amigo de Sara. Ayer mantenías una animada conversación con ella. ¿Tienes alguna idea de dónde puedo encontrarla? Es insólito pero se ha esfumado.

La chica parecía asombrada. Con su gesto intuía cuál iba a ser su respuesta.

-Lo siento.-respondió.- No sé de qué me hablas. Quizá me confundes con otra persona.

-¡Ah no! No puede ser. Tú estudias biología. Sara me habló de ti.

-Debe de haber algún mal entendido. Hace tres años terminé el doctorado y doy clases en la universidad. Te veo muy angustiado. Pero no puedo ayudarte. Lo lamento.

Era claro que la joven no estaba dispuesta a dilatar la conversación, ya que se marchó apresuradamente, al pronto que una duda me asaltó:

-¿Y si todo es una broma? O... tal vez he sido víctima de una burla cruel.

Los camarotes se habían vaciado y yo estaba solo, confundido. ¡Las fotos! Claro. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Regresé rápidamente a mi camarote. Cogí la cámara. Pasé una tras otra todas

las fotografías que había hecho ese día. Monumentos, puentes, iglesias, mezquitas, calles... Ningún rastro de Sara. Ella solo había sido un sueño. Dejé la máquina de fotografiar sobre la mesa y me derrumbé. No toqué la cámara. Juro que no lo hice. Dentro del objetivo algo tomaba forma. Y no era fruto de mi delirio. Ahí estábamos los dos, Sara y yo en el centro de un marco paradisíaco y, como fondo, el suave destello de una incipiente estrella sobre el mar de Mármara. No había duda. Era real. Durante unos minutos contemplé la preciada escena. Pero algo pasó. Las imágenes tomaron movimiento. El mar comenzó a agitarse y se abalanzó sobre nosotros llevándose a Sara. Entonces, todo se desvaneció. Había desaparecido. Enloquecido, era incapaz de respirar con normalidad y sentí que me mareaba. Salí a cubierta y tuve que sentarme sobre una hamaca. Si no era capaz de tranquilizarme no podría pensar meridianamente nada. Sin el menor interés ni pretenderlo, llegaron a mis oídos las palabras insistentes de un niño, que junto a su madre, aprovechaba los primeros rayos de sol recostado en la hamaca contigua.

-¡Que sí, mamá! ¡Es cierto! Te digo que yo lo vi.

-Tienes demasiadas fantasías en la cabeza. Has de empezar a separar éstas de la realidad. Me preocupas. Siempre viendo fantasmas. Y esta vez hasta los lanzas al mar.

-Si no lo crees, me da igual. Pero lo que te dije anoche es verdad, mamá. Y no era ningún fantasma. Mientras hablabas con otras señoras y no querías escucharme, yo vi como una chica caía al mar.

Quizá la reacción más lógica hubiera sido la de interrogar a ese pequeño, pero estaba vencido. Intentar discernir sería inútil. Cerré los ojos. Debía admitir lo irremediable. Posiblemente un extraño maleficio había hecho mella en mí. Una cruel jugarreta del destino, que se jacta en burlarse de las esencias de nuestro espíritu. Algo tan sobrenatural debía ser plasmado con inequívoca precisión. Poco a poco iba tomando conciencia de esa realidad inexistente, ilusoria, y encaminé mis pasos hacia él camarote. La pequeña mesilla que había considerado un artilugio inútil iba a servirme de escritorio, donde reflejaría en el papel un desvariado sueño o alucinación. Aunque tal vez, pensé, mientras me deshacía en un mar de confusiones, todo ha sido tan real como yo mismo.

Aturdido, meditabundo, no dudé en pasar a tomar algo en el bar, que distaba pocos metros de mi camarote. Rostros alegres, divertidos. Conversaciones animadas, planeando la siguiente escala en Éfeso. Ignorantes todos ellos de la tragedia que me embargaba. Alguien

llamó Celso al viajero que tomaba un refresco en la barra. Es curioso, pensé, ese es el nombre del monumento más conocido de Éfeso. La biblioteca, joya de la ciudad. A la que por mis poderosas razones he perdido todo interés en conocer. Apuré mi copa y proseguí el camino, decidido a recluirme el resto del día en mi camarote.

-¡Eh chaval! ¿Te pasa algo? Andas con un punto desequilibrado. Intuyo que padeces algún tipo de entumecimiento en tu cerebro - me dijo un muchacho con el que estuve a punto de tropezar. Me sentí incómodo con su intromisión espiando mi alma.

-Perdona soy Juanfra, un metomentodo que quisiera contagiar a toda la tripulación, tú incluido, de ese estado de euforia y sana excitación del que me veo desbordado. Te he visto esta mañana, parecías un zombi deambulando por los pasillos sin aparente rumbo fijo. Si tu dolor es de amores y perdona que vuelva a entrometerme en tu vida, puedes compartírmelos conmigo. Soy un afectado en esa materia. Pero aquí hay glamour. Tenemos jolgorio y buen sexo garantizado. Anoche conocí a una mujer. Encarna. Me aventaja en algunos años pero está de muy buen ver. Mantiene sus carnes apretadas. Un lujo que hay que aprovechar. ¿A que he conseguido transmitirte buenas vibraciones? Hazme caso chaval, se supone que estas aquí para el disfrute.

En cualquier otra ocasión no hubiera permitido a semejante payaso irrumpir en mi vida, pero hoy, envuelto en un trance sobrenatural he sido capaz de atender y considerar su pletórica verborrea, y hasta le he dado las gracias. Después he seguido mi camino y aquí estoy en mi camarote, bolígrafo y papel en mano.

### ***Muerte en Venecia:***

*Mensaje de la Consejería de salud de la región del Veneto al médico del Ítaca:*

*Tal como nos solicitó, le informamos de que en los análisis realizados al ciudadano español fallecido en Venecia hace unos días por causas desconocidas, hemos encontrado una bacteria que no conseguimos identificar. Le rogamos que, siguiendo los protocolos de actuación establecidos por la O.M.S., tome muestras sanguíneas de la pasajera del barco que se encontraba con él, con el fin de determinar si ha sido contagiada por dicha bacteria y la ponga bajo control médico, informándonos de si presenta algún tipo de sintomatología anómala.*

## ***CAPÍTULO 10: ÉFESO***

***Donde Celso, el ocupante del camarote número 10, nos narra los motivos de su viaje a la muy antigua ciudad de Éfeso y las aventuras que allí vivió con un tal Alexey y con la bellísima Shenay.***

***Autor: José Mampel Llop***

Mientras el barco Ítaca avanzaba solemne por el Mar de Mármara en dirección oeste, volví la cabeza para contemplar en su plenitud la maravillosa ciudad de Istanbul, como así la llaman sus propios moradores.

Su primera peculiaridad es que está ubicada mitad en Europa y mitad en Asia. Es, pues, Estambul, un puente que une la cultura oriental, con toda su riqueza imaginativa, y la cultura occidental, amasada con solidez filosófica y arte clásico. Estambul une misteriosamente las modalidades asiáticas y europeas, enriqueciéndose plenamente de ambas.

En ese momento, justo a la salida del sol, brillaba Estambul en todo su esplendor. Diríase una espléndida tarta de cumpleaños con las mil velitas encendidas de sus minaretes. Aproveché para hacer unas bonitas fotos.

Al salir del Estrecho de Dardanelos y adentrarse nuestro barco en el Mar Egeo, las olas se mostraron alborotadas y el viento soplaba fuerte desde Grecia. Me aproximé a la barandilla de cubierta y me abismé contemplando la enigmática evolución de los delfines en la proa del barco. Nuestro “crucero” por Oriente Medio estaba en su “ecuador”.

Luego me acerqué al bar de cubierta, pedí un refresco y me puse a hojear una revista del National Geographic.

Antes de cinco minutos, se me acercó un viajero de mediana edad, rubicundo él, con el rostro pecoso y de espesas cejas. Era algo voluminoso y ondulaba un poco al andar. Con gesto amable y talante eufórico, solicitó sentarse a mi lado y sin protocolo alguno me preguntó de improviso:

-Oiga, ¿se llama usted Celso?

-Pues sí -respondí algo aturdido.

-Oí que algunos compañeros de expedición le llamaban así.

-Hizo una inflexión de voz al añadir-: Pero me interesa saber si se llama con este nombre por casualidad o por alguna razón específica.

-Mi amable desconocido. Yo me llamo Celso, mi padre se llama Celso y mi abuelo se llama Celso. Más aún. Celso se llamaba mi bisabuelo, mi tatarabuelo y veinte generaciones más. -Ahora fui yo quien mudé de tono-: ¿Le satisface la respuesta?

-Si y no -murmuró con aire evasivo.

Yo achiqué los ojos y sonreí con socarronería:

-Sospecho que es usted muy perspicaz. Algo me dice que está pensando en Éfeso, que es la próxima escala de nuestro crucero. ¿Estoy en lo cierto?

-Exacto, señor Celso. Estoy aludiendo a la famosa Biblioteca de Celso, que es el edificio emblemático de dicha ciudad. -Levantó las manos de forma muy explícita-: Perdone si me estoy inmiscuyendo en asuntos personales.

-Rotundamente no, señor...

-Sokolov, Alexey Sokolov. Soy natural de Ucrania. Perdón, Ucrania dicen ustedes. Y regento en Kiev una gran tienda-exposición de antigüedades. Es propiedad de la familia, pero la exploto yo, asociado con mi hermano menor Vasyl.

Yo me levanté, le alargué la mano, y le dije en tono muy cordial:

-Alexey, desde este momento considéreme su amigo. En consecuencia, podemos tutearnos

-Enteramente de acuerdo. -Y nos estrechamos fuertemente la mano como quien firma un contrato favorable para ambas partes.

-Además, debo confesarte que tu cara no me es extraña.

-Y a mí tampoco la tuya. Yo te vi ayer en la Delegación de Turismo, en Estambul. -Semicerró los ojos y me miró con intensidad-. Por cierto, ibas acompañado por un bellezón fuera de serie.

Bajé los ojos. Y una oleada de calor me subió a las mejillas. Me mantuve en silencio un instante a fin de recuperar la compostura. Luego aventuré tímidamente:

-¿Adivinas de quién se trata?

-No lo adivino. Lo sé -contestó con gran rotundidad.

-Me sorprende, Alexey. -En manera alguna podía entender yo tal cosa. Mas el ucraniano añadió con mucho aplomo:

-Ella es Shenay Pamuk, la Delegada gubernamental de Turismo y Arqueología en la ciudad de Éfeso. Insisto: una mujer deslumbrante, extraordinaria. -Y me hizo un explícito guiño muy significativo.

La verdad es que su respuesta me dejó estupefacto. ¿De qué conocía él a Shenay? ¿Qué relación podía haber entre los dos? Yo me

hice el despistado, y le di una palmada amical en el hombro exclamando con entera naturalidad:

-Pero bueno ¿eres mago, adivino, o posees los poderes de los arúspides romanos?

-Ojalá, amigo Celso, los poseyera. Entonces sería el lince mayor de todos los anticuarios de Oriente Medio.

-Me temo que ya lo eres: ¡De Oriente Medio... y del otro medio también!

En ese momento Alexey se levantó y se acercó pesadamente a la barandilla del barco.

-Mira, Celso -dijo, señalando a la derecha, en tono regocijado-. Si no me equivoco, ésa es la famosa isla de Lesbos.

-¿Lesbos? -Me levanté rápido y acudí a su lado-. ¿La isla que, según la leyenda, fue habitada exclusivamente por mujeres?

-La misma. Y de ahí ha derivado el vocablo actual de lesbianas.

-¡Ja! Otra cosa curiosa. Fíjate, la isla está casi pegada a la costa turca, y sin embargo pertenece a Grecia.

-Sí, cosas de la geografía, o de la Historia...

-¡O de la política!

Nos quedamos contemplando la isla un momento. A continuación pedimos otra consumición. Entonces le dije a Alexey:

-Bueno, amigo. Llegados a este punto, nuestra nueva amistad exige que hagamos explícita nuestra respectiva presencia en el Palacio de la Subdelegación del Ministerio de Turismo en Estambul. -Le guiñé un ojo-. ¿Somos colegas... y por tanto competidores?

Mi amigo ucraniano, tras tomar un sorbo de gin-tonic, sugirió:

-Empieza tú, Celso, si no te importa.

Me reacomodé en el sillón y me dispuse a hacer una confesión general de mi vida:

-Pues verás. Yo nací y vivo en Valencia. En junio terminé mi carrera de Bellas Artes, y decidí tomarme un año sabático. Entre otras cosas, después de consultarlo con toda la familia, decidí afrontar el “tema de Éfeso” de una vez por todas. Esta fue la razón por la que me enrolé en este crucero.

Mi interlocutor escuchaba con el gesto inmóvil y el ánimo abortado. De vez en cuando dejaba escapar una sonrisa enigmática.

-Y al llegar a Estambul -proseguí-, como yo ya conocía la ciudad, mientras mis compañeros de crucero se dedicaban a visitar mezquitas, bazares y palacios de sultanes, yo consumí el tiempo visitando despachos y exponiendo mis acuciantes pretensiones.



-Sigue, sigue, Celso. -Me apuntó con el dedo índice-. Tengo la impresión de que nuestras gestiones en Estambul transitan por senderos muy paralelos.

-Pues verás. En mi familia, desde tiempo inmemorial, tenemos la certidumbre de que somos descendientes de Gayo Julio Aquila, que fue quien construyó la famosa Biblioteca de Celso en honor de su padre, que fue Procónsul y Gobernador de la Provincia Asiática.

Hice una pausa, a fin de que Alexey asumiese mi explosiva revelación. Tomé un sorbo de ginebra y proseguí:

-Naturalmente, Alexey, no poseo ningún documento que avale tal aseveración. Tenemos constancia documental, eso sí, de que nuestra familia se trasladó de Nápoles a Valencia cuando la elección de Carlos III como rey de España. Y anteriormente, asegura la tradición que saltamos de Éfeso a Italia, haciendo antes una escala de cien años en Creta.

-Por tanto tu gestión ante la autoridad competente habrá sido un rotundo fracaso.

-No exactamente, amigo. Gracias a la información y a la posterior intervención personal de mi amiga Shenay, conseguí que el Gobierno de Ankara me cediese en arriendo indefinido el edificio de la Biblioteca de Celso, a condición de que sea convertido en un museo arqueológico. ¿Te parece poco esto?

El anticuario ucraniano abrió redondamente la boca como si fuera a poner un huevo.

-Fabuloso, amigo Celso. -Se levantó para darme un abrazo.-Y naturalmente habrás aceptado.

-Acepté muy ilusionado y esperanzado.

Alexey se pasó la mano por la cara y respiró hondo. Y entonces se puso la careta de figón:

-Por cierto, has dicho “gracias a mi amiga Shenay”. En tu voz he percibido un timbre tan vibrante que me ha sonado a...

Sonreí, agité la cabeza, me froté las manos, hice gestos confusos... hasta que logré contestar en tono indefinido:

-No andas muy descaminado, debo reconocerlo.

-Pues amplía conceptos, camarada, que es cosa muy relajante.

-La verdad es que se trata de una mujer increíble. A los cinco minutos de hablar con ella, ya tenía la certeza de que quería compartir mi vida con ella. ¡Shenay, cómo me suena su nombre!

-Celso, por favor, no nos perdamos en vericuetos poéticos.

-Dispara, hombre, hay confianza.

- La pregunta del millón: ¿Sois novios?
- La respuesta del millón: Mañana te lo diré.

Por medio de la megafonía nos convocaron a una reunión informativa. Alexey y yo quedamos en reanudar el diálogo en cuanto terminase la conferencia. Yo, que conocía la oferta de excursiones que iban a hacerles a mis compañeros, aproveché la ocasión para llamar a la divina Shenay. Fue un intercambio de afecto intenso, que contribuyó muy positivamente a cimentar el amor que nació como un chispazo en Estambul. Fue la explosión de un afecto inicial que nos abrió unan ventana a la esperanza. Y sentía ya que la esperanza que bullía en mi corazón iba a colmar todas mis aspiraciones y apetencias.

Al cabo de media hora, me reuní con Alexey en una sala de lectura que a la sazón estaba vacía. Y sin preámbulo alguno, me dirigí al ucraniano y le disparé a bocajarro:

-Alexey Sokolov, ahora te toca a ti contarme tu vida y milagros. Y también tus proyectos, claro.

Mi amigo introdujo la mano en una bolsa de viaje que llevaba colgando al hombro, y colocó sobre la mesa una llave de dimensiones inusuales. Con aire de evidente orgullo, me confesó de inmediato:

-¿Sabes qué es esto?

-Las llaves de San Pedro -reí con sorna.

-Déjate de chirigotas. Esto es un duplicado de la llave de la mansión que mi familia poseyó en Éfeso hasta el siglo VIII, cuando se adueñaron de la ciudad los musulmanes. -Hizo un aparte muy significativo-. Naturalmente, Celso, la llave original es de plata maciza.

Se trataba de una auténtica obra de arte. Era una llave afiligranada, con elementos ornamentales bizantinos, una preciosa joya.

-Me dejas asombrado, Alexey -le dije, mientras daba vueltas entre los dedos a un llavero con el ojo de la suerte, tan popular en toda Turquía, y que me regaló Shenay-. Intuyo que se va a confirmar el palpito que tuve sobre nuestro mutuo interés en visitar Éfeso.

-Hay más, amigo. Poseemos un pergamino, una especie de escritura de propiedad, en el que se dice que, situados frente a la Fuente de Trajano, en la calle de los Curetes, si seguimos la perpendicular, a 182 pasos exactamente se halla nuestra casa.

Yo le escuchaba con un fervor reverencial, con los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas. Muy impaciente, interrogué:

-Entonces, ¿cuál fue la petición que formulaste a la autoridad gubernamental?

-Gracias a la certera intervención de tu amiga, pude acceder hasta la presencia del delegado gubernamental en Estambul.

-Cuéntame los detalles, por favor.

-Primero le regalé la llave auténtica de plata de nuestra casa, cosa que le complació sobremanera. Luego...

Sus ojos saltones brillaban como rubíes. Tuve que sacudirlo para que pisara el acelerador:

-Al grano. ¿Algo concreto?

-Sí, y mucho. La concesión de realizar excavaciones en un área de dos mil metros cuadrados en torno a mi antigua mansión.

-¿Con cuántas condiciones?

-Con dos. La primera y fundamental: El 50 % de los hallazgos arqueológicos y ornamentales, deberán ser entregados al Museo Arqueológico Nacional de Ankara. Y la segunda condición me obliga a que el otro 50 %, que será de mi propiedad, no pueda ser sacado de Turquía.

Ambos intercambiamos una mirada de enérgica perplejidad.

-Entonces no puedes llevarte nada a tu tienda de antigüedades de Kiev.

-Exacto. -Me pasó un brazo por el hombro y me susurró al oído:

-Pero sí podría integrarlo en tu nuevo Museo Arqueológico de Éfeso.

Abrí la boca, los brazos... y exclamé entre un apretado abrazo:

-Formidable. Más todavía. Te ofrezco la posibilidad de que, junto a Shenay, formemos los tres una sociedad limitada. -Vi que Alexey se quedaba sin reaccionar, por lo que añadí: Tu experiencia en el ramo nos será de mucha utilidad.

-Trato hecho, amigo Celso.

En su cara rubicunda, los ojos brillaban como dos carbones encendidos. Finalicé el tema con esta observación:

-Más tarde ya contextuaremos entre los tres los estatutos correspondientes.

Al declinar el día, nuestro animoso barco Ítaca, en su programado crucero, llegó seguro y puntual a su décima estación. Atacamos en el amplio puerto de Kusadasi, el más cercano a Éfeso.

Kusadasi es una ciudad eminentemente turística. Es una estación veraniega de primer orden, con gran actividad portuaria, yates y

barcos de recreo, con amplias zonas residenciales de lujo. Un escritor la define sucintamente como la Marbella del Mar Egeo.

En la cena, en la que compartí experiencias con mis compañeros de expedición, especialmente con Sergio y con Juanfra, mis vecinos de camarote en el Bulevar de los Corazones Solitarios. A este último, ocupante del camarote nº 11, le presté, de la colección Guía Total, el tomo correspondiente a El Cairo, la visita próxima de la que debe ser cronista.

Al finalizar la cena, me acerqué a Alexey para comunicarle :

-Mañana, a las 8 en punto, voy a visitar Éfeso. Te participo que tendré como guía privado a su Delegada Turística, a la superstar Shenay Pamuk. ¿Querrás acompañarnos?

-No faltaré. Tenlo por seguro.

Al día siguiente la mayoría de expedicionarios subimos en varios autobuses que nos trasladaron a Éfeso y a otros destinos opcionales.

Nosotros nos apeamos en una explanada repleta de autocares a la entrada de Éfeso. Alexey y yo enseguida localizamos la belleza y señorío de Shenay, quien nos advirtió muy dinámica:

-Puesto que ya nos conocemos, huelgan las presentaciones. Vamos al grano.

-Te escuchamos como si fueras el oráculo de Delfos, divina Shenay -declamó Alexey haciendo una reverencia versallesca.

La figura de Shenay era impactante de verdad. Lucía una abundante cabellera de color caoba, que le caía en cascada. Sus ojos negros centelleaban con un brillo pícaro. Llevaba siempre pintada en la mirada una sonrisa de notable simpatía y de excepcional inteligencia. Además era divertida, con frecuentes golpes de ingenio.

-Éfeso fue la ciudad más importante de toda el Asia civilizada. Cuando la conquistó Roma, la proclamó capital administrativa de la Provincia Asiática. Llegó a tener trescientos mil habitantes. -Levantó el tono de voz y el dedo índice de la mano derecha para ponderar-: Ante todo quiero deciros, como fácilmente podréis comprobar, que Éfeso, todo Éfeso, es un gran museo arqueológico al aire libre. Fijaros, toda la ciudad es de mármol: calles, plazas, edificios. Parece una auténtica ciudad nevada.

Luego señaló con énfasis el entorno:

-Aunque podréis advertir que solamente tenemos excavadas tres calles, las más importantes. La inmensa mayoría de la ciudad yace bajo esa colina de la derecha y bajo la meseta de la izquierda.

-Fantástico, querida -exclamé de súbito-. Buen objetivo para nuestros planes de futuro.

-Ahora seguidme. Empezaremos por aquí.

Se desplazó unos pasos hacia la derecha. Nosotros la seguíamos como corderillos.

-Este es el Odeón. ¡Una auténtica filigrana de teatro! Como veis, es pequeño, pero muy coqueto, construido totalmente en mármol blanco. Estaba dedicado a escuchar recitales de poesía y de música, disertaciones filosóficas, y también a representar obras teatrales selectas, todas de alto coturno, para espectadores de la clase alta y con cierto nivel cultural.

“Ahora vamos a recorrer la calle de los Curetes, que era el “cardo romano”, la vía vertebral de la ciudad. Toda ella está pavimentada con grandes losas de mármol. Y está flanqueada por espléndidas filas de columnas jónicas y corintias, más los pórticos de las casas, termas, fuentes, templos...

-Precioso, admirable, único.

-Mirad. Esta es la hermosa Fuente de Trajano, casi completa, monumental en su concepción, de dos pisos, ambos sostenidos por columnas. -Se dirige especialmente al ucraniano-: Desde aquí precisamente, y en esta dirección, podrás contar mañana los 182 pasos a fin de situarte ante tu tantas veces soñada casa de Éfeso.

-Confío en que nos acompañes tú, Shenay -suplicó Alexey.

-Por descontado. No olvides, amigo, que soy yo la encargada por ley de señalar sobre el terreno el espacio en el que podrás realizar excavaciones.

-Ardo en deseos de empezar.

En una fracción de segundo cambió su careto profesional por el de una pícara intrigante.

-Pero tened cuidado, muchachos, que la maga Circe no os encierre en sus establos, convirtiéndoos en bestias salvajes, tal como hizo con los compañeros de Ulises.

Y estalló en una explosiva risa, que era grande, blanca, burbujeante, luminosa: una cascada en la alta montaña.

-Bueno, prosigamos -sugirió amablemente nuestra guía-. Aquí, la puerta de Heracles, los baños de Vario, el templo de Adriano...

De pronto se detuvo Shenay y gritó entre risas, dirigiéndose a mí, que me había adelantado unos pasos.

-Detente, Celso, que quiero enseñaros algo curioso.

Se adentró tres metros por la derecha y nos introdujo en unas letrinas públicas. Se trataba de una estancia rectangular, con un banco alargado de impoluto mármol en tres de sus lados. En cada tramo de banco había unos orificios redondos, sin tabique alguno entre ellos. Nuestra autorizada guía añadió que por debajo de los orificios fluía una corriente permanente de agua. Y añadió en tono divertido:

-Advertid el peculiar sentido del pudor de los romanos, ya que las letrinas eran públicas y ambisexo.

Todavía estábamos riendo y haciendo comentarios rijosos, cuando, ya en la calle de Curetes, nos conminó Shenay:

-Vamos a hacer un alto en el camino. A mi izquierda podéis observar una gran explanada, en la que se ven una columna y media, nada más. Ambas exquisitamente ornamentadas, eso sí. Pues bien, esto es lo que queda del gran templo dedicado a la diosa Artemisa, que fue nada más y nada menos que una de las Siete Maravillas del Mundo antiguo greco-romano.

Yo bebía sus palabras con fervor de asceta. Ella prosiguió muy puesta en su papel:

-Artemisa. La diosa y su templo eran el alma de Éfeso. Artemisa era una figura femenina de oro, muy esbelta, vestida con túnica recamada y tocada con corona real. Es la diosa de la fertilidad, por lo que se la representa con tres filas de mamas en el pecho, en número de 24.

“El templo, según Plinio el Joven, era el más grande del mundo griego. Templo rico y de hermosa arquitectura. Estaba rodeado por una doble columnata. Y en la fachada lucía tres filas de columnas.

“Todos los que visitaban el templo, ofrecían a la diosa en forma de exvotos miniaturas del templo y figurillas de Artemisa en plata. Por eso en los aledaños del templo florecieron un sinnúmero de talleres de orfebres y de platerías.

¡Cómo hablaba Shenay! Debo confesar que la expresión de su cara me tenía encandilado. Siguió con entusiasmo:

-La fama de Artemisa estaba extendida por todo oriente medio. Como Éfeso era un punto crucial para mercaderes y caravanas comerciales, atrajo miles de adoradores de todas las partes del mundo, que luego se llevaban a sus casas objetos de orfebrería.

“Pero a mediados del siglo. I llega a la ciudad San Pablo, permanece aquí predicando el cristianismo durante tres años. Y debió ser tan grande el número de conversiones, que el gremio de plateros constató una bajada considerable en sus ventas. Entonces se levantaron en tumulto alegando que Pablo se proponía destruir el templo de Artemisa. Empujaron a un grupo de cristianos hasta el gran teatro. Acudió allí el Gobernador de la ciudad y se dirigió a la multitud de esta guisa: “Como romanos que somos, respetamos las libertades y nos regimos por unas leyes justas. Predicar una religión nueva no es delito. Pero si alguno de sus seguidores infringe una ley romana, denunciadle ante el juez y será juzgado y castigado”.

“Esto no obstante, algunos amigos aconsejaron a Pablo que abandonase la ciudad porque peligraba su integridad física. Y discretamente Pablo se dirigió a Mileto a fin de seguir evangelizando”.

Shenay adquirió una gravedad especial para añadir esta conclusión:

-Es un hecho constatable. En los últimos siglos de la Era anterior, toda Asia Menor era entusiasta adepta a la diosa Artemisa. Desde el siglo III d. C. eran todos cristianos. Y en la actualidad todos los turcos son seguidores del Islam. ¿Por qué? ¿Por qué?

-Amigos -sentencié filosóficamente-, así son los grandes ciclos de la historia, de las civilizaciones y de las creencias.

Shenay asintió con mucho convencimiento. De pronto se le iluminó el rostro y clamó con entusiasmo:

-Y a la vuelta de la esquina, señores , nos vamos a dar de narices con el maravilloso objeto de todas nuestras apetencias. -Dimos unos pasos hasta entrar en una placita, y exclamó a voz en grito:

-¡Esto es la Biblioteca de Celso, auténtico orgullo de Éfeso! Como veis, solo se conserva la fachada. Espléndida y monumental fachada. Está configurada en forma de dos pisos esbeltos, con cuatro cuerpos verticales, enmarcados con dos grandes columnas cada uno. En las hornacinas exhiben su perfección clásica las cuatro diosas de las artes.

Shenay añadió muy convencida:

-Difícilmente encontraréis otro edificio civil de la época greco-romana tan hermoso, tan majestuoso y tan bien conservado como éste. Solo os diré que dicha biblioteca llegó a contener doce mil rollos de papiro.

Al cabo de media hora, retrocedimos para coger la llamada Calle del Mármol, que finaliza en el gran teatro romano de Éfeso.

El teatro, visto desde abajo, es imponente, interminable. Conserva el graderío al completo. En él pueden acomodarse 25.000 espectadores. Comprobamos personalmente su acústica, que es asombrosa. Shenay y Alexey se sentaron en la fila más alta, y yo me subí al escenario desde el cuál canté el himno de la Comunidad Valenciana “Para ofrendar nuevas glorias a España...”

Ya de regreso a la calle, Shenay se sentó en un poyete y nos sugirió con evidente regocijo:

-Sentaos un momento a mi vera.

Así lo hicimos, uno a cada lado, a la espera de algún evento sorpresivo.

-Mirad a mis pies. ¿Qué veis en esta losa de mármol del suelo?

La miramos con detención. Había una cabeza de mujer, la silueta de un corazón y el perfil de un pie humano.

-Esto es un jeroglífico egipcio -contesté yo en tono de guasa.

-Nada de eso. Es simple y llanamente un reclamo propagandístico. Está anunciando que, en la dirección del pie, hay ubicada una “casa del amor”. Un lupanar, vamos.

-El oficio más antiguo del mundo -precisó Alexey.

-Algo esencial y necesario en una ciudad visitada por muchas caravanas, con un gran contingente de gente de paso.

-¡Oh, mirad! -observé sorprendido-. Aquí, en una esquina de la losa, veo una V y una I mayúsculas. ¿Son cifras romanas, no?

-Naturalmente -exclamó sorprendida Shenay-. Es la primera vez que las veo. Gracias, querido, por el descubrimiento. Se me ocurre que la explicación es evidente: Eso debe ser el estipendio, en denarios o sestercios, que las hetairas cobraban por sus servicios.

Cambió de tercio rápidamente:

-Bueno. En pie, gente linda. Solo nos falta enseñaros la tercera calle.

Se colocó nuestra simpática guía en la acera de enfrente del gran teatro y levantó hacia adelante sus dos brazos:

-Esta es la Avenida del puerto, de seiscientos metros de larga, que naturalmente desembocaba en el puerto.

-¿Y dónde está el puerto?

-Exactamente a seis kilómetros de distancia. ¿Os asombráis?

-Naturalmente. Perdona, Shenay, pero aquí suceden cosas que rebasan toda normalidad.

-Esta vez no. Hubo unas avenidas de un riachuelo que inundaron el puerto enfangándolo totalmente. Completaron esta acción



destructora ciertos movimientos geológicos. Y el resultado final está a la vista.

Al día siguiente, como estaba previsto, el grupo de “los tres mosqueteros” de la arqueología nos personamos en el solar de la casa que perteneció a la familia de Alexey Sokolov. Este estaba exultante, como fuera de sí.

-Es tal el ansia que tengo por realizar la excavación sobre la que fue la mansión de mis lejanos antepasados, que me he traído un pico y una pala. ¿Te animas, Celso? -me dijo, ofreciéndome la pala.

-Gracias, hombre. Pero la verdad es que mi experiencia en estos menesteres más bien es nula.

-Será un juego, un pequeño ensayo. -Inmediatamente añadió con un tono de mayor cordura -: Naturalmente, para acometer en serio una tarea tan delicada, se precisará elegir antes un equipo de expertos y unos medios técnicos y mecánicos, los más adecuados. -Rió como un niño -: Hoy solo pretendo hacer una pequeña cata.

Pero ya el anticuario ucraniano había empezado a picar con gran entusiasmo, y a remover la tierra. Encontró unos pequeños fragmentos de cerámica, que Shenay, experta en la materia, dictaminó que eran de la última época romana, y de gran valor por su decoración.

De pronto el pico de Alexey tropezó con algo muy duro. Era una pieza de mármol de notables dimensiones. Fue apartando la tierra, la limpió ansioso con las manos...

-¡Alto! -gritó la experta Shenay-. Se trata de un relieve que representa una sirena. Seamos prudentes.

-¿Pasa algo? -grité sorprendido.

-Sí, existe una leyenda asegurando que la diosa Artemisa quiso vengarse de los efesios por haber permitido que desapareciera totalmente su culto y su devoción. Mas como ella era la diosa de la fertilidad, una diosa benéfica, asegura la leyenda que pactó con las sirenas la tarea de castigar a los habitantes de Éfeso.

-¿Entonces crees que...?

-Sí, piensas bien. A las malignas sirenas, la voz popular les atribuye la pérdida tan rara del puerto, la destrucción total de la ciudad y otras calamidades individuales.

En este momento, al lado de la sirena, se produjo un pequeño hundimiento, que provocó una nube de polvo que envolvió a Alexey, produciéndole un notable acceso de tos. Inmediatamente se mostró muy cansado y vino a sentarse a mi lado.

-Pero las sirenas son animales muy simpáticos -le argüí a Shenay.

-Existen varias especies de sirenas. En Turquía muchos barcos bizantinos y otomanos llevaban como mascarón de proa figuras de sirenas airadas. Tenían ojos espantados, boca muy abierta, gestos de ira, y los cabellos eran manojos de serpientes.

Alexey escuchaba con una sonrisa petrificada. Estaba como ido, no entendía nada.

-Es verdad -apuntó Shenay-, que las leyendas no hay que creerlas ciegamente. Precisamente las llamamos leyendas porque no poseen soporte documental sobre el que afianzarse. Pero las leyendas hay que tratarlas con mucho cuidado, porque muchas veces nacieron y crecieron sobre hechos reales.

Alexey palidecía a ojos vistas. Se mostraba muy nervioso y alterado.

-Con mucho cuidado y con mucho respeto hay que tratar las leyendas -repliqué muy serio-. Sobre todo si van envueltas con fenómenos extraños, paranormales, o relacionados con brujerías o fuerzas malignas. A mí todo lo relacionado con el esoterismo me merece mucho respeto.

-En mi tierra -ironizó Shenay-, a eso no le llaman respeto. Le llaman miedo.

En ese preciso momento el pobre Alexey se levantó de un salto, con los ojos fuera de las órbitas, y dio un grito aterrador. Luego se tiró al suelo, con los puños crispados a la altura de las sienes, retorciéndose como un poseso. Acusaba agudas convulsiones, los ojos desorbitados y la respiración dificultosa. De su boca salían abundantes espumarajos, y con sus uñas arañaba la tierra desesperadamente.

Vi temblar a la fuerte Shenay. Estaba lívida y sus labios tiritaban, sus ojos se cargaban de preocupación. Hizo un gesto de decidida resolución.

-Celso, cariño, por favor, cuida de él como puedas -gimió angustiada-. Voy a buscar ayuda médica

Cogí en mis brazos a Alexey, un poco más calmado, aunque seguía con los dedos crispados y la cara desencajada. Tuvo un nuevo acceso de tos desgarradora, mientras se apretaba el pecho con rabia. Diríase como si un aire envenenado le abrasase los pulmones. Además, una luz de desvarío centelleaba en el fondo de sus ojos. El pobre tenía el aspecto de derrotado total, como un batracio aplastado bajo las ruedas de una cuadriga romana.

Yo me sentía muy vulnerable. El suelo, bajo mis pies, parecía inconsistente, sostenido por ruinas amontonadas. Y además, mezclado todo con fuerzas extrañas, influencias misteriosas, que podían desmoronar el tiempo y el espacio.

En un momento de lucidez, Alexey me suplicó que, si él no podía secundar nuestro proyecto, que contáramos con su hermano Vasil.

Le di mi palabra y se lo aseguré por lo más sagrado.

Por fin llegó Shenay con un todo-terreno, y un equipo médico se llevó a Alexey con gesto desesperado.

El ucraniano Alexey Sokolov, siempre animoso y amigo leal, llegó al puesto médico ya sin vida.

Pensé como sin querer: “¿Será esto otro castigo de la diosa Artemisa, ejecutado por su pérfida aliada la Sirena?” No me atreví a contestar. Pero quedé aterrado, presa de vértigo, como al borde de un precipicio.

Al día siguiente, a la alborada, partía nuestro intrépido Ítaca rumbo a El Cairo. Shenay y yo pasamos la noche en su pisito de Kusadasi. Allí maduramos y afianzamos definitivamente nuestro amor. Shenay besaba como si solo le quedara un minuto de vida. En dicha noche, muy larga, planificamos nuestro futuro inmediato. Y tomamos muchas decisiones de mutuo interés. Proyectamos el mañana con muchos sueños superpuestos. Decidimos que yo terminaría el crucero proyectado. Al volver a Valencia, arreglaría mis cosas con mis padres, y al cabo de un mes, volvería a Éfeso para efectuar felizmente nuestro casamiento. Y en el ínterin ella buscaría en Kusadasi un piso mayor y más adecuado para nuestras necesidades.

Ya solo faltaba una hora para que zarpase mi barco. Nos quedaban pocos minutos para manifestarnos nuestro gran amor. Shenay vivía en un constante estado de euforia febril. Era curioso, todo lo que yo quería decirle, lo leía ella antes en mis ojos.

En un momento de euforia le dije:

-Yo, Ulises del siglo XXI, he sido seducido por los cantos de sirena de la más irresistible reina del mar.

-Sí, y voy a devorarte todo entero, en cuerpo y alma.

-Me encantan tus gestos y tus palabras, ejemplo y paradigma del juego de la seducción. -Suavicé la voz:- Pero, a propósito. Has dicho que me vas a devorar el alma.

-Cierto. ¿Nos falta interconectar algo?

-Bueno, Shenay. Ya sabes que yo te amo por ti misma, por encima de culturas, de civilizaciones y de creencias.

-Ídem de ídem.

-Pero naturalmente me gusta conocer en su totalidad a la persona con la que me voy a casar. Solo me falta saber en qué bases trascendentes asientas tu vida. Quisiera confirmar si tus bases y las mías pueden constituir una misma plataforma sobre la que asentar nuestras vidas y las de nuestros futuros hijos.

-Sí, yo tengo un Dios único y todopoderoso, que está entre Zeus y Júpiter, entre Alá y Yavé.

-Aclara: ¿está entre ellos, pero no es uno de ellos?

-Bueno. Está entre ellos... o tal vez sea la suma de ellos.

-Entonces ¿cómo es ese tu Dios?

-Es el supremo Hacedor de cielos y tierra, es la causa primera de cuanto existe, el sostenedor del mundo sideral... ¡y de mi vida personal! Ah, y además no tiene nombre.

-¿Pero tú crees en el más allá? ¿Crees en el alma inmortal?

-Yo creo en el más allá que haya decidido ese mi Dios, hacedor y sustentador de cuanto existe. Y creo en un principio vital de mi propia existencia, que recibí de él y que configura mi esencia, mi entidad individual y personal.

-¿Algo más? ¿Alguna norma de conducta?

-Solo una: Lo que no quieras par ti, no lo quieras para nadie.

-Entonces...

-Entonces... Ya no me preguntes más. Ya no sé más. Ya no necesito más.

-¿En definitiva?

-En definitiva, yo soy una persona, que vive y que piensa, ¡QUE AMA!, y que decide según su libre albedrío. Y que en este momento necesita vitalmente de tu aliento para poder ser y existir. ¿Me aceptas así, tal como soy?

-Te acepto de mil amores, cariño. Porque en lo esencial, aunque tú no lo sepas, tus principios de religión natural coinciden en su totalidad con lo fundamental cristiano.

Y dos oleadas de amor y de lágrimas se fundieron en un estrecho abrazo.

-Está claro. Somos dos personas construidas con el mismo barro, aunque con diferentes moldes.

***Informe de la policía de Kusadasi sobre el fallecimiento de Alexey Sokolov:***

*Informamos al capitán del navío Ítaca que Alexey Sokolov, ciudadano de nacionalidad ucraniana que viajaba en dicho barco, ha fallecido por causas desconocidas en el vehículo que le trasladaba de urgencia desde Éfeso al hospital de la esta localidad, donde ingresó ya cadáver.*

*En estos momentos su cuerpo se encuentra en el depósito de cadáveres a la espera de que se le practique la autopsia antes de ser repatriado a su país tal como ha solicitado la familia.*

*Cuando tengamos información sobre si las causas de su muerte son de origen infeccioso se lo comunicaremos por si tuvieran que tomar algún tipo de medidas preventivas o de aislamiento ya que cuando falleció se encontraba con otro pasajero de su barco llamado Celso.*

## **CAPÍTULO 11: EL CAIRO**

***En el que Juanfra, infatigable mujeriego que ocupa el camarote número 11, cuenta su visita a El Cairo y sus flirteos con una mujer llamada Encarna.***

***Autor: Roberto González***

“Tener los ojos muy abiertos antes del matrimonio, y medio cerrados después de él”. “Tú, Juanfra, especialmente”, me repetía mi profesor de aquella extraña asignatura: psicología evolutiva de la pareja, porque intuía por mis comentario o quizá por mi comportamiento que mi personalidad se acomodaba a aquel aforismo. En esos momentos la cita acudía a mi cabeza. Recordaba esa y otras más. Son todas falacias que afloran en mentes apergaminadas. Lo podía decir por experiencia. Me había enamorado de mi mujer en una discoteca porque ésta creyó que le miraba insistentemente y no pude evitar corresponderle. Pero no era cierto. En realidad, un amigacho ocasional con el que se encontraba aquella noche, me insinuó que al fondo de la barra de aquel bar del Puerto, había una chica que parecía querer comerme con los ojos. Como de costumbre, ataqué. Seis meses después nos casábamos. Lo que empezó como un idilio romántico y frenético se convirtió, en poco menos de un año, en un remolino de celos y reproches y todo porque ella no supo tener los ojos medio cerrados y me recriminaba, a cada momento, que mi mirada se volviera lasciva y descarada cuando se tropezaba con cualquier mujer, lo cual era cierto, o al menos en parte, pero lo que ella no podía comprender es que mi mirada de descaro era un simple ademán de cortesía, y también producto de una ley científica, pues sin gafas, como siempre iba y aún voy, necesito fijar la pupila durante unos segundos sobre el objeto que pretendo contemplar, y ni aún así lo veo muchas veces con claridad. Tampoco nunca le confesé que aquellas miradas de interés que presuntamente la dediqué en el aquel bar donde nos conocimos, y que habían provocado que ella me correspondiera de la misma manera, en realidad iban dirigidas a una pantalla de televisión que se encontraba a sus espaldas y donde echaban un partido de fútbol, solo que mis ojos, cuando miraban, son focos de haces desbocados.

Pero aquella relación ya está olvidada. Luego pasaron muchas otras, pero el compromiso acababa al aclarar el día y sus nombres se

desvanecían como un talud arenoso. Son nombres de aquí y allá. Noches que se sucedían sin poder discernir nada más que un cuerpo tibio y el sabor acre del whisky en mi boca. Aquello se había convertido en un carrusel sin sentido. No podía continuar con ese frenesí. Yo necesitaba algo más estable, algo que se acomodase a mis vicios, y también a mis virtudes, que también las tengo, y para eso se necesitaba acaso algún poso de estabilidad. Por eso, cuando conocí a Cristina - mi actual pareja-, y me habló que había que saber conjugar los términos fidelidad y fiesta, asentí como si fuera una máxima sencilla que nadie quisiera recordar. Mucho más cuando hablaba de la evanescencia de los compromisos maritales. En ese punto me frotaba las manos. Creí haber encontrado el maridaje perfecto entre mis costumbres de depredador sexual y esas otras virtudes domésticas que, a regañadientes, parecían querer aflorar.

Y de esta manera se inició una nueva etapa caracterizada por la dispersión. Ambos íbamos y veníamos, quedábamos a menudo y otras tantas no quedábamos porque nuestros compromisos sociales nos mantenían ocupados, y por supuesto separados. A los pocos meses de conocernos comprendí que Cristina me aventajaba en juergas y fanfarrias, y empecé a sentirme incómodo, no porque esa diletante relación me disgustase, sino porque nunca pensé que fuera a ser yo el damnificado. Así seguíamos, cada uno con su agenda, aunque manteniendo una trabazón que nos hacía seguir llamándonos pareja; ya se sabe, cierto compromiso moral y algunas menudencias domésticas.

Todo eso lo podía sobrellevar y hasta comprender pero ¿a que venía ese plantón?. Cristina me la había jugado. Iban a ser las primeras vacaciones que podíamos disfrutar juntos y ella se descuelga con que unas amigas suyas, a última hora, han organizado un viaje a Escocia y claro, ella no podía faltar. Los primeros personajes deben siempre figurar en los carteles de la obra. Al parecer era un viaje especial, uno planificado por su graduación, y que mil veces se había aplazado por compromisos de sus agendas, aunque por entonces ninguna trabajaba. Yo, por supuesto, no podía ir porque arruinaría esa magia que flotaba en sus recuerdos de carrera, porque ese viaje sería como una prolongación de aquel despertar iniciático en la vida y en el trabajo. Para ellas todo era especial, una mezcla de poesía y aventura, a pesar de que ya eran mujeres talluditas con muchos polvos echados.

Ni toda mi verborrea graduada en bares y pubs nocturnos, ni mis teorías psicológicas sobre el desapego y la fijación lograron

convencerla para que me incluyera en el manifiesto de a bordo. Pero no estaba dispuesto a sufrir esta afrenta, y dos días después de su marcha, me enrolé en la primera oferta turística que se me presentó, sin comprobar que ese crucero por el mediterráneo estaría más frecuentado por parejas y personas de edad avanzada que por amantes de la juerga nocturna, que era lo que yo realmente buscaba, para poder vengar la afrenta.

Y aquella noche, después de muchas escaramuzas baldías con camareras y jóvenes demasiado calientabraguetas para poder apreciar un buen sexo, había conocido a una mujer de verdad. Se llamaba Encarna y era tan de verdad que me aventajaba en siete u ocho años, lo que la aupaba hasta casi los cincuenta. A decir verdad nuestra primera cita fue para la cena buffet que daban todos los días en el restaurante. Antes de salir de mi camarote, me inspeccioné en el espejo. Me acerqué tanto que se empañó el cristal. Ya desde pequeño había necesitado gafas de muchas dioptrías y siempre las había aborrecido. Me restaban glamour. Si, lo confieso, soy un tipo con encanto. Mi porte es equilibrado y resultón, y tengo una conversación subyugante, siempre atento a la búsqueda del detalle de mi interlocutor para poder así ensalzar cualquier virtud que vislumbre en él. Esa actitud, que empezó siendo una estrategia de ligoteo, se había convertido en un hábito tan natural en mí que se había convertido en una segunda piel. Pero de lo que más orgulloso estoy es de esa mezcla de mirada misteriosa y alucinada que sé que es irresistible, aunque muchos de mis amigos, por pura envidia, no dejan de repetirme que lo que realmente provoca es espanto e incomprensión, especialmente cuando me acerco tan ostensiblemente que parece que quiera olerlas, a las mujeres claro, como si fuera la exploración animal que un perro hace en su territorio.

La verdad es que no fue una cita como tal. Como he dicho, simplemente quedamos para compartir la cena-buffet, la del crucero de todas las noches, solo que en esa ocasión acompañado, y no solo por Encarna, sino también por su amiga de viaje, Dorotea, que tenía una lengua musculada. Las había conocido una tarde en la diminuta piscina de proa del crucero. Harto de desembarcos y visitas culturales de menos de cinco horas sin tiempo casi para recuperar el resuello, ese día decidí tomarme un descanso sabático. La tumbona era un plan excelente. Allí me planté con mi bronceador y mi toalla. Y allí la vi, como os diría, una señorona, aún de buen ver, de carnes apretadas y aunque no le pegaba un ápice, mantenía muy glamorosa un Martini en



su mano izquierda. Se hallaba recostada en una de las tumbonas que rodeaban la piscina. Me senté en la única que quedaba libre. Me empecé a embadurnar de crema protectora pero tuve dificultades para hacerlo por la espalda, así que al segundo intento, desistí.

-Se va a quemar - escuché que alguien me decía unas tumbonas más allá.

Así conocí a Doña Dorotea Cacatúa, arquetipo de cotorra que había trocado sus aires de secano por aquellos más saludables del mar. Era de Albacete y trabajaba en una oficina de administración de Renfe. Con la bicoca de ser empleada había visitado media España a costa de descuentos y promociones, siempre en tren claro. Se conocía todos los paradores de España y aquel año estaba aburrida de los raíles y quiso trocarlos por olas y corrientes. En su cambio de aires había convencido a su amiga Encarna para la marcha. Así supe su nombre, una mujer madura con nombre de deseo. Por su amiga me enteré que Encarna, liberada de las miradas inquisidoras de sus convecinos, había cambiado sus hábitos de luto y rosario por una pose de anuncio con tensiones sexuales. Me relató que se había quedado viuda hacía más de diez años y aún así le seguía velando, y lo hacía a costa de su pobre hijo, que era quién tenía que sufrirla porque se empeñaba en tratarle como un adolescente descarriado que necesita consejo a cada instante y de tanto empalago y monserga empezó a atragantársele tanto afecto. Quizá ése fuese el motivo por el que ese año, su hijo, había decidido variar sus vacaciones y se ha ido a Mozambique a realizar tareas solidarias, no por afán altruista, sino porque le habían comentado que era un país tan subdesarrollado y perdido que los teléfonos allí no tenían cobertura y que se estaba prácticamente todo el tiempo ilocalizable. A Encarna le hubiera dado un telele si Dorotea, su amiga de la infancia, no se hubiera encargado de rescatarla del espasmo que le dio aquella huida de su hijo y la arrastrarla a ese crucero, solo para cambiar de aires y evitar esa rutina de clausura que la avejentaba. Y allí estaban las dos luciendo palmito, aburridas de deambular sin rumbo desde el comedor Chantilly, donde repartían las cenas, hasta el bar Pompidour, que era donde se servían los cócteles, y peregrinando día si y día también de excursión en excursión, sin más aliciente que el propio ajeteo, como si la excitación ajena de compartir un viaje fuera el estímulo más poderoso de sus vidas, solo que se sentían muy solas entre aquella marea de jubilados, algunos muy animosos y otros tan abstraídos que parecían figuras de cera.

Y aquella tarde Dorotea, esto es, Doña Cacatúa, no paró de hablar. Al menos su cháchara sirvió para que conociera a Encarna. Nos echamos algunas miradas. Desde el primer momento supe que era como una piedra volcánica: Arrugada y fea por fuera pero fogosa e incandescente por dentro, solo aguardando una grieta para que emergiera ese magna que llevaba en su interior. Y es que la primera sensación que transmitía era de introversión, soltando frases mojigatas más propias de una beata y ruborizándose falsamente ante ciertas alusiones obscenas de sexo que me permití discretamente intercalar. Quería saber por donde respiraba. Ahí es donde pude ver que a sus ojos asomaba un gesto burlón. Quizá fuera el momento de enderezar el rumbo de mis improvisadas vacaciones. Después de la cena, que discurrió con frases de picardía y sobreentendidos, Dorotea propuso ir al baile, como ella lo llamaba, y es que en el bar de proa una banda tocaba todas las noches música pachanguera, la ideal para que bailaran los viejas glorias y otros carrozas.

Todas las noches se repetía el mismo esquema. Dorotea insistía a Encarna para que bailase esos boleros y pasodobles. Quizá le recordara aquellas noches de fiesta de verano de su pueblo donde la pista solía estar abarrotada de parejas de mujeres porque la mayoría de los hombres, gañanes y rurales, no sabían enlazar dos pasos seguidos. Pero Encarna se cansaba enseguida y como era observadora, le gustaba mirar desde un extremo de la pista, donde se solía acomodar tomando una copa.

Aquella noche Dorotea encontró una pareja a su altura de baile: Un jubilado de porte espigado, pelo repeinado hacia atrás y una mandíbula de truhán que preveía un buen remate de noche.

Yo aproveché para sentarme a solas con Encarna. La música estaba lo suficientemente alta para que no escuchara mis palabras, así que tenía que acercar mi boca a su oreja para que me escuchara. Ella lo hacía pero guardando más distancia. Al cabo de una hora el espacio se había acortado y restregaba ostensiblemente mis labios por sus mejillas cada vez que le contaba algo. Ella no parecía incomodarse. En ese momento pensé que había que apostar fuerte pues no quería dejar otro día en barbecho, y la susurré que estaba ardiendo como una tea y que el corazón se me había bajado a los testículos. Me separé para ver su reacción y vi que se sonreía con los ojos bajos. Aproveche y la besé. Se quedó quieta y nos miramos muy serios unos segundos. Entonces nos volvimos a besar como si latiera en nuestras venas un deseo adolescente y la propuse ir a mi camarote.

No me lo dijo con esas palabras porque seguía siendo algo tímida, pero esa noche, como le sucede a muchos santos en sus arrebatos místicos, aseguró haber sentido en su cuerpo la presencia de Dios. Yo estaba henchido como un pez globo, pero ¿Qué le voy a hacer?, uno sabe de su oficio ¿o mejor decir afición?

Así seguimos durante tres o cuatro días, hasta que me di cuenta que una fiebre adolescente se apoderaba del espíritu, tanto tiempo marchito, de Encarna y que amenazaba además con arrebatarle el juicio. Empezó a creer que yo era una reencarnación de un antiguo novio suyo que tuvo cuando tenía quince años y que al parecer desapareció tras hacer una excursión a un lago. Nunca encontraron su cuerpo. Supuse que me consideraba como un trasunto de aquel amor truncado. Hasta ahí no había problema. Pero una noche, tras una sesión multiorgásmica, Encarna me insinuó que al regreso del crucero se mudaría a mi piso. ¡Pero si vivíamos en ciudades diferentes! Yo era un semental cerebral, no un rescata viudas. Debía cercenar esa relación de forma abrupta. Además me aburría toda aquella gazmoñería. Hacía dos días había visto a una rubia entrada en años, un ser absolutamente escandaloso que era foco de atención donde pisaba. Tenía una risa que en plena sabana haría huir a las hienas y la conversación era de ensalada de barrio, pero llevaba siempre una falda muy corta y tenía las carnes tan apretadas y tersas que mi miembro turgía como una seta en temporada de lluvias.

Al día siguiente llegaríamos a El Cairo. En el barco ya se habían programado varias excursiones. Tenía que actuar rápido. Esa noche le dije a Encarna que estaba indispuesto y aunque se empeñó en que nos viéramos y otras zalemas le contesté que no. Sabía que siendo tan sosa no abandonaría el salón de baile, donde su amiga Dorotea se estaba haciendo cada día más popular. Yo me dirigí al salón de popa, el Tudor, donde me esperaba Sonsoles, mi leona rubia. Resultó que era tonta, tontísima, o quizá eso aparentaba; tenía un carácter histriónico, de payaso de verbena y a cada piropo o insinuación que le hacía, soltaba una risotada que oscurecía la música y no contenta con ello, las repetía en alto, como si quisiera que su eco recibiera la aprobación de toda la sala.

Conversamos, reímos y acabamos en mi habitación retozando en el suelo enmoquetado con la falda corta colgando de la puerta del cuarto de baño, donde había ido a parar al azar en las primeras refriegas de efusión.

Nos sorprendió la mañana y recordé que había quedado con Encarna para ir a visitar El Cairo. Nos recogerían a las siete de la mañana. Ya se sabe, la dura vida del turista. Esa mañana estaba demasiado a gusto percibiendo el cuerpo caliente de mi rubia para despreciarlo en una excursión de estraperlo. Al paio con las piedras y las visitas a mezquitas, momias, faraones e iglesias coptas. No iría y me daba igual que no me devolviesen el dinero. Y me volví a acurrucar contra su cuerpo.

-¿Qué hora es? - escuché que me preguntaba entre un rezongó y un desperezo.

-Calla Cleopatra, que hoy no hay horas, ni minutos, ni segundos.

-¿Qué dices?-

-Que mi reloj se ha parado y necesita el calor de mil años de tu cuerpo para volver a funcionar. Hoy nos quedaremos aquí y quizá no nos movamos en semanas.

-Deja de decir tonterías, monín - dijo mientras se levantaba -. La menda ha pagado una excursión por el Cairo y sale a las siete y media de la mañana.

-Si estas excursiones son todas un asco -protesté.

-Pues te quedas en el barco y santas pascuas - sentenció mientras se acababa de vestir.

-¿Pero no te ha gustado lo de esta noche? ¿Me vas a dejar aquí solo?- le pregunté con voz melosa.

Me miró con picardía, esbozó una sonrisa y con voz insinuante me preguntó:

-¿Por qué no te vienes?

En ese momento recordé que ya tenía contratada una excursión y que tendría que ser rápido en encontrar una excusa.

-¿Puedo ir? - le pregunté a mi rubia sin mucha convicción y como queriendo dar tiempo a mi cerebro a que buscara una solución óptima.

Y sin planificarlo ni meditarlo, pero llevado por una torbellino de amor y sexo me enrolé en esa excursión de viejos y viejas pochás que quieren remozar su espíritu en la eternidad de los faraones sin sospechar que sus momias acumulan polvo de más de tres mil años.

A la salida del Ferry se había montado un campamento de guías que portaban nombres escritos en cartones. El revuelo era mayúsculo, y lo agradecí porque eso me ayudaba a escabullirme de un encuentro indeseado con Encarna, aunque de seguro que ésta no se encontraría en esos momentos en la explanada. Estaría loca y desesperada

aporreando la puerta de mi camarote y preguntándose donde estaría su joven zurriago. Por este motivo acucie a mi rubia a la búsqueda de nuestro guía. Lo encontramos por casualidad. Era un tipo espigado y fino, con un bigote minúsculo, como una tira esmirriada, pero que vestía un elegante traje blanco. Mi rubia, que se gustaba hacerse notar, en cuanto descubrió el letrero de nuestro excursión, se dirigió entre interpelaciones de “por aquí, por aquí, seguidme los del grupo”, al tiempo que se habría paso entre la gente. Nosotros le seguimos como ovejas sinsorgas, como si formáramos un cordel. Al llegar a la altura del guía, ella se adelantó y muy resuelta le alargó la mano a modo de presentación. Entonces el guía la contestó con una pequeña genuflexión de cabeza a modo de cortesía, la esquivó y vino a darme la mano al tiempo que me decía “welcome”. Acto seguido se volvió de nuevo hacia ella y le dio la mano también. Noté el gesto fruncido de su cara por el desaire, pero se le pasó enseguida porque el guía nos empezó a explicar rápidamente el esbozo del viaje y su mirada de aceptación bailaba entre los dos.

-Pues no sé por qué ha tenido que hacer eso, me dijo ya cuando subíamos los dos al autobús.

-Costumbres - contesté yo.

-Y un rábano - Eso es machismo.

-¿Te han dicho que te pones muy guapa cuando te enfadas?

E iniciamos la excursión en un microbus que estaba casi listo para el desguace, con mil rozones y abolladuras por toda la carrocería, los cables sobresaliendo por debajo del salpicadero y un traqueteo sospechoso, como si tuviera una tos persistente que no acaba de soltar, y que nos hacía temer que, tarde o temprano, tendríamos que acabar empujándolo.

El día de la excursión era un martes, y a pesar de lo temprano de la hora, las calles bullían de gente y el microbus avanzaba a trompicones, perdiendo en los cruces lo que ganaba en las rectas. El guía nos comentó que la indisciplina circulatoria en la ciudad era carta de naturaleza del egipcio. Los cruces estaban regulados por semáforos pero nadie les hacía caso, especialmente cuando la circulación era lenta, que era casi siempre, y la gente se limitaba a tocar el claxon en toquitos cortos para apercebir a otros conductores de su presencia, y que por supuesto no podían ver, porque la mayoría de los retrovisores de los coches están mochos, seguramente no repuestos del primer encontronazo que se dieron muchos años atrás. Y luego veías a los peatones jugándose la vida en cada cruce, a pesar de hacerlo por

dónde lo tenían habilitado, pero teniendo que pulular y zigzaguear entre los vehículos, con las mismas arrancadas y requiebros que podría hacer un recortador en una fiesta taurina. Y de repente, en mitad de aquello, un carro tirado por mulos, haciéndose hueco para entrar en la autovía.

Pasados los primeros momentos de estupor, lo primero que te llama la atención de la ciudad es su dimensión. Kilómetros y kilómetros de abigarradas viviendas y edificios grises o blancos o pasteles desvaídos, todos con mil antenas en sus azoteas y otros mil cachivaches a modo de trastero. Ves esos multitudes y te preguntas en que trabajará toda aquella gente que parece tan laboriosa en la calle.

Todos estábamos callados y alucinados por aquella ciudad tan fascinante y sorprendente. La voz del guía sonaba como un ensalmo y se te pasaba por la cabeza que quizá acabase de salir de una lámpara, solo que él mismo te venía a sacar de ese embeleso, recordándote entre explicación y explicación, que las propinas eran algo inherente al sistema, con independencia, por supuesto, del precio ya convenido por la excursión.

Nuestra primera parada fue la Gran Mezquita verde, que estaba en un alto de la ciudad, y que en realidad era un complejo amurallado donde se encuadraban varios edificios, entre ellos la misma mezquita. Tenía una explanada enorme por su cara norte y desde allí se podía divisar casi todo El Cairo, con sus minaretes por doquier, aunque sorprendentemente no se adivinaba el Nilo. Es allí donde descubres que la ciudad te parece sucia y caótica porque siempre hay una patina de contaminación que oscurece el aire. Es tan densa, que casi, casi, la puedes mascar.

Cogí a Sonsoles de la mano y seguimos al guía. Nos enseñó varias dependencias y me sorprendió que casi en cada habitación hubiera una persona con una tarjeta en la solapa, la mayoría bastante jóvenes. A la salida de una de aquellas estancias le pregunté al guía quienes eran aquellas personas.

-El Gobierno da trabajo a todo el mundo, me contestó, y las contrata, aunque sea por poco dinero, para cuidar los monumentos.

Si a Sonsoles no le gustó el primer gesto de bienvenida del guía, tampoco le gustó que para entrar en la mezquita tuviera que descalzarse y ponerse un velo en la cabeza. Además estaba todo embadurnado de ese olor a pies que te impedía disfrutar de la magnificencia de la mezquita, donde la luz del sol formaba haces verdes al traspasar las vidrieras policromadas del techo.

La siguiente escala fue el barrio copto y su famosa iglesia colgante. Allí, a la entrada del barrio había un fuerte dispositivo de seguridad y tuvimos que apearnos y pasar por un arco detector de metales. El barrio lo formaban pequeñas callejuelas donde se encontraban diseminadas varias iglesias y alguna que otra sinagoga, todas llenas de historias y referencias bíblicas. En una de ellas se decía había encontrado el faraón a Moisés, a orillas de Nilo. Nos gustó porque era como un remanso de paz dentro de la caótica y bulliciosa ciudad del Cairo, aunque tenías la impresión de discurrir por una sesión temática del Pueblo Nuevo de Barcelona, sin apenas vida más allá del turismo y los popes de las iglesias.

Salimos de El Cairo hasta la localidad de Guiza, aunque nunca tuvimos la sensación de haber salido de El Cairo, porque me parecía un suburbio más, aún más caótico si cabe, de esa megalópolis que es El Cairo. Ya antes de llegar ves una gran pirámide y alguien en el grupo dijo que era la de Kefren. Para acceder había que pagar una entrada que nosotros religiosamente tuvimos que abonar, pues no venía incluido en el precio. Entonces te dabas cuentas que entrabas en el denominado complejo monumental de Guiza, donde se encuentra La Gran Esfinge y también restos de su antiguo templo. Mientras deambulamos por su recorrido interior el guía nos explicaba que toda ella había sido construida sobre un montículo de roca caliza y evidentemente el transcurso del tiempo y la arena del desierto la habían deteriorado, pues aunque parecía toda pálida y con la cara picada de vihuelas, su aspecto original era de vivos colores. Los niños, dentro y fuera del recinto, te ofrecían a cada paso marcadores de libros hechos de simulación de papiros donde aparecían incrustaciones de jeroglíficos. Acabamos comprando un par de ellos por un euro.

Ya que estábamos, al parecer, fuera de El Cairo, aprovecharon y no llevaron al nacimiento del desierto, al lugar quizá más fotografiado de todo Egipto: la pirámides de Keops, que junto a la de Kefren y Mikerinos forman el complejo de Guiza. Quién no tenga una foto junto a la pirámide Keops nunca podrá decir que ha estado en Egipto. Comprobada su espectacularidad y dimensiones el guía decidió llevarnos desierto adentro, a un promontorio desde el que se veía a lo lejos la pirámide y desde donde los turistas se sacaban fotos con la pirámide a sus espaldas.

No hubo tiempo para más y al poco nos encontrábamos en el comedor del Hotel Safir. Al parecer nuestro guía no era el único que había tenido esa idea porque a la entrada del Hotel se agolpaban más

de veinte grandes autobuses. Nos llevaron en procesión hasta una mesa que ya teníamos preparada y justo antes de sentarnos empezaron las deserciones buscando los servicios. Tengo que confesar que la comida no estuvo mal. Nuestro pensamiento era que nos iban a despachar con el clásico menú de turista y aunque realmente fue así, no tuvimos esa impresión. En Egipto hay que acostumbrarse a que toda la comida sabe o tiene un olor a especies permanente. Quizá en los grandes hoteles se diluye esa percepción pero si consigues quitarte esa aversión puedes llegar a disfrutar. Por otra parte, muchos turistas apenas comen nada durante su estancia, con una sensación de asco y vómito a cada momento y eso considerando que la comida que te suelen ofrecer en los grandes hoteles es una versión occidentalizada.

El Hotel estaba construido alrededor de un gran jardín que se contemplaba desde el propio restaurante. Como sobremesa el guía nos invitó a que nos solazáramos un rato en sus caminos, en sus fuentes, en sus bancos de sombra. Hubiera sido un lugar idílico si al mismo no hubiéramos accedido cuatrocientos turistas al mismo tiempo. Aún así, el lugar era fresco y estaba protegido del sol y el sonido del agua te tranquilizaba el espíritu. Yo tenía ganas de besar a Sonsoles; que ésta me abrazara, sentir su cuerpo cálido, pero el guía nos había advertido sibilantemente sobre el exceso de pasión en público. Aún así encontré un pequeño rincón, al lado de unas madre selvas y enredaderas, y allí aproveché para darle un largo y lujurioso beso. Cuando acabamos la faena miramos hacia un lado y hacia el otro, como si fuéramos dos chiquillos adolescentes, y nos reímos. Algunos turistas nos habían observado con indiferencia desde la lejanía. No le dimos importancia, pero como a unos cincuenta metros, comprobé que una mujer nos miraba muy fijamente, como si el beso le hubiera dejado en su rostro un gesto de estupor. ¡Dios Santo! Era Encarna y nos había visto. Se podía producir una situación incómoda, pero en ese momento el guía nos llamó para continuar la visita y me escabullí tirando de la mano de mi rubia leona, al tiempo que ésta me decía que no tuviera prisa, que nadie nos iba a quitar los asientos.

-No, claro que no, intencionadamente no. El problema es que con tanta senectud tendremos suerte si alguno se acuerda del suyo - dije a modo de disculpa. Si ella supiera...

La siguiente parada fue la visita a la fábrica de papiros Tanis. La única, la oficial, la que te garantizaban por escrito que era auténtico papiro y no un trozo de papel falsamente tratado para parecerlo. Nos enseñaban hasta el proceso de elaboración y ensalzaban el proceso de



selección de sus artistas, que eran elegidos entre jóvenes talentos que ponía a su disposición la Facultad de Bellas Artes y que la fábrica pagaba para que volcaran en los dibujos toda su creatividad. Te recordaban que Egipto era la cuna de la civilización, de la escritura. El mismo nombre de papel procede del término papiro. Y acababas a la salida portando en tu mano algún canuto que escondía en su interior más de cuatro mil años de arte e historia. Y no habías acabado de desembolsar los euros y así, sin casi evitarlo, te encontrabas en otra gran estancia que contenía pequeños botecitos y que olía a almizcle, a miel, a canela, y el guía te decía que era una fábrica de perfumes, no de colonia, sino de auténtico perfume, de su esencia y cuarenta dependientes te impregnaba la mano, la muñeca, el cuello de mil aromas, a la espera de que tomaras una decisión y te rascaras de nuevo el bolsillo. Y acababas sacando de nuevo la cartera y llevándote esa esencia pura de hamamelis y miel, que olía a maravillas celestiales, pero que en realidad no querías haber comprado, y es que era tan difícil desembarazarte de ese dependiente tan amable y tan pesado al mismo tiempo.

Pero donde realmente te dabas cuenta que El Cairo es un gran bazar era en el gran mercado de El Khan al-Khalili, el más grande de la ciudad y quizá también de toda África. Un hervidero de gente por doquier. Puestos repartidos por mil calles estrechas donde puedes encontrar casi cualquier producto o cachivache, por extraño que te pudiera parecer. Nadie te advierte que lo más conveniente es caminar con la mirada siempre al frente, sin desviarla hacia ninguno de los lados, porque si lo haces y percibe el comerciante de turno que te has interesado por algún artículo de su puesto, te lanzará el precio como una letanía “un euro, un euro”, y te lo dirá en español, porque son tan finos y vivos que habrán adivinado con antelación tu nacionalidad y si pasas de largo, se frotarán frente a ti los dedos índice y pulgar al tiempo que te recriminan, como si fuera un insulto, “tú, catalán, catalán”. Allí vuelves a ver papiros, en apariencia idénticos a los que has comprado en la fábrica, por la mitad de su valor, y lo mismo pasa con los perfumes, y con todo lo demás, porque ese precio en realidad tampoco es definitivo, porque siempre llega uno del grupo y te dice que cinco calles más allá ha comprado uno por la mitad de lo que inicialmente pedían, porque el gran deporte nacional en Egipto es el regateo. Siempre hay que regatear y si no lo haces, casi, casi, ofendes al vendedor. Al final de la tarde y de tanta información tan relevante estás confuso y te sientes como un poco en un baile de boda, pero

estás tan exhausto de mirar puestos abigarrados mientras procuras no perder el contacto con tu grupo que agradeces volver a montarte en el autobús y que te lleven a ese búnker que es el crucero, tu habitación, el buffet habitual, donde todo está claro, no hay engaños ni regateos.

Había sido un día largo y fatigoso, pero a pesar de ello Sonsoles quería acabar la noche en el Salón imperio, con gente donde comentar las anécdotas de la visita, que no eran pocas, pero la convencí de que la gente estaba exhausta y no quería más tutes, y que a buen seguro se recogerían temprano en sus habitaciones. Nosotros debíamos anticiparnos y holgarnos juntos en mi habitación. Cenaríamos y nos recogeríamos de inmediato.

Ella estuvo de acuerdo y nos emplazamos para una hora más tarde, a la entrada del buffet.

Antes de entrar a mi camarote vi a un chico joven al que ya había observado en alguna otra ocasión. Sabía que se llamaba Sergio porque había coincidido con él en una excursión anterior aunque no habíamos intercambiado más de cuatro palabras. Contrastaba su porte elegante y su fisonomía distinguida con ese semblante mustio y alucinado que le hacía tener siempre la mirada perdida. Debía poseerle un mal karma. Le vi tan ausente y tan alejado de los pequeños vicios mundanos que no pude sino detenerme y dedicarle unas palabras de ánimo. A fin de cuentas me embargaba una pequeña euforia de satisfacción porque, exceptuando el encontronazo con Encarna, el resto del día había sido intenso y de provecho. Por otra parte, y como un buen casanova redentor que me considero, creo tener una pequeña deuda con todos aquellos místicos a los que su psique les impide disfrutar de los placeres de la carne. Sergio no contestó a mis palabras de ánimo y se quedó mirándome como alucinado. Le dejé con la incertidumbre del que ignora si sus palabras germinarían en cerebros ajenos. No podía hacer más.

Yo quería darme una buena ducha y cambiarme de ropa. Me demoré más de veinte minutos en la ducha. Era gratificante sentir ese chorro de agua reparador en tu espalda, sobre tu cabeza. Mis pensamientos variaban entre el placer inmediato del agua discurriendo por mi piel y el despilfarro que suponía toda aquel regocijo acuático. Al salir del cuarto de baño comprobé que sobre el suelo y muy cerca de la puerta de entrada había una carta. Era evidente que alguien me la debía haber deslizado por debajo de la puerta. La abrí y la leí:

“Tú me has dado la vida y tú me has dado la muerte.”

Esa declaración tan melodramática me pareció grotesca, aunque por otra parte tampoco la quería obviar, así que estuve indeciso unos minutos. No podía dar pábulo a ese chantaje emocional y decidí olvidarlo sin más.

Salí con ese aire resuelto que me caracteriza y cuando me disponía a entrar en el hall de entrada al comedor del buffet fui abordado por Dorotea y una persona muy circunspecta.

-Esta es la persona, dijo Dorotea mientras me señalaba con el dedo.

-¿Qué ocurre aquí?, pregunté.

-Soy el contraamaestre del crucero. ¿Es usted Juanfra Ramírez?

-Sí, contesté intrigado.

-¿Le importaría aclararnos unos pequeños detalles?

-¿Sobre qué?, pregunté intrigado

-Acompáñenos -me contestó al tiempo que dos fornidos hombres de seguridad me envolvían. El contraamaestre me hizo un pequeño gesto con la mano al tiempo que me decía “por favor, acompáñenos, ya se lo explicaremos” y la improvisada comitiva se dirigió hacia mi camarote, fielmente escoltada.

-Abra la puerta, me ordenaron.

Entramos y empezaron a rebuscar directamente en el cuarto de baño. Al dar con unas pastillas de dormir que tenía en un neceser, el contraamaestre se dirigió a Dorotea y le pregunto si esas eran las pastillas.

-Esas son, esas son - respondió ésta en un estado frenético

-¿Pero que sucede aquí? ¿De que hablan? - inquirí ya algo preocupado.

-Encarna Cistierna ha sido encontrada sin vida hace menos de dos horas en su camarote.-dijo lentamente el contraamaestre al tiempo que clavaba sus ojos inquisidores en mi, como queriendo comprobar la reacción que causaban sus palabras.-Al parecer ha sido inducida a tomar ciertas pastillas - añadió para rematarlo.

Por un momento pensé que sería una broma orquestada por Encarna por mi infidelidad y casi, casi aguardaba a que sus presuntos cómplices se desenmascararan, pero sus caras seguían rígidas como el cemento.

-Pero esto es una broma, no puede ser otra cosa. Yo mismo la he visto esta tarde.

-¿Así pues admite usted que estuvo con ella esta tarde? - me espetó el contraamaestre, con esa sagacidad artera de los detectives mediocres.

-No, no ha sido así - contesté. Pero no dijeron nada y siguieron allí, de pie frente a mí, adustos, pacientes, como si fueran unos interrogadores expertos, examinándome en silencio, como si aguardaran que mi conciencia me traicionara.

-¿Y yo que tengo que ver con todo esto? - reventé al fin.

-Las pastillas que ha tomado Encarna son las mismas pastillas que tienes en tu neceser. - sentenció Dorotea.

-Usted, cállese señora - quiso atajar el contraamaestre como queriendo evitar que los amateur interviniesen.

-Pero eso no quiere decir nada, - contesté-. Son de uso común para el insomnio. Se las ha podido recetar su médico. Y aunque se las hubiera dado, porque podría haberlas cogido en alguna ocasión, ¿es culpa mía su muerte?

-Caballero, no lo sabemos - me respondió seco el contraamaestre-. Pero es muy sospechoso que, según su amiga Dorotea, la fallecida hubiera suscrito un seguro de vida justo dos días antes, siendo usted el único beneficiario ¿no le parece?

Entonces recordé la carta y se la enseñé al contraamaestre. La leyó.

-Y a su juicio ¿Qué supone esto? - me preguntó

-Que lo haría por despecho. Pero yo no tengo nada que ver.

-Esa carta es una coartada que se ha montado para despistar - dijo Dorotea.

-Pero no hace ni diez minutos que me la han echado por la puerta y ella lleva más de dos horas muerta.

-Sí, todo esto es muy extraño - sentenció el contraamaestre- pero tiene usted muchas cosas que aclarar. Se lo explicará en unos minutos a la policía. Ya ha sido avisada.

***Nota de la policía portuaria de El Cairo:***

*A la vista del informe médico y de las declaraciones de los pasajeros que conocían a la persona fallecida consideramos que no existen indicios de criminalidad para imputar participación respecto de dicho fallecimiento a nadie que no sea la propia fallecida. Todo indica que estamos ante un caso de suicidio. Por lo tanto quedan archivadas las diligencias abiertas por esta causa, pudiendo proseguir el barco Ítaca su viaje y transportando el cadáver en el depósito de a bordo para su repatriación tal como han solicitado los familiares de la difunta.*

## **CAPÍTULO 12: TÚNEZ**

***Donde se cuenta la aventura de Luna, la ocupante del camarote número 12, y su aventura con un tal Lorenzo en la muy bella ciudad de Túnez***

***Autor: David Mora***

¿Te he contado alguna vez que tengo una memoria portentosa? Desde que era pequeña me acuerdo de todo lo que me ha ido pasando en la vida. Por ejemplo me acuerdo de las conversaciones, de los nombres, de las fechas de cumpleaños, bautizos, día del libro, el día de san patricio, el día de la reina, el del rey, el día del aniversario de mis padres, de mi hermana, el cumpleaños de su cuñado, el día de las flores, y otras fechas sin relevancia. Por supuesto, cuando evoco un recuerdo en mi mente este se presenta como si lo estuviera viviendo en ese momento.

Aunque pueda parecer a simple vista un don muy útil también tiene su lado negativo. Pues me resulta muy difícil olvidar las cosas que me hicieron daño. La gente dice que soy rencorosa y que no perdono, pero eso no es cierto, lo que a mi me pasa es que no puedo olvidar. Si alguien me hace daño, intento fijarme en sus intenciones, en su forma de ser, en como responde una vez han pasado los hechos. De alguna manera me ayuda a perdonar.

Cuando yo me equivoco con alguien y meto la pata, lo paso mal, pues luego me arrepiento y siento como si a esta persona le debiera algo. Por ello intento ser cada día más flexible y más abierta con todo el mundo. Al principio supuso un cambio difícil, radical, pues tuve que acondicionar mi forma de ser para sobrevivir con mi portentosa memoria, pero ahora estoy contenta, ya que después de mucho esfuerzo por fin he conseguido un cierto equilibrio bastante estable en mi vida. También tiene su lado positivo, claro, ya que nunca olvido nada importante, y tampoco tengo que hacer cosas como la lista de la compra. Por supuesto no tuve demasiados problemas para memorizar los apuntes en la universidad y para el baile me vino muy bien ya que rápidamente recordaba los pasos del estilo que fuera.

Por cierto ¿tú por qué te has decidido a venir al crucero?  
¿Habías estado en otro antes?

Yo es la primera vez que monto en uno. Lo mejor es cuando llegas a tu casa y empiezas a llamar a todo el mundo para contarle lo bien que te lo has pasado y lo mucho que has visto. ¿No sientes tú también ese cosquilleo en la tripa? Es algo increíble. No me digas que tú no te emocionas cuando estas en medio de una calle desconocida, en una ciudad que no es la tuya con esa gente que habla raro y no te entiende ni con señas.

Es increíble como funciona nuestra mente, como asociamos las ideas, las personas, los objetos. Dicen que cada persona es un mundo único. Quizás por eso me encanta salir por la mañana y ya desde muy temprano, desde que salgo a la calle, me pongo en mi papel de científica social. Recojo lo que veo, hago estadísticas de las estadísticas y luego las contrasto con el día a día. Esto es así hasta la hora del baile, entonces todo cambia. Creo que debo parecerme una pesada en este momento. No me hagas caso, desde hace unos días no sé que me pasa. Me ha dado por hablar y hablar y no puedo parar. Creo que de esta manera puedo liberar el pánico que siento al estar en este barco. Acércate, ven quiero contarte algo, disimula. No te alarmes y ahora escúchame. Cuando te cuente mi historia quiero que seas consciente de que todo lo que voy a decir es...Disimula esos del fondo nos están mirando. Por donde iba...es verdad

Llevaba una temporada sintiendo que necesitaba tiempo para reflexionar acerca de mí. Estoy harta de intentar ser alguien en la vida y fracasar. Me he esforzado mucho en llegar a ser una gran bailarina, y solo he podido llegar a ser una profesora de baile en una academia de barrio, y aunque de vez en cuando doy algún espectáculo, no es suficiente para mí.

He sido feliz de esta manera durante mucho tiempo. Pero ahora ya estoy un poco cansada de todo eso. Encima lo del concurso. Eso fue la gota que colmó el vaso. ¡Pero si estaba más que amañado! La chica que gano el baile era la concubina del presidente del jurado, yo misma los vi dándose el lote en la parte de atrás del escenario. Cuando dieron el veredicto yo me quería morir. ¡Vaya pantomima! empecé a gritar colérica, ¡esto es un escándalo! Mí compañero Dani me observaba con los ojos abiertos como platos pidiendo con la mirada que parase. Un instante después y viendo que iba a más me agarró fuerte y me detuvo. No merece la pena me dijo, piénsalo nos van a dar un buen puñado de billetes por el segundo premio, no nos interesa que nos descalifiquen. Así que finalmente me callé, cogí el dinero del segundo premio y me volví para España.

Un día, seducida por un anuncio que había visto en la prensa, decidí darme un capricho. Nunca había estado en un crucero y no sé bien por qué, ya que nunca había pensado en hacer uno, fui a la agencia de viajes y me compré el billete. Ven, acércate, no quiero que me oigan, ¿Te has fijado en todo este ambiente?, ¿no tiene para ti algo particularmente grotesco? No me refiero a los músicos, ni a los camareros, tampoco. Fíjate en mis compañeros de pasillo. ¡Míralos!, parecen poseídos por una fuerza superior. Jamás me hubiera imaginado que este barco albergara tras su imponente fachada de lujo, una ruina tan áspera y tremenda. Jamás hubiera yo querido ser participe de todas las horribles aventuras que han tenido lugar en mi fila de camarotes. Te lo advierto, debes prestar mucha atención a lo que pueda pasar de ahora en adelante. Yo no creía nada de lo que esa gente contaba, nada, hasta que yo misma lo he visto.

¿A ti no te queda una sensación amarga en la garganta cuando ves como el deseo antes de materializarse, y justo en el momento más delicado se tuerce y se deshace en el aire como si fuera humo? A mi se me forma un nudo justo aquí, en la boca del estómago que no me deja respirar. A veces pienso, ya sé es una locura, que aquello que nos creo juega con nosotros, se divierten los dioses jugando sus partidas con nosotros. No tiene sentido, pero yo sé que es cierto, lo sé con el corazón. Pero no sería posible un mundo sin mentira, ahora pienso definitivamente que no. La mentira es la argamasa, la unión, el pegamento necesario para levantar la piedra sobre la piedra en el muro de nuestra humana civilización de cobardes. ¿Por qué no me lo dijo a las claras desde un principio?

Ahora quiero contarte una historia que me pasó ayer mismo. Quiero que me escuches con atención y me digas si estoy en lo cierto. Tú dirás.

Cuando desembarqué en la ciudad de Túnez era domingo, hacia un calor insoportable y lo único que quería era llegar a casa de una vez. Estaba harta del dichoso barco, de su movimiento, de no poder pegar ojo con las malditas olas de mier... Ese mar, ese mar que no para, y encima mis compañeros de viaje. Todos locos, todos enfermos incurables, más les valdría darse con una piedra en el pecho y dejarnos al resto de mundo en paz. ¿Pero que les pasa?, andan como peces muertos flotando por la corriente. En el fondo me dan miedo. Lo que no tolero, sobretodo cuando cierro la compuerta de mi camarote y me quedo a solas, es pensar que en el fondo soy como ellos.



El destino está escrito y no hay nada que podamos hacer para cambiarlo. No sé si me entiendes, yo tampoco lo comprendo del todo. ¡Oh, santo dios! te debes estar creyendo que en verdad debo estar loca. Perdona si te estoy aburriendo con todo esto pero entiéndeme, necesitaba contárselo a alguien. Sé sincero ¿no te aburro?

Muchas gracias, eres muy amable, tomaré tu silencio como un no. El día que me bajé del barco en el viejo y estropeado puerto de Túnez supe que me lo iba a encontrar. Sabía que él estaría allí esperando en un bar junto a la caseta de cambios. No sabía como iba a reaccionar, ¿le ignoraría? Sin prisa cambié unos cuantos euros y me dirigí hacía donde estaba

Entonces le vi de pie junto de la barra. Tenía el peso de la cabeza apoyada en la mano y la mirada perdida Yo como haciéndome la tonta, que eso se me da muy bien, le observé sin que el se diera cuenta tras mis oscuras gafas de sol. Al verme se acercó a mí.

-No tengo dinero -le dije.

Él sin molestarse lo más mínimo me respondió que no le hacía falta.

-No lo necesito -Comentó finalmente mientras acariciaba con ligereza mi brazo derecho.

Aparté su mano rápidamente con una sacudida y giré mi cara hacia otro lado intentando mostrar un desprecio que desde luego no sentía.

-¿Nos conocemos?-preguntó poniendo una voz de galán de discoteca.

-No -dije yo secamente -y creo que hoy tampoco va a ser el día -Ahora por favor si me disculpa, tengo que irme.

-¿Tan pronto?

-Lo siento tengo prisa.

Le pedí la cuenta al camarero y abrí el bolso para sacar el monedero. Mi mano temblaba de miedo, de agitación, de deseo, por un lado quería huir y por otro lado quería quedarme. Cuando me marchaba me cogió otra vez del brazo.

-Espera un momento -volvió a decir con esa voz galán al estilo de Gary Cooper, -si tú quieres, yo puedo hacerte de guía.

-No hace falta, ya tengo uno -respondí de forma automática intentando salir del apuro.

-¿Estás segura? , te puedo garantizar que conozco esta ciudad como si la hubiera construido yo mismo.

-Gracias, eres muy amable. Ahora por favor si me disculpas -dije intentando zafarme de nuevo.

En ese momento el hombre del camerino número dos, que estaba paseando por allí, movido por un sentimiento de auxilio y al ver que me tenía cogida por el brazo, se acercó corriendo a ver que pasaba

-¿Te está molestando?

-No -respondí yo - muchas gracias, además ya me iba.

-No hay de qué -respondió el hombre poniendo cara de satisfacción mientras hinchaba el pecho como un pavo. Tras un breve instante y pensarlo un par de veces me dijo casi en un susurro -No se fíe de él señorita yo sé muy bien como es este tipo de gente.

-Es usted muy amable- respondí yo en alto -pero sé defenderme yo sola.

-Está bien, no pretendía ser pesado -comentó un tanto sorprendido por mi actitud.

-No lo ha sido -aclaré -y muchas gracias, pero no necesito la ayuda de nadie para liberarme de personajes como éste.

-Ha sido un placer.

-¿Quién era ese?

-¿Qué pasa estás celoso?

-¿Yo? ¿Por qué habría de estarlo

-Por nada, está bien, ahora por favor suéltame.-Respondí intentando zafarme de nuevo

-Déjame enseñarte los misterios de esta ciudad.

-Ya te he dicho que no hace falta, ya tengo guía -le dije sabiendo que era presa de arenas movedizas. Él confabulado con mis sentimientos se movía con calma. De sobra sabía que era un terreno demasiado familiar para él. Tantas otras veces me había ganado... Por pudor o por seguir con el juego que tanto me gustaba, finalmente me callé y no dije nada.

Le pedí al camarero que se cobrara la consumición de mi paisano y la mía. Él sin dejar de sonreír como un tonto me dio las gracias y se ofreció otra vez para ser mi guía.

-Si no hay más remedio -respondí exagerando mi resignación-¿que le voy a hacer?

Declaró que no había alternativa. -Mira que grandiosidad -me dijo con los brazos abiertos -te voy a enseñar la Medina y te voy a llevar a una tienda muy especial para que le compres a tu mamá esos

pendientes que tanto la van a gustar y para tu hermana, ya verás... tengo una sorpresa reservada.

-Un momento-dije yo-para el carro. ¿No me has dicho ni tu nombre y ya me conoces? dime antes de seguir cómo te llamas y quién te a contado nada sobre mí.

-En fin -respondió con un suspiro- ¿qué quieres que te explique? -dijo guiñando un ojo.

-Para empezar dime como te llamas.

-Me llamo Lorenzo, soy español y estoy divorciado. ¿Te parece bien la respuesta?

-Ah, sí, ¿divorciado?... Eso tiene gracia, respondí con aire de sorna.

-Por favor no me interrumpas, dijo poniendo un tono de falsete fingido muy exagerado -¿Por donde iba?, a ver, -preguntó como para sí mismo, mientras miraba con aire distraído los muros de la mezquita que teníamos de frente, -llevo viviendo aquí en Túnez dos años por cuestiones de negocios

-¿De negocios? ¿Estás de broma?

- Estás rompiendo el encanto.

-Está bien sigue -dije yo disculpándome aunque de mala gana - ¿Y que clase de negocios son esos?

-Me dedico al comercio de especias, de té, cardamomo, comino...

-Pero que imaginación tienes

-¡Otra vez!, no me interrumpas, y tú, ¿cómo te llamas? Todavía no me lo has dicho

-Yo me llamo Luna, y soy la hija de las estrellas, no te digo.

-Muy bien Luna, ¿aún no te has cansado de mirar el mundo, de esperar tras los cristales de tu ventana, y de decirte: está es de verdad la vida que quiero para mí? -parecía que me leía el pensamiento -¿Por qué no has venido antes?, ya sabías hace más de un año donde estaba.

-No podía, no tenía dinero.

-Como si el dinero fuera un problema para ti...

-Ya está bien -grité un poco malhumorada -, no he venido de crucero para discutir.

-¿Y no te gustaría quedarte aquí conmigo? Sé sincera.

-Ni loca... -en ese momento pensé por un instante en volver al barco. Pero me quedé allí y le solté todo lo que sentía.

-Sé que antes o después -, empecé a decir muy triste, -saldrás de casa mientras yo duermo. Como uso somnífero, y tú lo sabes, yo no

me despertaría, entonces tú desaparecerías por un tiempo, ¿cuánto? ¿Un año?, ¿dos? Un día al fin, después de mucho tiempo, volverías con el rabo entre las piernas. Sí, ya te veo entrando por el pasillo pidiendo perdón por lo que has hecho. Entonces yo como una tonta te lavaría la ropa. Eres así reconócelo, no te importa nadie, solo tú, tú, y después tú. -Por su mirada sabía que le había dado en el hueso. Entonces se puso muy serio y me dijo: -yo, por lo que quiero soy capaz de cualquier cosa, incluso de vencer mi vicio

- ¡Ya está bien Gabriel!, no me convences, estoy harta de tus promesas y de tus mentiras, ahora por favor sigue con el juego de que no nos conocemos y llévame a ver algo, así por lo menos... ¿Serás capaz?

-¡Pero si has sido tú la que ha cortado el encanto con tus impertinencias!

-No empecemos...

-¿Te estoy aburriendo? bueno ya que no dices nada creo que continuaré con el relato. Te parecerá raro que te hable de estas cosas sin que nos conozcamos prácticamente de nada, pero es que siempre he sido muy directa y la verdad es que necesito hablar con alguien de esto. Aquí están pasando cosas muy raras. He oído comentar que alguien dice haber visto una sirena, sí, has oído bien, un sirena ¿Qué locura verdad? Pues lo más increíble no es eso. Ahora verás por qué te cuento esto. Hace dos días tuve la ocasión de vivir una de las experiencias más extrañas de mi vida. Tuve un sueño que más que un sueño era como si hubiera entrado en otra dimensión. No sé bien como describirlo. Ya sé que los sueños, sueños son, pero este era tan diferente, tan claro, tan vívido, tan real... Debes pensar que he perdido el juicio, yo también lo creería, pero te prometo por lo que más quiero en el mundo que todo lo que te cuento es cierto.

En ese sueño, o lo que fuera, yo estaba parada en medio de una plaza mirando fijamente a un punto indefinido hacía uno de los lados de la misma. Sentía como el calor rodeaba mi cuerpo dejando escapar de cuando en cuando una gota de sudor que corría por mi frente. En mi mano derecha llevaba una cámara de fotos antigua exactamente como la que usaba mi padre para sus reportajes, y un colgante con una inscripción en árabe, que por algún motivo desconocido yo entendía. Tras un momento en que todo se volvió borroso pude ver una imagen que no puedo sacarme de la cabeza. A uno de los lados de la plaza y sentada sobre una silla de paja vi a una sirena que jadeaba. Tenía la

piel pálida y notaba como si estuviera gravemente enferma. De improviso aparecieron un grupo de hombres bajitos, casi enanos, con los brazos muy velludos y con grandes sombreros paja. Iban cargados con unos cubos de madera que luego desparramaban sin ningún cuidado sobre la cola de la muchacha. Un instante después me desperté toda empapada con el colgante de mis sueños en la mano.

Ya sé que puede parecer extraño todo esto, pero tienes que creerme. Ahora disimula, fíjate como nos están mirando ¿Los ves? están ahí con la antena puesta, haz como que hablamos de cosas sin importancia.

Sí, entonces le dije: si quieres algo de..., ya sabes. Tendrás que ganártelo. Tienes hasta mañana a las ocho, y una cosa más, le dije con el dedo levantado para enfatizar mis palabras, como no me guste el rollo que llevas te dejo plantado, ¿te has enterado?

-De acuerdo señora. Lo que usted mande -, dijo el con cierto aire de burla mientras me cogía por el dedo.

Oye, que yo tampoco soy tonta, a mí el puñetero me sigue gustando. Si le vieras... es como te diría... salvaje, indomable. Pero a la vez muy cariñoso, ya me entiendes. Nunca he sabido en verdad como se gana la vida, y eso que tengo dos hijos con él.

Sé que le gusta jugar, casi más que a mí... Entonces, con una mirada picarona, me pidió que no le llamara Gabriel, -llámame Lorenzo, y como te he dicho trabajo exportando té y especias. ¿Te parece?

-Está bien, estoy de acuerdo, si tú eres Lorenzo entonces yo soy Luna y soy arqueóloga,

-Me parece perfecto, afirmó.

Sus ojos confirmaron mi sospecha, seguía siendo el mismo cerdo insoportable y adorable de antaño

- Entonces empezamos a jugar. Primero tú te chocas conmigo como por descuido. Luego yo dejo caer mi bolso así, de esta manera, tú te agachas a cogerlo y me ayudas con las cosas que están desperdigadas por el suelo. En un momento dado me tocas la mano y te quedas mirándome a los ojos. Yo te aguanto la mirada un instante y luego la aparto. Terminamos de coger las cosas que quedan y tú finalmente en un gesto demasiado solemne para un encuentro de esas características me das el pintalabios. Yo lo cojo, te miro, me termino de colocar el bolso en el hombro, y extendiendo un poco de color rosa sobre mis labios. Mientras lo guardo de nuevo me observas en silencio. Sin exagerarlo mucho, te relames, yo no digo nada pero

comprendo el mensaje. Todo está en orden. Tú como si estuvieras siguiendo a la perfección el guión de una obra de teatro me pides disculpas en inglés y yo te respondo con mi acento español. Al darte cuenta de que hablo tu idioma te disculpas en español y luego me preguntas qué de donde soy. ¡Venga preguntámelo! -

-¿De dónde eres?

-Yo soy de Madrid ¿y tú?

-Yo soy de Extremadura pero llevo muchos años viviendo en Madrid.

-¿Que casualidad? ¿Y que haces por aquí?

-He venido de crucero.

-¡Toma ya!, ¡de crucero!..., así que eres una ricachona, hum... de las que a mi me gustan -dijo poniendo cara de tonto.

El comentario no me gustó lo más mínimo sobre todo por el tonillo que utilizó, pero preferí seguir con el juego

-Que más quisiera yo... ¿y tú qué haces por aquí?

-Vivo aquí.

-¡Ah, sí! ¿Y cuanto tiempo llevas en Túnez?

-Un tiempo, dejémoslo ahí.

-Y a que te dedicas, ¿estudias o trabajas? Dije yo en ese momento lanzada por un ímpetu humorístico un poco descafeinado.

-¡Hombre que ya no tengo edad para estudiar. Soy exportador de té y especias. Me dedico a la logística.

- Que interesante.

-Y tú, ¿a que te dedicas?

-Soy profesora de universidad, me dedico a la investigación.

-¿Y que es lo que investigas?

-Soy arqueóloga. Me dedico a excavar en el suelo para encontrar rastros humanos. Es bastante interesante, o por lo menos a mí me lo parece

-¿Y has sacado algo en claro?

-Todavía no, es broma, no quiero hablar de trabajo.

-¿Quieres que te acompañe? te puedo invitar a comer después de enseñarte un poco todo esto.

-Eres muy amable.

-Muchas gracias

-Por cierto una cosa: la gente del barco me ha dicho que la mezquita de la aceituna es muy bonita, ¿por qué no me llevas allí?

-Eso está hecho, vamos, es por aquí.

Por primera vez en el viaje me empezaba a encontrar a gusto, así que comencé a decir lo que sentía de verdad.

-A pesar de todo lo que cuentan, creo que el crucero está siendo una experiencia bastante enriquecedora. Me alegro de haberte encontrado.

-Yo también me alegro, se apresuro a decir.

-¿Sabes una cosa?, dije yo cambiando de tema, aunque me gusta mucho viajar no lo practico muy a menudo, quizá por falta de tiempo. A demás tengo dos niños y eso me ata mucho para hacer otras cosas. A veces pienso en dejarlo todo y marcharme a la otra punta del mundo, y empezar de cero. Pero claro, no puedo a no ser que me lleve a los niños conmigo, por cierto, ¿te estoy aburriendo?-Pregunté al fin al fijarme en la cara de cansancio que tenía.

-Ni mucho menos. -Respondió de forma sincera -, he dormido poco, eso es todo.

-Si te aburro dímelo, es que cuando empiezo a hablar de mí misma... no paro.

-No te preocupes.

- ¿Y tú?, -pregunté al fin para darle un poco más de vida a la conversación - ¿Has viajado mucho?

- La verdad es que sí, pero sabes una cosa, llevo un tiempo en que lo único que quiero es volver a casa.

-A sí, ¿y por qué no vuelves? Comenté con curiosidad

-No, puedo

- ¿Quién te lo impide?,

-Nadie

- ¿Entonces?

- Lo siento, no puedo decirte más.

*Siempre igual, siempre tan misterioso ¿por qué?, ¿que oculta?*

- ¿Estas casado?

-Lo estuve -hizo una pausa y añadió -hace un tiempo, bueno casi.

- ¿Cómo que casi?, pregunté yo ofendida.

-Sí, bueno, -me dijo guiñando un ojo -, estuve con una mujer argelina.

- ¿Con una mujer argelina?, respondí casi automáticamente al recordar que estábamos jugando, - ¿y que pasó?

-Ella temerosa de la familia decidió volver a casa de sus padres y casarse con un hombre con el que la habían prometido unos años atrás.

- ¿Y eso cuando fue?,
  - Hará unos tres años.
  - ¿La has vuelto a ver?
  - No, pero no pasa nada. Creo que a pesar de todo es lo mejor, el amor no es lo más importante en la vida ¿o sí?
  - Quizás para determinadas personas sí lo es....
  - Bueno que no estamos en Grecia para discutir acerca del Eros.
- Ahora tú, dime, ¿estás casada?
- Lo estuve, pero ya no.
  - ¿Que pasó?
  - Creo que nos cansamos el uno del otro. Sin discusiones, sin enfados, sin malos rollos ya me entiendes, un día me abandonó y punto.- *Era el momento de contraatacar...*-Además, bueno, como decirlo, era un vividor así que no le hecho ni un poquito de menos.
  - ¿Ni un poquito?, preguntó apretando los ojos y la boca en un gesto patético
  - Ni un poquito.
  - Pobre hombre.
  - ¿Qué dices? ¿Cómo que pobre hombre? Salté yo cabreada, ¡me abandonó y punto! Era un caradura y un hijo de p.... Un día cogió la maleta y se marchó sin decir nada, y lo peor de todo es que no era la primera vez
  - ¿Cómo que no era la primera vez?
  - Vamos a dejar el tema que me estoy calentando.
  - ¿Pero no estábamos jugando? -Al verme la cara que tenía en ese momento se calló
  - Por cierto qué calor hace ahora ¿no? -dijo intentando cambiar de tema
  - Y esto no es nada, en agosto te derrites. ¿Si quieres que vayamos a tomar una cerveza?
  - ¿Pero aquí venden cerveza?, ¿esto no es un país árabe?
  - Bueno sí y no..., ya sabes que el dinero es el que manda y el turismo para Túnez es una gran fuente de ingresos. Así que, de manera taimada y a escondidas, siguen vendiendo cerveza y vino en algunas tabernas a las afueras de la ciudad. Incluso se me dieras un par de horas podría conseguirte whisky escocés del bueno por unos cuantos dirhams.
  - No gracias no me gusta. Pero una cervecita sí que me tomaba
  - Entonces vamos, -dijo señalando una de las callejuelas que partía en perpendicular desde la calle en que nos encontrábamos -, es



por aquí. La taberna está detrás de una mezquita a un par de cuadras en aquella dirección.

-Si quieres, antes de llegar a la taberna, nos damos una vuelta por el barrio, lo vemos, le haces unas fotos, y después nos refrescamos un poquito con una rubia, ¿que te parece?

-Me parece estupendo porque al ritmo que vamos no me va a dar tiempo a ver nada.

-Bueno sígueme contando, ¿que haces en tu día a día?

-Parece esto una entrevista. ¿No podrías ser algo más informal?

- ¿De que te ríes?

-De nada.

- No, es verdad, cuéntamelo. ¿De que te ríes?

- ¡Ay, déjame!

- ¿No me lo vas a contar?

- ¡Qué pesado! ¿Pues de qué me voy a reír? Me río de lo surrealista de la situación, me río de tí, y me río de mí. Fíjate, jugamos como cuando éramos novios, ¿te acuerdas? -dije yo un poco emocionada al evocar en mi mente aquellos recuerdos. -Por cierto estás graciosísimo con ese bigote.

- ¿Te gusta?, me lo dejé hace tres meses.

-Pareces un vecino de Chueca, y que conste que no tengo nada en contra de ellos.

- ¿No te gusta? Preguntó al fin un poco molesto

-Sí mucho. Pero me río porque me haces gracia.

-Oye, sin ofender, ¡encima que me ofrezco yo, gentilmente, a enseñarte la ciudad sin pedirte nada a cambio!

- ¿Qué no me vas a pedir nada a cambio? Eso vamos a verlo... de momento a ver quien paga las cervezas

Por cierto ¿Te has fijado en la expresión de sus ojos?, Míralos bien...pero disimula hombre. Perdóname si soy pesada, pero te aseguro que aquí está pasando algo raro, ya no sé que pensar. Por momentos tengo la sensación de que solo tú y yo somos reales. Te lo juro no creo que esto vaya acabar bien. Viene el camarero disimula.

-Yo tomaré una soda. ¿Tú no quieres nada?

-Está bien tráigame una soda y algo para picar,

-Muy amable, gracias

Por donde iba... ¡ah, sí! Ya me acuerdo:

Ya en la medina varias horas después, y luego de haber visitado el zoco de este a oeste y de norte sur, llegamos a una tienda que me

causó una sensación impactante. Era como si ya hubiera estado allí antes. Desconcertada por la intensidad de aquel sentimiento di unos pasos involuntarios hacia atrás, me di la vuelta y vi, o creí ver, una escena propia del mejor autor surrealista. En medio de una concurrida plaza al final de la calle donde nos encontrábamos, había una mujer sentada en una silla de paja. Tenía los pechos al aire cubiertos tan solo por un par de conchas azules. Asombrada por el hecho de ver a una mujer desnuda y a la vista de todos en medio de una ciudad árabe, seguí recorriendo su contorno presa de un estupor creciente al comprobar que no tenía piernas. En su lugar había una gran cola plateada cubierta toda ella de infinitas escamas como las de un pez, perfectamente delineadas. El espectáculo fue aún más increíble cuando vi aparecer a dos hombres corriendo desde el otro lado de la plaza. La escena era tan increíblemente parecida a la de la noche anterior que me causó un terror que no soy capaz de expresarlo con palabras. Paralizada por la sensación de “déjà vu” contemplaba como los dos hombres venían cargados con dos grandes cubos llenos de agua. Como en la noche anterior los mozos eran de mediana estatura y muy gruesos. Ambos portaban sendos sombreros de paja con el ala muy ancha y tenían los brazos muy velludos. Cuando llegaron hasta la mujer con cola de pez se pararon en seco, y de un golpe y sin el menor cuidado derramaron el contenido sobre la cola de la sirena. Entonces sentí un golpe en mi brazo, no fue muy agresivo, pero sí lo suficiente para despertarme. Tras un instante de incertidumbre abrí de nuevo los ojos. Entonces sentí la cara ardiendo. La luz de sol me estaba dando directamente en los ojos. De forma automática aparté el rostro hacia un lado, y de nuevo volví a ver la cara de Gabriel que permanecía impassible, mirándome en silencio con una gran interrogación en los ojos. Tenía la espalda recostada contra el muro de una casa con la pierna ligeramente recogida a la altura de la rodilla.

- ¿Has visto eso? -, pregunté yo muy confundida.

- ¿El que? Respondió haciendo todavía más evidente su sorpresa

-Eso -Al girarme de nuevo para señalar en dirección a la muchacha di un respingo hacia atrás al ver que allí no había nadie. -Espera un momento -, dije yo a media voz comprendiendo que algo raro me había pasado, - ¡eso no ha sido una alucinación! ¡Era real!, ¡tan real como tú y yo!

- ¿Pero que te ha pasado?, preguntó Gabriel un tanto extrañado.

En ese momento fui consciente de que lo mejor sería olvidar el asunto, y para quitarle hierro respondí con naturalidad: No te preocupes no ha sido nada.

-Pero dime ¿que visto? estábamos en la tienda hablando, y tú de repente has cogido y has desaparecido. ¿Dónde estabas?

- ¿Cómo que dónde estaba?

-Sí, ¿adonde has ido?

- ¿Otra vez vas a empezar con tus bromitas? Déjame un ratito no seas pesado,

-No en serio, has desaparecido por completo. Parecía como si se te hubiera tragado la tierra. -Entonces, sin poder contener por más tiempo la risa, estalló en una sonora carcajada.

*Tú si que vas a desaparecer por completo.*

- ¿Quieres que te lleve a la aldea donde se rodó la guerra de las galaxias?

-A mí la película ésa sabes que no me gusta. Pero si quieres vamos

-Te va a gustar, en serio, cuando estés allí ya lo verás, yo me siento cuando voy allí como si estuviera dentro del universo de George Lucas

-Si no queda más remedio..., dije al fin intentando cortarle el rollo

Tras un interminable viaje de tres horas por caminos a penas asfaltados pregunté al fin.

-Bueno ¿cuánto queda?

-Ya estamos llegando, mira, dijo señalando con la mano que tenía libre.

A lo lejos pude ver a un montón de turistas de todas las nacionalidades en grupos de alemanes, japoneses, italianos, algunos haciendo fotos, otros como estatuas escuchando atentamente al guía y los más pequeños corriendo alrededor de las piernas de sus padres dando gritos.

- ¿Ahora de qué te ríes?

-De tí.

-En serio, ¿No me lo vas a decir?

*Te vas a enterar..., abandonarnos cuando se te da la real gana Pero ya verás, hoy no te me escapas, bonito* -No me río de nada en concreto. Por cierto -dije yo con un tono de total indiferencia, - ¡Cuánta gente viene a ver el rollo este! ¿no?

- ¿Cómo que un rollo?, tú no tienes ni idea, fíjate bien, por aquí es por donde entra Obi Wan Kenobi junto con Luke camino del desierto, y ahí es donde vivía con sus tíos.

-Ya te he dicho antes que a mí la película ésa ni me va me viene.

- Que seca eres -me dijo al fin con un tono de ligero reproche. ¿Quieres que te enseñe algo más? Conozco un pueblo no muy lejos de aquí en el que se come muy bien y no es muy caro. Tienen un Tallin con calabaza estupendo,

- Me da un poco de asco la comida de aquí. Ya sé que es una estupidez. Pero es que son unos guarros.

- No seas niña, llevo viviendo aquí más de un año y medio y todavía no me ha pasado nada, al contrario, esta gente me ha enseñado muchas cosas.

- *¿Como abandonar a tu familia? Ah, eso no, eso lo aprendiste antes.*

*Cretino, imbécil... pues que no piense que va a salirse otra vez con la suya, con la luna no se juega. Por cierto nota mental, llevarle algo a mi suegra, se va a enterar la señora de lo bueno que es su hijito.*

Tras convencerme de que el sitio que decía era el mejor para cenar me llevó allí con la promesa de darme una sorpresa al final de la noche.

Ya allí y después de un buen rato sentados esperando a que nos trajeran la comida dije al fin; -Cuanto tardan en traer la comida.

-Prisa mata amiga.

-Si y el hambre también, y las guerras. ¿Pero qué pasa?

- ¡Hey! No te apures, en serio, tómatelo con calma.

*Si y encima sonrías, te vas a enterar de lo que vale un peine bonito.*

-Tengo mucha hambre. -Repuse de mala gana

-No desesperes, aquí la vida va a otro ritmo. Quizás por eso me quedé aquí, me gusta la sencillez de estas gentes, su forma de administrar el tiempo, sin darle una importancia a las cosas que no la tienen.

- ¿Qué pasa que aquí los hombres se largan de casa sin decir nada a nadie?

-No, aquí llegan un día y la cambian por otra, y antes era peor... incluso ya sabes que el Islam les permite tener hasta siete mujeres siempre y cuando puedan mantenerlas

-Está bien no sigas

-Te he contado que en algunos países, incluso, las llegan a matar. Primero las acusan de adulterio, y luego las lapidan.

- ¡Te he pedido que te calles!, no tiene gracia,

-Está bien, perdona. Si quieres, ahora cuando terminemos de comernos esto, te llevo al desierto para que lo veas.

-Para ver arena me voy al parque.

-Igual te encuentras algo más.

*Si, a ti, sinvergüenza, si ya lo decía mi padre...- No te cases con él que es un vago y un borracho, ya verás como llega un día en que te deja por otra...*

- ¿Te ha gustado el Tallin?

-Sí estaba muy bueno. Por cierto, una cosa, tu madre me pregunta a menudo por ti.

- ¿Y tú que le dices?

-Que no sé nada de ti, anda ¿por qué no la escribes?

-Lo he pensado.

- ¿Y por qué no lo haces?

-No lo sé.

-No puedes ser así. ¿Por qué te fuiste? Dímelo.

-No puedo

- ¿Cómo que no puedes?

- ¿Ya has terminado con eso?

-No me cambies de tema

- ¿Quieres que te lleve al desierto?

-Pero que pesado estás con el desierto, ¿para que quieres que vayamos allí?

- Para que lo veas, bueno..., en realidad me hace ilusión estar allí contigo

-Qué persuasivo has sido siempre -repuse, y rápidamente, sin dejarle tiempo para respirar, volví a la carga - ¿Qué pasa es que a ti no te importa nadie?

-Eso no es cierto, -respondió ofendido -sabes que todos los meses te envío dinero.

-Dinero, dinero -Dije yo cada vez más alterada -el puto dinero no lo es todo en la vida

*Entonces mi memoria, como si se tratara de un proyector de cine, saltó hasta hacerme revivir de nuevo todas aquellas noches en las que me encontré en la cama sola y abandonada.*

-No vas a decir nada, ¿Qué pasa, te parece aburrido lo que te estoy contando?, Si quieres me callo, pero al menos podías mirarme

mientras te estoy hablando. No hace falta que me digas nada, quizás sea lo mejor. De todas formas muchas gracias por dejarme un ratito de tu tiempo, en serio, necesitaba desahogarme después de todo lo que me ha pasado en estos últimos días. Si te parece bien continuo, ya me queda poco para terminar

Entonces de mala gana me respondió que lo dejara. - ¡Qué pesada estás con el tema! -y casi sin terminar la frase y para no parecer muy descortés añadió en tono de disculpa -Te lo juro, no puedo decirte nada.

- ¡Qué misterioso eres! -respondí ya más calmada -Siempre has sido un completo extraño para todos. A pesar de tus formas, de tu cordialidad, incluso de tu amabilidad, siempre has dado la sensación de lejanía, de distancia, como si hubiera un muro entre tú y el resto del mundo. No sé como explicarlo. Desde que te vi aquella vez en las escaleras del banco supe que eras una persona diferente. Llevo muchos años casada contigo y todavía no sé cómo te ganas la vida realmente. Siempre he pensado que eres un maleante, un dejado, en fin, pero tienes algo que me hace pensar que me equivoco, dime si estoy en lo cierto

-Piensa lo que quieras, no me importa. No es asunto mío.

- ¿Cómo que no es asunto tuyo? exclamé indignada, entonces, ¿a ti te da igual lo que piensen de ti? ¿Incluso la gente que te quiere como yo? ¡Dime de verdad! ¿No te importo nada? ¿Ni lo más mínimo? Sé sincero por favor

-Claro que me importas, pero es que a veces te pones muy pesada. Como ahora por ejemplo. Siempre estás con lo mismo. Perdona que sea tan claro pero es que no puedo decirte nada, entiéndelo -. Se quedó callado un momento, con la mirada perdida, la mano en la barbilla y la expresión seria. Parecía que estuviera meditando en si debía contarme algo o no hacerlo. Tras una pequeña lucha interior, y sin venir a cuento, saltó de repente - ¿Sabes una cosa?, ¡Eres insoportable, por eso te dejé!

*Caradura hijo de la gran... te vas a enterar, ¿quieres ir al desierto...? ¡Pues vamos al desierto! Pero antes quiero que me llesves a comprar algo, ya ajustaremos cuentas después...*

--Vale, lo deajo, no sigo más con el tema -repuse al fin intentando controlar el mal genio. Llévame donde te dé la gana, si quieres ir al desierto pues vamos al desierto, si quieres que nos vayamos a la mierda pues nos vamos a la mierda. Pero no quiero que vuelvas a casa nunca más. ¡Te enteras! ¡Nunca más! ¿Me oyes?

Olvídame y olvídate de los niños, desde este momento no existimos, y si quieres métete el dinero que nos mandas por donde te quepa, que no nos hace falta ¿Entiendes? y ahora si te da la gana...quiero comprarme algo.

-No te pongas a sí por favor, te lo juro, no puedo contarte nada

-Me pongo como me da la gana, ¿y no me has oído? llévame a una tienda que he visto antes en la carretera

- ¿Que quieres comprar?

-Y a ti que más te da, le contesté de forma tajante. En ese momento me dio pena. Entonces, me contuve y le dije que quería un espejo que había visto antes muy bonito, una rosa del desierto para llevársela de recuerdo a mi vecina que me la ha pedido, y sobre todo algo de agua embotellada, -con este calor estoy completamente fundida, -dije al fin ya mucho más calmada

-Está bien, yo también tengo sed. Si quieres te llevo primero a la tienda para que te puedas comprar el espejo ese que has visto, por cierto en el desierto las rosas del desierto son más grandes y más baratas, pero bueno, y luego si quieres te llevo al negocio de mi amigo. Ya verás que pasteles de miel hacen sus dos hijas, están estupendos.

-Entonces mejor no. Si es amigo tuyo prefiero no saber nada.

-Ja, ja, ja, que graciosa eres.

*Sí, sí, tu riéte, que ya verás...*

-Por cierto que significan esas manos que he visto por todas partes colgadas

- ¿Esta de aquí por ejemplo?

-Sí. ¿Qué significa?

-Es, según dicen, para ahuyentar el mal de ojo, ya sabes, para que todo vaya mejor.

-Son bonitas

-Sí, lo son. Ahora fijate, dijo captando mi atención por completo, parecen los pétalos de una flor a punto de abrirse.

-Bueno... si tú lo dices. Dile al tendero que quiero tres de estos colgantes, ese espejo de ahí, y pregúntale cuanto valen esas rosas del desierto.

-La grande dice que son veinte euros y la pequeña quince. Pero hazme caso, en el desierto las he visto más bonitas, y sobre todo más baratas.

- ¡Que pesado estás con el desierto! Que ya he estado en el Sahara el año pasado con unos amigos del baile. Anda corre, dile al

tendero que me llevo la grande. Toma dale el billete de veinte. Y compra algo de agua, ¿tienes dinero?

-No hace falta que me lo digas así.

Al final, y para no enrollarme más, te diré que un buen rato después y tras haber probado los exquisitos dulces de miel elaborados por las manos de aquellas increíbles muchachas, nos dirigimos al fin hacia nuestro destino.

Antes de narrarte el final quiero contarte un secreto, pero espera, nos están escuchando, mejor vamos arriba, allí podremos hablar a gusto sin que nadie nos moleste, ¿te parece? Bueno ya que no dices nada coge tus cosas y vámonos.

Ya era de noche cuando cogimos el coche para dirigirnos al Sahara. Presa del enorme calor que había hecho durante todo el día, la brisa ardía bajo la atenta mirada de una luna de plata enorme y macilenta que como un foco colocado en lo alto del cielo nos guiaba de la mano junto a las estrellas como si rodáramos por uno de los estudios de Hollywood en una gran súper producción de los años setenta.

Yo le miraba sin quitarle los ojos de encima mientras él sin inmutarse manejaba el coche con entera y serena confianza. Tenía un aspecto dejado y desaliñado, pero a pesar de ello conservaba la magia que me enamoró desde la primera vez que le vi. ¡Díos!, a pesar de ser un hijo de perra, le seguía queriendo.

- ¿Tienes miedo? Preguntó de pronto.

- ¿De qué?, conteste yo.

- ¿De que te pase algo?

- ¿Qué me va a pasar?

-Lo que tú quieras que pase...

*Pues si estás pensando en... lo llevas claro*

- ¿Que te hace pensar que quiero algo contigo?

-Me lo han dicho tus ojos

- ¿Qué te han dicho mis ojos?

-Que todavía me amas.

- ¿Ah, sí? ¿Y que más has visto en mis ojos?

-Ahora mismo tienes el mismo brillo de aquel día en que te besé la primera vez.

- ¿Y como es ese brillo?

-Venga no te hagas la tonta....,



En ese momento no sé que me pasó, de repente y sin conciencia de lo que hacía, comencé a golpearle mientras le llamaba sinvergüenza en un arranque de violencia inaudito para mi persona, las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

-Tranquila, tranquila, hombre -respondió él un poco asustado.

Sin soltar las manos del volante comenzó a decir que no le pegara y que me calmase, acto seguido y sin apartar la vista de la carretera sacó un pañuelo de tela del bolsillo de su pantalón y me lo ofreció con cariño para que me secara las lágrimas.

- Toma sécate.

-No quiero nada tuyo. Seguro que está tan sucio como tú.

-Anda ven.

- ¡Que me dejes!

-Mira, ya hemos llegado. -Señaló con alivio -Ahí la tienes, la puerta del desierto

-No quiero ir, llévame al puerto.

-Pero venga respondió, -y poniendo un tono de burla y sin ningún disimulo, consciente de que tenía la sartén por el mango añadió -, no te pongas así mujer, ya que estamos aquí... vamos a verlo ¿no?

-Yo me pongo como dé la gana.

-Venga no llores más mi Lunita. Si te pudiera contar...

- ¿El que me tienes que contar?

-Nada. Pero te prometo que volveré junto a ti muy pronto

-No seas cínico, por favor. Me estás poniendo enferma

*Ahora después de siete años quiere que le crea. ¡Ni loca! Pero te vas a enterar....*

-Déjame en paz, no me toques.

-Te he dicho que me dejes.

Finalmente apartó su brazo de mi cuello, aparcó el coche, y apagó el motor. Se quedó un rato mirándome fijamente y añadió:

-Bien, pues ya que estamos aquí yo me voy a bajar. Por cierto, si quieres un jersey o un forro puedes cogerlos del maletero. Te aviso de que de aquí a un par de horas va a empezar a hacer un frío del demonio.

- ¿De verdad te vas a quedar aquí dentro? ¡Con la noche que hace!

-Como tú quieras. Yo voy a estar ahí con esa gente, y ya sabes si te da la gana vienes,

*Y encima ahora se larga. Te vas a enterar de lo que vale un peine.*

-Espera no me dejes aquí sola

- ¿Tienes miedo?

-Un poco.

-Ven aquí, mira -dijo señalando hacia el horizonte.

- ¿Qué eso? -Pregunte mientras indicaba con el dedo índice hacia lo que parecía una hoguera, ¿donde me has traído?, ¿no me vas a hacer nada daño, verdad?

- ¿Que te voy a hacer?, no seas niña, venga baja del coche

En ese momento empecé a tener miedo de él, ¿y si me hacía algo? Por otra parte no ayudaba el hecho, de saber a ciencia cierta, que aunque chillara todo lo alto que pudiera, nadie acudiría en mi auxilio

-No temas, al fin y al cabo soy el padre de tus hijos -, volvió a decir como si me estuviera leyendo el pensamiento. No tienes que preocuparte, y eso que ves allí, dijo señalando hacia la columna de humo, es un campamento berebere que han puesto hace un tiempo para los turistas. Dentro de poco van a construir un hostel con jaimas para que la gente de la ciudad pueda disfrutar del verdadero sabor de este lugar. Ven vamos quiero que los conozcas, no temas, y ya verás que buena gente son.

- ¡Pues como sean como tú!

En ese momento Gabriel comenzó a silbar de una manera muy peculiar, al poco un par de hombres aparecieron y salieron a nuestro encuentro.

-Les he contado que eres mi mujer, y ¿sabes lo que me han dicho?

- ¿El que?

-Me han dicho que eres muy guapa, incluso me han ofrecido seis camellos por ti, y eso créeme es una muy buena oferta.

-Les habrás dicho que no.

- ¡Qué boba eres! ¡Cómo te voy a cambiar por unos camellos! Si fuera por una casa, o un barco todavía... ¡Pero por unos camellos!

- ¡Oye!, Eso no tiene gracia, -repose yo un poco harta de sus estúpidos comentarios- *tú sigue así que ya verás...*

-Mira este es Hammed y este es su socio Rahím,

-Encantada, encantada -dije saludando amigablemente con la cabeza. -Oye pues parecen simpáticos.

-Sí, lo son. Por cierto entienden lo que dices. Hablan un poco de castellano.

- ¿Ah sí? -Dije yo mirando a unos de los muchachos que tenía delante, un muchacho de unos ventipocos años, con unos ojazos muy grandes color miel. -Eso es perfecto añadí por cumplir y acto seguido me presenté de una manera más formal. Al principio dudé si debía o no ofrecerles la mano, finalmente creí que sería lo mejor. -Hola soy Luna. La mujer de este caradura. Encantada de conocerles.

-Caradura amigo nuestro, exclamo Rahim y le pasó un brazo por el hombro en señal de profunda confianza, - ja, ja, ja nosotros encantados también de conocer mujer de Moja.

- ¿Cómo te ha llamado?

-Es una forma cariñosa que tienen de llamarme por aquí

Los ojos del muchacho de color miel, mostraban una imponente fiera que me dejaba helada cada vez que me miraba. Su piel morena bronceada por largos baños de sol le daba aún más si cabe un aspecto indomable, inquieto. Como si se tratara de un animal salvaje notaba su respiración, su voz. Su presencia que era algo más que un olor, un rastro, un algo que se pudiera fijar exactamente con palabras, flotaba en el ambiente con un aire magnético que me obligaba continuamente a mirarlo. Pero, a pesar de su imponente aspecto, había algo dulce y pacífico en él que me chocaba. Sin duda se trataba de un ser de otra época. A medio camino entre un comerciante nómada de las caravanas que venían desde la india, cargadas con la seda procedente de china hasta la costa norte del continente africano, y uno de esos príncipes de cuento vestido con hermosos trajes de seda blanca bordados en hilo de oro. Era algo contradictorio. En ese momento Gabriel, notando el efecto que me había producido su amigo, empezó a hacerme proposiciones indecentes en tono de broma - ¿Te ha gustado eh?, dime la verdad, estás loca por quedarte a solas con él ¿Quieres que se lo diga?

-La verdad es que no -respondí con una indiferencia exagerada.

Por cierto, ya estoy acabando mi historia, y perdona si te he aburrido durante todo este tiempo. Pero es que... ¿cómo decirlo?, solo así, hablando sin parar durante todo el rato consigo olvidarme de la extraña situación en la que ahora nos encontramos. ¿No te parece paradójico que solo tú y yo seamos reales? Perdona, no sé ni lo que digo. Ya acabo.

Después de instalarnos en el campamento, Gabriel y yo caminamos en silencio por las dunas como dos jóvenes enfadados

pero muy enamorados. Mientras dábamos aquél paseo bajo la luz de la luna y a la vez que iba hablando con él, empecé a maquinare un plan de fuga.

- ¿No me vas a decir por qué te marchaste?

-Que pesada estás. Ya te he dicho que no puedo.

-Pero no lo entiendo, ¿cómo que no puedes?

- ¡Déjalo ya! No seas tan pesada. ¡Por favor!, te he dicho que no puedo contártelo y punto. No sigas

-Sí, ya lo dejo, no te preocupes. -En ese momento y de forma disimulada abrí el bolso y cogí la rosa del desierto que acababa de comprar esa misma tarde, la agarré con fuerza y...después no se lo que pasó.

A la mañana siguiente me desperté en un pequeño parque junto al puerto de Túnez sin saber donde estaba ni lo que me había pasado. Al ponerme de pie me di cuenta de que tenía todo el cuerpo empapado de sudor y toda la ropa manchada de polvo y arena. Todo me daba vueltas y sentía un insoportable dolor de cabeza. Entonces, confusa por la situación, miré la hora y comprendí que había llegado el momento de partir. Me tomé una pastilla para el dolor y sin más dilación me dirigí hacia el puerto, cogí el barco y a las dos horas ya estábamos de nuevo navegando.

Tras revisar mis cosas con nerviosismo en el camarote pude ver con alivio que no me faltaba nada y además, entre mis tarjetas de crédito, mi carné del gimnasio y mi carné conducir, encontré esta nota mal escrita. Te la voy a leer, para que veas lo que pone:

“Nos vemos pronto perdóname. Ojala pudiera explicártelo de otra manera.

Sé que no me vas a creer pero tengo que decírtelo, aunque sea de esta forma tan impersonal que tan poco me gusta, te quiero, te quiero mucho. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.”

A sí que ya ves, otra vez me he quedado con un palmo de dos narices. Suerte que le pude robar la cartera antes de que perdiera el conocimiento ¿y sabes una cosa...? no te imaginas lo que he descubierto. Te aseguro que no. Yo cuando lo vi, no me lo podía creer. Al final va a ser cierto que me quiere. Ven mira ¿sabes lo que es? es un carta sí, pero fíjate bien. Parece oficial ¿verdad? Observa. No va dirigida a nadie, pero aún a sí puedo imaginar que Gabriel era el destinatario ¿quieres leerla? Toma.

873534gk.

*Objetivo cumplido. Enhorabuena. En setenta y dos horas presente esta carta en el consulado. No hable con nadie y sobre todo sea discreto. Si por algún motivo encuentra dificultades para permanecer en el país no intente ponerse en contacto con nosotros. En un plazo máximo de cuarenta y ocho horas recibirá la visita de Blancanieves.*

*Un saludo y muchas gracias por todo*

*A.C.C.*

¿Tú que opinas de esto?, yo ya no se que pensar, ¿será verdad que al final es un hombre decente? Por cierto, parece que está amaneciendo, ¿no es eso Marsella?



***Mensaje del Aquarium de Barcelona  
al Oceanogràfic de Montecarlo***

*Estimados colegas: Tenemos ciertos indicios que nos hacen sospechar que el espécimen del que venimos hablando pudiera encontrarse a bordo del navío de bandera española llamado Ítaca que, según nos han informado, tiene previsto hacer una escala mañana en el puerto de Montecarlo. Les rogamos que envíen a algún experto para que de forma discreta pueda hacer las averiguaciones tendentes a localizar el lugar donde puedan tenerlo escondido y de ser así nos informen de ello para dar parte a las autoridades competentes e intervenir conforme a los protocolos internacionales de defensa de la fauna marina establecidos al respecto.*

## ***CAPÍTULO 13: MONTECARLO***

***Donde el pasajero del camarote 13 nos cuenta su obsesionada búsqueda de Monic por las calles de Montecarlo***

***Autora: María Luisa López Elvira***

Había amanecido un día espléndido. Me levanté y miré por la ventana. Me anime un poco y comencé a vestirme. La noche anterior había dejado preparado casi todo el equipaje. Mientras me afeitaba no dejaba de pensar en Monic, en como había sido todo con ella. Cada vez pensaba más en cómo había podido pasar, donde estaría porque no sabía nada de ella, mientras daba vueltas en mi cabeza iba automáticamente afeitándome, duchándome y vistiéndome, no admitía que Monic hubiera tenido un desenlace fatal, esperaba que en cualquier momento tuviera una llamada y fuera ella o alguien que la había visto y pudiera darme alguna razón, tal vez se había golpeado la cabeza y había perdido la memoria.

Cuando me di cuenta era casi la hora de salir hacia el aeropuerto, así que dándome prisa me dirigí a la cocina y me preparé un zumo y un café, y tomándomelo rápidamente, cogí mi chaqueta, el abrigo y el equipaje y me dirigí a la calle, allí esperaba el taxi que había llamado un momento antes.

-Al aeropuerto Terminal 4 por favor.

-Bien, quiere ir por algún sitio.

-No por donde Vd. piense que llegamos mejor.

El taxi se puso en marcha, en 20 minutos estaba en el aeropuerto, me dirigí hacia la oficina de Iberia y facturé mi equipaje, dirigiéndome hacia transito, pase el control de policía para llegar a la puerta de embarque a coger el avión que me trasladaría a Barcelona, allí tendría unas seis horas para embarcarme en el barco en el que haría el crucero en el que me había embarcado, nunca mejor dicho, doblemente embarcado como decisión empujado por mi familia, especialmente mis hermanas y como viaje en barco.

En unos 50 minutos estaba previsto que despegara el avión que me llevaría de Madrid a Barcelona.

Me encontraba en la puerta de embarque y no tenía ninguna intención de moverme, ni de visitar las tiendas que se encuentran en tránsito en los aeropuertos, cosa que siembre hacía con Monic, ella



siempre tenía la necesidad de algo, que le faltaba, que lo había olvidado, o simplemente era buscar algo, lo que fuera, Monic siempre necesitaba bien una pintura, una blusa o un suéter porque se había manchado o necesitaba uno de repuesto, el caso es que en todos los viajes visitábamos las tiendas durante ese corto tiempo, así hoy no me pasaría lo que siempre nos sucedía, que embarcábamos los últimos, metido en estos pensamientos me di cuenta de lo mucho que había permitido y acompañado a Monic en todos sus caprichos.

En estos momentos me pregunté si me apetecía viajar, sin Laura todo era muy distinto, pero ya estaba todo en marcha, mis hermanas me habían animado a hacer ese viaje, por varias razones, me dijeron, porque nunca había hecho un crucero, aunque habíamos hablado de hacerlo, siempre nos decantábamos por un viaje más exótico, pues Monic decía que para eso ya tendríamos tiempo, de ahí que mis hermanas me dijeran que la echaría menos de menos que en otro viaje más parecido a los que solíamos realizar, pues si en casi todos los viajes hacíamos amigos y teníamos compañía, esto no era permanente pues muchas veces por el itinerario nos desplazábamos a otro sitio solos y allí volvíamos a coincidir o no con la gente, sin embargo en el barco según la mayoría de los que habían hecho un crucero siempre tenías más probabilidad de estar con las mismas personas que viajaban en el crucero, por eso pensaban que estaría muy acompañado.

También me lo habían planeado por existir un número considerable de camarotes individuales y al parecer tener posibilidades de concurrir personas solas.

Mi hermana Mercedes me animó a que continuara a este viaje, ya que pensaba que me iría muy bien, ella daba por supuesto que seguía muy colgado de mi mujer y me veía muy perdido desde que ella desapareció, todos los acontecimientos me habían hecho mucho daño, pues además de su pérdida estaba toda la investigación que en muchos momentos me apuntaba a mí como posible sospechoso o culpable de los hechos acaecidos. Nadie entendía que podía haber pasado, yo el primero, aunque ella, Mercedes, había pensado, aún sin querer, que Monic podía haberse ido sin más, para ella, era una mujer que tenía muy pocos arraigos familiares y de relación muy fría, no era cariñosa, eso le parecía a ella, que si se hacía la amable no era muy natural y siempre perseguía un fin con los mimos, es decir que no parecía sentir mucho afecto por nadie, más bien era ella la que siempre estaba en primer lugar, ahora pensaba si era cierto solo que yo no me daba cuenta.

Llegué en una hora al aeropuerto de Barcelona. Como era un paquete me recogieron en el aeropuerto y me trasladaron al barco, en el camino ya coincidí con otras personas que también iban en el crucero y entablé conversación con un mujer de unos 40 años o tal vez alguno más, que según me contó era la primera vez que viajaba, ya que había estado cuidando de un tío suyo y casi no había salido, parecía muy excitada con el viaje.

Era atractiva, pero tenía una mueca un poco tensa, me pareció un poco raro que de repente se decidiera a viajar a esa edad cuando como ella me contó no había casi salido de la casa, ni del pueblo, donde vivía cuidando al tío y que nada más morir cogiera la herencia y se fuera a ver mundo, pero lo cierto es que estaba contentísima y no paró de hablar, mientras me preguntaba por mi estado, el motivo de mi viaje y casi todo lo que se la ocurría.

Me pareció una buena opción tener alguien en circunstancias parecidas, pero la verdad, en el corto trayecto ya empezaba a cansarme, así pues nada más llegar al barco me despisté y volví a mi soledad, que tampoco me atraía.

Tenía un mar de dudas no sabía si coger un libro y aislarme los ocho días del crucero, o por el contrario seguir los consejos de mis hermanas y conocer gente y estar todo el día de relaciones nuevas, la verdad es que me encontraba bastante solo, ya empezaba a pesarme mi rutina diaria y parecía que iba a tener que plantearme alguna opción nueva. Hasta hace poco mis días habían pasado entre la rutina del trabajo y la búsqueda de alguna noticia de Monic y las interminables declaraciones é informes con la policía que no dejaban de interrogarme sobre las circunstancias de la desaparición, si había discutido, si sabía si tenía un amante o alguna intención de viajar, etc.. No me acusaban abiertamente pero sentía que me consideraban el principal sospechoso. Claro que también era cierto que estábamos solos en Canarias, en un viaje de descanso, cuando ella voló, por decirlo de alguna manera, aunque en mi interior si pensaba que había cogido un avión y volado a algún remoto lugar.

Como era de esperar, acabaron por abandonar poco a poco la investigación y alargaban cada vez más las llamadas informándome de las investigaciones, que por otro lado no conducían a ninguna parte. Esto me mantuvo totalmente abstraído, a la vez que ocupado, más bien estaba como adormecido en mis pensamientos que eran vacíos.

La llegada al barco resultó un tanto pesada pero como no zarpábamos hasta las 9 de la noche, me fui a dar una vuelta por

Barcelona ya que hacía más de 2 años que no había estado allí, y sin darme cuenta me encontré en el Rabal, no sé si por su cercanía con el puerto o porque recordaba mis andanzas por esa barriada cuando era más joven. La cuestión es que una de las muchas señoras que paran por allí me invito a subir a una habitación y acepté, con lo cual se acabó mi visita por Barcelona, nada más terminar mi desahogo, que por otra parte no fue como había imaginado, me incorporé al barco, dando un paseo y dando vueltas en mi cabeza a lo diferencia existente en mi vida sexual, en compañía de Monic, ha como había sido antes de conocerla y, ahora en soledad en los últimos dos años.

Mi maleta ya estaba en el camarote que iba a ser mi habitación durante los próximos días. Me duché, lo primero, pues me encontraba en la necesidad de lavarme a causa de mi visita al Rabal de Barcelona. Lo cierto es que el viaje parecía tener vida propia, sin embargo yo pensaba encontrarme en algún lugar con Monic, o que apareciera y con este pensamiento me tumbé en la cama sin siquiera deshacer el equipaje y me quedé dormido.

Monic paseaba por la playa, yo estaba observándola, me puse a una camiseta y me dirigí a ella. Según caminaba pensaba en cómo sería mi vida sin ella, yo solo, me tendría que reorganizar. Todo cambiaría. No me imaginaba que haría sin ella, volvería a tomar copas por la tarde, hasta que me rindiera el sueño. Caminaba hacia ella pero no la alcanzaba, ella se volvió, la llamé y no me contestó, simplemente corría, parecía que la persiguiera alguien, o simplemente huía de mi, la vi correr y adentrarse en el mar y entonces me pareció que alguien la seguía en el agua, nadaban juntos, o ella le echaba de su lado, de repente se hundieron, y una horrible angustia se apodero de mí, me desperté estaba sudando, me incorporé, recordaba el sueño, rememoré esa escena en la que se hundía, era angustioso, no hacía nada para sacarla, sentía un ahogo. Estuve unos instantes parado, era como si una angustia muy profunda me paralizara, con un gran esfuerzo me espabilé.

Decidí arreglarme y dar una vuelta por las diversas instalaciones del barco, entonces un fuerte golpe con un ruido escandaloso despertó toda mi atención y asustado abrí la puerta del camarote para ver a qué se debía ese enorme estruendo, pero ante mi asombro solo había una mujer que arrastraba una maleta hacia una de las puertas del pasillo, y golpeaba estrepitosamente contra las paredes, no parecía muy lógico ya que se habían encargado del equipaje. Ella parecía muy alterada, se volvió y al encontrar su mirada con la mía, acerté a decirle:

- ¿Necesita ayuda?- Ella paró un momento y dijo escuetamente:  
-No, gracias.

Cerré la puerta, me di cuenta de que era mi compañera del corto viaje de traslado, al parecer no me había reconocido, se encontraba instalada en un camarote contiguo al mío, me dispuse a terminar de arreglarme para iniciar mi paseo.

Salí a la cubierta, corría una brisa muy agradable y ya era de noche. Como no había mucha gente encaminé mis pasos hacia el salón comedor, para relacionarme algo más con el personal que por allí pululaba, estaba todo muy adornado, lleno de flores, todas las mesas muy bien montadas, y no pude menos que pensar en lo que le hubiera gustado a Monic. Estaría andando de acá para allá y ya habría hecho unos cuantos amigos, tenía una cualidad especial, parecía que los atraía, la verdad es que era muy atractiva. Estando en estos pensamientos, vi otra vez a la del camarote de al lado, parecía que buscara a alguien, con lo cual tampoco reparó en mi, y la verdad no tenía intención de entablar otra conversación con ella, ya me había puesto al corriente de casi todo en el corto trayecto del aeropuerto al puerto de Barcelona, así pues gire mis pasos hacia el interior de uno de los restaurantes que había a mi derecha y me perdí entre los salones.

Estaba muy atento a todo el personal que paseaba por el barco, me pareció que mucha gente viajaba sola, eso no debía ser habitual, al menos eso pensaba. O si, tal vez era yo el que había cambiado mi perspectiva, antes siempre viajaba en compañía, por supuesto con Monic, y por eso no me fijaba en las personas solas, ahora mi situación era diferente siempre estaba solo y tendría que acostumbrarme.

En el repaso visual que estaba realizando reparé en una mujer de edad un tanto indefinida, no sería capaz de ponerle años, que tenía un vaso en la mano, y según me pareció estaba haciendo un ejercicio de identificación del terreno como yo, era atractiva y me dirigí hacia ella con la intención de entablar una conversación, si quería no acabar en mi camarote con un libro leyendo o dormitando el resto del viaje, debía empezar a relacionarme. Con estos ánimos me acerqué a ella y le dije, a modo de saludo:

- ¿Qué tal?, ya te has hecho una idea de cómo nos podemos mover por estas superficies flotantes.

Volviéndose ligeramente, me miró y dijo:

-Hola, no creas, esto es muy grande y yo me canso enseguida de dar vueltas sola.

Esto me pareció una invitación abierta y decidí aprovecharla.

-Yo viajo solo, pues mi compañero de viaje ha tenido unos problemillas y me ha dejado en la estacada. ¿Tú viajas con alguien?

Esbozó una amplia sonrisa antes de decidirse a contestarme y mirando dijo:

-No, no tengo compañía, la verdad es que llevo bastante tiempo sola, he tenido un perro y los dos últimos años no he salido porque me daba pena dejarlo y eso ha motivado que mis amigas se hayan distanciado. Pero ahora que ya ha pasado a mejor vida y me he quedado sola, he decidido embarcarme en este viaje.

Después de esta perorata, me quedé un poco sorprendido, no sé si se me notó, lo cierto es que no esperaba tanta respuesta, pero su sonrisa y su mirada eran bastante atractivas, así que inmediatamente pensé que sería una buena compañía para la noche y propuse:

Bueno, pues si te parece podemos indagar un poco juntos, ¿Qué estas tomando?

-Un coñac

- ¿Quieres otro?

-Si gracias.

Fui a por una copa de coñac y se la llevé, a la vez que yo tomaba un cuba libre, al poco rato, y después de tomar sendos sorbos de nuestros respectivos vasos, le sugerí que diéramos un paseo por cubierta y allí nos dirigimos.

Hacia una noche muy agradable, el barco empezó a ponerse en marcha, y el puerto de Barcelona empezaba a alejarse, nosotros observábamos las burbujas que se levantaban a los lados del barco. El momento era altamente romántico, pero yo en vez de aprovecharlo con la atractiva mujer que tenía a mi lado, me encerré en mí mismo y en mis pensamientos con Monic, cosa que me produjo una enorme tristeza. Ella lo notó pero no dijo, ni hizo nada que la delatara, más bien al contrario, habló poco y estuvo mirando como pendiente de alguien.

Resultó ser una compañía muy agradable, no hablaba mucho, me contó que tenía un perro que era un encanto, la soledad la agobiaba, el caso es que a mí me hacía pensar en esa posibilidad y en Monic que en una ocasión tuvimos el ofrecimiento de un perrito y ella se opuso porque nos quitaba libertad, eso en aquel momento me pareció muy egoísta por su parte y ahora no sabía que pensar, porque

de tenerlo habría estado muy acompañado y tal vez ella no habría desaparecido, esta mujer era asombrosa podía hablar y no hacer preguntas, al parecer todo podía relajarse a su lado, ella parecía estar pendiente de otro mundo, en eso también me recordaba a Monic.

Metido en estos pensamientos, llegó la hora de la cena y nos dirigimos al comedor, cenamos y nos fuimos a tomar una copa, el ambiente era muy distendido al parecer todo el mundo tenía ganas de diversión, bailaban y se divertían y el ambiente era muy distendido, y en algún momento en que yo ya había perdido un poco el horizonte me fui con una mujer a su camarote. No recuerdo quién era ni cómo terminamos enrollados, creo que bebí de más. Nunca creí que era tan fácil acabar en la cama en esa primera noche y casi sin saber con quién, pero fue así y pasamos una noche fantástica, al menos yo.

Una hora después me espabiló y me dijo que me fuera a mi camarote, con lo cual haciendo un esfuerzo me vestí y salí camino de mi compartimento, en el pasillo encontré a un pasajero que parecía buscar algo y a una pareja que estaban besándose y achuchándose, nunca hubiera supuesto que a esas horas estuviera tan concurrido un pasillo de un barco, pero era así. Fui sorteando personal y conseguí llegar a mi camarote, me tiré en la cama sin quitarme nada de ropa, estaba agotado y aún algo trastornado, hacía tiempo que no tenía tanta aventura en tan escasas horas y mi vigor sexual, tan oxidado, se encontraba un tanto cansado. A la mañana siguiente teníamos excursión por Montecarlo y yo tenía muchos planes para ese día. Tenía esperanza de averiguar algo de Monic, incluso podría estar por allí.

Amaneció y yo dormía plácidamente. Me despertaron unos golpes en la puerta. Era la acompañante de mi corta aventura de la que no recordaba casi nada, ni tan siquiera su nombre. Cuando conseguí abrir una rendija la puerta, con los ojos rojos de sueño y cara de necesitar dormir más, vi a la chica. Ella al contrario que yo parecía estar muy despierta. Estaba muy arreglada y perfectamente pintada. Con una gran naturalidad me dijo:

-Vamos. Espabila que desembarcamos en 10 minutos.

Al ver mi cara de asombro agregó:

- ¿Recuerdas, quedamos en visitar juntos Montecarlo, te iba a acompañar a saludar a los conocidos esos que hicisteis tu mujer y tú en ese viaje a, no recuerdo donde era?

Yo empecé a pensar y sin una idea clara recordé que algo había hablado, así que dije:

-Ya, bueno, te importa ir desayunando, ahora voy.

Y sin esperar respuesta fui a tumbarme en la cama, necesitaba poner en orden mi cabeza, en ese momento, no tenía idea clara de nada de lo pasado recientemente.

Era algo que me venía pasando con demasiada frecuencia, los tiempos se juntaban en mi cabeza y olvidaba, no sé cómo cosas recientes como si no hubieran pasado, y cuando me las recordaban, me irritaba como si no fuera consciente de ellas y me molestaban, como si me enfadara porque eso no lo hubiera hecho queriendo. En alguna forma me parecía que existían dos personas en mí, es como si me estuviera desdoblado.

El caso es que profundamente irritado, pues tendría que ir con ella a Montecarlo, comencé a arreglarme deprisa, además no recordaba nada de la noche pasada, ni tan siquiera su nombre, creo que era Rosa con quien había pasado parte de la noche, bueno eso se vería, si tenía dos citas, antes había paseado con aquella otra mujer, la que parecía mirar al infinito.

Estaban en lo cierto quienes me decían: “Veras como te lo pasas bien”. Tal vez no era tan buena idea visitar a Jorge y Adela, aunque el ir con alguien, podía parecer más desenfadado, dado el resultado de la cita rápida con Rosa, en fin, ya veríamos, estaba saliendo para desayunar.

El ambiente en el barco era ,como cada vez que tocaba puerto, un ir y venir de gente moviéndose en dos direcciones encontradas por pasillos y pasillos como si fueran las estrechas calles del arrabal, solo que aquí la gente iba vestida cada uno como quería, sombreros, pantalones cortos, tirantes, pañuelos, todo se mezclaba en color y variedad, pero sin ninguna armonía ni concierto, muy diferente de los atardeceres o las cenas en el buque, donde todo el glamour del pasaje desfilaba como si estuviera obligada la etiqueta.

Con tanta gente en movimiento podía pasar desapercibido, perderme y desembarcar solo, en eso pensaba cuando me dieron en la espalda y era ella que me esperaba.

Efectivamente debí hablarle mucho de mis amigos pues parecía tener mucho interés en conocerlos, yo solo recordaba que hablaba ella, aunque no se dé qué, pero al parecer yo la había puesto al corriente de mí vida. Tomamos un café y nos dirigimos hacia la pasarela para desembarcar, yo miraba furtivamente por si veía a alguien de la noche anterior, pero no veía ni recordaba ninguna cara, así pues me parecía

que debía ir con ella, aunque no sé muy bien por qué, ya que la noche anterior estaba totalmente difuminada en mi cerebro.

Mientras que hacíamos cola para desembarcar no paraba de decirme lo que podíamos ver y visitar en el corto espacio de tiempo que íbamos a permanecer en la ciudad de Montecarlo.

Según creía, veríamos a más de un famoso. Por supuesto pensaba visitar el Palacio Princesco y aunque fuera brevemente el Casino y el nuevo muelle de cruceros de ricos. Quería ver todos los barcos de los famosos allí atracados y de poder ser ver a alguno de ellos en persona, y cómo no pensaba visitar la opera, edificio que según me contaba se inauguró en 1879 con la actuación de una tal Sarah Bernhardt, vestida de ninfa.

También pretendía visitar la Catedral de estilo románico bizantino que alberga interesante piezas en su interior, y no quería perderse el Museo Oceanográfico y el Acuario, ya que su fachada de cara al mar está considerada una obra maestra de la arquitectura monumental.

Yo no creía que hubiera tanto que ver en Montecarlo, lo cierto es que ni con Monic habría tenido tantas pretensiones. Pisábamos tierra firme y yo ya estaba saturado de Montecarlo. tal era el tostón con la cultura y monumentos Monegascos que me estaba dando. Parecía una enciclopedia parlante. solo tenía ganas de volver a la soledad de mi camarote, pero arrastrado por la corriente nos dirigimos a una cabina de teléfono y llamé a Jorge y Adela. Tras una breve conversación quedé con Jorge frente al Palacio Princesco. Rosa estaba encantada de que mi amigo nos acompañara a visitar la ciudad, porque eso nos permitiría movernos mucho más fácilmente y así ver todo lo que ella deseaba, además de poder mostrarnos encantos vedados a unos simples turistas.

Yo estaba ya aturdido y sólo llevaba una hora y pico con ella. Esa chica no se tomaba ni un minuto de descanso, parecía mentira que tuviera tanta energía, se encontraba como pez en el agua, tanto en las relaciones como en la cultura del sitio o incluso en la conversación. Pensaba en Monic, esta mujer se parecía mucho a ella, llena de ideas e incansable.

En diez minutos llegamos frente al Palacio y mientras dábamos una vuelta yo buscaba a mis amigos de viaje, en breve estaríamos los cuatro y eso daría un respiro a mi acompañante, pararía de hablar un poco y yo descansaría. En los últimos años de soledad me había



acostumbrado al silencio y a conversaciones cortas y concretas, esto me había pillado desprevenido y empezaba a estar un tanto saturado.

En estos pensamientos me encontraba cuando oí una voz que me llamaba. Era Jorge, nos abrazamos y saludamos afectuosamente y tras unos minutos de preguntas, le presenté a Rosa. Me asombró encontrarle solo. Había dado por supuesto que vendría con Adela, pero entonces Jorge nos contó que ya no estaban juntos. Tras el viaje en el que nos conocimos, no les fueron bien las cosas, tuvieron varias desavenencias y un día decidieron ir cada uno por su lado y Adela desapareció de su vida. Esto me sonó un poco a ironía, ya que la desaparecida era Laura, y entonces surgió el tema y me preguntó muy interesado por todo lo ocurrido, no podía entender como había pasado, yo le trate de explicar y le dije lo mal que lo había pasado y lo mal que aún estaba. Él no paraba de hacer preguntas sobre Monic, que si me había dicho los últimos días antes de su desaparición que él había hablado con ella para invitarnos a ir a su casa. Le dije que no, que no me había contado nada, que simplemente estaba un tanto introvertida, pero que yo había tenido mucho trabajo y que habíamos decidido ese viaje en forma rápida como una luna de miel para nuestra relación que parecía enfriarse.

Entonces Rosa y Jorge empezaron a mirar el mapa y planificar nuestro itinerario. Yo miré al Palacio y me metí en mis pensamientos. Recordé al verlos otra imagen igual, él y Monic planeando dos años antes el itinerario que seguiríamos por el Rin. Ambos interesados en ver esto y lo otro, mientras Adela y yo esperábamos ordenes para aprobarlas y seguirlas religiosamente. Me subía una especie de calor que me sofocaba y medio me mareaba, tenía una especie de rabia y furia sin saber muy bien por qué. Cuando oí la voz de Jorge diciendo “en marcha” hice un esfuerzo y volví a la realidad y empezamos nuestra ruta turística, por unos instantes me pareció que eso ya lo había vivido, que era una historia repetida.

Era un hermoso y soleado día, y siguiendo a mi amigo visitamos los alrededores del Palacio para dirigirnos por una calle lateral hacia la Sala Garniel, con cierta prisa, porque a la hora del almuerzo no se podía visitar nada, y pretendía llevarnos a comer a un típico restaurante en las proximidades del edificio que alberga el Museo Oceanográfico y el Acuario que teníamos que visitar nada mas comer, todo con cierta prisa para que nos diera tiempo a pasar por el puerto ya que debíamos embarcar antes de las nueve de la noche. Como nosotros íbamos por libre no podíamos retrasarnos porque no nos

esperarían y corríamos el riesgo de quedarnos en tierra, cosa con lo que bromeaba Rosa y le seguía el juego Jorge.

Con todo este programa, y en medio de mis amigos de viajes, antiguo y nueva, mi mente se cerró e iba como de comparsa, mientras ellos se comunicaban muy bien yo les oía como si estuvieran en otra dimensión, mi imaginación volaba por otros lados.

Habíamos visitado el Oceanográfico después de comer en un lujoso restaurante, donde se empeño en invitarnos Jorge y tuvimos que aceptar ante su enorme insistencia. En la comida repetidas veces salió el nombre de Monic. Me preguntaban insistentemente sobre nuestros últimos días, en su comportamiento durante los últimos meses, y cantidades de suposiciones y preguntas. En algún momento sentí como si me estuvieran interrogando o culpándome de algo en con Monic. Me sentía tan mal que creo que mi mente se encerró y solo contestaba con monosílabos. Casi no escuchaba su conversación. En algún momento Jorge tocándome el brazo, dijo:

-Por Dios, perdona, pero es todo tan raro, si hubiera tenido algún problema estoy seguro de que hubiera acudido a mí, hablábamos frecuentemente.

En esos momentos ya no controlaba mi cabeza, así que me levante y fui al lavabo a lavarme la cara y al volver parece que se había firmado un pacto de silencio y volvimos a retomar la ruta turística, y los tiempos que nos pudieran permitir cumplir con el horario programado.

No recuerdo en qué momento me perdí de ellos, recuerdo pasear por unas callejas un tanto desoladas y algo por el puerto pero parece que después de tanto hablar de Monic, creo que la vi y paseamos un poco, luego se fue con Jorge, yo no podía pensar con claridad. Creo que volví al barco en un taxi. Estaba agotadísimo y me tumbé a descansar.

Cuando zarpamos salí a cenar. El viaje había resultado agradable a pesar de lo raro del pasillo donde estaba mi camarote, pues aunque se trataba de camarotes individuales más bien parecían comunas, dad la cantidad de gente que entraba y salía a cualquier hora, incluso en el mío había tenido más de una visita.

En algún momento me pareció que nos vigilaban, y en más de una ocasión se oyeron golpes, voces o pasos de acá para allá.

Me preocupaba un poco la mujer del camarote contiguo al mío pues en la escala de Túnez volvió al barco como si estuviera totalmente perdida y además sin bolso ni aparentemente nada encima.

También había otra mujer que buscaba a un individuo, al parecer muy atractivo al que siempre estaba buscándolo. De repente se iba porque lo había visto o porque había quedado con él, pero yo nunca conseguí verlo.



### ***Parte médico Hospital de Marsella:***

*El paciente, trabajador del navío Ítaca, presenta un cuadro febril débil pero persistente que no remite con antitérmicos habituales. Muestra comportamiento psíquico alterado con ideación delirante. Ha sido trasladado a este centro hospitalario tras haberse arrojado por la borda de forma voluntaria cuando el barco se encontraba cerca del puerto de Marsella. Se le han tomado muestras de sangre y orina para su análisis con el fin de detentar una posible infección que justifique la sintomatología que padece. De momento se aconseja su hospitalización hasta tener los resultados analíticos.*

## **CAPÍTULO 14: MARSELLA**

***Donde Elena, la pasajera que viaja en el camarote número 14, nos cuenta la historia de su vida y los sucesos acaecidos en Marsella y el trágico final de todo ello.***

***Autora: M<sup>a</sup> José S. Ulloa***

Me llamo Elena y en este momento soy la mujer más feliz del mundo. He cumplido 50 años y por fin me siento libre y tengo buen dinerito para gastar, por eso estoy dispuesta a conseguir lo que quiero a toda costa y ¡pobre del que intente cruzarse en mi camino!

Ya no tengo que depender de mi tío, ese tremendo egoísta que se hizo cargo de mí al morir mis padres y que me ha amargado la vida, hasta el punto de obligarme a llegar a horribles extremos, para poder escapar de su perversidad y control.

Yo siempre he sido una persona muy buena, por eso me llamaban idiota en el pueblo y los chicos se burlaban de mí y es que a los inocentes siempre nos creen tontos, pero ¡juro por Dios!, ¡que nunca más volveré a pasar por esto! ¿De qué me suena tanto esta frase?

¡Oh, por Cristo! ¡Que camarote mas chulo! ¡Fíjate, pero si tiene de todo! Minibar, televisión, teléfono y hasta una nevera, ¡esto es la gloria! Igualito que esa asquerosa habitación mugrienta y vieja del caserón, que por no tener no tenía ni ventana.

Pero a ese mal nacido, ¿qué le importaba como yo me sintiera? Y es que el muy avaro, tan solo vivía para amontonar su dinero; Toda mi juventud cuidándole ¿y todo para qué? Ni una sola palabra de cariño, de consideración, de respeto. Pues ahora viejo, dime, ¿De qué te ha servido ahorrar tanto? ¡Fastídate! porque tu dinerito, me lo voy a gastar yo, tu sobrinita, a la que nunca has querido. Eso, ¡Yo al bollo y tú al hoyo! ¡Como debe de ser!

Siempre creíste que yo era imbécil y que no lo iba a encontrar, ¿verdad? Ja, ja, Si, ya sé que pensabas que soy, ¿como me decías?!, inculta, fea, estúpida y loca, todos los insultos te parecían pocos para herirme; Pues mira por donde, esta loca y tonta va a vivir de esos ahorrillos tuyos, mal que te pese.

Es que, estoy tan nerviosa y emocionada, ¡que no sé si llorar o reír! Porque por fin, voy a cumplir el mayor de mis sueños, “Un Crucero de lujo por las maravillosas ciudades costeras del mundo”.

Lo importante es que ya estoy en el barco y a partir de este momento, soy una pasajera dichosa que está dispuesta a cualquier aventura que se presente.

La primera escala creo que es en Marsella y he oído decir que es una Ciudad preciosa, que tiene unas panorámicas estupendas, que hay de todo, mar, nieve, ¡y yo nunca he podido ver el mar!, ¡Qué ilusión! ¡Y ahora mismo lo estoy viendo! Además hay muchas tiendas de lujo y aquí en este barco todo el mundo va tan elegante y tiene tanta clase, que me siento como una chacha.

Pero eso va a cambiar, no estoy dispuesta a desentonar, no, tengo que hacer muchas compras y ponerme guapa para alternar con los ricos y de paso, buscar a mi futuro marido, ¿Estará en este barco? Si, ¡por supuesto! ¿Y por qué no? ¡Estoy segura de que está! y yo te voy a encontrar cariñito, igual que encontré el dinero, así que, ¡date por cazado!, porque te guste o no, ¡vas a ser mío! Yo canto a la mañana, que ve mi juventud, la, la, la, la, etc.

Así que por fin en Marsella, ¡qué lujo de ciudad!, la verdad es que yo no entiendo nada de arte, pero “La Catedral, es una pasada” y que según el Guía, se construyó a mediados del siglo XIX. Además, es una ciudad muy animada, con muchos hoteles, muy poblada y la más antigua de Francia, con fantásticas vistas sobre el puerto y buenísimas playas y no digamos el comercio. Hay para todos los gustos.

Caramba, pero ¡que tíos más guapos veo por aquí!, ¡Caramba, que una no es de piedra! Quizás me he pasado de mojigata y tampoco sería malo que de vez en cuando, echara una canita al aire, ¡que ya va siendo hora!, pues conviviendo mi tío ¡El rácano ese! jamás he podido tener un novio como Dios manda y es lo que mas deseo en el mundo.

Mira por donde, ¡qué suerte he tenido!, eso es lo que yo buscaba, un Instituto de Belleza. Hola, ¿qué tal, hay alguien aquí? ¿De qué se reirán estas memas? Espero que no sea de mí. Hola queridas, quiero que me pongáis bellísima. Y no os preocupéis por el dinero, tengo para dar y tomar. A ver, oye tú. ¿Pero qué me has hecho pazguata? ¿Esto es todo lo que sabes hacer? No me gusta ni un pelo como me has dejado ¿Es que acaso no sabes hacer tu trabajo? ¿Qué, qué has dicho, descarada? ¿Qué no hay materia prima con qué trabajar? Toma, esa torta por mal educada; Si, si, tranquilas nenas, que ya me voy.

¡Y parecían tan finolis! Es que ya, ni con dinero la respetan a una. Bueno, no me importa, ya sabré yo acicalarme sola cuando vuelva al barco y esté en mi camarote.

A ver, creo que he comprado todo lo que necesito. Caramba, tengo que salir pitando que ya es hora de volver al barco. Adiós, Marsella querida, cuando te volveré a ver ¡Como me gusta cantar!

Bueno, ya estoy otra vez aquí, a partir de este instante, solo me dedicaré a lo que me interesa de verdad, así que; Allá voy caballeros ricachones y os advierto que conmigo, ninguno estaréis a salvo Ja, ja. ¡Pobres incautos!

Me parece que me he puesto demasiado rimel, está muy pegajoso y no me veo ni los ojos y aunque el colorete es un poco fuerte, destaca bien sobre mi piel blanca nacarada; Ahora un toque de rojo pasional en los labios y “ya está”; Con este vestido transparente y escotado que despierta a un muerto. Huy, Perdón tío, lo he dicho sin intención, Por fin, todo está listo para el primer ataque.

Están llamando a la puerta ¿Quién será? Hola muchachito, ¿Así que me traes el té muy calentito? ¡Qué chico más guapote eres caramba y qué joven!, ¿Quieres sentarte a mi lado un ratito? Pero hombre, no me seas tan tímido, que no voy a comerte. Anda, ven que voy a decirte un secreto al oído. Yo no estoy casada ¿sabes? Soy virgen y si tú quieres, por ti, puedo perder la virginidad en este instante.

¡Ay! pero, ¿qué haces? Maldito idiota, me has echado el té hirviendo en la pierna ¡Y como duele! ¡Cretino, imberbe, maricón! ¿Qué? ¿Pero, todavía te atreves a insultarme?, ¿Qué es lo que me has llamado, esperpento? Toma, una patada. Eso, corre, corre que te lo tienes bien merecido y pienso dar parte de ti al Capitán del barco.

¡Mierda!. Me está bien empleado, por quererme liar con niñatos inmaduros, pero, ¡si tan solo quería probar como sabe un besito! Hacía tanto tiempo que... Hay, Siempre me pasan a mí estas cosas.

Hoy no ha sido para nada un buen día, tengo que aprender a tratar con alguien de mi edad y categoría, además, estoy muy cansada de tanto trajín, así que me ducharé y me acostaré pronto, pero mañana, ¡mañana, será otro día! Corcho, esta frase también me suena. Se ve que hoy estoy muy inspirada.

¡Que día más espléndido!, Me siento con un ánimo fenomenal y estoy decidida a alcanzar mis fines. Pero, ¿estarán también dispuestos los demás viajeros del Barco a darme gusto? No les va a quedar otro remedio.

Allí está la cafetería. Anda hijo, ponme algo de beber animadito, que hoy es un día importante para mí. ¿Qué si espero buenas noticias?



Mira chiquito, yo soy de las que pienso que la buena suerte se la busca uno, ¿comprendes? Y hoy repito, ¡la voy a tener! Presiento que cuando salga de este barco, seré una mujer muy distinta, prometida y con un buen partido y es que tengo magníficas vibraciones que me harán conseguirlo.

Buenos días caballero, hola, hola, ¿Qué tal señora? ¿Cómo está Vd.? ¿Hace un día estupendo, verdad? ¡Por Dios, qué engreimiento! Pues mira rica, también yo sé pavonearme como tú. Si supieran el dinero que tengo, seguro que todos serían mucho más amables conmigo.

¡Caray! Me estoy fijando que, menuda buena facha tiene aquel Señor que está apoyado en la barra y parece de mi edad. Es sin duda justo lo que estoy buscando. Me acercaré a él y veremos que pasa.

Buenos días. Por favor caballero ¿Me daría Vd. fuego? Muchas gracias. Pero, esa cara me recuerda a ¡Cielos, Anselmo! ¿Pero eres tú? ¡Qué sorpresa tan buena chico!, ¿Qué haces aquí? ¿Es que no me reconoces? Soy Elena. Sí tonto, Elena, ¿No te acuerdas? la que quisiste besar y mi tío Genaro te pegó un bastonazo.

Hombre, no te ruborices, eso ya pasó. ¿Así que te parezco muy cambiada? Pues claro hombre” ahora, ya no soy la bobalicona que conocías”.Qué, ¿Te gusta el cambio? ¡Leñe, con tantas vueltas casi se me han visto las bragas! ¡huí, pero qué risa!

¿Qué dices? ¿Que estas esperando a alguien? ¿A tu madre, claro? Siempre os recuerdo muy unidos, era una mujer guapísima. Pero tú chico, ¡estás imponente!

Tenemos tanto de que hablar, ¿Que te parece, si dentro de un par de horas nos vemos en mi camarote y pasamos un ratito los dos juntos? Estoy en el nº 1, junto al servicio de caballeros. Venga, allí te espero.

¡Ay, por fin he tenido suerte! Qué contesta estoy, porque sin duda es el destino. Al final se van a cumplir los pronósticos de Doña Eulalia, pues cuando me echó las cartas en el pueblo, me dijo que volvería a ver a un antiguo amor, que no me había podido olvidar y acertó de plano y después añadió que sin duda, nos casaríamos. Y por si fuera poco, me aseguró muy convencida de que no debería consentir que nada, ni nadie se interpusiera en mi camino para conseguirlo.

Y desde luego, eso mismo es lo que voy a hacer, pues he aprendido que en la vida si quieres algo tienes que ir a por ello y hasta ahora, yo siempre he estado a lo que quieran los demás. Pero eso se

acabó, lucharé hasta la muerte si es preciso para defender lo que es mío.

Pero bueno, vamos al tajo, que aún tengo mucho que hacer antes de que venga y debo de prepararme para que esté todo perfecto.

Así que empezaré por darme un buen baño de espuma con esto tan caro, que por el precio, seguro que debe de ser buenísimo. Esto se merece un canto “Ay, ay, ay, ay, canta y no llores”. Otra vez esos del camarote de al lado golpeando la pared ¿Qué os pasa cretinos? ¿Acaso os molesta que alguien sea feliz? ¡Que gentuza, por Dios! Está visto, que incluso en los sitios de lujo, se cuelan algunos mal nacidos sin clase.

Bueno, creo que por fin está todo listo. El barcito está repleto de bebidas caras, marisquito, puros traídos de Brasil, vamos que ¡como para quejarse! Y yo, no te quiero decir, con este vestido tan transparente y sexy le puedo hacer competencia a la mismísima Cleopatra esa. Y ahora a esperar tranquilamente. ¡Menuda orgía nos espera!

¿Qué le ocurrirá? Se está retrasando y sería un poco violento que yo tuviera que ir a buscarle. Telefonista, ¿Me podría decir por favor, el número de teléfono del camarote del Sr. D. Anselmo Rodríguez? Si, un Señor muy guapo y elegante que... ¿Cómo que no consta?, pero bueno, ¡aquí todo son pegas! ¿Y el número de su camarote? Nada, ¡que no hay manera!

Por favor, señorita insisto, es muy importante que lo encuentre. Pues si, haga el favor de llamarme al camarote nº 1 cuando aparezca y dígame que hace ya dos horas que le estoy esperando.

¡Vaya mierda! Ahora tengo que comerme yo sola todo esto. Bueno, la verdad es que el champaña no está nada mal, me temo que me estoy quedando frita.

¿Qué, qué, pero, ya es de día? Otra vez llaman a la puerta ¿Qué, quien es? ¡Dios, qué dolor de cabeza, no lo aguanto! ¿Una carta? ¿Pero de quién? ¡Ay, que me caigo! ¿Qué firme donde? A ver, Anselmo Rodríguez. ¡Vaya, una carta de Anselmo, menos mal, más vale tarde que nunca para disculparse!

“Hola Elena, soy Anselmo, perdona por no acudir a tu cita, pero es que no tuve ocasión de decirte que ¡lo siento muchísimo, de veras! Pero hace tiempo que estoy comprometido con Sabela ¿Te acuerdas de ella? Era esa amiga tuya del pueblo que tanto te hacía de rabiar. Pues somos novios y esperamos casarnos pronto, así que no me

pareció muy prudente que nos viéramos tú y yo, al menos por ahora. Los dos te deseamos todo lo mejor, pero por favor, no vuelvas a molestarnos. Y espero que lo comprendas y no te lo tomes a mal. Saludos. ANSELMO.”

¿Que no os moleste más? ¡Esa maldita bastarda! Tenía que ser ella, la que se interpusiera en mis planes ¡Siempre ha sido mi pesadilla! Sábela, Sábela. “No creas que te vas a salir con la tuya”, ¡Anselmo es mío, siempre lo ha sido y siempre lo será!, Es mejor para ti, que no te cruces en mi camino, porque mi tío, que en paz descansa, murió en el acantilado que tanto quería, eso sí, mucho antes de lo que él pensaba y vas a ver como las gasto, cuando alguien como tú, me quiere fastidiar.

¡Maldición! ¿Otra vez los golpecitos? Oiga, quien sea, como me vuelva a molestar, paso a su camarote y lo rajo, queda ya advertido ¡gilipollas! (Silencio sepulcral al otro lado). ¡Eso está mejor!

¿Como me iba a imaginar yo tener tan mala suerte? Yo siempre he querido ser buena y honesta, pero nunca me han dejado serlo y nadie puede negar que este agravio requiere una venganza ejemplar:

¡Ahora sí que os vais a enterar bribones de quien soy yo!, ¡Nadie se ríe de Elena del Milanar!

A lo mejor es que ella no le deja, porque está celosa, Será mejor que le escriba y aclaremos las cosas:

“Mi queridísimo Anselmo: te escribo esta carta; en contestación a la tuya; porque tú sabes bien que hace años me besaste y con eso, sellamos nuestro compromiso. No está bien que ahora, porque te haya seducido esa señoritinga sinvergüenza adinerada, me dejes colgada.

Debes de saber que mi tío ha muerto hace poco y ya no podrá impedir nuestra relación que, al menos para mí, fue inolvidable, además si es por el dinero no debes de preocuparte, pues tengo todo el que quiero y será también tuyo si cumples con tu obligación.

Sí, has acertado si piensas que me estoy declarando, pero te amo en silencio desde aquella vez que nos vimos en la era y no he podido desde entonces olvidar tus achuchones.

Ya ves que soy honrada y quiero hacer las cosas bien, pero si me faltas y pretendes dejarme plantada por esa escuálida y demacrada víbora de Sabela, no dudaré en vengarme y todo lo que pase, será tan solo culpa tuya.

Besos muy fuertes, solo para ti, de Elena que te quiere.”

Oye muchacho, por favor, dale esta carta al Sr. Anselmo Rodríguez de mi parte, toma una buena propina para que lo haga

bien, pues es muy urgente, pero ¡no se te ocurra fallarme! Pues ¡Yo no perdono! Entérate por la tonta de la telefonista cual es su camarote.

Este Anselmo se la está jugando, ya he esperado mucho y todavía no he conseguido verle el pelo. Cree sin duda que me voy a aguantar, ¡pero no sabe que yo no me rindo nunca!, espero el tiempo que sea necesario para conseguir lo que quiero y si no, que se lo digan a mi tío.

¡Que ganas de llorar tengo! El nunca sabrá lo que yo le quería, pero claro, todo el mundo se aprovecha de la bondad y al final tienes que hacerte mala a la fuerza y haces lo que de ninguna manera quieres hacer. ¿Pero por qué nadie quiere comprenderme? ¿Acaso pido demasiado? Tan solo quiero cosas normales, un marido, eso si, que sea rico y un familiar que me quiera, ¿Eso es mucho pedir?

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Señor, dame lo que te pido! O te aseguro que no te rezaré nunca más.

Oye chico, ¿Le diste ayer mi carta a D. Anselmo? Vale y dices que ¿el mismo la cogió en mano? Bien, ahora dime cual es el número de su camarote. Tranquilo, toma otra propina, para que no te quejes y no pongas esa cara de miedo ¡que no te voy a comer! Así que es el nº 17. Gracias joven, ya puedes irte.

Creo que he tenido mucha paciencia con este asunto, así que ya no puedo esperar más. Esta misma noche y cuando menos se lo espere, entraré en su camarote y le pediré explicaciones, ¡No voy a consentir que me mienta! Más te vale decirme la verdad Anselmo, pues ya me han engañado mucho en la vida y no puedo admitir más abusos.

Allá voy ¡Por Dios, que oscuro está esto! A ver, 15, 16, 17, Este es sin duda alguna. (Llamaré a la puerta) Anselmo, Anselmo, Soy yo Elena. (Se abre la puerta) ¡Aaah, socorro! ¿Pero quien es Vd.? ¿Qué quiere? Federico, despierta, hay una individuo muy rara en nuestra habitación. ¿Federico? ¡Pero qué Federico, ni que leñe! ¡Caramba, debo haberme equivocado! ¿Este no es el camarote nº 17? ¿Qué es el 16? ¡Recórcholis, me he equivocado! Ustedes perdonen, lo siento, pero es que aquí no se ve ni palote.

A Ver, el 17, Por fin, este sí que es .Llamaré a ésta puerta. Anselmo, soy yo, Elena ¡Cielos, he oído una voz de mujer! ¿Y qué hace en el camarote de Anselmo? ¿Será la pécora esa de Sábela? Empujaré la puerta. Hola Anselmo ¿Qué que quiero? ¡Pues contra!, ¿qué voy a querer? Y a mí que narices me importa la hora que sea.

Oye, mamón, déjame entrar, que quiero hablar contigo. ¡Encenderé la luz!

A ver ¿Dónde está esa bastarda? Ah, mira, si eres tú, ¿Qué haces ahí tan acurrucada? ¿Me tienes miedo acaso? Es que no debes tener la conciencia muy tranquila, cuando te escondes.

Anselmo, cuelga ese teléfono inmediatamente, no hagas que me enfade, no te voy a consentir que llames a Seguridad. He venido a hablar contigo y no me iré hasta que no lo haya hecho ¿Está claro? A ver ahora, ¿Dónde he puesto mi navaja? ¡Aquí está! ¡Venga, dejad de gritar y poneros los dos junto a la pared que os pueda ver bien! ¡Mira como tiemblan los tortolitos! Dime: ¿Qué pasa con nuestro compromiso Anselmo? ¿Qué diablos ocurre? ¿Pretendes dejarme plantada por esta pilingui y malvada ladrona de corazones sin escrúpulos?

Déjate de cuentos y dime, ¿Qué hace aquí esa fulana engatusadora? ¿Qué, qué acabas de decir tú; furcia barata? ¿Que eres tú su novia? Ahora si que te vas a enterar, quita novios; ¡Ya te tenía yo ganas!, Toma; toma y toma. Eso, seguir gritando que de nada os va a servir, ¡las mentiras y las traiciones se pagan caras y os voy a matar! Si, estoy loca de celos ¿y qué? Y vosotros, los del pasillo, callaros o correréis la misma suerte. Esto es por todo lo que me has hecho sufrir.

Mira, ahora aparece la policía, cuando ya nadie los necesita.

¿Que qué está ocurriendo?, pues nada que se está haciendo por fin justicia. Bueno, no me dispare, tranquilo, ahora mismo suelto la navaja.

¿Pero qué hacéis desgraciados? ¿Por qué me sujetáis? Yo solo me he defendido, Esta mujer me quería quitar a mi futuro marido. ¡Soltadme estúpidos! ¡La mala no soy yo! ¡Malditos inútiles! ¡Cobardes!, Eso, ¡todos contra una indefensa mujer! ¡Toma, esto para ti, por chulo!

Voy a poner una denuncia contra Ustedes. No tiene ningún derecho a detenerme, Yo soy una persona honesta, que defiende sus intereses. Yo solo quería divertirme sin hacer daño a nadie, pero me han matado. ¡Me han matado el corazón! Anselmo, Anselmo, ¡Defiéndeme tú! ¡Sabes lo que te quiero! ¡Siempre, siempre te he querido!

¿Qué dice? ¿Qué he matado a tres personas? Pues si lo he hecho es que se lo merecían. Pero, Anselmo ¿estará vivo, verdad?

¡Anselmo, Anselmo! ¿Dónde estás? Perdona ¡Pero es que sin él no tengo ningún futuro! ¡Ah, ya! Que de todas las formas, ¿no tengo

futuro? ¿Acaso es Vd. adivino? Mire, yo siempre he actuado en defensa propia y he respetado la Ley, pero dígame, ¿Qué narices hubiera hecho Vd. si alguien pretendiera robarle a su mujer por las malas? Qué ¿Qué, le daría las gracias? ¡Vaya, Señor, muy gracioso y menudo ejemplo para el Benemérito!

¿Que me están poniendo en el brazo? Con tantas emociones, estoy agotada. Por favor. ¿No les importaría a Ustedes marcharse, apagar la luz y dejarme sola un ratito? Comprendan, mañana tengo que madrugar ¡Es mi gran día! ¿Lo entienden? ¡Todavía he de hacer muchas cosas antes de la boda! Tiene que estar todo perfecto, ¿saben?

D<sup>a</sup> Eulalia nunca se equivoca y me aseguró que Anselmo y yo nos casaríamos y que seríamos muy felices juntos. Además, el único impedimento que había para posponer la boda, ya ha desaparecido, así que no hay motivo para posponerla.

¡No me miren así, ella se lo estaba buscando! Así que si no me necesitan, buenas noches caballeros, les ruego que salgan de mi camarote. Ay, qué mareada estoy, necesito descansar. ¡Maldita sea! Eh. ¿Alguien, me puede traer una aspirina?

Pero, ¿Por qué están todos vestidos de blanco? ¿Y por qué hay tanta gente? ¡Ah, claro, qué tonta! Serán los invitados. ¿Dónde está la maquilladora? ¿La ha llamado alguien? ¿Qué hora es? ¿Y Anselmo? ¿Está ya preparado? ¡Que emoción! ¿Saben?: Si ahora me viera mi tío, ¡no se lo iba a creer! Él siempre pensaba que era una fracasada. No tenía confianza en mí. Pero no está invitado, ni él ni la maldita Sábela. Los dos me han hecho mucho daño.

¿Qué, que vaya con Ustedes? ¡Una mierda! Primero tengo que ver a Anselmo, quiero saber si está bien. ¿Qué está Vd. diciendo? ¿Qué está muerto? ¿Pero qué dice desgraciado? ¿Quién le va a matar? El no tenía enemigos.

No empuje leñe, ¿Pero a donde me llevan? ¡Ah, bueno, que ya hemos llegado y vamos al hotel! ¡Eso ya es otra cosa! ¿Pero por qué no me lo han dicho antes? La verdad es que no me vendría mal darme unos retoques antes de la ceremonia. ¡No sé por qué si he dormido bien, estoy tan cansada!

¡Oh, Dios mío! ¿Pero, qué ocurre aquí? ¿Por qué hay tantos muertos en los pasillos del barco? ¿Es que hay algún asesino a bordo? La verdad es que, con tantos criminales ¡no sé donde vamos a ir a parar!

***Informe del Dpto. de psiquiatría forense de los juzgados de  
Marsella:***

*La detenida presenta un cuadro psicótico evidente de delirio completo que le impide ser capaz de discernir entre la realidad y su mundo interior. No recuerda nada de lo ocurrido y repite una y otra vez frases sin sentido ni lógica alguna. Se recomienda su ingreso inmediato en un centro psiquiátrico de alta seguridad dada la extrema agresividad de su comportamiento.*

## **Extraño baile de despedida:**

**Autora: Maribel Sebastián**

Comienza el baile porque el viaje por El Mediterráneo debe finalizar. En la gran discoteca del navío, algunos rostros variopintos de los pasajeros de nuestra historia, aunque cubiertos con máscaras, reflejan fuerzas renovadas, dicha e ilusión. En otros por el contrario, a pesar de las alegres notas de piano y violín, se adivina cierta melancolía, e incluso temor a los días venideros, a la cotidianeidad. Sin duda, ya en tierra firme, se dispondrá de tardes tranquilas en las que el pensamiento removería episodios oscuros transcurridos en el Ítaca.

Personas disfrazadas de arlequines, de duendes, de pajes, de monstruos, algunos de calaveras andantes, esconden su identidad entre risotadas envueltas en manojos de nervios. Es la última noche en el barco de realidad y ficción a la vez. Vueltas y más vueltas con el Vals de Las Olas. No podía ser otro en ese marco nocturno de Mar, Cielo y Estrellas. La luna se esconde a ratos para empapar de misterio y solemnidad la Sala de Baile.

Las miradas se dirigen a un caballero que acaba de entrar. Va con disfraz, como casi todos los demás, pero nadie ha osado como él, hacer su aparición en el baile con un caballo. Un caballo de pelo negro y brillante. Él con armadura y casco, armado hasta los dientes y con cara de pocos amigos. Tal vez sea una pose de un actor en paro, o un poeta de escasos recursos, ¡vaya usted a saber! Nadie lo conoce, aunque se le identifica a la perfección con un cuadro ubicado en el centro del recinto. Es de un pintor alemán, que pasó largas temporadas en varias ciudades italianas, aprendiendo la perspectiva, nuevos estilos en sus trabajos, y que se le conoce también por sus magistrales grabados, allá por el año 1.500... El pintor y grabador en cuestión se llama Alberto Durero y fue el autor de ese incomparable grabado con el título de “El Caballero, la Muerte y el Diablo”.





## ***CAPÍTULO 15: DESENLACE***

***Donde se descubre el motivo de los extraños acontecimientos que han venido ocurriendo en el Ítaca y el grave peligro que se cierne sobre la humanidad.***

***Autor: Enrique Romero***

Un helicóptero de la Guardia Civil sobrevuela el Ítaca. Los pasajeros curiosos se van asomando a cubierta para verlo. El barco se encuentra anclado a varias millas de la costa. Al parecer se ha decretado su cuarentena. Hay rumores para todos los gustos. Por los altavoces se informa periódicamente de que se trata solamente de una formalidad rutinaria, que no hay que preocuparse y que en breve atracarán en el puerto de Barcelona para desembarcar. Pero lo cierto es que llevan parados varias horas y la gente comienza a impacientarse queriendo saber el motivo.

El helicóptero se posa sobre un pequeño helipuerto de emergencias que tiene el barco en su parte más alta. De él baja un grupo variopinto de personas. Todos llevan maletines de aluminio. Son inspectores y colaboradores del Servicio de Protección de la Naturaleza, más conocido como Seprona.

Por megafonía se dirige un mensaje a los pasajeros:

–“Les habla el capitán del Ítaca. Les informo de que por ser necesaria una inspección del barco, debe permanecer todo el mundo en sus camarotes hasta nuevo aviso. No se preocupen, no hay ningún peligro, solamente se trata de una inspección por motivos que no estamos autorizados a revelar por estar bajo secreto oficial. En cuanto nos den la autorización entraremos en el puerto para desembarcar. Aprovechen para ir preparando las maletas. Gracias y perdonen las molestias.”

Como es natural la gente se inquieta y se cruzan comentarios a cual más variopinto: que si es cosa de terrorismo de Al Qaeda, que quizá se trate de que hay un caso de viruela a bordo o de que se han

encontrado ratas con peste negra en el barco, incluso algunos afirman que solamente es un simulacro.

Los miembros de la tripulación van rogando a la gente que haga lo que les ha dicho el capitán, y al poco rato ya no queda nadie en cubierta ni por los pasillos.

Los recién llegados, conducidos por el contraamaestre, se dirigen al pasillo A-330, más conocido como Bulevar de los Corazones Solitarios. Unos operarios ponen cintas de plástico con rayas rojas donde puede leerse repetidas veces: “No pasar”. La zona queda aislada. Un hombre y una mujer se enfundan sendos monos blancos que les cubren por completo el cuerpo, incluida la cabeza. Luego cargados con sus maletines de aluminio y con cierto ceremonial entran en el camarote número 15.

Fuera montan su cuartel general el resto del grupo de científicos. Algunos están tomando fotografías, otros recogiendo muestras, otros haciendo mediciones con extraños aparatos.

El que dirige el grupo, un hombre alto, mayor, de piel rosada y pelo blanco con perilla a juego está interrogando a los encargados del pasillo:

-Entonces dice usted que la encontraron nada más zarpar de Barcelona por esta zona más o menos, ¿no?- pregunta con su marcado acento nórdico.

-Así es, señor- responde el encargado, un ecuatoriano de escasa estatura y muy moreno de cara y de pelo. -La vimos flotando medio muerta en el mar, echamos un salvavidas atado a una cuerda, se agarró y cuando la subimos a bordo se desmayó.

- ¿Y por qué no informaron al Capitán?

El muchacho baja la cabeza avergonzado.

-Ya sé que hicimos mal, pero era algo tan increíble que pensamos que podríamos sacar mucho dinero vendiéndola al zoológico.

- ¿Y cuantos de ustedes están metidos en este asunto?

-No, nada más mi compañero Walter, del turno de noche, y yo.

- ¿Y Walter es el que se tiró al mar?

-Si, ese mismo, señor, la idea fue de él, nada más verla nos quedamos alucinados y Walter dijo que la escondiéramos en el camarote 15, que estaba vacío, hasta que volviéramos a Barcelona y

pudiéramos sacarla a escondidas. Él fue el que estaba negociando con el zoo y el que les ha mandado las fotos.

-Bueno, ya hablaremos luego con él, de momento vaya con mis compañeros que tienen que hacerle unas pruebas médicas.

En eso entra un hombre con bata blanca.

-Buenas, soy el médico del barco, me ha dicho el capitán que querían ustedes hablar conmigo.

- ¡Ah! sí, pase, siéntese por favor.- El doctor se sienta. Es un hombre mayor, de gestos pausados y voz quebrada por el tabaco.

-Yo soy el profesor Erik Ulisen, del Instituto Oceanográfico de Copenhague. Supongo que ya sabrá por qué estamos aquí.

-Sí, me han dicho que porque llevamos un extraño polizón a bordo. ¿No es así?

-Efectivamente, y me gustaría que me informara usted sobre los fallecimientos que han ocurrido durante este crucero porque pensamos que pudieran tener relación con ese asunto.

-Bueno, ha sido un viaje horrible. En Atenas murió por causas desconocidas la monitora de tiempo libre, cerca de Ítaca desapareció un pasajero, al parecer se tiró por la borda, en Éfeso murió otro y en El Cairo otra se suicidó tomando somníferos, pero lo peor fue en Marsella, cuando una mujer se volvió loca y mató a puñaladas a tres personas. Precisamente se alojaba en el camarote número 12 de este pasillo.

-Sí, la policía francesa ya nos ha informado de ese desgraciado suceso. ¿Y aparte de estos casos han detectado ustedes algún síntoma de enfermedades o patologías súbitas en alguno de los otros pasajeros de este pasillo?

-Bueno, al parecer otra pasajera, concretamente la del camarote número... espere que consulte el registro de asistencias... Sí, aquí está, la del camarote número 4, una tal Sofía, acudió varias veces a nuestra consulta aquejada de mareos persistentes y poco después volvió por la consulta buscando a un doctor que aseguraba que trabajaba aquí, pero que nadie conocíamos. Y en el camarote 3 tenemos un joven que se niega a salir desde hace muchos días y hay que llevarle la comida y dejársela en el suelo delante de la puerta. Por otra parte las autoridades sanitarias italianas nos pidieron que controláramos a otra de estas pasajeras porque había estado en contacto con un español fallecido en Venecia al que se le encontró en

sangre una bacteria desconocida, pero no hemos observado en ella ningún síntoma preocupante.

- ¿Y del encargado del pasillo, el tal Walter, se sabe lo que le pudo pasar?

-Cierto, se me olvidaba, se puso enfermo con algo de fiebre, y cerca de Marsella se tiró por la borda sin motivo aparente. Lo llevaron a urgencias y nos recomendaron que se quedara ingresado en observación porque no conseguían averiguar lo que le pasaba.

En ese momento entra una mujer madura, enjuta, de rasgos secos y pelo rojo y corto.

-Buenas tardes, soy la responsable de la seguridad del Ítaca. No he podido venir antes. Me han dicho que colabore con ustedes en lo que haga falta, así que aquí estoy, a su disposición.

-Buenas tardes. Siéntese por favor. Estábamos hablando de las primeras muertes ocurridas durante la travesía. ¿Sabe si alguna de esas personas tenía relación con los pasajeros que viajan en los camarotes de este pasillo?

-Pues sí, la monitora de tiempo libre mantenía una relación íntima con la ocupante de uno de estos camarotes y la que se suicidó en El Cairo era amante del ocupante del camarote 11, un tipo llamado Juanfran que fue interrogado por la policía egipcia como sospechoso de homicidio, pero finalmente le dejaron en libertad sin cargos por falta de pruebas.

-Y aún hay más. -añade la jefa de seguridad- La pasajera del camarote 6 estuvo retenida unas horas por la policía italiana en Venecia debido a la misteriosa muerte de su amante mientras dormían en la casa de éste.

-Son muchas coincidencias. ¿No cree?- comenta el profesor Ulisen.

-Pues sí, yo ya estaba con la mosca detrás de la oreja, así que después de los sucesos de Marsella me fui entrevistando de incógnito con cada uno de estos pasajeros para sonsacarles lo que pudiera y todos ellos me relataron sucesos absurdos.

Una me dijo que había hecho el amor en Florencia con un fantasma venido del siglo XV que luego desapareció, otro me contó una historia delirante de un lugar imaginario donde mataron a su chica de un flechazo, otra me habló de la desaparición de un inexistente médico del barco con el que aseguraba haber pasado una noche en un hotel en Sicilia, otro aseguraba que se había enrollado en Estambul

con una pasajera que luego no encontraba y todos le decían que no iba en este crucero.

-Hum..., muy curioso, lo que me cuenta. Todas las historias parecen coincidir. - Dice el viejo profesor acariciándose lentamente la blanca perilla.

-Y aún hay más –añade la jefa de seguridad- uno de los pasajeros, que es sacerdote, envió un e-mail a sus superiores en el que hablaba la desaparición en Dubrovnik de una monja malherida con la que le unía un amor platónico. Tenemos también una extraña carta anónima que recibió el capitán del barco, confeccionada con letras recortadas de periódicos como las de los secuestros, en la que se nos avisa sobre cosas extrañas que pueden estar pasando en el servicio médico de a bordo.

Y luego está el mensaje que había dentro de una botella que apareció en un bote salvavidas. Al parecer el pasajero que está encerrado en el camarote número 3 quería lanzarla al mar pero no llegó hasta el agua. Aquí lo tengo, habla también de la muerte y desaparición de una chica con la que afirma haber hecho el amor en Nápoles.

- Está claro que todas las historias tienen algo en común. - Dice el profesor pensativo.

- ¿Y cree usted que todo esto tiene que ver con lo del camarote número 15?

-Podiera ser, pudiera ser... - En eso le suena el móvil- Yes, O.K.- contesta lacónicamente.

-Parece que mis compañeros han terminado su trabajo ahí dentro. Voy a reunirme con ellos. Si quieren ustedes acompañarme pueden hacerlo, pero les informo de que este asunto debe mantenerse en secreto de momento, por lo que todo lo que no deben revelar nada de lo que oigan o vean.

Se dirigen al camarote número 15. En la puerta hablan con un científico que se está quitando el mono mientras maldice:

- ¡Uff! ¡Cómo odio estos chismes! Termina uno empapado como un pollo.

-No se queje, ya sabe que toda precaución es poca.- Le dice el profesor Ulisen.- Dígame: como ha ido la exploración.

-Bueno, como nos temíamos, se encuentra bastante mal. Hemos montado una campana de aislamiento y le estamos suministrando suero por vía intravenosa, antibióticos de amplio espectro y un sedante.

- ¿Entonces ya podemos entrar ya?

-Por supuesto, pasen, está mi compañera dentro.

Antes de entrar el médico de abordaje, algo nervioso, pregunta:

-Pero exactamente qué es esa criatura, y por qué tanto misterio.

Hemos oído muchos rumores. ¡No me dirá que es un alienígena!

-Podría serlo. No estamos seguros de nada. Vamos a verlo y juzgue usted mismo.

Abren la puerta y entran. El interior del camarote está lleno de cables y aparatos médicos de medición de ritmo cardiaco, de nivel de oxigenación, de temperatura, etc. Sentada delante de un ordenador hay una científica tecleando con avidez

-Ahí la tiene, profesor Ulisen, pueden pasar sin miedo.- Les dice en susurros.

Pasan al cuarto de baño que está iluminado por una inquietante luz verdosa. La bañera está cubierta completamente por un plástico transparente del que salen tubos de goma. Se oye el ronroneo de una bomba de agua. Dentro puede verse a una sirena sumergida. Está dormida. Se la ve pálida y algo delgada, pero aún así es bellísima. Tiene los cabellos largos y ondulados. Parecen finísimas hebras de oro puro. Su parte de mujer es sencillamente perfecta: su rostro, su cuello, sus brazos, sus pechos y su vientre parecen modelados por el mejor de los escultores griegos. Y su parte de pez está cubierta de escamas tan brillantes como la plata.

Los tres se quedan mirándola largo rato alucinados ante tanta hermosura.

- ¿Se ha fijado? -dice al fin el profesor al oído del médico con un tono de emoción en la voz- Aunque tiene escamas de pez las aletas caudales están dispuestas horizontalmente como en los delfines.

Al cabo de un rato salen al pasillo. Se les ve arrebatados por la experiencia. La jefe de seguridad dice:

-Esto rompe muchos esquemas de la ciencia. ¿No es así, señor Ulisen?

-No del todo, algunos oceanógrafos ya sospechábamos que no eran un mito, que en la antigüedad las sirenas poblaban realmente todos los mares, y principalmente el Mediterráneo. Hay a lo largo de la Historia numerosos testimonios de su existencia, pero ésta es la primera evidencia científica de que esas leyendas eran ciertas.

El profesor Ulisen se emocionaba por momentos, sus ojos brillaban.

-Llevo toda la vida estudiando el tema y ya me había hecho a la idea de que nunca llegaría este momento...

-Lo que yo no entiendo - pregunta el médico del barco - es a qué vienen tantas precauciones y tanto secretismo.

-Mire usted, las sirenas todo lo que tienen de bellas lo tienen de peligrosas para la especie humana. Se les atribuía la facultad de enamorar de tal forma a los marineros con su belleza y sus cánticos que éstos se lanzaban al mar y desaparecían. Se decía que su aliento podía matar a los hombres, lo que nos ha hecho pensar que quizá fueran portadoras de algún virus inocuo para ellas pero letal para la especie humana.

- ¿Y por qué dijo usted antes que quizá fuera un alienígena?- pregunta el médico con cierto tono de reproche en la voz.

-Porque realmente no se sabe cual es su origen y algunos investigadores opinan que vinieron de otro planeta a colonizar los enormes mares del nuestro. De hecho las más antiguas leyendas sobre ellas, las de los asirios, las describen como seres alados que bajaban volando del cielo, por lo que las confundieron con unos seres mitológicos llamados en sánscrito quimeras, de donde deriva el nombre griego sirena.

- ¿Pero usted cree que son seres inteligentes como nosotros?- Pregunta la jefe de seguridad.

- ¿Como nosotros? No, creo que son bastante más inteligentes que nosotros.- contesta el profesor Ulisen enfatizando la voz.- Precisamente ahí radica la enorme importancia de este hallazgo. Por primera vez los seres humanos contactamos con una especie que nos supera en inteligencia. Ahora lo que queremos conseguir es comunicarnos con ella, y no es fácil, ya que no hablan, no utilizan un lenguaje sonoro, parece que solamente se comunican mediante la telepatía. Precisamente la mujer que está dentro es una ingeniera de telecomunicaciones fuera de serie y está intentando captar la frecuencia de sus ondas cerebrales e interpretarlas con un programa informático.

- ¿Y el tema del extraño comportamiento de los pasajeros puede ser debido a la influencia de sus ondas telepáticas? - Pregunta el médico.

-Eso creo, si se fijan, todos ellos han protagonizado historias, reales o imaginadas, de amor y muerte o desaparición, que son precisamente las características que tradicionalmente se atribuían a las sirenas. A cada uno le ha influido a su manera e incluso a algunos, de



mente más débil, les ha llevado a la locura. Seguramente esa influencia se producía cuando estaban dormidos, que es cuando nuestra mente está más receptiva a las ondas externas, por eso a los encargados del pasillo no les haya afectado, porque no dormían cerca de ella.

-Pues ahora que caigo - dice la Jefe de Seguridad - en todas las historias que me contaron los pasajeros estos aparecían sirenas de una u otra forma.

En ese momento suena de nuevo el móvil del profesor.

- ¿Sí, Penélope, dígame?... ¿En serio?... ¡Es usted una fiera! Ahora mismo voy.- Se guarda el aparato en el bolsillo y dice:

-Vamos a dentro, parece que la ingeniera ha conseguido captar e interpretar la frecuencia de las ondas cerebrales de la sirena más rápido de lo que pensábamos gracias a un nuevo tipo de microprocesador cuántico. Esta chica es una fuera de serie.

Entran en el camarote 15 con los demás científicos, y se apiñan todos alrededor de la pantalla del ordenador, en la que aparecen líneas ondulantes y fugaces imágenes difusas.

-Esto es lo que está soñando - Dice la ingeniera - pero parece que aunque está dormida responde a nuestros mensajes. Voy a ponerme el casco a ver si es posible establecer un diálogo. La ingeniera se coloca en la cabeza un aparato lleno de cables y lo conecta al ordenador. Todos miran expectantes en silencio. Ella hace ajustes con cuidado en un ecualizador y de pronto grita emocionada:

- ¡Me está hablando, se ha despertado y me está hablando!

- ¿Y que le dice? - pregunta con avidez el profesor Ulisen.

-Me pregunta que quien soy, que si soy una humana.

-Dígale que si pero que no tema, que solo queremos ayudarla.

-Dice que está muy enferma.

-Pregúntele que qué le pasa.

-Dice que está infectada por una bacteria que está matando a todas las que quedan de su especie y que ella ha venido desde la Atlántida buscando un antiguo remedio que es lo único que puede salvarles.

-Pregúntele donde está ese remedio.

-Que no lo sabe a ciencia cierta. Que hace 600 años sus antepasados vivían en el Mediterráneo y se desencadenó una gran epidemia de esa enfermedad en la isla de Mallorca que afectaba tanto a humanos como a sirenas, pero aunque la mortalidad era total entre los humanos, algunas sirenas sobrevivían porque eran portadoras en su

sangre de un virus benigno, llamado Quimera, que destruye la bacteria. Que colaboraron con un gran alquimista humano para producir grandes cantidades de Quimera en cultivos de sangre de sirena. Que gracias a eso pudieron vencer a la peste. Que el alquimista guardó en recipientes de cristal sellados con oro muestras de la sangre con Quimera por si reaparecía la bacteria, pero años después fue acusado de brujo y quemado en una hoguera. Que destruyeron su laboratorio. Que cree que algunos de esos recipientes fueron vendidos a las iglesias como reliquias de sangre milagrosa de los santos por su cualidad de solidificarse y licuarse periódicamente. Que cuando estaba llegando a Mallorca se puso muy enferma y la subieron a este barco. Que desde entonces ha estado enviando mensajes telepáticos para ver si alguien los recibía y le traía alguno de esos recipientes, si es que aún se conservan. Que le queda poco tiempo de vida. Que el que la salvó del mar se ha contagiado y que seguramente ya ha extendido la bacteria entre los humanos, si no encuentran el remedio pronto, la peste nos exterminará también a todos nosotros porque esa bacteria es inmune a cualquier antibiótico. Que ahora está muy cansada y no puede seguir hablando.

La ingeniera, agotada y sudorosa, se quita el casco. Todos los presentes se miran asustados en silencio.

-Esto parece serio - Dice el profesor Ulisen.- Hay que dar la alarma a la OMS inmediatamente. Doctor, comuníquese con el hospital de Marsella y dígales que pongan en aislamiento completo a ese chico.

-Un momento profesor - interviene la jefa de seguridad - quizá tengamos ese remedio más cerca de lo que creemos.

- ¿Qué quiere decir?

-Pues que en la delirante historia que escribió en el mensaje que encontramos dentro de una botella, el pasajero del camarote numero 3 habla de un extraño recipiente de cristal con un líquido rojo que le entregó un perro en Nápoles. Y atando cabos me parece recordar que en esa ciudad veneran a la sangre de San Genaro que, según dicen es milagrosa porque se hace líquida el día del Santo o algo así. Podría ser que ese hombre tuviera aquí ese recipiente.

-Pues vamos inmediatamente a su camarote.- contesta el profesor dirigiéndose hacia allí.- y si es preciso tiramos la puerta abajo.

-Déjeme hablarle a mí - le pide la jefa de seguridad - Sé como hacer que colabore.

-Señor James, señor james - dice mientras golpea la puerta con los nudillos - Jasmine está muy enferma y para curarse necesita el frasco de la medicina que le dio el perro. ¿Lo tiene usted ahí?

Inmediatamente se abre la puerta y aparece Jaume con el recipiente en la mano.

-Aquí está, pero dónde está Jasmine.

-En el camarote 15, pero ahora no puede verla.

- ¡Tengo que verla! -grita mientras echa a correr sin que nadie pueda pararle llamándola.

- ¡Jasmine! ¡Jasmine! ¿Dónde estás?-

Llega hasta el cuarto de baño donde flota la sirena y se queda mirándola. Ella abre los ojos y le mira. Son verdes como dos enormes esmeraldas.

-Jasmine, te he traído tu medicina - le dice enseñándole el extraño recipiente.

Ella levanta levemente la mano y sonríe, y esa sonrisa le traspasa el corazón como una flecha envenenada. La sonrisa de una sirena no puede describirse, solamente puede decirse que quien la ha visto la lleva grabada en su retina, como cuando hemos mirado al sol, pero para toda la vida.

-Déjeme a mí, no hay tiempo que perder - le dice el médico quitándole el recipiente de la mano.

Con cuidado taladra el cristal con una fina broca, saca una muestra con una jeringuilla y se la inyecta a la sirena.

-Que preparen el helicóptero, hay que enviar una dosis urgentemente al hospital de Marsella - ordena el profesor Ulisen.

El efecto de la Quimera es fulminante. Al poco rato la sirena recupera el color de sus mejillas, y extrañamente todos los pasajeros del Bulevar de los corazones solitarios, como si alguien les hubiera convocado, salen de sus camarotes y acuden al de la sirena, y sin que nadie pueda impedirselo la cogen en volandas y la llevan hasta la popa del barco. Ella les sonríe uno por uno y con el recipiente de la Quimera en la mano salta al mar.

El médico llega corriendo angustiado.

- ¡Pero si se ha llevado toda la Quimera!- dice jadeando.- ¿Y ahora que hacemos?

-No se preocupe - contesta la jefe de seguridad poniendo la voz de Bogart - Siempre nos quedará... la sangre de San Pantaleón.

## **EPÍLOGO:**

***Autoras: María Luisa de León y Charo Martínez***

Aquella noche era evidente la confusión que reinaba entre la mayoría de los pasajeros. Sensaciones contrapuestas. Euforia, dolor, tristeza. Pero todos coincidían en haber vivido unos días insólitos cargados de misterio. Con hechos que excedían a lo ordinario. Más era especialmente peculiar el estupor que afligía a los personajes de ciertos camarotes apodados “Los corazones solitarios”. Habían estado atrapados en una odisea dentro de un mundo encantado. Sus mentes expuestas a la influencia de un ser mitológico que había ocupado un camarote contiguo continuaban extasiadas. Todavía quedaba un día para finalizar el viaje. En la cafetería, el bar, al igual que en cubierta o los pasillos, los pasajeros excitados intercambiaban sus tarjetas y números de teléfono, aunque no tenían la convicción de regresar finalmente a la normalidad. En la mente de todos era patente la incertidumbre sobre lo que podría pasar. Quizá algo recóndito, oculto, que hiciera su aparición el último día. Expectantes, en sus idas y venidas comentaban la transcendencia que este viaje significaría en sus vidas. Mientras la noche les sorprendía prematuramente. El cielo encapotado apagaba todo resquicio de luz. La ligera brisa que les había acompañado durante la tarde se tornaba desafiante y, unas pequeñas gotas hacían su aparición. Al poco estas se convertían en violentos goterones que comenzaban a bombardear con fuerza el barco. El oleaje amenazador no auguraba nada bueno. La mar se había embravecido y nuestro rimbombante “Ítaca” se convertía en una frágil embarcación embestida por las olas a babor y estribor. Los viajeros comenzaban a temer por sus vidas.

De pronto apareció en la cresta de una imponente ola un petrolero con el nombre de Ulises en los costados, y en la proa una estatua de Homero con una sonrisa engañosa convertida en mueca, pasando como un rayo tan cerca del “Ítaca” que el grito unánime de los pasajeros fue espeluznante, pero con la misma velocidad que había irrumpido ante los ojos espantados de los viajeros desapareció bajo la espuma.

Tras eso, una joven salió de entre la muchedumbre y se dirigió a la proa donde comenzó una extraña danza, acompañada de cantos esotéricos, mientras iba despojándose poco a poco de la blusa mojada. La lluvia resbalaba por su busto desnudo medio oculto por los largos

cabellos que se agitaban en todas direcciones. Otra mujer madura se le unía y al cabo de pocos minutos varias mujeres de todas las edades seguían el mismo ritual. Alzaban las manos y las entrelazaban unas con otras. Era evidente que recibían la lluvia con inmenso placer acariciando la desnudez de sus pechos. Los pasajeros hipnotizados sucumbían a una parálisis emocional, que duró tanto como la danza frenética enfervorizada de aquellas damas enigmáticas. Finalmente de una forma sosegada cesaron los bailes y se ahogaron los cantos. El cielo se abrió. Miles de estrellas decoraron el universo. La furiosa mar se había tornado mansa. Un color plateado aparecía en su superficie debido al destello fugaz de la luna que tímidamente se dejaba ver por el horizonte. Nadie se movía. Las luces del barco se habían apagado y también sus motores. Parecía estar contagiado del estupor que reinaba entre la gente. La tripulación no tenía respuesta para este fenómeno y, al igual que los pasajeros, concentraban sus ojos en aquellas mujeres cuyos cantos y movimientos acompasados habían cesado. Un grito despavorido resonó entonces. Alguien había divisado cientos, tal vez miles de delfines, que se aproximaban y poco a poco rodeaban el barco. Mientras las mujeres que habían protagonizado tan excéntrica escena caminaban despacio, con pasos torpes, como agotadas tras su frenética danza. Todas ellas se desprendían de las sandalias dirigiéndose a la parte delantera de la embarcación. Tal vez quedado absortas en algún trance. Lentamente, una a una subían hasta la barandilla, deteniéndose junto al rótulo en el que la palabra “Ítaca” resplandecía cual si un sol inexistente la inundara con sus rayos. Luego se fundieron en efímeros abrazos a la estatua de una espectacular sirena que presidía el barco. Seguidamente saltaron al mar.

Impávidas las personas concentradas eran incapaces de intervenir en tan dramática escena, por lo que no se inmutaron cuando algunos personajes de los corazones solitarios siguieron a las mujeres y se hundieron también en el mar. Temerosos ante lo inexplicable pero dando prioridad a esa curiosidad desbordada en la que todos estaban envueltos, los pasajeros corrieron hacia las barandillas que rodeaban el barco. El espectáculo que se desarrollaba en el agua era impresionante. Los delfines saltaban saludando a las recién llegadas. Sus cantos estrepitosos manifestaban su algarabía. Luego las rodearon, y como si de un ejército se tratase se alejaron en torno a ellas hasta desaparecer en el horizonte. De inmediato se encendieron las luces. Los motores se pusieron en marcha. El mar recuperó la normalidad.

Sus aguas eran salpicadas por una finísima lluvia y, la suave brisa que había comenzado era recibida como un bálsamo rehabilitador. Los corazones de los pasajeros adquirirían un ritmo normal después de haber quedado durante unas horas casi paralizados. La voz del capitán se escuchó por megafonía:

“¡Señoras, señores! ¡Volvemos a casa! Estarán conmigo en lo excepcional de nuestro viaje. Todos han participado de una extraordinaria odisea cuyo desarrollo comenzó a fraguarse en el mismo momento en que zarpamos en el “Ítaca” desde el puerto de Barcelona. Surcamos el mar Mediterráneo, cuna de las más exóticas aventuras. Ustedes han participado y protagonizado la última. Espero que no la olviden.”

Dice la leyenda que algunos submarinistas han visto a unas cuantas millas de la Costa Brava, cuando el mar se mece en calma y las corrientes marinas deciden descansar, un corredor por el que transitan individuos con el aire ausente de los corazones solitarios.

No conviene menospreciar a la mitología por lo que pueda tener de vieja sabiduría y exultante imaginación. Igual que no hay manera más sublime de pasar a la posteridad que compartiendo destino con héroes, dioses y leyendas.

FIN

En un crucero por el Mediterráneo, los pasajeros del pasillo conocido como "el Bulevar de los corazones solitarios" por ser el de los camarotes individuales, van a ir viviendo unas extrañas aventuras de amor y de muerte cuyo motivo, si somos sagaces lectores, podremos ir descubriendo a medida que avanza el viaje.

Relatopía les desea una feliz estancia a bordo y les informa que pueden obtener más pasajes para este crucero en [Relatopia.bubok.es](http://Relatopia.bubok.es).